LA HISTORIA DE RAMA

RAMAKATHA I



BHAGAVAN SRI SATHYA SAI BABA

Este libro fue pasado a formato digital para facilitar la difusión, y con el propósito de que así como usted lo recibió lo pueda hacer llegar a alguien más. Edición libre hecha para fines de ayuda personal y **no para ser vendida.**

INDICE

ESTE LIBRO

La historia de Rama, un tórrente de dulzura sagrada, ha sido por más de un milenio, para millones de hombres, mujeres y niños, una fuente de consuelo durante la aflicción, de confianza ante la incertidumbre, de lucidez en la confusión, de inspiración en momentos de abatimiento, y una guía que nos rescata de la incertidumbre. Es un drama intensamente humano, en el que Dios personifica al hombre y reúne alrededor de El, en el enorme escenario del mundo, lo perfecto y lo imperfecto, lo humano y lo subhumano, lo bestial y lo demoníaco, para otorgarnos, mediante el precepto y el ejemplo, la gracia de la Sabiduría Suprema. Es una historia que toca las cuerdas del corazón del hombre, brindándole limpias y flexibles respuestas para que surjan la compasión, la alegría, la adoración, el éxtasis y la entrega, elevándonos del estado animal y humano hacia la Divinidad, la cual es nuestra esencia.

Ninguna otra epopeya en la historia de la humanidad ha tenido tan profundo impacto en la mente del hombre. Ha rebasado los hitos de la historia y los límites de la geografía. Ha moldeado y sublimado los hábitos y actitudes de generaciones. El Ramayana se ha convertido en un corpúsculo curativo en el torrente sanguíneo de la humanidad en vastas áreas del globo terráqueo. Ha echado raíces en la conciencia de las personas aguijoneándolas e impulsándolas por el camino de la verdad, la rectitud, la paz y el amor.

A través de leyendas y canciones de cuna, mitos y cuentos, danza y teatro, a través de escultura, música y pintura, mediante rituales, poesía y símbolos, Rama se ha convertido en el aliento, la bienaventuranza, el tesoro de incontables buscadores y aspirantes espirituales. Los personajes de la historia de Rama invitan a la emulación y a la elevación espiritual. Nos han dado brillantes ejemplos de logros y aventuras; han advertido al indeciso contra el vicio y la violencia, el orgullo y la maldad; le han dado valor con su lealtad y fortaleza. A todas las lenguas que el hombre ha empleado para la expresión de sus deseos elevados, la historia de Rama ha añadido una sustentadora dulzura única.

Sai (Isa, Dios), cuyo pensamiento es este Universo, cuya voluntad es su historia, es el autor, director, espectador y crítico del drama que está siempre desarrollándose en el tiempo y en el espacio. Ahora se ha dignado a contarnos él mismo la historia de esta singular acción épica en la que él actuó en el papel de Rama. Ahora Sai instruyó, inspiró y vigorizó, corrigió, consoló y alegró a sus contemporáneos en la Edad de Threta. Como Sai Rama, ahora está comprometido en la misma

tarea. Por lo tanto, mucho de lo que los lectores del Sanathana Sarathii[1] siguieron mes tras mes con ardor y placer como capítulos de esta narración (el Ramakatha Rasavahirn) les debe de haber parecido un consuelo ante los sucesos y experiencias contemporáneos. Al leer estas páginas, los lectores a menudo se sentirán agradablemente impresionados con la similitud entre el Rama de esta historia y el Sai Rama cuya acción actualmente están presenciando.

La ciencia ha descripto a la Tierra como una nave espacial en la cual la humanidad tiene que vivir su destino. Sai está, sabemos, transformando rápidamente esta nave en un hogar de amor. Tal vez ha sido su voluntad que este libro sea la panacea suprema para eliminar los males que destruyen el Amor Universal, tales como la morbosa ansiedad por el placer sensual; la creciente irreverencia hacia los padres, maestros, mayores y líderes espirituales; la desastrosa frivolidad y ligereza en las relaciones sociales, maritales y familiares; la demoníaca confianza en la violencia como medio para lograr fines inmorales, la socorrida adopción del terror y la tortura como medios para ganarse logros personales o grupales, y muchas otras actitudes negativas.

¡Sai Rama ha recordado aquí, con su estilo dulce y sencillo, su propio desenvolvimiento como Rama! ¡Qué inmensa fortuna ésta de tener en nuestras manos, inscribir en nuestras mentes, imprimir en nuestros corazones, esta narración Divina! Que podamos ser transformados con el estudio de este libro en herramientas eficientes y entusiastas, para que se realice su misión de moldear a la humanidad en una sola familia y para que cada uno de nosotros comprenda a Sai Rama como la Realidad, la única realidad que es.

Sai ha declarado que él es el mismo Rama que ha venido otra vez, y que está buscando a sus amigos y colaboradores de otros tiempos (bantu, como se refiere a ellos en telugu) para poder asignarles papeles en su presente misión de restaurar la rectitud y guiar al hombre hacia el puerto de la paz. Que a cada uno de nosotros pueda serle asignado un papel y que él nos conceda, como recompensa, la visión de ese puerto.

---

[1] Revista mensual que recoge y difunde el mensaje de Sathya Sai

N. KASTURI
Editor de Sanathana Sarathi

EL SIGNIFICADO INTERNO

Rama es el morador interno en cada cuerpo. El es el AlmaRama, el Rama (fuente de bienaventuranza) en cada individuo. Sus bendiciones brotan de ese manantial interno y otorgan paz y dicha espiritual. El es la encarnación del Dharma (la Rectitud), de todos los códigos de moralidad que sostienen al género humano unido por el amor. El Ramayana, la historia de Rama, enseña dos lecciones: el valor del desapego y la necesidad de volverse conscientes de la Divinidad en cada ser. La fe en Dios y el desapego de los propósitos mundanos son la llave de la liberación humana. Desistan de los objetos de los sentidos y ganarán a Rama. Sita desistió de los lujos de Ayodhya y pudo estar con Rama durante el "exilio" del avatar. No obstante, cuando vio con anhelo al venado de oro y lo deseó vehementemente, perdió la presencia de Rama. La renunciación lleva a la dicha y el apego trae congoja. Permanezcan en el mundo, pero no sean de él. Los hermanos, amigos, compañeros y colaboradores de Rama son, cada uno de ellos, personas ejemplares saturadas de rectitud. Dasarata representa lo meramente físico, con los diez sentidos. Los tres gunas (cualidades del hombre) satva (la pureza), rajas (la pasión) y tamas (la inercia) son las tres reinas. Las cuatro metas de la vida los purushartas (rectitud, bienestar,

esfuerzo y liberación) son los cuatro hijos. Lakshmana es el intelecto; Sugriva es el discernimiento. Va¡¡ es la desesperanza. Hanumán es la encarnación del valor. El puente se construye sobre el océano del engaño. Los tres jefes Rakshasas son las personificaciones de las cualidades rajásicas (Rayana), tamásicas (Kumbhakarna) y sátvicas (Vibhishana). Sita es Brahmajñana ola conciencia del Absoluto, la cual debe conquistar el individuo, resistiendo las severas pruebas de la vida.

Hagan sus corazones puros y fuertes con la grandeza del Ramayana. Establézcanse en la fe de que Rama es la Realidad de su existencia.

SAI BABA

1.- RAMA: PRÍNCIPE Y PRINCIPIO

Rama, el nombre, es la esencia de los Vedas, y la historia de Rama es un océano de leche, puro y poderoso. Se puede afirmar que ningún poema de igual grandiosidad y belleza ha surgido de otro idioma o de alguna otra nación hasta el día de hoy; sin embargo, ha inspirado la imaginación poética en cada lengua y en cada país. Y, por su buena fortuna, es el más grande tesoro otorgado a todos los hindúes.

Rama es la deidad protectora de los indios. El nombre es sostenido por los cuerpos en los cuales ellos habitan y por los templos a los cuales aquellos cuerpos asisten. Se puede decir que no hay hindú que no se haya embebido del néctar del Ramakatha, la historia de Rama.

El Ramayana, la epopeya que refiere la historia de la encarnación de Rama, es un texto sagrado que recitan reverentemente

distintas clases de personas, tanto el erudito como el ignorante, el adinerado o el pobre. El nombre que el Ramayana glorifica limpia toda maldad, transforma al pecador, revela la forma que el nombre representa, una forma tan encantadora como el mismo nombre.

Así como del mar provienen todas las aguas, todos los seres han nacido de Rama. Un mar sin agua es un sinsentido; un ser sin Rama no tiene existencia, ni ahora ni nunca. El océano azul y el Señor Todopoderoso tienen mucho en común.

El océano es la residencia del Todopoderoso, como lo proclaman el mito y la leyenda: El ha sido descripto reclinado sobre un océano de leche. Esta es la razón por la que Valmiki (el hijo de Prachetas), el gran poeta que compuso la epopeya, empleaba para cada canto la palabra "kanda", que significa agua, una extensión de agua.

También significa "caña de azúcar». Por más torcida que esté una caña, en cualquier parte que ustedes succionen hay dulzura, permanece sin ser afectada y de manera uniforme, ¿no es así? El río de la historia de Rama fluye en un vaivén entre muchas colinas; sin embargo, la dulzura (Karuna: ternura, piedad, compasión) persiste sin disminución alguna durante toda la narración. El río vira y corre a través de la tristeza, la duda, la burla, la reverencia, el terror, el amor, la desesperación y el razonamiento, pero su fuerza está bajo la superficie del agua, en la corriente del dharma (rectitud, moralidad), y que karuna incrementa.

El néctar de la historia de Rama es como el río Sarayu que transcurre silenciosamente por Ayodhya, ciudad donde nació y gobernó Rama. El Sarayu nace en el Manasa sarovar de los Himalayas, de la misma manera que esta historia nace del lago de la mente. El caudal de Rama tiene la dulzura, y el río de Lakshmana (su hermano y devoto compañero) tiene la dulzura de la devoción; así como el río Sarayu se une con el Ganges, y sus aguas se mezclan, así también los ríos de la tierna compasión y la devoción (las historias de Rama y Lakshmana) se mezclan en el Ramaya.na. La dulzura y el amor delinean la figura gloriosa de Rama, la imagen más querida del corazón de cada indio, y alcanzarla es la meta de todo esfuerzo espiritual.

El esfuerzo del individuo no es sino la mitad del logro; la otra mitad consiste en la gracia de Dios. El hombre progresa espiritualmente con el esfuerzo propio y también al recibir la bendición divina; esta relación con el Señor lo satisfará durante todo el trayecto por el oscuro océano de las dualidades hacia el Uno inmanente y trascendente.

El Ramayana tiene que ser leído no como el relato de una vida humana sino como la narración del advenimiento y las actividades de un avatar (encarnación de Dios). El hombre debe esforzarse por comprender, a través de su propia experiencia los ideales revelados en esta narración. Dios es Omnisciente, Omnipresente y Omnipotente. Las palabras que él pronuncia cuando toma forma humana, los actos que él

proyecta para realizar durante su estancia terrenal son inescrutables y extraordinariamente significativos. El precioso manantial de su mensaje facilita el paso a la salvación de la humanidad. No vean a Rama como el descendiente de la dinastía solar, o como el soberano del reino de Ayodhya, o como el hijo del emperador Dasarata; tales analogías sólo son circunstanciales. Ese error se ha hecho habitual para los lectores comunes, pues sólo prestan atención a las relaciones y filiaciones personales entre los personajes de esta historia y no ahondan en los valores que ellos representan.

Veamos un ejemplo de ese error. El padre de Rama tenía tres esposas; la primera era así y asá, la segunda era de tal naturaleza, la tercera tenía tales características; sus sirvientas eran feas... las batallas libradas por Dasarata, el padre, se caracterizaban por estas particularidades... De esta manera, el capricho desvía al hombre a la región trivial, estéril, descuidando la valiosa semilla. La gente no se da cuenta de que el estudio de la historia debe enriquecer la vida y hacerla significativa y digna, más que buscar satisfacciones mezquinas e ideas triviales. Su vigencia y valor se apoyan profundamente en los hechos y se nutren en agua subterránea. Usen los anteojos de la adoración y la dedicación; entonces el ojo los dotará de la sabiduría pura que libera y les otorgará bienaventuranza eterna.

Así como el hombre exprime el jugo de la fibrosa caña y bebe sólo su dulzura, así como la abeja succiona el néctar en la flor, sin importarle su simetría y color, así como la mariposa nocturna vuela hacia la luz de la llama, ignorando el calor y la inevitable catástrofe, el buscador espiritual debe anhelar embeberse en la esencia de la ternura, compasión y piedad de las cuales el Ramayana está saturado, sin prestar atención a otros temas. Después de comer una fruta, tiramos la cáscara, las semillas y la fibra. La fruta tiene todos estos componentes, pero nadie se los comerá sólo por el hecho de haber pagado por ellos; nadie se traga las semillas, nadie chupa la cáscara. Lo mismo ocurre con esta "fruta Rama" llamada Ramayana: las aventuras de los Rakshasas forman la cáscara; los actos de esos hombres malvados son semilla dura e indigerible. Las descripciones y los sucesos sensoriales y mundanos, no son la parte más sabrosa, sino la cáscara del jugoso fruto.

Aquellos que buscan la esencia tierna en la fruta de Rama deberán concentrarse más en el argumento central que en la narración de los detalles que la embellecen o la afectan. Escuchen el Ramayana con ese ánimo; ésa es la mejor forma de sravana (escuchar con fines espirituales).

En una ocasión, el emperador Parikshit, a los pies del sabio Suka, le pidió que lo instruyera en un punto que le estaba causando una terrible duda: "¡Maestro!, una cuestión me ha estado preocupando desde hace mucho tiempo. Sé que sólo tú me la puedes resolver y nadie más. Compadécete de mí y dame una respuesta que me satisfaga. He

escuchado las narraciones de las vidas de mis antepasados, desde el primero, el gran Manú, hasta la de mis abuelos y mi padre. He estudiado esas historias con cuidado, y he observado que en cada una de ellas se menciona ¡a sabios apegados a la monarquía!, a santos eruditos como miembros de la corte, ¡asistiendo a audiencias y participando en los asuntos del gobierno! ¿Cuál es el verdadero significado de esta increíble relación de sabios renunciantes a todos sus deseos, que han comprendido que el mundo es una sombra y una trampa, y que el Uno es la única Realidad, con reyes y gobernantes, desempeñando papeles de subordinados, de consejeros? También sé que aquellos venerables ancianos no se involucraban en ninguna actividad sin tener una buena razón, pues su comportamiento siempre fue puro y limpio. Sin embargo, no puedo resolver mi duda. Por favor, ilumíname".

Suka rió ante la pregunta. Respondió: "Sin duda has hecho una gran pregunta. ¡Escucha! Los grandes sabios y santos eruditos siempre estarán ansiosos de compartir con su prójimo la verdad que han alcanzado, la santificadora experiencia que han ganado, las elevadas actividades que han tenido el privilegio de realizar, y la divina gracia recibida y para la cual fueron escogidos. Buscan estar cerca de aquellos que tienen a su cargo la administración, de quienes son aptos para gobernar, con la intención de emplearlos como instrumentos para establecer y asegurar la paz y la prosperidad en la Tierra. Los grandes sabios les implantan elevados ideales en la mente y los caminos sagrados para realizarlos; ellos les motivan acciones correctas de acuerdo con las leyes justas. Los monarcas también invitan y dan la bienvenida a los sabios, buscan a los santos eruditos y les ruegan que se queden con ellos en la corte, para poder aprender de ellos el arte de gobernar y actuar apoyados en su consejo. El monarca era el maestro y el guardián de la gente; por eso los antiguos sabios pasaban sus días con el gobernante, con el propósito de realizar a través de él el anhelo de sus corazones: «Que todos los mundos sean felices». Estaban ansiosos de ver la felicidad y la paz esparcirse por toda la Tierra. Por eso trataban de despertar en los reyes todas las virtudes, de saturarlos de todas las normas morales, de proveerlos de todas las armas de la enseñanza, para que pudieran gobernar con virtud y sabiduría, con benéficas consecuencias para ellos mismos y sus súbditos.

'También hay otras razones. Escucha: ellos sabían que el Otorgador de alegría a la humanidad, el Preceptor de la moral humana, el Guía de la dinastía solar, el Habitante en el cielo de la eterna bienaventuranza, nacería en una familia de ascendencia real. Así, los sabios que podían ver los acontecimientos antes de que sucedieran, se ganaban la entrada a las audiencias de los gobernantes, para poder experimentar la dicha del contacto con la encarnación cuando aquello sucediera. Temían no tener después esa oportunidad y perder la bienaventuranza de aquel acontecimiento extraordinario. Ellos se valían

de su visión del futuro y se establecían en la capital real, en la comunidad, anhelando el Advenimiento.

"A este venerable grupo pertenecían Vasishta, Viswamitra, Garga, Agastya y otros sabios. No tenían deseos; eran reyes de la renunciación: no buscaban nada de nadie, siempre estaban contentos. Aparecían en los salones de audiencia de los emperadores de aquellos días, no para participar en polémicas o para recibir los costosos regalos ofrecidos a tales litigantes y huéspedes, o para ser condecorados con los ostentosos títulos que aquellos patronos conferían a sus favoritos. En cambio, ansiaban el darshan[2] del Señor y la posibilidad de sostener el dharma (la rectitud) en los asuntos humanos; no tenían ningún otro objetivo.

"¡Los reyes de aquellos días también estaban inmersos en pensamientos divinos! Buscaban a los ermitaños y sabios en sus retiros para poder descubrir de ellos los medios para que sus súbditos fueran dichosos; a menudo los invitaban a sus palacios y les consultaban los medios para ser buenos gobernantes. Aquellos eran días en que los sabios no tenían apegos y los eruditos no anhelaban el poder; así era la clase de hombres que daba consejo a los reyes. Como consecuencia, no faltaba la comida ni el vestido, ni casa ni salud entre la gente del reino. Todos los días eran de fiesta, todas las puertas se decoraban con guirnaldas. El gobernante sentía que su más sagrado deber era el de fomentar el bienestar de la gente. Los súbditos, por su parte, también sentían que el gobernante era el corazón del cuerpo político. Tenían tanta fe en él, que era tan preciado como sus propios corazones; así lo valoraban, lo veneraban y le rendían homenaje de gratitud". De esta clara manera, Suka explicó el papel de los sabios en las cortes reales ante la enorme concurrencia que estaba sentada a su alrededor.

¿Se han dado cuenta de esto? ¡Todo lo que hagan los grandes hombres, escogiendo para ello una buena compañía, siempre los llevará por el camino de la rectitud, por la senda de la Divinidad, y sus actos promoverán el bienestar del mundo entero! De esta manera, cuando se recita o se lee el Ramayana u otras narraciones de la Divinidad, la atención se debe fijar en la majestuosidad y misterio de Dios, en la verdad y la rectitud inherentes a él, y en la práctica de dichas cualidades en la vida diaria. No se debe dar ninguna importancia a otros asuntos; los medios y la manera de cumplir con nuestro deber es la lección suprema que debe ser aprendida de esta historia.

Dios, cuando aparece con forma, con el propósito de defender el dharma, se comporta de manera humana. Tiene que hacerlo así, ya que debe enseñar lo que es una vida correcta para el hombre, y cómo es la experiencia de la alegría y de la paz. Las actividades de un avatar pueden parecer comunes y corrientes para algunos ojos, pero cada uno de sus actos será una expresión de belleza, verdad, bondad, alegría y

[2] La bienaventuranza de la visión

exaltación. Cautivará al mundo con su encanto, purificará el corazón que lo contemple. Vencerá y apaciguará todas las agitaciones de la mente. Romperá el velo del engaño (maya). Otorgará la conciencia con dulzura. No puede haber nada "común y corriente" en la vida de un avatar. Todo en ellos es verdaderamente sobrehumano, "sobrenatural", y merece veneración.

La historia de Rama no es la de un individuo, ¡es la historia del Universo! Rama es la personificación del Ser universal en todos los seres. El está en todos, para todos, todo el tiempo, en todo el espacio. La historia no trata de un período de tiempo pasado, sino del presente y del futuro sin fin, del tiempo eterno.

¡Ninguna hormiga puede picar sin la voluntad de Rama! ¡Ninguna hoja puede caer de un árbol sin que Rama lo mueva! ¡Eter, aire, fuego, agua y tierra los cinco elementos que componen el Universo se comportan como lo hacen por respeto a él, de acuerdo con sus órdenes! Rama es el principio que atrae, y mediante tal atracción hace que los elementos de la naturaleza funcionen. La atracción que uno ejerce sobre el otro es lo que provoca que el Universo exista y funcione.

Ese es el principio de Rama, sin el cual sólo el caos existiría. De ahí la sentencia: Si no hay Rama, no habrá Universo.

2. LA DINASTÍA IMPERIAL

En la dinastía solar, inmaculada y pura, nació Katvanga, el poderoso, afamado por doquier, gran guerrero, intensamente amado y venerado gobernante. Su gobierno derramaba suprema felicidad sobre la enorme población que se encontraba bajo su reinado, que le rendía homenaje como si fuera Dios mismo. Katvanga tenía un único hijo, llamado Dilipa, que creció brillando en la gloria de la sabiduría y la virtud; compartía con su padre la alegría y el privilegio de cuidar y guiar a la gente. Se movía entre sus súbditos ansioso de conocer sus penas y alegrías, deseoso por descubrir la mejor manera de aliviarlos

de la congoja y la desdicha, comprometido con su bienestar y prosperidad. El padre observaba a su hijo crecer sano y fuerte, virtuoso y sabio. Buscó una novia para él, para que después de la boda pudiera poner sobre sus hombros parte de la carga del reino. La buscó en casas de la realeza, por todas partes, ya que ella debía ser una digna compañera para el príncipe. Al fin, la elección cayó sobre Sudakshina, princesa de Magadhan. Y la boda se celebró con insuperable pompa y regocijo de la gente de la corte.

Sudakshina estaba dotada en amplia medida con todas las virtudes de la mujer. Era santa y sencilla y una sincera seguidora de su marido; servía a su señor y derramaba su amor sobre él como si fuera su propio aliento. Caminaba siguiendo los pasos de su marido y jamás se desviaba del camino recto.

Dilipa también era la encarnación misma de la rectitud y, como consecuencia, ni el deseo ni el desaliento lo afectaban en lo más mínimo. Se adhería a los ideales y prácticas de su padre en cuanto al gobierno del reino se refería, y así pudo, lentamente y sin ninguna fricción, tomar la total responsabilidad de la administración. De esta manera le pudo dar la oportunidad a su padre de descansar en su vejez. Katvanga se regocijaba contemplando las grandes cualidades de su hijo y observando su habilidad, eficiencia y práctica sabiduría. Así pasaron algunos años. Después, Katvanga ordenó a los astrólogos de la corte que seleccionaran un día y hora propicios para la coronación, y el día fijado por ellos nombró a D¡lipa monarca del reino.

Desde aquel día, D¡lipa brilló como el señor soberano de un imperio que abarcaba de mar a mar, con las siete islas del océano. Su gobierno era tan justo y compasivo, tan conforme con los mandatos establecidos por las Escrituras, que las lluvias caían tan abundantemente como se requería y la cosecha era rica y abundante. El imperio entero era verde y glorioso, festivo y completo. La tierra resonaba con las palabras sagradas de los Vedas recitados en todos los pueblos, los mantras purificadores eran cantados durante las ceremonias védicas llevadas a cabo por toda la nación, y las comunidades vivían en armonía con las demás.

Sin embargo, el maharaja estaba aparentemente sobrecogido por alguna misteriosa ansiedad; su rostro perdía brillo y esplendor, y con el paso de algunos años la situación no mejoró. La desdicha grabó líneas profundas en su frente. Un día reveló la causa de su tristeza a Sudakshina, su reina: "¡Querida! No tenemos hijos y esa tristeza me está venciendo. Mi dolor aumenta cuando veo que nuestra dinastía lkshvaku terminará conmigo. Algún pecado que cometí debe de haber traído esta calamidad. Me siento incapaz de decidir de qué manera voy a enfrentar este maligno destino. Estoy ansioso de escuchar de nuestro preceptor, el sabio Vasishta, los medios por los que puedo ganar la gracia de Dios y enmendar el pecado. Estoy muy afectado por la pena. ¿Cuál crees tú que pudiera ser el mejor medio para ganar la gracia?"

Sudakshina ni siquiera se tomó tiempo para pensar en la respuesta: "¡Señor! Este mismo miedo ha entrado en mi mente también y me ha causado mucha congoja. No he querido expresarla; la he ahogado en mi mente porque no puedo, lo sé, revelar mis temores sin que tú me incites a ello, mi señor. Yo siempre estoy deseosa y pronta a obedecer y seguir lo que te parezca la mejor solución para sobrellevar nuestra congoja. ¿Por qué debe haber demora? Apurémonos a consultar al venerado Vasishta". D¡lipa ordenó que se trajera la carroza para ir hacia la ermita del preceptor, y ordenó que nadie lo escoltara o acompañara a excepción de su esposa. De hecho, él mismo manejó el vehículo y llegó a la sencilla choza de su divino maestro.

Al sonido de la carroza, los ermitaños que estaban en las afueras del ashram (lugar donde vive un maestro) fueron a buscar a su maestro para avisarle que llegaba el gobernante del imperio. Vasishta derramó sus bendiciones en él tan pronto como lo vio cerca de la puerta y amorosamente le preguntó sobre su salud y por el bienestar de sus súbditos y el de toda su familia.

Sudakshina se postró a los pies de la consorte del sabio, la afamada Arundhati, encarnación de todas las virtudes que adornan a las más nobles mujeres. Arundhati la levantó hacia sus brazos y amorosamente la estrechó preguntándole sobre su bienestar. Luego la llevó hacia el interior de la ermita.

Como es propio de un monarca, D¡lipa le preguntó a Vasishta si las ofrendas y los sacrificios que los ascetas debían llevar a cabo como parte de la tradición cultural se estaban efectuando sin ningún contratiempo, si los anacoretas pasaban dificultades para conseguir comida y si continuaban con sus estudios y prácticas espirituales, y si en la selva eran aterrorizados por alguna bestia salvaje. Ansiaba, dijo, que sus estudios y ejercicios espirituales progresaran sin ninguna distracción a causa de un ambiente adverso o por influencias extrañas.

Cuando el rey y la reina entraron a la choza y se sentaron en sus lugares, con todos los sabios y buscadores espirituales reunidos, Vasishta pidió a todos que lo dejaran solo con los monarcas. Le preguntó al rey la razón de su visita. D¡lipa le comunicó a su preceptor la naturaleza y lo hondo de su pena, y le rogó el único remedio que podía quitársela: su gracia.

Luego de escuchar ese ruego, Vasishta se abismó en profunda meditación. Imperó un perfecto silencio. El rey también se sentó en la posición de loto sobre el suelo desnudo y fundió su mente en Dios; la reina también se unió a la Divinidad.

Al fin, Vasishta abrió los ojos y dijo: "La voluntad de Dios no puede ser impedida por ningún hombre, sea cual fuere su poder y autoridad. No hay ningún poder que pueda pasar por encima de un decreto Divino. No puedo darte suficiente gracia para que, por mis bendiciones, nazca el hijo que deseas. Tienes sobre ti una maldición. En una ocasión, cuando te acercabas a la capital, durante un viaje de

retorno a casa, la vaca divina, Kamadhenu, estaba echada bajo la fresca sombra del árbol divino, el Kalpataru. Tu ojo la vio pero, atrapado en los enredos de los placeres mundanos, la ignoraste y pasaste de largo, con orgullo, hacia tu palacio; Kamadhenu se sintió ofendida por tu indiferencia, estaba herida porque no la habías honrado, y sintió que tu gente podría empezar a deshonrarla, ya que el mismo rey había faltado a su deber. Cuando los gobernantes no veneran a los Vedas, o no respetan a los brahmines que aprenden y practican los Vedas, o descuidan a la vaca que sostiene al hombre, y continúan gobernando impunemente argumentó ella , no hay dharma (rectitud) en la Tierra.

"Kamadhenu te maldijo ese día para que no tuvieras hijos que te sucedieran en el trono pero aclaró que, cuando siguieras el consejo del gurú y empezaras con humildad a venerar y a servir a la vaca y la adoraras en contrición, la maldición quedaría anulada y Kamadhenu te recompensaría con un heredero.

"Por eso, adora a la vaca a partir de este momento, con tu reina, como lo establecen las Escrituras sagradas, y podrán estar seguros de que tendrán un hijo. Se acerca la hora en que las vacas empiezan a regresar a casa luego de haber pastado. Mi tesoro, la vaca divina, Nandini, se está acercando rápidamente a la ermita. Vayan, sírvanla con devoción y fe inquebrantable. Denle comida y bebida a sus horas. Bañen a la vaca, llévenla a pastar y cuiden que ningún daño le ocurra mientras come".

Vasishta inició entonces a los reyes en el voto ritual de adoración a la vaca; los mandó al establo con agua sagrada y ofrendas para la adoración y él se encaminó hacia el río para hacer sus abluciones y oraciones de la tarde.

Un día, mientras Nandini pastaba, un león la acechó y la persiguió para poder calmar su hambre. Dilipa observó esto y usó toda su fuerza y habilidad para evitar que el león la devorara, pero finalmente tuvo que ofrecer su propio cuerpo a cambio. Aquel león, aunque era una bestia feroz, respetaba el dharma. Conmovido por el sacrificio que D¡lipa estaba dispuesto a hacer para salvar a la vaca que el rey adoraba, la puso en libertad, soltó al rey y se alejó del lugar.

La vaca Nandini estaba llena de un inexpresable sentimiento de gratitud y alegría ante el gesto de sacrificio de Dilipa, y le dijo: "Rey, en este momento la maldición que te aflige queda sin efecto. Tendrán un hijo que someterá al mundo entero, mantendrá los principios y la práctica del dharma, ganará renombre en la Tierra y en el cielo, acrecentará la fama de la familia real y, más aún, continuará la dinastía lkshvaku, en la que el mismo Dios, Narayana, nacerá algún día. ¡Que ese hijo nazca pronto!", y Nandini lo bendijo. Y, cuidada por el rey, la vaca sagrada regresó al ashram de Vasishta.

El gurú no necesitó que se lo dijeran. Lo supo tan pronto como vio la expresión de los reyes; supo que su deseo había sido cumplido, así que los bendijo y dio su venia para que partieran hacia la ciudad.

Entonces, D¡lipa y Sudakshina se postraron ante el sabio y marcharon al palacio, adonde llegaron plenos de alegría por el feliz cambio en el curso de los acontecimientos.

La criatura crecía en el vientre tal y como la bendición lo había afirmado. Cuando transcurrieron los meses, en un auspicioso momento nació el hijo. Cuando las buenas nuevas se difundieron por la ciudad y el reino, miles de personas se congregaron alrededor del palacio con gran júbilo, las calles se engalanaron con banderas y grandes hojas verdes. Grupos de personas bailaban llamando a todos para que compartieran la felicidad por la noticia y encendían llamas con alcanfor para señalar la ocasión. Enormes multitudes exclamaban: "¡Jai, jai!", y caminaban hacia los patios del palacio.

D¡lipa ordenó que el nacimiento del heredero se anunciara a la multitud, reunida en los amplios jardines del palacio, por el mismo ministro. Como respuesta, la multitud hizo una dichosa aclamación que llegó al cielo. El aplauso fue largo y rumoroso; los `jai" se oían como ecos de un extremo a otro de la calle. Llevó muchas horas para que la concurrencia se dispersara y se retirara a sus casas.

En el décimo día, el rey invitó al gurú y llevaron a cabo la ceremonia de dar nombre al recién nacido, y se seleccionó el de Raghu, por la constelación en la cual había nacido. La criatura deleitaba a todos con sus balbuceos y juegos, y con los años fue querido por todos por ser un brillante y encantador muchacho; luego transcurrió la adolescencia y se convirtió en un colaborador valiente, resuelto y eficiente de su padre.

Una noche, nadie podía saber por qué el rey se había entristecido, y cuando estaba a solas con la reina, le. dijo: "Sudakshina, he logrado muchas grandes victorias. He tenido éxito en llevar a cabo muchos rituales importantes. He luchado en muchas batallas con poderosos invasores y he triunfado sobre ellos, incluyendo a ogros y a titanes. Hemos sido bendecidos con un hijo que es la joya más preciada. Ya no tenemos nada más que ganar. Pasemos el resto de nuestras vidas en adoración a Dios. Raghu es el depositario de todas las virtudes, es capaz en todos los aspectos y puede soportar la carga de gobernar todo el imperio. Confiémosle el reino; nos retiraremos al silencio del bosque y viviremos de raíces y frutos, serviremos a los sabios que llevan vidas austeras llenas de pensamientos santos y que aspiran a Dios, y santificaremos cada momento escuchando las enseñanzas sagradas (sravana), reflexionando en los significados profundos y en practicar el camino establecido. No cederemos ni por un minuto a la pereza, la cual es sostenida por las cualidades tamásicas".

Después, tan pronto como amaneció, llamó al ministro ante su presencia; le pidió que se hicieran los arreglos para la coronación y matrimonio del príncipe. Pleno de espíritu de renunciación, le preguntó a la reina cuáles eran sus planes. Ella derramó lágrimas de gratitud y alegría, y dijo: "¿Qué mejor fortuna puedo tener? Estoy atada a tus

órdenes, lleva a cabo tus planes". Entonces, su entusiasmo y su solidaridad fortalecieron la decisión del emperador.

Dilipa llamó a sus ministros, eruditos y sabios y les comunicó su intención de celebrar la coronación y el matrimonio de su hijo; ellos accedieron de todo corazón y ambos actos se llevaron a cabo con gran suntuosidad. El padre le dio al príncipe valiosos consejos sobre la administración, enfatizando la necesidad de promover el estudio de las Escrituras y estimular a los eruditos instruidos en la ciencia védica, así como la promulgación de leyes para el progreso de su pueblo. Después se fue a la selva con la reina, resueltos a alcanzar la gracia de Dios.

Raghu reinó a partir de ese día de acuerdo con las directivas de los pandits y con un doble propósito: el bienestar de sus súbditos y la promoción de la vida moral. Como creía que estos dos objetivos eran tan vitales como el aire, no escatimó esfuerzos para alcanzarlos, así como para que sus ministros también se le unieran en ese objetivo. Aunque joven aún, era rico en virtudes. Por muy difícil que pudiera ser un problema, lo comprendía rápido y descubría los medios para resolverlo; así logró que sus súbditos estuvieran contentos. A los reyes malvados les daba severas lecciones: se los ganaba con acercamientos pacíficos e inteligentes tácticas diplomáticas, o lanzando contra ellos un pequeño ejército, o enfrentándolos abiertamente en el campo de batalla.

Estaba comprometido en actividades que aseguraban el bienestar de la gente y promovía la cultura de los Vedas. Toda clase de gente, de diferentes edades, posiciones económicas y logros, enaltecía su gobierno. Decían que era superior a su padre en habilidad física, valor, conducta recta y compasión. Todos decían que traía fama al nombre que llevaba.

Raghu daba especial atención al cuidado y bienestar de los ascetas en la selva, cuidaba que permanecieran libres de hostigamientos y él mismo supervisaba los arreglos para asegurarles protección. A causa de todo esto recibía sus bendiciones y gracia en amplia medida.

Un día, Kautsu, el ermitaño discípulo de Varathantu, llegó a la corte después de haber terminado de recibir sus enseñanzas. Le rogó al rey que lo ayudara a conseguir la ofrenda de agradecimiento que tenía que presentar a su preceptor. Raghu le dio el dinero que quería. Kautsu estaba feliz porque el regalo que había recibido no era impuro, sino reunido sin haber causado ningún dolor a la gente, la cual pagaba sus impuestos con alegría y gratitud, pues Raghu no recolectaba ni un centavo más de lo que era estrictamente necesario, ya que siempre temía la ira de Dios. El dinero también había sido entregado con gran amor y consideración, y así, Kautsu estaba colmado de dicha y de gratitud. Su corazón estaba henchido y habló amorosamente al rey: "Que seas bendecido pronto con un hijo, quien será famoso en todo el mundo", y se retiró de la presencia del gobernante.

De acuerdo con aquellas palabras, diez meses después, Raghu recibió la gracia de un hijo que resplandecía como un diamante. El rito de la imposición del nombre se llevó a cabo por los sacerdotes del palacio. Fue llamado Aja. Era un bebé encantador. Creció y se convirtió en un brillante muchacho, ávido de aprender todas las ciencias y las artes, de las que se volvió un experto en cada una de ellas; su fama como gran estudiante y culto jovencito se extendió por toda la nación.

A su debido tiempo, Raghu también sintió la necesidad de colocar sobre los hombros del príncipe la carga del poder y retirarse a la selva para dedicarse a la contemplación de Dios. El también llamó a sus ministros para que arreglaran la transferencia de la autoridad mediante el rito de la coronación, junto al matrimonio de Aja con una novia adecuada. Indumati, la hermana de Bhojaraja, el gobernador de Magada, fue la muchacha que escogieron como compañera de Aja. Así, después de haber dejado a su hijo en el trono, los padres reales se fueron a su ermita en la selva.

Aja, con la reina como su amada compañera, ganó la lealtad de sus súbditos por su sabiduría y compasión: siguieron escrupulosamente el consejo de Raghu sobre la manera y los medios de un buen gobierno. Aja amaba y veneraba al mundo y a sus habitantes como reflejos e imágenes de Indumati a quien amaba profundamente. De esta manera, él vivía pleno de felicidad y regocijo. Acostumbraban pasar días y semanas en los hermosos retiros del bosque, admirando la maravilla de la naturaleza.

Mientras tanto, la reina dio a luz un hijo. Los padres se regocijaron con este feliz acontecimiento; asimismo, hicieron que le comunicaran la noticia a su venerable preceptor, Vasishta. Querían brindarle al recién nacido los ritos ceremoniales. Se le llamó Dasarata.

El pequeño era, sin duda, el favorito de todos los que lo veían y tenían el privilegio de acariciarlo. El niño movía sus miembros como si fuera todo vitalidad. Parecía que se alimentaba de alegría y que sólo vivía para brindar felicidad a los demás.

Un día, Aja e Indumati acudieron al bosque, tal como era su costumbre, para recrearse en el regazo de la naturaleza. El silencio y lo sublime de ese día eran aún más atractivos que en otras ocasiones. Se sentaron a la sombra de un árbol y se hablaban con ternura cuando, de pronto, el ambiente se vio inundado por un aire cargado con una fragancia dulce más allá de cualquier descripción. Y pudieron oír fascinantes melodías de música divina. Se levantaron y buscaron la causa de estos misteriosos regalos. Descubrieron entonces muy alto sobre sus cabezas, entre las nubes del cielo, a Narada, el "hijo mental" de Brahma, yendo rápidamente a algún lugar. Mientras lo observaban, una flor que Narada llevaba en su tocado se soltó y, llevada por el viento, cayó exactamente sobre la cabeza de Indumati. Aja estaba atónito por el incidente, pero se sorprendió más todavía al descubrir que la reina había caído, cerrando sus ojos para siempre.

La muerte de la mujer que amaba tan íntimamente como a su propio aliento, causó un dolor desesperado al gobernante, su desolación estremeció al bosque de punta a punta. La Tierra tembló, pero los árboles permanecieron inalterables, insensibles a la desdicha que ahogaba el corazón del rey.

Narada escuchó aquellos lamentos, el llanto de Aja ante el cuerpo de su bienamada, y lo fue a consolar en su tristeza. "¡ Rajá! dijo , la pena es una reacción que no sirve cuando la muerte golpea; el cuerpo está sujeto a nacimientos y muertes, lo que trae el nacimiento también trae la muerte, tratar de saber el porqué es una locura. Los actos de Dios están más allá de la cadena de causa y efecto. Los intelectos comunes no pueden entenderlo sino, a lo sumo, adivinar la razón. ¿Cómo puede el intelecto comprender algo que está fuera de su dominio?

"La muerte es inevitable para cada ser encarnado. Sin embargo, ya que el fin de Indumati te parece tan extraño, te diré la razón dijo Narada . Escucha: en épocas pasadas, el sabio Trinabindu estaba concentrado en un ascetismo extremo, así que Indra resolvió probar sus logros y su equilibrio interno. Envió una encantadora deidad llamada Harini para atraerlo hacia el mundo de la sensualidad. El sabio permaneció imperturbable a sus encantos y se mantuvo sereno. Abrió los ojos y dijo: «No pareces ser una mujer común. Podrías ser una doncella divina. Bueno, quienquiera que seas, ¡vas a sufrir por haberte decidido a ejecutar este cruel acto, un plan malvado! Caída del cielo, nacerás como un ser humano; aprenderás lo que es ser un mortal». Maldiciéndola así, el sabio cerró nuevamente los ojos y entró en meditación.

"Harini tembló de miedo y derramó abundantes lágrimas de arrepentimiento, pidiendo que no la exiliaran del cielo, rogó patéticamente para que le retiraran la maldición. El sabio se compadeció un poco y dijo: «Oh débil criatura, no es posible para mí desdecir mis palabras. Sin embargo, te diré la manera en que puedas salvarte. ¡Escucha! En el momento en que una flor del cielo caiga sobre tu cabeza, tu forma humana caerá y podrás retornar al Cielo». Indurnati es aquella divina doncella y ha logrado su liberación en este día. Cuando la flor que yo portaba cayó sobre ella, se liberó de la maldición. ¿Por qué lamentarse entonces? No hay ninguna razón." Narada le habló de los deberes de un monarca, de su responsabilidad y del ejemplo que debe poner ante todos; le habló de la fugacidad de la vida y del misterio de la muerte, el destino final de todos los seres que nacen. Después de esto, Narada siguió su camino al cielo.

Sin posibilidad de poder ayudar a su bienamada, Aja ¡levó a cabo los ritos fúnebres y se dirigió a la capital; estaba oprimido por el dolor. Sólo el príncipe Dasarata podía darle algo de consuelo y renovar su voluntad de vivir; el rey pasaba sus días sumido en la tristeza. Como Dasarata era ahora ya un joven plenamente desarrollado, Aja le entregó

el reino y se fue a un islote del río Sarayu, con el voto de no aceptar comida. Se negaba a sí mismo, ya no encontraba razón para continuar, así que provocó que su propia vida se extinguiera.

Tan pronto como Dasarata oyó esas noticias, se apresuró a ir al río Sarayu y lloró la pérdida de su querido padre. Hizo sin demora los arreglos para el funeral y sintió algún alivio al saber que su padre había desistido de vivir en el cumplimiento de un voto ritual. Sacó algo de fortaleza de este hecho y asumió sus deberes como gobernante, con completo dominio de sus variadas facultades.

En poco tiempo la fama de Dasarata iluminó como un sol al amanecer. Tenía la intrepidez y habilidad de diez aurigas, así que el nombre Dasarata (un héroe con diez carruajes) era muy apropiado. Nadie se podía poner en contra de la arremetida de su poderoso carro de combate. Los demás gobernantes, atemorizados por sus proezas, le rendían homenaje. El mundo lo exaltaba como un héroe sin igual, un dechado de virtudes, un hombre de estado de la más elevada categoría.

3. NINGÚN DESCENDIENTE

Hasta Ravana, el rey Rakshasa de Lanka, llegó la fama de Dasarata. Y estaba tan lleno de envidia que hizo un plan para destruirlo, ya sea por medios justos o injustos. Buscó entonces una excusa para provocar a Dasarata. Un día le mandó decir con un mensajero que, a menos que le pagara tributo, se iba a encontrar con Ravana en el campo de batalla y le demostraría su gran poder. Esta advertencia estaba en contra de la moral, pero ¿qué moral era la que un Rakshasa respetaba?

Cuando Dasarata escuchó el recado se rió burlonamente. Cuando el mensajero aún lo estaba viendo, el rey disparó unas flechas que llegaron hasta Lanka y con ellas trabó las puertas de la ciudad.

Dirigiéndose a los enviados, Dasarata dijo: "Bien, señores, ahora he trabado las puertas de su ciudad fortaleza, su jefe no las puede abrir, por más que lo intenta; ése es el «tributo» que pago a su impertinente señor". Cuando los mensajeros regresaron e informaron a Ravana, éste se sorprendió de encontrar que todas las puertas estaban trabadas, y sus desesperados esfuerzos y los de todos los hombres no tuvieron éxito; no podían abrir las puertas. Cuando Ravana se estremeció de vergüenza, extrañamente las flechas regresaron a Ayodhya y las puertas pudieron abrirse otra vez.

Ravana, sin embargo, seguía pensando que podía dominar a todos los gobernantes del mundo, pero se daba cuenta de que sólo lo podría lograr ganándose la gracia Divina, así que se dirigió a las profundidades de la selva y seleccionó un lugar favorable y auspicioso para realizar sus prácticas ascéticas.

El ascetismo de Ravana era tan intenso y satisfactorio, que Dios en su forma de Brahma se apareció ante él y ofreció otorgarle cualquier gracia. "Ravana, pide cualquier cosa, te daré lo que tu corazón desee",

dijo Brahma. Ravana le daba vueltas en su mente a la humillación que había sufrido a manos de Dasarata, y pensando que aquél pudiera llegar a tener hijos aún más fuertes, por quienes él pudiera sufrir más, expresó su deseo: "¡Señor!, concédeme esta gracia: que ningún hijo le sea nacido a Dasarata". A esto, Brahma dijo: "Así sea", y desapareció, pues no quería que Ravana pudiera idear otra sucia petición si permanecía ante él. Ravana se pavoneó orgulloso y libre de todo temor, regocijándose por el éxito de su propósito.

Mientras tanto, otro proyecto surgió en su mente. "Dasarata es un joven que ya está en edad de formar un matrimonio; si yo me las ingenio para que nunca se llegue a casar, mi salvación estará doblemente asegurada", pensó y, buscando alguna artimaña, se dio cuenta de que era muy probable que Dasarata se casara con la hija del rey de Kosala. Así que decidió terminar con la vida de la princesa. Cuando la propia destrucción es inminente, la razón se distorsiona. Entonces entró al reino de Kosala clandestinamente y disfrazado secuestró a la princesa. Poniéndola en una caja de madera, la arrojó al mar.

Ravana no tomaba en cuenta aquella verdad de que nada puede suceder sin el asentimiento de la voluntad Divina. Brahma tenía otro designio. La caja fue llevada por las olas hasta la costa. El sitio donde fue arrojada por el mar era un excelente lugar de recreación. Al día siguiente, Sumantra, el primer ministro de Dasarata, casualmente visitaba el lugar para vacacionar y poder pensar con tranquilidad sobre problemas de gobierno. Sus ojos se posaron en la caja, la recuperó y la abrió: se sorprendió de ver dentro de ella a una encantadora muchacha de atractivos y brillantes ojos y un halo de divino resplandor. Sumantra sintió una profunda lástima, y con dulces palabras le dijo a la niña: "Pequeña, ¿cómo es que fuiste a parar adentro de esta caja?" Ella respondió: "Señor, soy la princesa del reino de Kosala, mi nombre es Kausalya. No sé cómo llegué a esta caja ni quién me puso aquí. Estaba jugando con mis compañeras en los jardines del palacio, no recuerdo qué me sucedió". Sumantra se conmovió por su simple y sincera declaración. "¡Tales bárbaras estratagemas sólo las llevan a cabo los Rakshasas, pues están más allá del alcance de los humanos! Te llevaré con tu padre y te pondré en sus manos. ¡Ven conmigo, vayamos sin demora!"

Sumantra la ayudó a subir a su carroza y se dirigió a Kosala, donde la devolvió al rey, su padre, y le contó ante la corte los detalles que él sabía.

El rey también le hizo varias preguntas a Sumantra y descubrió que era nada menos que el ministro de la corte de Dasarata, emperador de Ayodhya, y que su amo estaba aún soltero. Se colmó de dicha ante tal descubrimiento. Le dijo: "Ministro, me has traído de regreso a mi hija, salvándola de la destrucción. Por eso he resuelto darla en matrimonio a tu señor. Por favor, informa al rey de mi ofrecimiento".

Honró a Sumantra con la debida ceremonia y lo envió con el sacerdote de la corte y los regalos correspondientes.

Sumantra le relató detalladamente a Dasarata todo lo que había sucedido. Para confirmar su aceptación, Dasarata envió con el sacerdote de la corte de Kosala a su propio sacerdote con regalos auspiciosos. Se fijó el día y la hora del matrimonio. Dasarata se dirigió a la capital de Kosala acompañado de un magnífico grupo de elefantes, carrozas, caballería e infantería. El sonido de la música que marchaba con él alcanzaba el cielo y se repetía como un eco en el horizonte. El matrimonio de Dasarata y Kausalya fue celebrado con resonante grandeza y esplendor. El rey de Kosala acercó a Sumantra hacia él y le dijo: "Tú eres la persona que me trajo esta gloria; claro está que jamás sucede nada sin la voluntad de Dios. Sin embargo, ¿cómo puedo demostrarte mi gratitud? Te pido que por favor me honres aceptando mi ofrecimiento: cásate hoy mismo en esta ciudad. Si estás de acuerdo, yo arreglaré las celebraciones este mismo día".

Dasarata y Sumantra dieron su consentimiento a la proposición. Sumantra se casó con la hija de Viradasa, de la familia de los Ganga. Las noticias de las bodas del rey y del primer ministro en el mismo lugar y el mismo día, se esparcieron no por toda la ciudad, sino por todo el reino. Aquella tierra estaba llena de admiración y deleite. El festival duró tres días, al pueblo se le obsequió con música, teatro, danzas y otros entretenimientos; noche y día estaba colmado de alegría y dicha.

Al cuarto día, Dasarata empezó el camino de regreso a Ayodhya con su reina y cortesanos, así como con el ministro Sumantra y su esposa y todo el cortejo, y entraron a la ciudad entre aclamaciones. Sus súbditos se regocijaban bailando en las calles por la boda del rey y del ministro. Exclamaban: "¡Jai, jai!" hasta quedarse roncos. Se alineaban formando vallas en las calles para poder ver a su reina, rociaban agua de rosas por donde pasaban los monarcas y les daban la bienvenida con llamas de alcanfor.

Dasarata asumió nuevamente sus deberes de monarca y gobernó con amor y cuidado. A menudo iba con su consorte en excursiones al bosque y pasaba sus días alegremente. Sin embargo, el tiempo volaba, los días se hacían meses y los meses años, y una sombra de angustia oscurecía la cara del rey. El tormento de no tener hijos lo hería terriblemente.

Consultó a los sacerdotes, sabios y ministros y cuando supo que sus deseos eran aceptados por Kausalya, se casó por segunda ocasión, esta vez con Sumitra, mujer que verdaderamente estaba llena de virtudes. Kausalya y Sumitra estaban unidas la una a la otra por los lazos del afecto, mucho más fuertes que los de una madre con su hija. Cada una le quería dar gusto a la otra, cada una tenía profunda fortaleza, desapego y compasión. Sin embargo, a pesar del paso de los años, no había ningún signo de que el rey pudiera tener un sucesor para el trono. Movido por la desesperación, Dasarata se casó con una

tercera esposa, a instancias de las dos reinas. Ella era Kaika, la encantadora hija del rey de Kekaya, en Kashmir.

El rey de Kekaya, sin embargo, puso ciertas condiciones antes de dar a su hija en matrimonio. Insistió en que el hijo que naciera de Kaika debería tener derecho de subir al trono. Garga, el sacerdote de la corte, llevó el mensaje a Ayodhya. Kausalya y Sumitra descubrieron entonces el ardor del rey por casarse con la princesa de Kekaya, ya que su belleza era alabada por todos. Sentían que el deber de la verdadera esposa era obedecer el menor anhelo de su marido y hacer lo posible para que dicho deseo se realizara; también sabían muy bien que la dinastía imperial de Ayodhya nunca podría ser contaminada por un hijo que transgrediera el Dharma; aunque Dasarata no prometiera que el hijo de la tercera esposa heredaría el trono, el primogénito de Kaika nacido en la dinastía, con toda seguridad sería una encarnación de la rectitud, libre de toda mancha. Así, imploraron con las palmas unidas: "Señor, ¿qué felicidad más grande podemos tener que la tuya? Acepta las condiciones establecidas por el rey de Kekaya y cásate con su hija para asegurar la continuidad de la dinastía Raghu; ni siquiera hay necesidad de pensarlo un minuto".

Las palabras de las reinas avivaron su pequeña chispa en una llama brillante, y el rey envió a Garga de regreso con muchos regalos aceptando los términos e informando al monarca de Kekaya que pronto llegaría él para celebrar la boda. Y finalmente la ceremonia se celebró con gran suntuosidad.

Dasarata regresó a su ciudad, y brillando como la luna entre las estrellas, pasó en procesión por las calles acompañado de las tres reinas. El monarca trataba a cada una con igual consideración, ellas también mostraban igual amor y respeto hacia cada una y hacia el rey. Lo adoraban y temían no complacerlo. Se esforzaban por cumplir sin demora y de la mejor manera posible sus deseos, ya que lo veneraban como su dios, según la tradición de la auténtica esposa. Vivían con tanto amor entre ellas que parecía que tuvieran un mismo aliento en tres cuerpos.

Los años pasaron. El rey y sus esposas habían pasado ya los límites de la juventud y se acercaban a la vejez, y no había ninguna señal de un hijo; por eso, aunque las habitaciones de las reinas tenían todas las comodidades para una existencia placentera, sus corazones estaban destrozados por la ansiedad y la angustia.

Una tarde, los cuatro el monarca y las reinas , en una habitación del palacio hablaron del incierto futuro de Ayodhya, preguntándose por la prosperidad y seguridad de su reino, y cada uno trató de contestar con inteligencia, pero, incapaces de resolver el problema, se levantaron abatidos y decidieron consultar a Vasishta, el preceptor real, y seguir su consejo.

Al amanecer, Vasishta fue respetuosamente llamado; muchos otros sabios y consejeros también fueron convocados para pedirles

opinión. El rey planteó el problema de encontrar un sucesor que gobernara ese enorme reino que se extendía entre los mares, el dominio imperial de la dinastía. Raghu. Sobrecogido por la desesperación, Dasarata rogó lastimeramente a los ancianos que le dieran sugerencias.

Vasishta permaneció reflexionando largo rato; finalmente, abrió los ojos y habló así: "Rey, no te preocupes. Ayodhya no se quedará sin gobernante, no será viuda. Estos dominios serán dichosos y prósperos, con ininterrumpidas festividades y adornados con guirnaldas siempre verdes. Será la guardiana de la vida recta, donde la música resonará con alegría. No estaré de acuerdo en criar un príncipe de otra dinastía para que gobierne sobre Ayodhya. La gracia de Dios es algo inescrutable. El voto de rectitud que ustedes cumplen con seguridad les traerá la suprema alegría de tener un hijo. No se demoren más. Inviten al sabio Rishiasnaga, el hijo de Vibhandaka, para que lleve a cabo, como sacerdote oficiante, la sagrada ofrenda Putrakameshti[3]. Cumplan con todas las reglas ceremoniales, y su deseo se cumplirá sin duda alguna".

Escuchando estas tranquilizadoras palabras, pronunciadas tan enfáticamente por Vasishta, las reinas se sentían dichosas. El botón de la esperanza floreció nuevamente en sus corazones, y se retiraron a sus habitaciones rezando fervorosamente.

El rey buscó entre sus cortesanos al emisario más apropiado para enviarlo a buscar a Rishiasnaga, para invitarlo a la capital imperial en tal misión. Finalmente llamó a su viejo amigo, Romapada, rey de Anga, y lo envió con el equipo y las instrucciones necesarias. Mientras tanto, se hicieron los arreglos para la ofrenda a la orilla del Sarayu, río sagrado. Se construyeron altares especiales de acuerdo con los requerimientos rituales y adornaron la ciudad con banderas y guirnaldas.

Tal como se había dicho, el gran sabio Rishiasnaga llegó a la ciudad de Ayodhya para deleite de todos, con su esposa Shanta. El emperador Dasarata le dio la bienvenida en la puerta principal del palacio; lavó los pies del distinguido santo, y luego vertió sobre su propia cabeza algunas gotas del agua santificada por aquellos pies; después se postró ante Vasishta y le pidió que le preguntara a Rishiasnaga el procedimiento requerido para llevar a cabo el ritual.

Rishiasnaga dispuso que los ministros y eruditos se sentaran en lugares especialmente asignados, también le pidió al rey que se sentara en su trono. Después describió los distintos pasos en el desarrollo de la ceremonia, de manera que los sacerdotes de la corte pudieran tomar nota para llevarlos a cabo. Los describió tan detalladamente que todos sabían exactamente dónde sentarse en el salón sacrificial.

---

[3] Ritual prescripto para aquéllos deseosos de tener hijos

El sabio decidió que la ofrenda empezara puntualmente a las siete de la mañana del día siguiente. Las noticias se esparcieron en un instante por toda la ciudad.

Antes del alba todas las casas se decoraron con guirnaldas verdes, en todas las calles una multitud hacía procesión hacia la orilla del río Sarayu, donde se iba a llevar a cabo el ritual. En la ribera, la gente estaba ansiosa por presenciar el gran sacrificio.

Rishiasnaga y su consorte, Shanta, llegaron al estrado cubierto donde se llevaría a cabo la ceremonia, acompañados del, monarca y las reinas, al mismo tiempo que se cantaban los Vedas y se escuchaban clarines y trompetas. A Rishiasnaga se le ofreció el sitial de Brahma, en su calidad de celebrante principal del rito, y fue quien asignó distintas tareas como la adoración, recitación, cantos, etcétera, a los eruditos, tomando en cuenta sus cualidades. Las ofrendas fueron puestas en el fuego sagrado con la fórmula prescripta por él mismo, con escrupulosa exactitud, profunda fe y devoción.

Del fuego, el cual era alimentado según las Escrituras, surgió ante la vista de todos una persona Divina que brillaba con cegadora claridad. Sostenía una vasija refulgente en sus manos. La vasta concurrencia y los sacerdotes quedaron petrificados ante tal portento; en ellos había miedo y alegría. Estaban sobrecogidos por el misterio y la repentina bienaventuranza. El monarca y las reinas enjugaban lágrimas de alegría. Centraron sus miradas en la persona Divina y le oraron con las manos juntas.

Rishiasnaga continuó la ceremonia con actitud impasible, tal como lo prescriben las Escrituras, haciendo ofrendas al fuego. De pronto se escuchó una voz que resonó como

el estruendo de un rayo. Rishiasnaga cayó atónito sobre su asiento y escuchó con atención el mensaje del cielo: "Maharaja, recibe esta vasija y dale el sagrado alimento que contiene, en partes iguales, a tus tres reinas"; ése fue el mandato de la voz. Poniendo la vasija en las manos del rey, la misteriosa persona que había surgido de las llamas desapareció en ellas.

La alegría de la gente, de los príncipes, sabios y sacerdotes que presenciaron esta gran manifestación no tenía límites. Pronto, los rituales finales fueron efectuados y el maharaja regresó en procesión al palacio, con la vasija sagrada otorgada por los dioses en sus manos.

4. LOS HIJOS

Al terminar el baño ceremonial aconsejado por el preceptor, las reinas entraron al templo del palacio, donde se encontraba el altar de la deidad familiar. Vasishta finalizó la ceremonia de adoración. El alimento sagrado que la persona divina había otorgado, fue puesto entonces en tres tazones de oro. Después, Vasishta llamó a Dasarata y le dijo: "Rajá, dale estos recipientes a tus esposas; primero a Kausalya, después a Sumitra y por último a Kaika". El rey hizo lo que se le pidió. Las reinas tomaron los recipientes y se postraron a los pies de Vasishta y Dasarata. Después Vasishta les dijo que sólo podrían tomar el alimento sagrado después de haber tocado los pies de Rishiasnaga, quien había oficiado el ritual.

Así, Kausalya y Kaika guardaron sus tazones en el mismo templo y se marcharon para que sus doncellas les secaran el pelo y las peinaran. Mientras tanto, Sumitra fue a la terraza, puso su recipiente en el balcón y se secó el pelo al sol, reflexionando todo el tiempo en una idea: "Soy la segunda reina. El hijo de Kausa1ya (la soberana mayor)

ascenderá al trono por derecho propio; el hijo de Kaika (la tercera reina) puede ascender al trono de acuerdo con la promesa hecha por el rey cuando se casó con ella. Pero recapacitaba ¿qué sucederá con el hijo que daré a luz? No estará ni aquí ni allá. ¿Por qué tiene un hijo que sufrir como un don nadie, sin su jerarquía ni soberanía? Es mucho mejor que no viva a que nazca y sea rechazado".

Pero eso sólo duró un momento. Pronto reconoció y sintió que debía suceder lo que Dios decidiera, y que nadie podría impedirlo. Recordó que eso era lo dicho por el preceptor y el rey, así que fue a recoger el tazón, decidida a comer el contenido cuando, sorpresivamente, descendió un águila y se lo llevó en el pico, lejos, muy lejos, hacia el cielo.

Sumitra se arrepintió por descuidar el alimento sagrado, supuso que el rey se pondría muy triste si se enteraba del percance. No podía decidir qué haría, así que fue a buscar a su hermana Kausalya y le contó toda la historia. Justo entonces, Kaika también entró con su tazón de oro luego de haberse secado y recogido el pelo. Las tres se querían mucho, como hermanas unidas por un fuerte lazo de afecto.

De esta manera, para evitar darle al rey la triste noticia, hicieron traer otro tazón de oro y Kausalya y Kaika vaciaron en él una porción de su propia parte, para que todas pudieran sentarse juntas en el templo. Comieron del alimento sagrado mientras Rishiasnaga pronunciaba bendiciones y otros ancianos y eruditos cantaban himnos védicos auspiciosos. Después, las reinas bebieron agua santificada y se postraron ante el altar; cayeron a los pies de Rishiasnaga y se fueron a sus propios palacios.

El tiempo transcurrió. La noticia de que las reinas estaban embarazadas se difundió entre la gente; los cuerpos de las soberanas tomaron una complexión que hacía que sus rostros resplandecieran. Llegó el noveno mes. Las doncellas y parteras aguardaban alegremente el acontecimiento y atendían a las reinas con mucho cuidado. Estaban en esto cuando se enteraron de que Kausalya tenía ya los dolores de parto; se apresuraron a ir a su palacio, y cuando iban en el camino se enteraron de que la consorte real había tenido un príncipe. Al siguiente día, Kaika parió un hijo. Las felices noticias llenaron de alegría todo el lugar. Al tercer día Sumitra dio a luz mellizos.

Signos auspiciosos se vieron por todas partes. Las buenas noticias llenaron a todos con inconmensurable alegría. La tierra se cubrió de verde, los árboles crecían por todas partes; la música estaba en el aire, las nubes desgranaban fragantes gotas de lluvia, pero únicamente sobre las habitaciones donde los bebés estaban en sus cunas. La felicidad de Dasarata no tenía límites. Pues si por años había sufrido el dolor de no tener un hijo, ahora el nacimiento de los cuatro le brindaba una satisfacción y una alegría indescriptibles.

El rey invitó a los brahmines y les regaló oro, vacas y tierras en gran cantidad. Dispuso que se les diera dinero y ropa a los pobres;

además regaló de todo a los que no tenían y dio de comer al hambriento. Donde uno posara la vista encontraba gente aclamando el feliz acontecimiento, exclamando: "¡Jai, jai!" Los súbditos se reunían en enormes grupos para expresar su alegría bailando. "Ahora sí tenemos príncipes para que continúen la dinastía real", se enorgullecían; sentían más regocijo que cuando sus propios hijos habían nacido. Las mujeres daban gracias a Dios por este favor, ya que estaban seguras de que el nacimiento de los príncipes era una señal de misericordia divina.

Dasarata invitó al palacio a Vasishta y, según sus indicaciones, hizo que un instruido astrólogo escribiera los horóscopos de los recién nacidos. El astrólogo les anunció que el hijo de Kausalya había nacido en el momento más propicio, el Uttarayana (la mitad del Año Divino), en el mes Chaitra, durante la quincena ¡uminosa, el noveno día, bajo la estrella Punarvasu, un lunes, en Simhalagra (el signo zodiacal del León), en el período Abhijit, el de la victoria; además, todo esto coincidía mientras el mundo descansaba alegremente, cuando la temperatura no era caliente, ni tibia, ni fría. Por su parte, el hijo de Kaika había nacido al día siguiente, en Chaitra, en la mitad luminosa, en el décimo día, un martes, en Gandhayoga. Al tercer día nacieron los mellizos, también en Chaitra, durante la mitad clara, el decimoprimer día, bajo la estrella Aslesha, en Vriddiyoga. Todos estos datos se le entregaron al astrólogo y se le pidió que elaborara las cartas y levantara los horóscopos de acuerdo con la ciencia, e informara al rey de sus deducciones.

Después, Dasarata le rogó a Vasishta que fijara el momento auspicioso para la ceremonia en que se impondría nombre a los niños. El preceptor de la familia se sentó en silencio por algunos instantes, hundido en meditación; vio revelarse, en su mente yóguica, los años venideros; excitado por aquella revelación, dijo: "¡Maharaja! Tus hijos no son mortales comunes. Son incomparables. Tienen muchos nombres; no son humanos, son seres espirituales que han asumido formas humanas. Son personas divinas. La buena fortuna de esta tierra los ha traído aquí. Considero una gran suerte el poder oficiar la ceremonia del nombre para estos niños divinos". Las madres son tres pero el padre es uno, por eso Vasishta señaló que el período de diez días de "impureza" se contara a partir de la fecha en que Kausa1ya dio a luz. Así, el decimoprimer día después del nacimiento del hijo de Kausalya era auspicioso para efectuar la ceremonia del nombre. El rey se postró a los pies de Vasishta en agradecimiento por este favor y el preceptor se retiró a su ermita.

El astrólogo también aprobó el día y empezó a escribir la lista de materiales que deberían estar preparados para el ritual. Se la entregó al sacerdote en jefe y se fue, cargado de regalos que el rey le dio. Dasarata hizo que se escribieran invitaciones para la ceremonia y ordenó que se enviaran a los gobernantes vecinos, nobles, cortesanos, sabios y eruditos, dirigiéndose a ellos adecuadamente según su

jerarquía. Los mensajeros que llevaban las invitaciones eran ministros o sabios de la corte, o empleados o brahmines, según la posición y rango de los invitados.

Diez días pasaron. La ciudad de Ayodhya fue iluminada y embellecida, haciéndola encantadora. La música llenaba el aire y se esparcía por todo el reino, y la gente se preguntaba si eran ángeles los que cantaban desde el cielo. Las calles estaban perfumadas de deliciosos aromas. La ciudad se llenaba de invitados. Sólo los sabios y los miembros de la corte estaban autorizados a entrar en palacio y nadie más. Al resto, ya fueran príncipes o campesinos, se les preparó un lugar especial. Habían erigido estrados en el patio del palacio para poder sentar a todos los huéspedes e invitados. Los acomodaron ahí para que pudieran observar la ceremonia con todo detalle.

Muy pronto se oyó la música que salía de la sala de audiencias; se escuchaban los himnos védicos que cantaban los brahmines. Las tres reinas entraron al salón, elegantemente decorado, con sus bebés en brazos. Brillaban como madres divinas cargando a los dioses, Brahma, Vishnu y Shiva. La bienaventuranza y el esplendor que invadían sus rostros estaban más allá de toda descripción.

Tan pronto como la gente observó la llegada de las reinas, las aclamaciones de "iJai, jai!" surgían de sus corazones. Las mujeres ondeaban las luces auspiciosas de sus lámparas ante las soberanas. Se habían colocado tres lugares especiales para ellas. Kausalya tomó asiento primero, seguida por Sumitra y Kaika. El emperador Dasarata se sentó a la derecha de Kausalya.

Los brahmines comenzaron la ceremonia, prestando la debida atención a los detalles. Encendieron el fuego sagrado y vertieron las oblaciones recitando la fórmula apropiada. Se esparcieron granos de arroz sobre platos de oro, encima del arroz se colocó un lienzo de seda muy suave y sobre ella, las progenitoras colocaron a los bebés. ¡El hijo de Kausalya se quedó mirando a Vasishta fijamente como si fuera un conocido familiar! Se esforzaba por mantenerse cerca, como si le gustara su compañía y disfrutara de estar cerca de él. Todos se sorprendieron ante este extraño comportamiento. Vasishta estaba sobrecogido por la alegría; derramó lágrimas de felicidad y tuvo que limpiarse los ojos y controlarse con mucho esfuerzo. Después, tomando algunos granos de arroz en su mano, dijo: "¡Rey! El niño nacido para darle dicha a Kausalya, le dará bienaventuranza a toda la humanidad. Sus virtudes traerán consuelo, contento y felicidad a todos. Los yoguis y buscadores espirituales encontrarán en él una gran fuente de dicha. Por lo tanto, desde este momento, su nombre será Rama, «Aquel que complace»". Los sabios aprobaron el nombre y lo encontraron muy adecuado y significativo. Exclamaron: °¡Excelente! ¡Excelente!"

Después, Vasishta posó su mirada en los mellizos de Sumitra. El mayor sentía él sería un héroe, un fiel luchador y dotado con una gran riqueza. Sabía que se deleitaría sirviendo a Dios y a su consorte

Lakshmi; el servicio sería para él como su propio aliento. Por lo tanto, escogió para el pequeño el nombre de Lakshmana. Su hermano menor pensó Vasishta sería un formidable destructor de enemigos y, al mismo tiempo, un dichoso seguidor de las huellas de sus hermanos mayores. Por eso lo bendijo con el nombre de Satrugna (el que aniquila a los enemigos).

Luego se fijó en el hijo que era la fuente de alegría de Kaika. Ese niño supo Vasishta llenaría todos los corazones con amor y felicidad; iba a sorprender a todos por su increíble apego a la rectitud (dharma); gobernaría a sus súbditos con gran afecto y compasión, así que le dio el nombre de Bharata (aquel que gobierna). La gente estaba feliz de poder escuchar al preceptor hablar sobre el glorioso futuro de los niños; estaban llenos de amor por los príncipes y desde aquel día los llamaron Rama, Lakshmana, Satrugna y Bharata.

Dasarata había dispuesto exquisitos banquetes para todos los que asistieran a la ceremonia; contagió con su alegría a toda la gente que había asistido, ofreciéndole a cada uno la hospitalidad y los regalos que su jerarquía merecía; ofreció una enorme cantidad de obsequios como actos de caridad y en cumplimiento de los rituales de penitencia, repartió vacas, tierras, oro y otros valiosos regalos a los pobres y necesitados, atendió los deseos de todos, para que ninguno estuviera descontento o decepcionado; después de terminada la ceremonia, los dejó retirarse con la debida cortesía para que regresaran a sus hogares.

Los niños crecían rápidamente con el amoroso cuidado de sus madres. Sin embargo, sucedió algo muy curioso. Muy pronto se dieron cuenta de que Lakshmana siempre buscaba a Rama, y Satrugna a Bharata. Asimismo, desde el día de su nacimiento, Lakshmana siempre estaba llorando. Doncellas y nodrizas intentaron todos los remedios, pero nada podía aliviar su malestar ni hacer cesar su llanto. También le dieron medicinas, que de nada sirvieron. Y como Sumitra estaba segura de que el dolor de su hijo estaba más allá de los medicamentos, mandó llamar al preceptor Vasishta y se postró a sus pies en cuanto éste entró a la recámara. "Maestro le imploró , Lakshmana ha estado llorando desde su nacimiento y quejándose por algo que no soy capaz de descubrir. He consultado a los médicos y lo he tratado según me han dicho. Sin embargo, día tras día llora más, ni siquiera disfruta la leche de su madre. Además, tampoco duerme. ¿Cómo podrá estar saludable y fuerte si continúa en ese estado? Por favor, dime por qué está así y bendícelo para que deje de llorar".

Vasishta analizó la situación y después dijo: "Señora, su pena es algo fuera de lo común, y estás tratando de curarlo con remedios caseros y medicinas. Debes saber que su anhelo está más allá de la comprensión de los mortales. Haz lo que te digo y la criatura estará feliz y tranquila. En el momento que lo hagas, el niño dejará de lamentarse y empezará a jugar con gusto. Llévalo y acuéstalo junto a Rama, el hijo de Kausalya. Eso será el remedio". Vasishta se retiró

bendiciendo a madre e hijo. Sumitra llevó de inmediato a Lakshmana a donde el otro niño se encontraba en su cuna, pues quería por sobre todo que su hijo estuviera feliz. Lo acostó al lado de Rama, ¡y desde ese preciso instante los lamentos cesaron! Empezaron las risas y los juegos.

Aquellos que vieron esta transformación, se maravillaron. Lakshmana, que hasta ese momento había estado sufriendo, empezó a balbucear alegremente agarrándose los pies, moviendo sus manitas gozosamente, como lo hacen los peces cuando son devueltos al agua, deslizándose alegremente con movimientos rápidos. Estaba ante la presencia de Rama, inmerso en bienaventuranza y consciente de la gracia que Rama esparcía.

La historia de Satrugna fue similar. Estaba triste y sin ganas de comer ni de jugar. Se le veía muy débil. Sumitra estaba preocupada por su comportamiento, así que invitó de nuevo al palacio al preceptor y le preguntó la razón de tal proceder. Vasishta sonrió nuevamente y dijo: "¡Madre, tus hijos no son seres comunes. Han nacido para actuar el drama divino! Pon a Satrugna en la misma cama que Bharata. Entonces se pondrá alegre, será extremadamente feliz. Ya no te preocupes más". Vasishta la bendijo y se fue Sumitra siguió sus instrucciones inmediatamente. Desde entonces Satrugna pasaba el tiempo en compañía de Bharata. Los niños gozaban de bienaventuranza ¡limitada estando juntos. Como el esplendor del sol, crecían en inteligencia y gloria de hora en hora.

Sumitra no tenía ya nada que hacer por sus hijos; pero como amaba a sus mellizos como a su propia vida, pasaba la mitad de su tiempo con Kausalya y la otra mitad con Kaika, mimando a los niños y atendiendo sus necesidades. Iba de un palacio a otro y gustaba de su tarea como una doncella a quien le importaba mucho la comodidad de los niños. "No estoy destinada a criarlos", era el pensamiento que la consumía, y la invadía la soledad. A menudo se preguntaba cómo había surgido esa extraña situación: que sus hijos estuvieran felices con las madres de sus hermanos y no con ella.

Finalmente, fue con el preceptor y le rogó que aliviara su ansiedad. El le dijo la verdad sin titubeos: "Madre, Lakshmana es una parte de Rama y Satrugna es una parte de Bharata". En el momento que estas palabras salían de sus labios, Sumitra exclamó: "¡Sí, sí! ¡Me doy cuenta de ello ahora! Me siento feliz de haber sabido por ti cuál era la verdad", y se postró a los pies de Vasishta y se retiró al interior del palacio.

Dijo para sí misma: "Cuando el águila se llevó en su pico el maravilloso regalo, aquel alimento divino, yo estaba tan asustada de que el rey pudiera enojarse por mi descuido que fui a decirle a Kausalya y Kaika la calamidad que había sucedido; entonces ellas vaciaron una parte de sus porciones en mi tazón; por eso tuve mellizos, como resultado de las dos partes que consumí. ¡Los designios de Dios son un

misterio! Está más allá de cualquiera comprender su voluntad y majestad. ¿Quién puede alterar este mandato?

"Sí se consolaba a sí misma ,los tuve en mi vientre durante nueve meses, pasé por los dolores del parto, pero sus verdaderas madres son Kausalya y Kaika, no hay ninguna duda". Estaba firme en esta creencia y alegremente confió sus hijos a Kausa1ya y a Kaika, compartiendo con ellas los mimos y el cuidado de los niños.

Toda la familia real y los servidores gozaban observando jugar a los niños. Cuando se iban, Kausalya siempre insistía en que se hicieran escrupulosamente los ritos para prevenir el mal de ojo. Era tan afectuosa y considerada con los niños que no se daba cuenta del transcurso del día y de la noche, o de que la noche se iba y amanecía otra vez. No cesaba de cuidarlos ni por un instante. Mientras se bañaba o cuando rezaba en el templo, su mente estaba con los niños, y se apresuraba a ir con ellos tan pronto como le fuera posible. Todo el trabajo que tenía que realizar siempre lo hacía rápidamente para poder pasar más tiempo atendiendo a los niños.

Un día, bañó a Rama y a Lakshmana, les puso perfume en los rizos y luego los llevó a sus cunas de oro. Cantaba dulces canciones mientras los mecía. Cuando vio que se habían quedado dormidos, llamó a las doncellas para que los cuidaran. Kausalya preparó su diaria ofrenda de comida a la Divinidad para poder terminar sus ritos de adoración. Tomó el plato argento con la comida y se la ofreció a Dios. Más tarde fue al adoratorio para recoger el plato y poder darles a los niños una pequeña porción de la ofrenda, pero recibió una gran sorpresa cuando encontró a Rama ante el altar, sentado en el suelo, con la ofrenda ante él y deleitándose con la comida que ella había ofrecido a Dios. No podía creer lo que sus ojos veían. Kausalya se preguntó: "¿Qué es lo que estoy viendo? ¿Me engañan mis ojos? ¿Es esto verdad? ¿Puede ser verdad? ¿Cómo es que un bebé que estaba durmiendo en su cuna pudo haber venido hasta aquí? ¿Quién lo trajo?" Corrió hacia la cuna y miró en ella ¡sólo para encontrar que Rama estaba ahí, durmiendo! Entonces creyó que lo que había visto había sido una ilusión, así que se dirigió al templo para sacar el plato de las ofrendas que había puesto ante las imágenes de la Divinidad, pero encontró vacío el plato. °¿Cómo es posible se preguntaba que haya visto al niño en el adoratorio? Pudo haber sido una ilusión, pero, ¿y este plato vacío? Esto no es falso."

Entre sorprendida e incrédula, tomó el plato, se apresuró hacia la cuna, y se quedó observando a los dos bebés. Rama tenía algo en la boca y le daba vueltas con la lengua, y evidentemente lo disfrutaba; Kausalya estaba divertida observando el rostro de Rama cuando descubrió el Universo entero dentro de aquella boca. Perdió la conciencia ante tal revelación.

Las doncellas gritaban angustiadas, pero Kausalya no las escuchaba. La tendieron en la cama y una de ellas le tomó los pies y se los sacudió hasta que la reina despertó. Volvió en sí con un vivo temblor

en todo el cuerpo. Vio a sus doncellas alrededor y se sentó sobre la cama, impresionada, y volviéndose hacia ellas preguntó: °¿Vieron al niño?" "Sí contestaron , estamos aquí desde hace rato y no le hemos quitado la vista de encima". "¿Notaron algún cambio en él?", preguntó Kausalya con impaciente avidez. "No hemos notado ningún cambio; el niño está profundamente dormido, como puede ver", fue la respuesta que recibió. Kausalya pensó entonces: "¿Fue mi visión un autoengaño o realmente sucedió? Si fue verdad, ¿por qué no lo notaron las doncellas?" Pensó con detenimiento y finalmente se tranquilizó, recordando que los niños habían nacido por la gracia divina, y sólo se podía esperar de ellos manifestaciones divinas.

Los cuidó con profundo afecto maternal, y ellos crecían día a día en resplandor como la luna en su fase brillante. Kausalya sentía una dicha inconmensurable al mimarlos, vestirlos y enjoyarlos.

La niñez de Rama fue una etapa sencilla pero sublime de su vida. Kausalya, muy a menudo, olvidando que él era su hijo, se postraba a sus pies, y juntaba sus palmas ante él reconociendo su Divinidad. Pero inmediatamente sentía miedo de lo que la gente pudiera decir si la veían inclinándose ante su propio hijo y tocando sus pies en señal de adoración. Para cubrir las apariencias, miraba hacia arriba y oraba en voz alta: "¡Señor! Protege a mi hijo de cualquier daño". Acostumbraba cerrar sus ojos contemplando a su niño divino y le rogaba a Dios que su fe no se tambaleara ante los caprichos de maya, el poder de lo ilusorio. Estaba maravillada por el halo de luz que rodeaba su rostro. Temía que los demás pudieran dudar de su cordura en caso de que ella les dijera sus experiencias, pero tampoco se las podía guardar. Estaba tan aturdida que a menudo se comportaba como si estuviera ausente por la ernoción de presenciar los divinos juegos de su hijo. Algunas veces se sentía ansiosa por revelarle sus secretos a Sumitra o a Kaika cuando estaban con ella, pero se controlaba, por temor a que dudaran de la autenticidad de sus experiencias y las consideraran una exageración causada por el amor hacia su propio hijo.

Por fin, un día Kausalya se atrevió a relatarle al emperador la historia completa, estremecedora y maravillosa. Dasarata escuchó con cuidado y luego le dijo: "Señora, esto es sólo la creación de tu imaginación, por el inmenso amor que sientes por tu hijo; te imaginas que es divino y ves cada una de sus acciones y movimientos bajo esa luz, por eso te parece extraño y maravilloso. Eso es todo". Pero esta respuesta no la satisfizo. El emperador la consoló con otros argumentos y la mandó a sus habitaciones. A pesar de lo que Dasarata afirmó, la reina, que había presenciado los milagrosos incidentes con sus propios ojos, no se convenció. No podía dar crédito a esas palabras.

Por eso fue a buscar a Vasishta y le consult^ sobre la veracidad de sus experiencias. El escuchó su relato y le dijo: "Reina, lo que has visto es la pura verdad; no son creaciones de tu imaginación. Tu hijo no es un niño común: ¡es Divino!, te ha nacido como fruto de muchas vidas

meritorias. Que el salvador de la humanidad haya nacido como hijo de Kausalya es la singular fortuna de los ciudadanos de Ayodhya". Bendijo ampliamente a la re¡na y se fue. Kausalya entendió perfectamente las declaraciones de Vasishta. Ella sabía que Rama era la Divinidad misma, y obtenía una enorme alegría al contemplar a su hijo.

Transcurrieron los meses. Rama, Lakshmana, Bharata y Satrugna aprendieron a sentarse en el suelo y a moverse por doquier. Se había dispuesto que siempre hubiera alguien que los cuidara para evitar que se cayeran y se lastimaran. Les regalaban muchos juguetes. Las madres y los niños pasaban los días en continua alegría sin sentir el paso del tiempo. Los niños ya se podían levantar y ponerse de pie, asiéndose fuertemente de los dedos de sus madres o de las sirvientas. Se apoyaban en la pared y se paraban. Ya podían dar algunos pasos. Sus esfuerzos y logros daban alegría a sus madres. Cuando balbuceaban algunas palabras con sus dulces vocecitas, las hacían reír. Les enseñaron a decir mamá y papá y se emocionaban cuando las pronunciaban correctamente.

Cada día, al alba, les untaban fragante aceite medicinal en sus cuerpos; luego los bañaban en las aguas sagradas del Sarayu. Después les secaban el pelo sahumándolo con incienso y les ponían colirio en los ojos; les dibujaban sus puntitos en las mejillas para prevenir el mal de ojo, y les ponían marcas rituales en sus frentes. Los vestían con suaves sedas y los ayudaban a reclinarse en las hamacas donde se dormían profundamente al ritmo de melodiosas canciones de cuna. Ocupadas en estas placenteras tareas, las madres sentían que el cielo no estaba tan lejos, sino en torno a ellas.

¡Y ni qué decir de las joyas para los niños! Cada día tenían nuevas y más brillantes: ajorcas, tintineantes cinturones de oro y joyas y collares con las nueve piedras preciosas. Por miedo de que éstas pudieran dañar su tierno cuerpo, las montaban en suaves cintas de terciopelo.

Los juegos y pasatiempos de los pequeños desafían cualquier descripción. Cuando aprendieron a caminar, mandaban traer de la ciudad a niños de la misma edad para que jugaran con ellos. A dichos niños les daban de comer deliciosos platillos, y muchos juguetes para que se entretuvieran. Los atestaban de regalos. A las doncellas que los traían también se les daba de comer. A Kausalya, Kaika y Sumitra no les importaban su propia salud ni comodidad cuando estaban cuidando a sus niños, tan felices se sentían con ellos.

Después de este período de crecimiento y de habérseles procurado todo en el interior del palacio, cuando llegaron a la edad de tres años los niños eran llevados por sus nodrizas al patio, donde corrían y jugaban a su gusto. Cuando regresaban, las madres les daban la bienvenida y los cuidaban con gran amor. Un día, Dasarata, conversando con las reinas, mencionó que los niños no iban a aprender mucho de lo que valía la pena saber si sólo andaban con las sirvientas;

que su inteligencia y habilidades no iban a desarrollarse estando de esa manera, así que se fijó un día auspicioso para iniciarlos en los estudios, y se llamó a los maestros para que realizaran la ceremonia.

A partir de ese día, los encantadores pequeños se fueron a residir a la casa de su maestro; renunciaron a sus costosos ropajes reales y usaron sólo una tela alrededor de sus cinturas y otra sobre sus hombros. Todo esto se debía a que la educación no puede progresar si los niños están en la atmósfera paternal de amor y cuidado. Fueron a vivir con su maestro, embebidos en sus lecciones tanto de día como de noche, ya que se aprende más sirviendo al maestro, observándolo y siguiendo su ejemplo. Tenían que comerlo que su preceptor les diera. Resplandecían como encarnaciones del brahmachari ideal, esto es, del buscador de la verdad. Cuando las madres sentían la angustia de la separación y deseaban verlos, iban a la casa del maestro y se ponían felices viendo el progreso de los niños.

El maestro también se sentía contento cuando observaba la constancia y el entusiasmo de sus alumnos; se sorprendía ante su inteligencia y memoria prodigiosas, se maravillaba y llenaba de dicha. Entre los cuatro, notaba que Rama tenía un interés sobresaliente por sus estudios. Entendía tan rápidamente que podía repetir cualquier lección correctamente aunque sólo la hubiera escuchado una vez. El maestro estaba atónito ante la aguda inteligencia de Rama y decidió que su adelanto no debería detenerse por la necesidad de poner a los otros a su nivel, así que agrupó a los otros tres por separado y le prestó atención individual a Rama, quien aprendía muy rápido.

Lakshmana, Bharata y Satrugna también aprendían sus lecciones admirablemente bien, pero ansiaban tanto la compañía y camaradería de Rama que en cuanto éste desaparecía de su vista, perdían interés en el estudio y en los deberes hacia su maestro. Como resultado, no podían nivelarse con Rama. Siempre iban una o dos lecciones atrás.

Lakshmana se atrevió a decirle a su maestro una o dos veces que no tenían ninguna necesidad de lecciones ni de aprender nada, que estarían contentos con sólo tener la oportunidad de estar con su hermano mayor. Rama era la vida misma de Lakshmana. El maestro observaba esta extraña relación entre los dos y se inspiraba al contemplarla. Recordó la declaración del sabio Vasishta de que esos niños no eran otros más que Nara y Narayana, fuerzas divinas inseparables.

5. EL GURÚ Y SUS DISCÍPULOS

Los príncipes vivían en la casa del preceptor y lo servían con devoción. Renunciaron a las comodidades del palacio y pasaron privaciones alegremente. Llevaban a cabo los deseos del maestro con humildad y lealtad. Terminaron sus estudios en un período muy corto y se hicieron expertos en las materias que su preceptor les enseñó. Un día, el emperador Dasarata fue con su ministro a la casa del maestro. Se llenó de alegría al verlos recitando los himnos védicos y escuchar los mantras sagrados de sus bocas, claramente, con fluidez, como una cascada de perlas brillantes. Estaba feliz de que sus hijos hubieran aprendido tanto.

Rama se levantó y cayó a los pies de su padre. Al ver esto, los tres hermanos también se acercaron y se postraron ante él. El maestro invitó al emperador y al ministro a que se sentaran en unas sillas cubiertas de piel de venado. Dasarata empezó a conversar con el maestro para saber cuánto habían progresado los niños en sus estudios. Rama le indicó a sus hermanos que no debían oír la plática y abandonó la habitación con el permiso de su gurú, llevando sus libros y diciéndoles a sus hermanos que lo siguieran. Los hermanos seguían a Rama en todo, así que en silencio lo obedecieron. Vasishta y Dasarata advirtieron este incidente y apreciaron la conducta correcta de Rama, su comprensión acerca del giro de la conversación de su maestro y la inmediata reacción de humildad y la manera en que era un ejemplo y un ideal para sus tres hermanos. Estaban felices de que hubiera aprendido tanta disciplina.

Vasishta no se podía contener. Dijo: "¡Maharaja! Tus hijos dominan todas las disciplinas. Rama domina todos los Shastras. No es un mortal ordinario. Tan pronto como empecé a recitar los Vedas, los repetía como si ya los supiera. Sólo aquel que ha inspirado los himnos los puede repetir así, nadie más.

"Los Vedas no son «libros» que él hubiera podido leer con cuidado en sus ratos libres. Han sido transmitidos de maestro a discípulo, a través de la recitación y únicamente oyéndolos. No están disponibles en ninguna parte, excepto del preceptor. Esa es la razón por la cual me refería a ellos como sruti, aquello que es oído. Es el aliento divino mismo el que ha pronunciado los mantras. Hasta este momento no he visto a nadie que los haya dominado como Rama. ¿Pero por qué decir «visto»? ¡Ni siquiera he «oído» de alguien que haya logrado tal hazaña!

'>Te podría hablar de muchos otros logros sobrehumanos de tu hijo, maharaja. Cuando recapacito en mi buena fortuna por tener a estos muchachos como discípulos, siento que es la recompensa al ascetismo que he practicado por tanto tiempo. No necesitan aprender nada más. Ahora deben ser entrenados en el arte del arco y la flecha y destrezas similares propias de los príncipes. Han completado sus estudios conmigo y son capaces en todo lo que yo les puedo enseñar. El día de hoy también es muy auspicioso, llévalos contigo de regreso al palacio'>.

Ante esto, Dasarata, quien había estado afligido desde hacía meses por el dolor de la separación, derramó lágrimas de alegría. No podía contener su dicha. Se volvió hacia su ministro y le pidió que llevara la buena noticia a las reinas para que fueran a la ermita con las ofrendas que los discípulos tienen que dar al preceptor cuando dejan su resguardo. Sumantra se dirigió rápidan lente al palacio y comunicó las buenas nuevas. Arregló las ofrendas y regresó más rápido de lo previsto.

Mientras tanto, los niños fueron empacando sus pertenencias y poniéndolas en el carruaje. Tal como su padre les dijo, adoraron al gurú de acuerdo con el ceremonial prescripto, le dieron los regalos y se postraron a sus pies, pidiéndole permiso para ir a casa.

Vasishta atrajo a los niños hacia sí, los tomó de las manos y les dio unas palmaditas en la cabeza, los bendijo y sin muchas ganas les permitió irse. El dolor de la separación le llenó de lágrimas los ojos. Los acompañó hasta la carroza. Los niños subieron y el carro partió. Los niños se dieron vuelta para ver al gurú y miraron en esa dirección con las palmas unidas durante una larga distancia. El preceptor también se quedó en ese lugar, con las mejillas húmedas por las lágrimas. Dasarata se dio cuenta de este lazo entre el maestro y los discípulos y se sintió muy complacido.

Mientras los niños llegaban al palacio, el gurú entró a su ermita con el corazón apesadumbrado. Donde posaba sus ojos, encontraba oscuridad. Temía que el apego que había desarrollado pudiera llegar a ser un impedimento en su realización, así que decidió sentarse a meditar para poder extinguir las mareas altas de los recuerdos. Pronto pudo vencer la ilusión externa y se fundió en la bienaventuranza interna. Se dio cuenta de que los niños eran encarnaciones del dharma, artha, kama y moksha, las cuatro metas de la vida humana (rectitud, bienestar, esfuerzo y liberación), y de que habían adoptado una forma humana para poder restablecer en la Tierra estos grandes ideales para una vida grata, y esto le dio paz.

Dasarata decidió complementar la educación que los niños habían recibido instruyéndolos en el manejo de las armas, así que llamó a expertos arqueros y a otros maestros para que les enseñaran la ciencia del ataque y la defensa. Pero, ¿quién podría enseñar a estos niños que de por sí ya eran maestros en todos los campos de estudio? Los príncipes sólo estaban "actuando" los papeles de humanos en cuanto al aprendizaje.

¿Quién le puede enseñar a mover los hilos a aquel que sostiene las marionetas? Los hombres que no eran capaces de reconocer la realidad de los muchachos por el ocultamiento de maya, deseaban entrenarlos para hacerlos diestros en las armas y enseñarles prácticas útiles para la vida mundana. Pero los príncipes habían venido a salvar al mundo del desastre y por eso tenían que estar en el mundo y ser del mundo, respetando sus reglas, en tanto que sirvieran a su propósito. Los hombres no podían entender sus actos por estar más allá del intelecto o de la imaginación humanos; si se les hubiera pedido que los explicaran, no habrían podido. Pero la gente debe aprender a poner en práctica los ideales; por eso Rama se presentaba como una brasa cubierta de cenizas, o como un lago con una gruesa capa de liquen, o como la luna escondida por una cortina de nubes. Los hermanos seguían sus huellas.

Rama y Lakshmana revelaban el conocimiento de estrategias y destrezas que ni los instructores más expertos conocían, los cuales incluso estaban maravillados y hasta algo temerosos. Sin embargo, ninguno de los príncipes disparaba jamás una flecha a un animal o a un pájaro. Nunca rompían su promesa de que usarían las armas sólo en ocasiones de gran necesidad, y no por el placer de matar o herir. Los instructores a menudo los llevaban a cazar a la selva para que practicaran, pero cuando localizaban algún animal y les pedían que dispararan, se negaban a hacerlo diciendo: "Estas flechas no se deben usar en blancos inocentes, son para proteger a los buenos, para el bienestar del mundo, para el servicio de la gente. Ese es el propósito por el cual las tenemos con nosotros; no las deshonraremos usándolas para esos ridículos pasatiempos". Los maestros tenían que aceptar sus argumentos. Cada palabra, cada acto de Rama demostraba su compasión. Algunas veces, cuando Lakshmana apuntaba su flecha a un pájaro o a otro animal, Rama se anteponía y le decía: "Lakshmana, ¿qué daño te ha hecho a ti o al mundo? ¿Por qué deseas dispararle? Está en contra del código de moral prescripto para reyes el castigar a seres inocentes; ¿no lo sabías?"

El emperador se sentaba a menudo entre sus ministros, con los príncipes cerca de él, y discutía problemas de política y cuestiones legales, así como la aplicación de los principios morales en el gobierno del Estado. También les hablaba de sus abuelos y de la dinastía real, de cómo se ganaban el amor y la lealtad de sus súbditos, de cómo luchaban contra los demonios y en favor de los dioses, y de la forma en que se ganaban la gracia y el apoyo de Dios en esas empresas. Tanto el padre como los hijos se regocijaban escuchando estos relatos. En muchas ocasiones los ministros se turnaban para que los demás pudieran escuchar esas placenteras narraciones.

A medida que los niños crecían, los ministros se iban sintiendo más confiados en ir encargándoles algunas actividades de las áreas gubernamentales. La gente soñaba en que cuando tuvieran edad y tomaran las riendas del gobierno, la Tierra se convertiría en cielo. Cuando la gente veía a los príncipes, sentían un lazo de afecto hacia ellos. Asimismo, la conversación entre los niños se distinguía por su dulce concordia. En la ciudad de Ayodhya no había nadie que no amara a aquellos sencillos, humildes, virtuosos y desinteresados príncipes, o que no mostrara deseo por observarlos. Eran tan queridos por los niños de Ayodhya como sus propios cuerpos, tan preciados a la ciudad como sus propios corazones.

Cuando iban ya por los once o doce años, un día Dasarata llamó a su presencia al ministro Sumantra y lo comisionó en los arreglos necesarios para que a los príncipes se les enseñara la ciencia espiritual de la Liberación. Dijo que no importaba lo adelantado que una persona pudiera estar en las ciencias de este mundo, que únicamente la ciencia espiritual de la Liberación podría darle la fortaleza necesaria para

llevar a cabo sus deberes con rectitud, que la más elevada moral se les debía impartir a tierna edad.

El éxito o el fracaso en la vida adulta está construido sobre las impresiones y las experiencias de las etapas tempranas de la vida. Los primeros años son los cimientos para la mansión de los años posteriores. Por lo tanto, le dijo: "Lleva a los príncipes por todo el reino y deja que conozcan no sólo las condiciones en que vive la gente, sino también los lugares sagrados. Háblales sobre la santidad de esos lugares, la historia de los templos y de los santos y sabios que los han consagrado, y deja que beban del profundo manantial de la Divinidad que santifica esos lugares. Pienso que será muy bueno que lo hagan, pues a medida que crecen están propensos a los deseos sensuales y a otros impulsos. Antes de que caigan presos de aquellas tendencias, es mejor implantar en ellos la reverencia, el respeto y la devoción a la Divinidad que es inmanente al Universo. Esa es la única manera de evitar que su condición humana se degrade en animalidad. Saber esto es esencial para los que tienen que gobernar un reino. Consulta al gurú y a los preceptores y dispón el recorrido sin demora".

Emocionado por el proyecto de que a los príncipes se les otorgara esa gran oportunidad, Sumantra hizo todos los preparativos y él también se alistó para acompañarlos. Las reinas se enteraron del peregrinaje que los príncipes iban a llevar a cabo, y como estaban encantadas de que se fueran a tan sagrada empresa, prepararon todo para que pudiera ser lo más feliz y provechosa posible. Dispusieron que fueran algunas nodrizas y algunos otros compañeros de su edad. Los príncipes también estaban rebosantes de alegría ante el proyecto de visitar los lugares sagrados del país. Entusiasmaron a sus compañeros y también le pidieron al rey el equipo y la ropa necesaria para aquéllos.

Un día después, cuando llegó la hora auspiciosa especialmente escogida para iniciar el viaje, los príncipes se inclinaron ante sus padres, tocándoles los pies con sus frentes y se postraron a los pies del preceptor; las madres les pusieron los puntos sagrados en sus frentes y en sus mejillas para evitar el mal de ojo y para protegerlos contra el mal. Se quitaron sus ropajes reales y se pusieron la vestimenta de peregrinos, es decir, una pieza de seda alrededor de la cintura y un chal de la misma tela cubriéndoles los hombros. Se despidieron y subieron a la carroza, entre las aclamaciones de miles de ciudadanos que se habían reunido para verlos partir en la carroza escoltada por guardias.

Días, semanas y meses pasaron. Iban a cada templo y lugar sagrado, se embebían de la santidad de todos los lugares; adoraban cada templo con fe y devoción. Aprendieron la historia de cada lugar y los antecedentes de los templos, ignoraron cualquier otro pensamiento o actividad durante todo ese largo período. Sumantra les describía la santidad de cada lugar tan gráfica y familiarmente que sus corazones se emocionaban. Los príncipes lo acosaban con preguntas demandando

explicaciones, y él se regocijaba por el insaciable anhelo de los muchachos, y les daba más información e inspiración.

Así viajaron desde Kanyakumari hasta Kashmir, y desde la costa del este hasta el mar del oeste, durante más de tres meses. Contemplaron los sufrimientos de la gente y la incomodidad de los peregrinos en cada región del imperio, y cada vez que veían algo así le rogaban a Sumantra que hiciera los arreglos necesarios.

Fueron responsables de la reparación y mejoramiento de muchos templos, de que se abrieran pozos de agua potable, se plantaran árboles y se establecieran refugios donde encontraran agua los caminantes sedientos, de la construcción de posadas y de establecer centros de salud. Cada vez que Rama expresaba el deseo de que se otorgaran tales facilidades, Sumantra accedía sin vacilación; veía que se cumplieran inmediatamente a su entera satisfacción. Los príncipes sentían gran alivio de que el imperio tuviera un ministro tan leal y eficiente como Sumantra, decían que con tales ministros el bienestar y el progreso estaban asegurados.

Todo lo que ocurría durante el peregrinaje de los príncipes era sabido en Ayodhya gracias a heraldos especiales, quienes corrían en relevos para llevar las noticias que recogían. Cada vez que había demoras, las reinas se llenaban de ansiedad. Entonces le rogaban a Vasishta que les diera información respecto de ellos Vasishta poseía el poder yóguico de saber lo que les estaba sucediendo, y les aseguraba que estaban felices, saludables y vigorosos, y que pronto regresarían a la capital. Las madres obtenían valor y confianza; luego el preceptor las bendecía y se retiraba del palacio hacia su ermita.

Mientras tanto, los heraldos traían buenas nuevas. Avisaron que los príncipes se acercaban a Ayodhya; que llegarían a la ciudad en dos días más. Se iniciaron arreglos para darles la bienve nida en la puerta principal de la capital imperial a los cuatro príncipes, quienes habían llevado a cabo con éxito su largo y arduo' peregrinaje, ganando renombre con ello, debido a su devoción

compasión mostradas durante su triunfante gira. Se roció agua de rosas en las calles para que no hubiera polvo y se colgaron guirnaldas. Las mujeres se colocaban en ambos lados de las calles con lámparas encendidas, las cuales moverían en círculo cuando pasaran los príncipes.

Llegaron a la puerta tal como se había anunciado; la gente movía las lámparas, ellos caminaron por la calle principal, tapizada con pétalos fragantes; atrás de ellos venían los músicos entonando canciones de bienvenida. Los brahmines recitaban himnos invocando las bendiciones de Dios delante de los distinguidos descendientes de la familia imperial. Sumantra venía caminando junto a los príncipes, cuyos rostros brillaban con un extraño encanto, y por fin llegaron al palacio.

Ahí, en la entrada misma, se realizaron varios ritos para evitar el mal de ojo; entonces fueron conducidos ante sus madres, que estaban

deseosas de verlos. Los muchachos corrieron hacia ellas y cayeron a sus pies, pero las reinas rápidamente los levantaron y los mantuvieron abrazados por varios minutos, arrobadas en la alegría que envolvía tanto a ellas como a sus hijos por la bienaventuranza de sentirse unidos a la Divinidad. Las lágrimas de amor que las madres derramaban mojaron las cabezas de los muchachos, y con una punta de sus mismos vestidos las secaron. Acariciaron sus cabellos, los mimaron, los sentaron en sus regazos y les dieron de comer arroz dulce con yogur con sus propias manos.

La emoción de las madres era indescriptible. El dolor de la separación, sufrido por tres largos meses, se aliviaba al tener a los niños bajo su cuidado, día y noche, por algunos días. Querían que ellos les contaran la historia de su peregrinaje, y los niños la narraron con sencillez y sinceridad. Hablaron sobre lo sagrado de cada lugar tal como les explicó Sumantra. Ellas escuchaban estas narraciones con tanto ardor y fe que también parecían experimentar el regocijo que cada templo otorga a los peregrinos sinceros.

Dasarata celebró el regreso de los príncipes de su viaje sagrado con ofrendas a Dios, y organizando un magnífico banquete para todos los brahmines que habían concluido con éxito su peregrinación a Kasi y Prayaga. También les hizo obsequios.

Así, desde el día en que nacieron los príncipes, la capital vivía un continuo festival. La ciudad de Ayodhya brillaba con ininterrumpida alegría. Las fiestas y los entretenimientos unían al pueblo en una sola familia con lazos de amor y gratitud. Cada mes, los días en que nacieron los niños (noveno, décimo y decimoprimero de la mitad luminosa), se efectuaban ceremonias para señalar el feliz acontecimiento. Incluso cuando los niños fueron en peregrinación, esos días se celebraron como si ellos hubiesen estado allí; excepto por las ceremonias en las cuales su presencia física era requerida, todo lo demás las fiestas, los regalos, los juegos, las danzas se realizaba con regocijo.

Sin embargo, los padres notaron un cambio en los niños como resultado de la peregrinación. La transformación era sorprendente y esperaban que las extrañas maneras adquiridas pudieran debilitarse con el transcurso de los días. Observaban su comportamiento y sus actitudes con gran atención. No obstante, éstas continuaban sin ninguna señal de que pudieran desaparecer.

Rama pasaba la mayor parte del tiempo en casa. Ya no se bañaba a las horas establecidas como lo había hecho hasta ese momento. Le disgustaba usar la vestimenta real, rechazaba las ricas comidas, ya no se sentaba en el trono de oro; parecía inmerso en la contemplación del Absoluto, de algo más allá de los sentidos y la mente. Debido a que Rama se mostraba cada vez más arisco y visiblemente malhumorado, los tres hermanos menores siempre se mantenían cerca de él; nunca lo dejaban solo, ni por jugar ni por ninguna otra razón.

Los cuatro acostumbraban reunirse en una recámara y se encerraban ahí. Las madres tenían que llamar a la puerta incluso para llevarles comida. Por más que trataban de descubrir por qué se comportaban así, ellos nunca les revelaron la razón. Sólo Rama se dignaba contestar sus preguntas diciendo: "Esta es mi naturaleza, ¿por qué buscan una razón?"

Las madres pronto sintieron que aquella situación no podía continuar, y así se lo informaron a Dasarata, quien mandó llamar a los muchachos. Pero al ver que los hijos, que hasta entonces siempre se apresuraban a su llamado, tardaban mucho tiempo en llegar, se llenó de preocupación. En el momento que decidió ir él mismo a verlos, llegó un asistente y le dijo que los príncipes venían en camino. El padre se sintió feliz. Los abrazó estrechándolos contra su pecho y se sentó con sus hijos a ambos lados; les hizo preguntas, algunas importantes y otras sin importancia. Pero antes, si él preguntaba algo, los niños daban diez respuestas; y ese día, cuando él hizo diez preguntas, apenas contestaron una.

Dasarata acercó a Rama hacia su regazo y le rogó amorosamente: "¿Por qué se niegan a hablar? ¿Por qué este silencio? ¿Qué es lo que deseas? ¿Qué tengo yo en el mundo si no es a ustedes? Dime qué necesitas y te lo daré de inmediato. Ya no juegas con tus hermanos como antes, y ellos están tristes". Aunque el rey acarició amorosamente la barbilla de Rama y lo miró a los ojos, el muchacho le dijo que estaba muy contento y que no necesitaba nada. La ansiedad de Dasarata aumentó al ver este extraño comportamiento; los ojos se le llenaron de lágrimas, pero los muchachos permanecieron indiferentes a su dolor. El padre les dijo algunas suaves palabras acerca de cómo debían comportarse los hijos y luego los envió a sus habitaciones.

Llamó a Sumantra para consultarlo; le preguntó si durante el peregrinaje había sucedido algo que hubiese puesto a los muchachos fuera de sí o si los había traído demasiado pronto cuando ellos todavía estaban interesados en conocer algún otro lugar. Dasarata lo acosó con tantas preguntas que Sumantra se sorprendió y hasta llegó a sentir temor, así que sus labios temblaron cuando dijo: "Durante el viaje no sucedió nada que hubiera podido disgustar a los príncipes, no hubo ninguna dificultad. Cada deseo de ellos fue honrado y cumplido. Di en caridad tanto como ellos quisieron; hice que se construyeran en cuanto lugar sugerían, refugios para los peregrinos; no hubo ni duda ni demora. Nunca me consultaron acerca de algún suceso que les hubiera disgustado. Tampoco yo noté nada. La peregrinación fue un largo viaje de dicha y adoración".

Dasarata conocía muy bien a su ministro. Por fin dijo: "Sumantra, eres un hombre competente. Sé muy bien que eres incapaz de cometer una negligencia o caer en un error. Pero, por alguna razón inexplicable, encuentro que los niños han sufrido un cambio después de la peregrinación; han desarrollado disgusto por la comida y por la

diversión. Pese a los esfuerzos de la gente por persuadirlo, Rama no responde ni dice la razón de su extraño comportamiento. Está inmerso en la propia conciencia de la falsedad de las cosas. Estoy sorprendido ante esto. Las reinas también han tomado esto tan a pecho que están siendo consumidas por la ansiedad".

Cuando Dasarata le habló así a Sumantra, el leal ministro le respondió: "Si se me permite, veré a los muchachos y trataré de diagnosticar su mal". "Muy bien dijo Dasarata , procede enseguida. Una vez que encontremos la causa, el remedio no será difícil, la cura no estará lejos."

Sumantra se apresuró hacia las habitaciones de los niños con el corazón apesadumbrado. Encontró que las puertas estaban cerradas por dentro y a los guardias afuera. Cuando Sumantra tocó, Lakshmana le abrió y lo dejó pasar. Sumantra conversó con ellos durante largo rato acerca de muchos temas a manera de poder obtener de ellos la razón de su malestar. Sin embargo, no pudo descubrir el misterio. Notó la diferencia entre el espíritu de camaradería que habían gozado durante los meses del peregrinaje y la distancia que había surgido en los meses recientes. Le rogó a Rama con lágrimas en los ojos que le dijera la causa de su melancolía. Rama sonrió y le dijo: "Sumantra, ¿qué razón se le puede dar a algo que es mi naturaleza misma? Yo no tengo anhelos, yo no tengo deseos. No tienes por qué sentir ansiedad por eso".

Incapaz de hacer nada más, Sumantra se dirigió a Dasarata y se sentó a su lado. "Creo que sería bueno invitar mañana al gurú y considerar qué medidas serán apropiadas", le dijo, y partió después de haber pedido permiso al rey.

Dasarata estaba triste, descuidó todo lo demás, ignoró las demandas del imperio y sacó muchas conclusiones que pudieran explicar el comportamiento de los muchachos. Se dijo: "Están entrando a la adolescencia, así que tales cambios de temperamento son naturales". Compartió su opinión con las reinas y descansó de la preocupación, por lo menos en ese momento.

Cuando supieron que el gurú Vasishta llegaba al palacio, las reinas hicieron los preparativos necesarios y lo esperaron en el altar familiar. Justo entonces llegó el gurú; todos cayeron a sus pies y lo acosaron con preguntas acerca del peculiar malestar de los niños y acerca del cambio que habían tenido. Todos lloraban. Percibiendo la agitación del rey y de las soberanas, Vasishta dirigió su atención hacia su interior y mediante su visión espiritual buscó la razón de la pena. La verdad fue revelada con rapidez a su gran pureza. En pocos segundos, les pudo asegurar a las reinas: "No hay nada malo con los muchachos. Ellos no son comunes. Están libres del mínimo rasgo de deseo mundano. Sus mentes son inmaculadas. No se angustien. Tráiganlos aquí; ustedes se pueden ir a sus habitaciones ahora".

Dasarata y las reinas se sintieron felices con tal afirmación; mandaron llamar a los principes y se retiraron. Lakshmana, Bharata y

Satrugna se apresuraron a encontrarse con el gurú cuando se enteraron de que él los quería ver, pero como Rama no tenía ningún apuro, pues estaba inmerso en sí mismo, como siempre, Lakshmana tocó sus pies y le pidió: "Es mejor que vayamos sin demora, si no, nuestros padres se lamentarán porque hemos osado desobedecer las órdenes del preceptor". Lakshmana le pidió insistentemente a Rama durante largo rato, empleando distintos argumentos. Finalmente, Lakshmana, Bharata y Satrugna se dirigieron al altar con su hermano mayor. Ahí se postraron a los pies del gurú con reverencia.

Al verlos, Vasishta les pidió con gran afecto que se acercaran y se sentaran junto a él. Los cuatro estaban cerca, pero Vasishta quería que Rama se acercara más aún. Acarició al muchacho con amor, jugando con su pelo y dándole palmaditas en la espalda. Dijo: "¡Rama!, ¿cómo es que te has vuelto tan callado? Tu madre y tu padre sufren de pena y miedo, incapaces de comprender este cambio tan inexplicable. Debes contribuir a su felicidad también, ¿no es así? Tienes que demostrar con tu propia acción la validez de los preciosos axiomas «Trata a tu madre como a Dios» y «Trata a tu padre como a Dios», ¿no es así?" Vasishta le dio a Rama varias lecciones para que considerara las verdades que le estaba enseñando.

Rama se sentó sonriendo, escuchando al gurú. Cuando terminó, le dijo calmadamente: "Maestro, tú hablas de la progenitora; pero, ¿quién es exactamente la madre? ¿Quién es exactamente el «hijo»? ¿Qué es el cuerpo y qué es el alma individual? ¿Es real el mundo objetivo o lo es el Alma Suprema? Este cuerpo no es sino la imagen del Alma Suprema, ¿no es así? Los cinco elementos que constituyen la sustancia llamada cuerpo también son la sustancia del Universo entero. Este Universo no es más que una interrelación de esos cinco elementos, ¿no es verdad? Los elementos persisten a pesar de todas las permutaciones y combinaciones. Estos también tienen una base más profunda. Si no se comprende esto, si se cree que este Universo creado es real, si uno cae en la fascinación de esta falsedad, si se descarta la verdad por darle peso a la mentira, ¿qué podríamos decir de esa colosal ignorancia? ¿Qué puede ganar el individuo ignorando la eterna, absoluta, verdadera Realidad, el Alma?"

Cuando Vasishta escuchó a Rama planteando estos problemas filosóficos tan profundos, también notó un halo de rayos de resplandor espiritual que emanaba y rodeaba su faz. Sabía que la luz indicaba Divinidad; por eso quiso que Rama mismo contestara las preguntas que había formulado. Y las respuestas y explicaciones que Rama dio eran, en verdad, la voz de Dios. Vasishta veía este hecho claramente. Inclinó mentalmente su cabeza ante él por miedo a que lo notaran, y le dijo: "Hijo, te veré nuevamente en la tarde". Acarició a los muchachos con un enorme sentido de gratitud y de amor, y se retiró del palacio, sin siquiera buscar a Dasarata; estaba sobrecogido aún por la iluminación del momento.

El rey fue a ver a los príncipes y también vio la extraña luz de divina conciencia brillando en sus semblantes. Y como no podía entenderlo, esperó el regreso de Vasishta por la tarde. En cuanto el gurú entró en el templo, los niños, las madres y el rey se postraron a sus pies y se sentaron en sus lugares con las manos unidas en humilde plegaria.

De pronto, Rama sorprendió a todos haciendo una serie de preguntas. "Alma, Dios, Naturaleza, ¿qué relación existe entre éstos? ¿No son los tres uno solo? ¿Son entidades distintas? Y si son uno, ¿cómo se volvieron tres y para qué? ¿Cuál es el principio unificador subyacente? ¿Qué beneficio hay en reconocerlos como diferentes, desistiendo del conocimiento de la Unidad?"

Los padres estaban pasmados ante la profundidad de estas preguntas a la tierna edad de Rama. Se hundieron totalmente en ese río de conocimiento e investigación, que derramaba preciosos axiomas, los cuales traían luz a tales problemas; era como si el Cielo respondiera a las preguntas de la Tierra. Se olvidaron de que Rama era su propio hijo y pasaron toda la noche en el análisis y comprensión de la gran sabiduría acerca de la Unidad. Vasishta comprendió que las palabras de Rama eran en verdad el néctar de la inmortalidad, el cual puede asegurar la paz para la humanidad; bendijo a Dasarata y a las reinas y regresó a su ermita.'

Rama pasaba sus días haciendo disciplina espiritual, comulgando consigo mismo, hablando consigo mismo cuando estaba solo y en silencio cuando estaba en compañía y a menudo riéndose aparentemente sin motivo. Dasarata cada vez estaba más preocupado. Le inquietaba qué les sucedería a los príncipes; trataba de mantener a los tres menores aparte, pero ellos no con , sentían estar alejados de Rama, así que se les tenía que dejar siempre con él.

Dasarata y las reinas estaban muy deprimidos, ya que todos sus sueños de dicha y gloria se habían desvanecido. Se desesperaban porque no veían en sus hijos ningún signo de cambio ni recuperación. Contaban las horas y los minutos; pasaban el tiempo con ansiedad y en oración. Rama no tenía interés ni en la comida, pues se alimentaba irregularmente y con indiferencia. Su salud cada vez era más débil.

Los diálogos entre Rama y su preceptor conforman el Yogavasishta, un significativo tratado, el cual también es conocido como el Ramadita

6. EL LLAMADO Y LA PRIMERA VICTORIA

En esa época, en la región este de Ayodhya, la ciudad real, el sabio Viswamitra llevaba a cabo rigurosas prácticas ascéticas. Un día, al tratar de realizar el rito sagrado conocido como yagna, los demonios interfirieron y lo mancharon con su maldad. Arrojaban pedazos de carne en el altar, haciéndolo impuro para aquella ceremonia védica. Ponían obstáculos de otras muchas maneras evitando una y otra vez llevar a cabo ese sagrado ritual. Y como estaba a punto de perder la razón, Viswamitra decidió ir a Ayodhya, la capital del imperio, para pedirle ayuda al mismo emperador.

Cuando se supo que llegaría el sabio, el rey envió a sus ministros para que lo condujeran al palacio con los debidos honores. Le dieron la bienvenida a la entrada de la ciudad y lo acompañaron hasta la misma puerta del palacio. Ahí los brahmines pronunciaron los himnos védicos mientras Dasarata le lavaba los pies, tal como está establecido en las Escrituras y como es costumbre al recibir a los sabios, y salpicó sobre su propia cabeza las gotas de agua así santificada. Luego llevaron a Viswamitra al interior del palacio, donde se le asignó un sitial, y los demás miembros de la corte se pararon alrededor de él. "Este es un gran día", exclamó Dasarata, y manifestó su alegría por la inesperada llegada del santo y por la oportunidad de servirlo y honrarlo.

Después, el sabio preguntó por la salud y el bienestar del soberano y de su familia, así como por la paz y prosperidad del reino. Le preguntó si su reino se distinguía en fortaleza y seguridad y si su gobierno aseguraba el progreso de sus súbditos. Dasarata le contestó que, como resultado de la gracia de Dios y de las bendiciones de santos y sabios, los ciudadanos cumplían con su deber felizmente, sin temor al fracaso, y que la administración tenía como firme propósito promover el bienestar de la gente. Dijo que su gobierno servía a sus súbditos de distintas maneras para alentar y preservar su felicidad y seguridad. Dasarata anhelaba saber la razón de la visita del sabio. Le aseguró que estaba listo:, a cumplirle su más mínimo deseo. Declaró con gran devoción que llevaría a cabo con diligencia cualquier cosa que le ordenara; sólo esperaba saber qué podía hacer por él. Viswamitra movió la cabeza en señal de aprobación.

Se volvió hacia Dasarata y le dijo: "No diré ahora ante ti que eres un gobernante sumamente recto, que honras a tus huéspedes y a los suplicantes y que eres la encarnación de la fe y la devoción; el hecho de que el imperio sea feliz bajo tu gobierno es suficiente evidencia. El bienestar de los súbditos depende del carácter de sus gobernantes. La gente tendrá paz o sufrirá ansiedad dependiendo de que sus gobernantes sean buenos o malos. Dondequiera que he preguntado, se me ha dicho que sólo en Ayodhya se puede encontrar a gente plena de amor y lealtad por su soberano y a un monarca lleno de afecto y respeto por su gente. Escucho estas buenas noticias en cada rincón de tu reino,

por eso sé que tus palabras vienen directamente de tu corazón. No tengo ni la menor duda; no faltarás a tu promesa. Cumplirás la palabra que has dado".

Las palabras del sabio conmovieron profundamente a Dasarata, quien dijo: "Los grandes hombres sólo se dedican a actividades que ayudan al mundo. Así, hagan lo que hicieren, no podrán desviarse de los mandamientos de las Escrituras. Debe haber una buena razón para todo lo que se proponen; están impulsados por la voluntad Divina en cada acto que hagan. Por lo tanto, estoy deseoso, con todos los recursos de los cuales dispongo, de servirte y cumplir tu menor deseo". Dasarata prometió una y otra vez que llevaría a cabo la orden del sabio.

Esto alegró a Viswamitra. "Sí. Como dijiste, nosotros no salimos de nuestras ermitas sin tener una buena razón. He venido a ti con un propósito muy elevado, y escuchar tu entusiasta respuesta me hace doblemente dichoso. Me siento feliz porque mi esfuerzo ha visto sus frutos. Mantendrás tu palabra, ¿no es así?

Dasarata le respondió sin demora: "Maestro, tal vez deberías hacerle a otros esa pregunta, ya que Dasarata no es el tipo de persona que rompa sus promesas. Daría su vida antes de deshonrarse a sí mismo negando su palabra. ¿Qué tesoro más grande puede tener un monarca que la moralidad e integridad? Son las únicas riquezas que permanecen con él como fuentes de fortaleza cuando cumple con sus múltiples responsabilidades. Si estados se pierden, el reino se convierte en una mansión sin luz, en un enorme desierto, asediado por los caprichos y las luchas de bandos. Se despedazaría por la anarquía y el terror. Al final el rey sufriría el desastre. Estoy seguro de que mi dinastía jamás sufrirá una calamidad así. Así pues, sin la mínima duda, dime la misión que te trajo a Ayodhya y acepta la ayuda que este devoto servidor está listo a ofrecerte".

Viswamitra dijo: "No, no. Yo no dudaba de eso. Simplemente dije esas palabras para poder oír esa aseveración de tu sólida fidelidad a la verdad. Sé que los gobernantes lshvaku están intensamente comprometidos con el deber de cumplir su palabra. Bueno, necesito de ti sólo una cosa. No es riqueza ni carruajes, ni vacas ni oro, ni regimientos ni servidores. Sólo necesito a dos de tus hijos, Rama y Lakshmana, para que me acompañen... ¿Qué dices a esto?", preguntó el sabio.

Dasarata perdió el equilibrio y se tambaleó, tardando en recuperarse. Después de recobrar su compostura, se armó de valor para decir: "¡Maestro! ¿De qué te pueden servir estos hijos míos? La misión en la cual intentas incluir a los niños podría ser mejor cumplida por mí, ¿no lo crees? Dame la oportunidad; haz que mi vida valga la pena. Dime de qué se trata. Me producirá una enorme alegría".

El sabio contestó: "Mi firme creencia es que la misión que estos niños pueden cumplir, no la ha de realizar nadie más. Sólo ellos pueden llevar a cabo esta tarea; ni miles de tus servidores, n¡ siquiera tú la

podrías realizar. Niños como éstos nunca antes habían nacido ni nacerán otra vez. Esta es mi convicción. Escucha: decidí llevar a cabo un ritual de sacrificio, pero tan luego como me disponía a empezarlo, se reunieron espíritus malos, demonios salidos de ninguna parte, causando su sacrílega destrucción, interrupciones y enormes percances. Quiero que estos niños eliminen a esos demonios y salven mi ritual de esos seres abominables para poderlo concluir. Ese es mi propósito, mi deseo. ¿Qué dices ahora?", preguntó Viswamitra con voz seria y resonante.

El rey respondió: "Maestro, ¿cómo van a poder llevar a cabo tan enorme tarea estos tiernos pequeños? Yo estoy aquí, deseoso y listo. Iré con todos mis carros de guerra, infantería, caballería, elefantes, y cuidaré el territorio del sacrificio y tu ermita; veré que el ritual se desarrolle sin interrupciones. Tengo alguna experiencia en la lucha contra fuerzas demoníacas ya que, como tú sabes, combatí por los dioses en contra de espíritus perversos y obtuve la victoria. Lo puedo hacer fácilmente. Haré los arreglos para acompañarte ahora mismo. Permíteme hacerlo", imploró.

Al escuchar estas palabras, el sabio dijo: "¡Oh rey! A pesar de todo lo que has dicho, no estoy de acuerdo. Te lo digo una vez más: tú no puedes cumplir esta misión. ¿No puedes entender que incluso está más allá de mí, que se me considera casi omnipotente y omnisciente? ¿Cómo entonces puedes tú llevar a cabo esta empresa y vencer? Tú consideras a estos niños como muchachos ordinarios, pero eso es un error; tú lo crees así por el afecto que les tienes por ser su padre. Sé perfectamente que ellos son el poder divino de Dios en forma humana. No dudes. Mantén tu palabra tan solemnemente dada y mándalos llamar en este momento; si no, acepta que no cumples tu palabra y me iré. Haz cualquiera de las dos cosas; ¡rápido, éste no es momento para titubeos ni para demoras!"

El rey estaba asustado por la enérgica voz del sabio. Desesperado, pidió que su preceptor se presentara en la corte. Vasishta vino y al ver a Viswamitra, se saludaron con respeto. Vasishta escuchó del rey todo lo que había sucedido. Por supuesto, Vasishta conocía muy bien la realidad Divina de los niños, así que decidió aconsejar al rey que no se preocupara más, y que con gusto entregara a los muchachos a la amorosa custodia del sabio.

Dasarata explicó que los niños no gozaban de buena salud desde hacía algunos meses y que no tenían la fuerza física para enfrentarse con los demonios en una batalla. "Desde hace tiempo nos preocupa su salud y ahora esta petición nos ha venido como pinchazo en una dolorosa llaga. Mi mente no acepta enviarlos a enfrentarse con los demonios. Cuidaré a mis niños, incluso con el riesgo de mi propia vida."

Viswamitra intervino y dijo: "¡Rey! ¿Por qué te atormentas de manera tan tonta? Deberías haber desistido de hacer promesas que no puedes cumplir. Es un acto de pecado el que un gobernante haga una promesa sin considerar los pros y contras y luego, cuando se le pide

que la cumpla, se demore, se retracte o inclusive rompa su promesa. Esto desacredita en gran medida a reyes como tú. Lamentablemente, desprecio la ayuda que me ofreces. El auxilio que se ofrece, aunque pequeño, si viene de un impulso sincero del corazón, es tan bueno como devolverle la vida a alguien. Una ayuda titubeante, aunque sea enorme, es deplorable. No tengo ningún deseo de causarte pena al pedir tu ayuda. Bien; sé feliz contigo mismo y con tu pecado. Me voy". Viswamitra se puso de pie e intentó marcharse. El rey se postró a sus pies y le rogó que le diera más luz y más tiempo. Pidió que le dijera su deber y le rogó que meditara sobre la justicia de su demanda.

Ante esto, Vasishta llamó a Dasarata a su lado y le aconsejó: "Señor, estás ante una revelación cósmica. Debido a que tu corazón está afligido por tu afecto paternal, la verdad se vela ante ti. A tus hijos nada los dañará nunca. Además, no hay ninguna hazaña heroica que esté fuera de su alcance. Formidables fuerzas divinas han tomado la forma humana con el propósito de destruir a los demonios y a las fuerzas perversas. De manera que, sin más demora, manda llamar a los niños. No tomes en cuenta ahora su físico o su inteligencia. Calcula más bien la Divinidad que se está irradiando a cada minuto de sus existencias. ¡No hay ninguna fuerza que pueda resistirse a eso, recuérdalo!"

Después de algunos otros consejos, Vasishta mandó llamar a Rama y Lakshmana, quienes, tan luego como supieron que los sabios Viswamitra y Vasishta querían verlos, se apresuraron y al llegar se inclinaron con reverencia. Primero se postraron a los pies de su padre, luego a los de Vasishta, y después a los pies de Viswamitra quien, con una sonrisa en los labios, se dirigió a ellos: "Niños, ¿quieren venir conmigo?" y ellos se entusiasmaron ante el proyecto.

Al escuchar esto, Dasarata estaba más descorazonado aún;. su cara perdió todo brillo. Rama vio que su progenitor se entristecía por aquella aprobación, se le acercó y dulcemente le dijo: "Padre, ¿por qué estás triste de que me vaya con el gran sabio? ¿Hay otra mejor manera de emplear este cuerpo que ponerlo al servicio de los demás? Se nos ha dado con este propósito, para compartir con los ascetas las misiones sagradas y ser capaces de otorgarles algún alivio en las hostigaciones de que son objeto. ¿No es esto una utilización elevada? No hay nada imposible para nosotros; ¿lo hay? Destruiremos a los demonios, no importa cuán feroces sean y traeremos la paz a los sabios. Si se nos permite, estamos listos para partir en este mismo instante".

Esas palabras llenaron de valor a Dasarata, y sirvieron para calmar, por lo menos en alguna medida, su ansiedad. Sin embargo, el rey todavía se resistía; no se atrevía a aceptar. Acercó a Rama hacia sí y le habló de esta manera: °¡Hijo!, los Rakshasas no son enemigos comunes. Las informaciones dicen que entre ellos están Sunda, Upasunda, Maricha, Subahu y otros. Son muy crueles. Su aspecto es indescriptiblemente horroroso; todavía no has tenido ocasión de ver

esas terribles formas. No puedo concebir el momento en que tengas que estar cara a cara con ellos. ¿Cómo podrás combatir contra aquellos tramposos, expertos en los disfraces y las transformaciones físicas? Ni siquiera has escuchado la palabra «batalla» todavía. Tampoco has visto una lucha en el campo mismo. Y de pronto eres llamado para pelear contra tremendos enemigos. ¡Sí que es cruel el destino, que mis hijos tengan que enfrentar en el mismo comienzo de sus vidas esta monstruosa prueba!"

Con estos pensamientos dando vueltas en su mente, Dasarata derramó muchas lágrimas por la angustia que había en su corazón. Lakshmana se dio cuenta de la debilidad de su progenitor y le dijo: "Padre, ¿por qué estas lágrimas? No somos niñas temerosas, el campo de batalla es nuestra legítima arena, la guerra es nuestro deber, el sostenimiento de la rectitud es nuestra responsabilidad. El servicio a los sabios y mantener los códigos de la moral son como nuestro propio aliento. Me sorprende que te pongas triste porque vamos a cumplir con tan gloriosa misión. El mundo se reirá de ti por esta muestra de debilidad. Envíanos con tu amor y tus bendiciones. Acompañaré a mi hermano y regresaremos con la victoria".

Rama vio a su padre abrumado por el afecto hacia él; se encaminó hacia el trono y le tomó la mano amorosamente diciéndole: "Padre, parece que has olvidado quién eres. Trae a tu memoria el recuerdo de quién eres, en qué familia real, inmortalizada por los antecesores, has nacido, y cuánta fama alcanzaron. Entonces no llorarás como lo estás haciendo ahora. Naciste en la dinastía lkshvaku. Hasta este día, has vivido como la encarnación misma de la rectitud. Los tres mundos te han aclamado como aquel que cumple su palabra, como el guardián y practicante de la rectitud, así como el más formidable héroe en el campo de batalla y en todas partes. Tú sabes que no hay peor pecado que negar tu palabra. Retirar tu promesa dada al sabio, empañará tu justa reputación. Tus hijos no pueden tolerar esa mala fama.

"Cuando uno no puede actuar de acuerdo con su palabra, no se puede recibir el mérito de los sacrificios, ni siquiera de los actos benéficos, como la perforación de pozos o plantar árboles. ¿Por qué esperar? Nosotros tus hijos sentimos que es una deshonra por la que tendremos que bajar la cabeza al escuchar que Dasarata no cumplió con su palabra dada. Esa es una mancha en la reputación de la dinastía misma. Tu afecto por tus hijos es ciego. No está basado en el discernimiento. Nos traerá castigo, no protección. Si en verdad sientes cariño por nosotros, deberás poner cuidado en promover nuestra fama, ¿no es así? Por supuesto que no estamos en posición de aconsejarte. Tú sabes todo esto. Tu afecto te ha arrastrado a este pantano de ignorancia, ha sido difícil para ti reconocer tu deber. Por lo que a nosotros concierne, no tenemos miedo; la novia de la victoria de seguro

nos desposará. No lo dudes; bendícenos y confíanos al sabio". Así rogó Rama e, inclinando la cabeza, se postró a los pies de su padre.

Dasarata acercó a Rama hacia él y le acarició la cabeza diciendo: "Hijo, todo lo que has dicho es verdad; son valiosas gemas, no soy un tonto para negarlo. Sin embargo, avanzaré con todo mi ejército y protegeré la ceremonia de este sabio al costo de todo lo que poseo, pues mi mente no acepta la proposición de mandarte a ti, que apenas has sido entrenado en el arte de la guerra y en el manejo de las armas, a los brazos de aquellos demoníacos Rakshasas. A sabiendas, ningún padre mandaría a sus hijos a las fauces de un tigre. ¿Acaso es correcto que sean arrojados a las llamas de¡ dolor? Nosotros los recibimos a ustedes por nuestras austeridades y los cuidamos como el aliento mismo de nuestras vidas. ¿Qué se puede hacer cuando el mismo destino se pone en contra? No los culpo a ustedes ni a nadie más, es la consecuencia de los pecados que yo he cometido".

Dasarata se lamentaba así, con la mano sobre la cabeza. Rama sonrió y dijo: "Padre, ¿por qué esta debilidad? Hablas de empujarnos a la boca del tigre. ¿No te has dado cuenta todavía de que no somos cabras para ser ofrecidas? Míranos como si fuéramos cachorros de león, envíanos a esta sagrada misión con tus bendiciones. Los reyes no deben demorar las tareas sagradas". Al escuchar estos sagaces comentarios de Rama, Vasishta se levantó y exclamó: "¡Excelente! Dasarata, ¿has escuchado el rugido del león? ¿Por qué aúlla entonces el chacal? ¡Levántate! Manda llamar alas madres y pon a tus hijos en las manos de Viswamitra". Al escuchar estas palabras, Dasarata sintió que no podía hacer nada más que obedecer, y mandó llamar a las reinas.

Las soberanas aparecieron con velos sobre sus cabezas, tocaron los pies de los sabios y los de Dasarata y después fueron hacia los muchachos y acariciaron con amorosos dedos las coronas que adornaban sus cabezas. Vasishta les habló a ellas primero: "Madres: Rama y Lakshmana están listos para marchar con Viswamitra para cuidar su ritual de las intromisiones y obstrucciones de las hordas demoníacas; que los muchachos reciban su bendición antes de irse". Tan pronto como Kausalya oyó esto, sorprendida levantó la cabeza diciendo: "¡Qué escucho! ¿Estos mozalbetes son los que van a proteger el ritual de¡ gran sabio? He escuchado que los mantras con su divino poder son la mejor protección; ¿cómo podrá un simple hombre atreverse a llevar la carga de salvar ese ritual de todo daño? La responsabilidad de la ex¡tosa conclusión de la ceremonia descansa en la rectitud de¡ sacerdote oficiante".

Esto le pareció correcto a Vasishta; sin embargo, pensó que sería mejor dar un poco de luz a la situación. "¡Kausalya! ¡Madre! El ritual de Viswamitra no es un suceso ordinario. Hay muchas intromisiones que lo afectan y que están creando ansiedad." Vasishta continuaba con la explicación cuando Kausalya lo interrumpió diciendo: "En verdad he quedado sorprendida al escuchar que la ansiedad ensombrece los ~as

(sacrificios) que efectúan los sabios. Yo creo que no hay ningún poder que pueda ir contra una resolución sagrada. El sabio alberga este deseo y anhela su cumplimiento para poder manifestar la luz y la paz suprema. Esta es mi conjetura: quizá él ha hecho esta petición para probar el apego de¡ rey por sus hijos. De otra manera, ¿cómo podemos creer que estos pequeños brotes de ternura pueden cuidar que no se dañe el ritual que este sabio, dotado de todos los poderes místicos y espirituales, se propone celebrar?"

Mientras Kausalya decía esto, su mano acariciaba la cabeza de Rama. Dasarata, que escuchaba lo que ella decía, de pronto se dio cuenta de la verdad y tomó una audaz decisión. Dijo: "Sí, las palabras de Kausalya dicen la verdad; esto no es sino un plan para probarme; estoy seguro. ¡Maestro!, ¿puede un hombre débil como yo enfrentar tu prueba? Soportaré lo que sea si es tu deseo". Con estas palabras, Dasarata se postró a los pies de Vasishta, quien respondió: "Maharaja, has probado ser valiente. Estos muchachos no son de una naturaleza común. Sus destrezas y capacidades son ¡limitadas. Nosotros sabemos esto, pero otros no. Esta ocasión no es sino el inicio de su marcha triunfal, es el prólogo a la historia de su victoriosa carrera. Toman el voto de Dharma Rakshana, el Guardián de la Rectitud. Pronto regresarán con la Novia de la Victoria. Por eso, sin pensarlo más, entrégalos con gusto a Viswamitra". Vasishta llamó a los niños a su lado y, poniendo su auspiciosa palma en sus cabezas, recitó algunos himnos que transmitían sus bendiciones. Los niños se postraron a los pies de las madres y recibieron sus bendiciones. Después, se levantaron listos a partir.

Dasarata notó un brillo de dicha y valor en sus rostros; reprimiendo la pena que se agitaba dentro de él, puso sus manos en los hombros de los niños y se acercó a Viswamitra, se postró a sus pies y dijo: "Estos dos, oh maestro, son tus hijos desde hoy; su salud y felicidad dependen de ti; si ordenas que los acompañen algunos guardias, con gusto haré que vayan con ustedes".

Viswamitra soltó la carcajada. "¡Oh rey, en verdad que estás enloquecido! ¿Hay alguien que pueda cuidar a los héroes que van a liberar de intromisiones el ritual sagrado? ¿Necesitan a alguien? Van a salvar el rito que nosotros no hemos podido cuidar; ¿necesitan tales héroes que alguien los proteja? Evidentemente, tu afecto te ha cegado. Rey, te los traeré cuando la misión se haya cumplido. No te preocupes. Gobierna sin injusticias ni interrupciones."

Viswamitra se levantó de su lugar; todos unieron sus palmas en reverencia al gran sabio. El fue el primero en salir de¡ recinto, seguido por los príncipes. Tan pronto como llegaron a la puerta principal de¡ palacio, la gente escuchó tambores celestiales y clarines resonando en el cielo. Una lluvia de flores cayó sobre ellos. A medida que avanzaban, música de caracoles surgía a cada paso; se escuchaban las trompetas a cada trecho de¡ camino. A los hombres, mujeres y niños de

todas las edades les parecía que los muchachos eran dos cachorros trotando tras el león mayor. Nadie sabía por qué los príncipes iban descalzos y se alejaban del palacio con el celebrado sabio; así que cada uno empezó a preguntarle a su vecino cuál era la misión a la que se habían aventurado. Los ministros, cortesanos y ciudadanos los acompañaron hasta la puerta de la ciudad, ya que ésa era la orden real. Ahí se despidieron de los príncipes y regresaron.

El sabio y los muchachos continuaron su viaje. Viswamitra adelante, Rama a corta distancia de él y Lakshmana atrás. Vieron hileras de hermosos árboles a ambos lados de¡ camino; se colmaban con la maravilla de la naturaleza que se descubría ante sus ojos. Luego de haber caminado una buena distancia, entraron a una jungla. Viswamitra les ordenó que se pusieran, desde ese momento en adelante, protectores de cuero para las muñecas y para los dedos. Les pidió que tuvieran los arcos en el hombro y listos para usarlos. Así equipados, caminaron por la silenciosa y atemorizante selva, avanzando entre la maleza, sin miedo y esplendorosos como si fueran los monarcas de la región.

Pronto llegaron al río Sarayu. Era el atardecer. Viswamitra llamó a Rama y Lakshmana cerca de él y les dijo con suaves palabras: "Queridos míos, vayan al río sin demora y lleven a cabo el rito ceremonial de lavarse manos y pies. Ahora los voy a iniciar en dos fórmulas, que son las joyas de las coronas de todos los mantras. Se llaman Bala y Athi Bala (la fuerza y la gran fuerza). Las dos están cargadas de enorme poder. Les restaurará no importa cuán exhaustos estén, impedirán el cansancio no importa cuánto esfuerzo hayan realizado; estas sagradas palabras no permitirán que la enfermedad los toque, los salvarán de las fuerzas demoníacas. Cada vez que estén viajando, si ustedes se acuerdan de ellas, los mantendrán sin hambre y sin sed, les darán salud inquebrantable y derramarán dicha y entusiasmo sobre ustedes. Les fortalecerán sus músculos y sus mentes. ¡Rama!, estos dos mantras son superiores a todos los demás, son más brillantes y eficaces que todos los demás", y Viswamitra se explayó acerca de la potencia de dichos mantras. Rama no tenía necesidad de que se lo dijeran, pero escuchó con aparente sorpresa y con los ojos llenos de asombro. Lakshmana, mientras tanto, observaba a los dos, al sabio y a Rama, riéndose para sus adentros.

Este incidente es una buena lección para el mundo, pues Rama vino para restaurar la rectitud. Es una lección que Rama enseñó más que con palabras con su comportamiento. "Nadie, por muy grande que sea, puede escapar de maya, la ilusión del mundo; los pondrá de cabeza en un momento, no aflojará sus garras hasta que la víctima esté embelesada en la creencia de que es el cuerpo; no se asustará ante el nombre, la fama, la destreza o la inteligencia de la persona que busca poseer. Sólo cuando el individuo descarte el nombre y la forma, se libere de esta conciencia del cuerpo y se establezca en el Absoluto,

podrá escapar del engaño que maya inflige." Esta fue la lección, porque tomen nota Viswamitra tenía estos dos poderosos mantras bajo su control, había acumulado una gran cantidad de tesoro espiritual, se había dado cuenta, de que sólo Rama tenía la fuerza requerida para destruir a las hordas demoníacas que estaban determinadas a impedir el rito ofrecido a Dios que él se había propuesto celebrar; había aconsejado a Dasarata en contra de tener demasiado afecto hacia el hijo, lo cual lo cegaba y no le permitía ver la divina majestuosidad de su descendiente; Viswamitra le había dicho que Rama era el guardián del mundo y que no había ningún acto heroico que no pudiera realizar. Y estaba listo para iniciar a esos mismos príncipes en los mantras, como si fueran niños comunes. Sin duda alguna, Viswamitra estaba confundido por maya. Había cedido al engaño de juzgar por los atributos aparentes. Por su parte, Rama sabía que la fuerza avasalladora de maya había arrastrado al sabio, pues fue él quien había obnubilado la mente de Viswamitra y había hecho que, lleno de orgullo, los iniciara en esas poderosas palabras sagradas. Rama y Lakshmana terminaron entonces sus abluciones en el río, tal como Viswamitra les había dicho. El sabio fue hacia Rama y lo inició en los dos mantras. Rama pronunció la fórmula después del maestro, y movió la cabeza como lo haría un novicio cuando le es enseñada; Lakshmana hizo lo mismo. Luego inclinaron sus cabezas aceptando ser sus "discípulos". Pronto oscureció y los hermanos adoptaron como camas el mullido césped. Después Viswamitra se sentó al lado de ellos y les relató cuentos antiguos. Pronto los muchachos parecieron haberse dormido como resultado de andar a pie tan largas distancias. Viswamitra dejó de contar su historia y se perdió en pensamientos acerca de su propio destino.

La luz del día resplandeció en la Tierra. Pájaros multicolores volaban de rama en rama del árbol bajo el cual los dos hermanos dormían; cantaban dulcemente, como si tuvieran la intención de sacarlos del sueño, ¡pero no podían! Así que Viswamitra despertó a Rama: "Levántate; ya ha amanecido". Rama abrió los ojos y despertó a Lakshmana, que estaba a su lado, y ambos se postraron a los pies del maestro. Hicieron sus abluciones matutinas en el río Sarayu; con las palmas de sus manos tomaron el agua sagrada y la dejaron caer nuevamente, pronunciando himnos alabando a la diosa del río, en el cual se bañaron y realizaron el rito Sandhya, incluyendo la recitación del mantra Gayatri. Pronto estuvieron listos para continuar el viaje y se pararon ante el sabio juntando las palmas de sus manos. Viswamitra les dijo: "Queridos míos, ya podemos irnos a nuestra ermita, ¿no es así?", a lo que Rama contestó: "Esperamos tus órdenes". Empezaron a caminar antecedidos por el sabio. Pronto llegaron a la confluencia de los ríos Sarayu y Ganga. Los hermanos se postraron ante el sacro río y pasearon sus ojos por todos los alrededores del lugar sagrado. Vieron una ermita, con celestiales vibraciones emanando hacia todo el

derredor. Los sorprendió la antigüedad de aquel lugar y el hecho de que estaba lleno de venerables recuerdos. Lakshmana le preguntó al sabio: "Maestro, ¿quién vive en esa santa ermita? ¿Cuál es el nombre del gran personaje que la habita?" El sabio sonrió ante la pregunta y respondió: "Queridos míos, hace muchos años el Señor Shiva vino aquí con sus seguidores para realizar austeridades antes de su boda con Parvati. Cuando estaba' cumpliendo sus deberes divinos desde aquí, Manmata (el dios del amor) obstruyó sus prácticas espirituales y causó que la ira brotara del corazón divino. Abrió su tercer ojo, el cual arrojó tales llamas que Manmata se convirtió en cenizas. Su cuerpo fue destruido y por eso se le conoce como Ananga, "El sin miembros" (la palabra para miembros es anga). Debido a que Manmata perdió sus miembros aquí, a esta parte del país se le conoce como Anga. Es ' ta es una zona muy rica. Esta ermita fue empleada por Shiva y desde ese entonces generaciones de sus devotos también la han visitado, y se han fundido con El como fruto de su duro ascetismo. Esta ermita sólo acepta como residentes a estrictos seguidores del dharma. Si así lo desean, pasaremos aquí la noche y continuaremos después de habernos bañado en el Ganga". Rama y Lakshmana no pudieron disimular su gusto cuando Viswamitra hizo la proposición; dijeron: "Nos haces muy felices". Y se bañaron en el sagrado río Ganga. Mientras tanto, las noticias de que Viswamitra estaba por ahí y que venía con los heroicos hijos del emperador se esparcieron, y muchas personas se apresuraron a darles la bienvenida y a recibirlos en sus propias ermitas.

Esa noche, el sabio y los príncipes se quedaron en la ermita de Shiva, alimentándose con frutas y raíces. Observaron con interés las actividades del lugar. Los príncipes escucharon las historias narradas por Viswamitra; el tiempo corría en aquel océano de bienaventuranza. Tan pronto como amaneció, hicieron sus abluciones y amorosamente se despidieron de los ermitaños para proseguir su camino. Los muchachos seguían al gurú. Tenían que cruzar el río Ganga, y unas personas de la región los ayudaron a llegar al otro lado del río. Luego de cruzarlo, aquella gente se despidió y se postró a los pies de Viswam¡tra, quien se sintió gratificado por este acto de hospitalidad; apreciaba en ellos la profundidad de su devoción y su sentido de entrega, y les permitió partir, llenándolos de bendiciones.

Un poco más adelante, un ruido sordo como de una corriente subterránea arrastrándose sobre la tierra, llegó a sus oídos; vieron embravecerse las aguas del río, levantándose largas cadenas de espuma sobre las olas. Rama le preguntó al sabio: "Maestro, ¿por qué de pronto la enfurecida corriente ha llenado la cuenca y cómo puede embravecerse y levantarse tan alto?"

El sabio respondió: "¡Rama! Toda la furia del río Sarayu cae sobre el calmado y tranquilo Ganges en este lugar, por eso el retumbar". El sabio pronunció estas palabras con tranquilidad, pues era una escena familiar para él. "Rama, en tiempos pasados Brahma así lo

deseó y un gran lago se formó cerca del Monte Kailasa. Se conoce como Manasa Sarovar (manasa significa mente, y sarovar, lago). Los dioses lo nombraron así. Cuando la nieve se derrite, el lago crece hasta colmarse y el torrente que sale del Sarovar se convierte en el río Sarayu, que corre a un lado de Ayodhya, hasta el Ganga. El Sarayu es un río sagrado porque las aguas surgen de un lago que fue originado por la voluntad de Brahma." Durante su viaje, siguieron escuchando las emocionantes historias que tenía cada río y cada rincón del camino.

Enseguida entraron a una selva espesa y oscura. Tuvieron una sensación de terror. Rama le dijo al maestro: "No hay ninguna señal de que el hombre haya entrado a esta jungla..." Y antes de que pudiera recibir una respuesta, una serie de pavorosos rugidos que salían de las furiosas fauces de una manada de animales salvajes, tigres, leones, leopardos y otras fieras menores, capturaron su atención. ¡Parecía como si la Tierra estuviera rompiéndose en dos! Vieron asimismo a animales salvajes atacándose, mientras otros corrían hacia los matorrales, alejándose de la violenta escena de muerte. La jungla era el lugar de frondosos árboles que crecían hasta llegar al cielo esparciendo su sombra sobre la tierra: el baniano, el cedro deodara, el pino y el higo sagrado.

No había ningún camino por donde se pudiera poner el pie, tenían que ir abriendo brecha para poder proseguir. Lakshmana no pudo contener su curiosidad y le preguntó a Viswamitra: "Maestro, ¿quién gobierna este terrible lugar? ¿Cómo se llama?" El sabio respondió: "Lakshmana, donde ha crecido esta jungla, antes eran dos pequeños reinos, Malada y Karusa. Brillaban como la región donde habitan los dioses, de hecho la gente decía que este lugar había sido especialmente creado y cuidado por los dioses. Cuentan esta historia acerca del lugar: Cuando el dios Indra mató a Vritra, sufrió la contaminación del pecado y, como consecuencia, fue abatido por el insaciable dolor que provoca el hambre. En esas condiciones, Indra fue traído por los sabios a esta región, y lo bañaron en el sagrado Ganges. Después de la inmersión, vertieron sobre su cabeza varios recipientes de agua, al tiempo que pronunciaban himnos sagrados y mantras. Con eso, el pecado (de haber matado a una persona de casta elevada) fue lavado.

“Brahma estaba feliz de que tanto la contaminación (mala) como el lamento (krosa) por el dolor del hambre hubiesen terminado. Por eso llamó Malada y Karosa a estos reinos, los cuales también tuvieron mucha fama por sus bendiciones. Los dioses querían que las dos regiones resplandecieran por sus cosechas y riquezas, y que sus habitantes gozaran de abundancia y prosperidad. Pero una cruel ogresa llamada Thataki apareció y empezó a arruinar esta rica y pacífica región. Ella podía transformarse en lo que quisiera. Se cuenta que al momento de nacer, ella fue dotada con la fuerza de mil elefantes. Después tuvo un hijo llamado Maricha, que tenía la fuerza y el arrojo de

Indra mismo. Juntos, madre e hijo, causaron gran desastre. La jungla en la que estos malvados ogros aún viven está a quince kilómetros de aquí. Esos monstruos redujeron aquellos ricos valles a este fiero y temible lugar, ya que los campesinos de estas fértiles tierras huyeron aterrorizados. Así fue como la selva empezó a crecer. Los valles, que habían sido densamente poblados, al igual que las aldeas, quedaron abandonados y ruinosos, sin dejar huella de que algún ser humano los hubiera habitado. A Thataki no podían capturarla ni destruirla, ya que lograba escapar ante cualquier intento de agresión. Nadie ha sido capaz todavía de poner fin a sus depredaciones. No puedo pensar en nadie más salvo en ustedes; sí, mi más profunda intuición así me lo indica; nadie excepto ustedes puede destruir a ese monstruo que posee tan avasalladora fuerza. Esos dos, madre e hijo, guían a los demonios, impidiendo los rituales y demás ceremonias sagradas de los eremitas".

Las palabras de Viswamitra exaltaron a Rama. No podía contener la ira que sentía. Con gran humildad y reverencia dijo: "¡Oh, grande entre los ascetas!, he oído que los demonios no son tan poderosos. Además, Thataki es mujer y, por lo tanto, más débil; ¿cómo puede entonces aterrorizar a una población entera? ¿De dónde sacó todo ese poder? ¿Cómo pudo haber reducido esta región a ruinas habiendo recibido tales bendiciones de Brahma y los dioses? Esto en verdad es incomprensible. Es algo que va más allá de los límites de lo que se puede creer". Viswamitra respondió: "¡Rama!, te explicaré; escucha: en el pasado había un yaksha llamado Suketo. Tan rico en virtudes era como en valentía, pero no tenía ningún hijo que lo sucediera; por ello hizo un retiro y llevó a cabo rigurosas austeridades para propiciar a los dioses y poder recibir sus bendiciones. Por último, Brahma fue complacido por su austeridad y apareció ante él; lo bendijo diciéndole que tendría una hija con extraordinaria fuerza, inteligencia y destreza. Suketo estaba atónito ante esa gracia; no obstante, sería una mujer y no un varón, como él deseaba.

"Suketo regresó y, tal como se le había anticipado, tuvo descendencia, una niña que creció rápido y era fuerte. Aunque mujer, por la gracia de Brahma tenía la fuerza de mil elefantes y se movía por todas partes sin considerar límites ni ley, ¡como si fuera dueña de todo lo que veía! Era una niña encantadora, así que Suketo buscó por doquier un novio igualmente encantador. Finalmente lo encontró; su nombre era Sunda, y Suketo se la dio en matrimonio. Tres años después Thataki dio a luz un hijo: Maricha, de quien ya te hablé. Madre e hijo se han vuelto invencibles en combate. Sunda empezó con sus crueles aventuras y se atrevió a arruinar los rituales de los sabios, provocando con esto la ira del gran Agastya, quien lanzó una maldición sobre ese villano, con la cual lo mató y salvó a los sabios de seguir sufriendo. En venganza, Thataki y su hijo se lanzaron contra la ermita de Agastya, pero como éste ya había sido prevenido del ataque, los maldijo para que se convirtieran en ogros. Esto los encolerizó más aún, y profiriendo

insultos avanzaron ferozmente con ojos enrojecidos contra Agastya, quien maldijo a Thataki para que perdiera su encanto y se volviera espantosa. También aseveró que se convertirían en caníbales, pero ella no se intimidó por esa maldición y continuó atacando con renovada ferocidad. Sin embargo, Agastya escapó a un lugar seguro. Encolerizada por ese contratiempo, Thataki descargó su ira en esta región (Malada y Karosa) destruyendo sembradíos y jardines, que más tarde se convertirían en una enorme jungla".

Cuando Viswamitra terminó de relatar esta historia, Rama le dijo: "Maestro, ella nació a consecuencia de un don de Brahma, y como correspondencia a las austeridades, ella tenía gran fuerza y habilidad, pero no las usó bien y con eso provocó ira y maldiciones. El pecado de matar a una mujer, como lo señalan las Escrituras, es algo atroz, ¿no es así? Esa misma razón le debe de haber bastado a Agastya cuando la castigó. O si no, ¿por qué el gran sabio, que había causado la muerte del esposo, no mató a la esposa también? He oído que los guerreros no deben matar a las mujeres. Dime, ¿qué debo hacer? Estoy preparado para obedecerte".

Viswamitra estaba feliz de que Rama tuviera tales escrúpulos dictados por el dharma. "No ignoro el hecho de que matar a una mujer es un pecado atroz. Sin embargo, proteger a los que progresan espiritualmente, como brahmines y hombres virtuosos, así como a las vacas, también es muy importante. El dharma está entrelazado con estos tres. No hay pecado cuando se actúa para promover el dharma y eliminar el adharma (injusticia). ¿No conoces el adagio? «Dharma rakshati rakshita»: «El dharma salva a aquellos que lo han salvado». Eso no es violencia que se emplee para el autoengrandecimiento. Cuando se utiliza la fuerza para preservar la paz y la prosperidad del mundo, te aseguro que no acarrea ninguna mala reacción. Más aún, la creación, la preservación y la destrucción son expresiones de la ley divina; suceden de acuerdo con la voluntad de Dios. No están sujetas a los caprichos del hombre. Ustedes son manifestaciones divinas, tienen la autoridad y el deber. Ninguna basura puede adherirse al fuego, asimismo, ningún pecado puede contaminar a la Divinidad. La voluntad que crea, la obligación que protege, también cumple con el deber de castigar. La pena que se merecen los pecados de esa madre y su hijo no se puede evitar, se debe considerar que es una fortuna que Thataki termine hoy su vida en tus manos, antes de que añada otro pecado a los muchos que ya tiene, y por los cuales tendrá que sufrir tanto. Estarás sirviendo al mejor interés y al bienestar de la nación, no se trata de un equívoco ni de un pecado. Si ahora albergas sentimientos de compasión, causarás daño ¡limitado al mundo, se estará promoviendo la derrota de la rectitud; ayudarás a Thataki para que cometa más pecados. ¿Por qué he de seguir dándote argumentos al respecto? Lo he visto todo a través de mi visión espiritual; tú has encarnado en forma humana para destruir a la raza de los Rakshasas. Esa es tu misión, tu

tarea. Debes cumplirla el día de hoy y durante toda tu vida. Guardián de la rectitud, destructor de la gente con tendencias perversas, son éstos los propósitos que te han persuadido para que nacieras. Yo lo sé, ésa es la razón por la cual me he apresurado a pedirte ayuda; si no fuera así, ¿por qué habría de buscar tu apoyo y tu servicio? Los ermitaños y aquellos que realizan austeridades en los retiros en el bosque, suplican la ayuda de los gobernantes de la nación, por el bien no sólo de ellos mismos, sino de todo el mundo. Se desapegan de todo y se sostienen comiendo únicamente raíces y frutas recolectadas por ellos; después de algunos meses o años bajo ese régimen, hacen que su vida sea aún más difícil para que puedan perder la conciencia del cuerpo y lleguen a fundirse en la luz; ¿por qué tendría que preocuparse esa gente por lo que pasa en el mundo? Pero los sabios, los realizados, aparte de salvarse a sí mismos por la Iluminación de la revelación, se esfuerzan en decirles a otros el camino por el que han pasado y la gloria de la meta que han alcanzado, para persuadirlos a practicar las disciplinas que los prepararán para recibir la Verdad. Si los sabios sólo se preocuparan por ellos mismos y su liberación, ¿qué le sucedería al mundo? La gente caería más en la maldad, eso es todo. La rectitud desaparecería. Los,ermitaños mantienen relación con el mundo por esta razón y no para conseguir algo. Viven como el loto en el agua. Pueden estar aparentemente enredados en el mundo, pero no tienen ningún apego por lo terrenal; no permiten que el mundo los domine. Su meta sólo es una: el progreso y el bienestar del mundo. Unicamente se preocupan en fomentar la rectitud. Ellos sólo dependen de Dios."

Cuando Viswamitra dijo esas palabras, Rama respondió como un novicio, como si no supiera ya todo lo que había escuchado: "El mundo no comprende que las palabras de los ermitaños y de los sabios están llenas de significado. Yo sólo te pregunté acerca de la moralidad de este hecho para que pudiéramos saber cómo realizar un acto de justicia. No veas ninguna otra intención en mi pregunta. Mi padre Dasarata me dijo que obedeciera a Viswamitra, el sabio, y que hiciera lo que me ordenara. Deseo acatar lo que dice mi padre. Tú eres un gran sabio, tú has practicado rigurosas austeridades. Si alguien como tú dice que a Thataki se le puede matar sin incurrir en pecado y que ese acto es justo y moral, sé que no estoy haciendo mal. Estoy listo a cumplir con el deber que tú me impongas para restablecer la rectitud y para promover el bienestar de la gente". Y al decir esto, sostenía el arco y probaba la tensión de la cuerda, con lo que producía un sonido con una vibración que retumbaba en las diez direcciones. Toda la jungla despertó. Los animales salvajes huyeron rápidamente. Thataki se sobresaltó al escuchar ese ruido tan espeluznante, y se encendió de ira. Rápidamente se dirigió al lugar de donde provenía el sonido. Rama vio al monstruo moverse hacia él como una montaña que se tambalea o como un enorme elefante listo para atacar. Sonrió y le dijo a Lakshmana: "¡Hermano, mira esa masa de fealdad! ¿Puede un hombre común

sobrevivir ante la vista de una persona tan diabólica? Su apariencia es horrible. ¿Qué podremos decir de su fuerza? Pero es una mujer, y mi mente no coopera conmigo cuando me decido a matarla. Creo que ese monstruo morirá si le corto las piernas y los brazos. Quizá eso sea suficiente para destruirla".

Thataki se aproximaba a Rama con enormes brazos para atraparlo y devorarlo y llevárselo a las fauces como quien come un pedazo de pastel. Rugía ferozmente infundiendo terror. Con los ojos cerrados, Viswamitra estaba rezando para que los hermanos no sufrieran daño en este combate. Thataki cada vez se acercaba más a Rama; sin embargo, ante él sentía un extraño presentimiento; una o dos veces intentó acercarse a Rama pero tuvo que retirarse rápidamente. Estaba furiosa y el polvo que levantó oscureció todo el cielo e hizo el aire sofocante. Rama, Lakshmana y Viswamitra permanecieron en silencio y quietos durante un momento. Pero como Thataki era una experta en el arte del engaño y la destrucción, creó una intensa lluvia de piedras. Rama se dio cuenta entonces de que no podían permitirle seguir viviendo, que no podía ser perdonada sólo por el hecho de ser mujer. Así que levantó su arco y disparó una flecha al cuerpo de la invisible Thataki, pero sabiendo con exactitud su localización. Ella se acercaba con rapidez. Sus dos brazos fueron cortados por las flechas de Rama. Cayó gritando en agonía y dolor. Lakshmana cortó sus miembros uno por uno, pero Thataki podía adoptar cualquier forma a su antojo; abandonaba una forma y asumía otra rápidamente y aparecía renovada y con más furia que antes. Fingía estar muerta pero pronto se levantaba. Adoptó una serie de formas al mismo tiempo y empezó de nuevo con su estratagema de la lluvia de rocas. Exhibió todos sus malvados trucos uno por uno. Por más que tuvieron cuidado, Rama y Lakshmana sufrieron algunas heridas. Viendo eso, Viswamitra se dio cuenta de que no debía haber más demora, que tenían que matarla inmediatamente. Exclamó: "¡Rama, no dudes! Este no es momento para considerar que es mujer y darle concesiones. No dará resultado quitarle sólo los miembros. En tanto tengan vida, estos Rakshasas pueden adoptar cualquier forma. ¡Mátenla!, pues cuando llegue la tarde su poder aumentará. Después de la puesta del sol, es imposible combatir a los Rakshasas. Debe ser destruida antes de ese momento". Luego, Viswamitra pronunció algunos mantras sagrados de protección.

Rama puso su pensamiento en el poder de sus vertiginosas flechas, las cuales lanzó en dirección de donde emanaba el ruido de la ogresa; así supo dónde estaba Thataki y disparó su saeta con el propósito de enredar sus miembros e impedirle el menor movimiento. Thataki dio un feroz alarido y sacó su lengua para aplastarlos con ella; Rama no esperó más y disparó una saeta fatal que le dio exactamente en el pecho, haciendo que cayera herida de muerte.

Se hizo un hoyo en el lugar donde cayó. Los árboles fueron arrancados de la tierra cuando aquella gigantesca masa rodaba en agonía. Su último estertor fue tan horrible y penetrante, que las fieras huyeron despavoridas, corriendo sin orden ni concierto. Cuando la terrible ogresa murió, Viswamitra llamó a Rama y acarició su pelo amorosamente, diciéndole: "Hijo, ¿tuviste miedo?

No, no, ¿cómo va a temer el salvador de todos los mundos? Esta hazaña es la primera piedra de los cimientos que darán estabilidad a la mansión. Ven, estás cansado. El sol también se ha puesto. Haz la adoración vespertina y descansa. Vengan conmigo". Los llevó al río y después les dijo: "Hijos, aquí pasaremos la noche, al amanecer continuaremos hacia nuestra ermita". Luego escucharon las historias que Viswamitra les contó, y el maestro también les reveló sus propias facultades y su latente majestuosidad.

Al amanecer, el sabio hizo sus abluciones y se acercó a los hermanos que aún dormían. Con una sonrisa benevolente le dijo con suaves palabras: "Rama, me siento orgulloso de tu valor. Cuando estabas venciendo a la ogresa comprendí que eres el Absoluto. En verdad soy muy afortunado". Viswamitra derramó lágrimas de alegría. Tomó sus místicas armas y todos los mantras que les daban forma y sustancia y, en un acto de dedicación, se los entregó a Rama. "No tengo ninguna autoridad para empuñar estas armas, ¿de qué me pueden servir aunque las tenga? Tú eres el maestro y quien esgrime todas las armas, las cuales también se sentirán felices de estar contigo porque pueden cumplir con su destino si tú las manejas. Recapacita en esto. Desde este momento todas las armas que yo haya utilizado, serán tus instrumentos, disponibles en la misión para la cual has venido", le dijo, rociando agua sagrada y pronunciando los mantras apropiados, indicando así la irrevocable entrega.

Le puso en las manos la Dandachakra, la Dharmachakra, la Kalachakra, la Indrastra, la Vajrastra, la Trisula inspirada por Shiva , la Brahmasirastra, la Aishkastra, y la más poderosa y destructiva de todas: la Brahmastra. Luego se sentó en silencio por un rato con los ojos cerrados; después, se levantó diciendo: "¿Y qué tengo que hacer yo con lo que ha quedado?" Y le dio a Rama otros dos poderosos mazos, el Modak y el Sikar. Dijo: "Cuando lleguemos a la ermita te daré otras armas: el Agni Astra, la Krauncha, la Narayana, la Vayu, todos ellos misiles, y otras. jo, todas estas armas están a tu entera disposición, son aso brosamente poderosas", y le murmuró en el oído la fórmula con I cual podía materializarlas, activarlas y dirigirlas hacia el blan con incalculable poder. Le pidió que recitara la fórmula bajo su s pervisión. En poco tiempo, Rama pudo visualizar a las deidad que presidían sobre cada una de las armas divinas y recibió h menaje de ellas. Cada deidad se presentaba ante Rama y se po traba ante él, cada una decía: "Rama, soy tu sirviente a partir d este momento. Prometo que cumpliré tus órdenes". Luego desa. parecieron, esperando sus requerimientos.

Rama estaba feliz; tocó los pies del sabio diciendo: "Maestr tu corazón es el tesoro de la renunciación. Tú eres, me doy cue ta, la encarnación divina del desapego y de la conquista de lo sentidos. Porque, ¿de qué otra manera podría alguien renunci y regalar tal colección de armas tan poderosas y ganadas tan a . duamente? Maestro, por favor, deléitame aconsejándome la ma nera en que puedo retirar las armas después de que hayan cum plido el trabajo ordenado. Me has enseñado la fórmula para ha' cerlas funcionar, ahora deseo saber cómo puedo recuperarlas Viswamitra se sintió gozoso; dijo que fuerzas y armas como Sathyakirti, Drishta, Rabhasa, Pitrisomasa, Krisana, Virasya, Yo u ganda, Vidhuta, Karaviraka, Jrimbhaka, eran recuperables a v ¡untad por el arquero que las disparaba, al pronunciar cierto mantras. Entonces lo inició en dichas fórmulas también, y conforme las iba pronunciando, las deidades que así fueron propicia., das, aparecieron y se postraron ante su nuevo amo. Rama les di jo que debían estar listas cuando las llamara, pero que por el momento podían descansar.

Viswamitra propuso entonces continuar el viaje y los tres se pusieron en marcha. Después de una corta distancia entraron a una región de elevadas montañas; sus ojos se posaron en un encantador jardín cuya fragancia les daba la bienvenida y refresca , ba sus cuerpos y mentes. Los hermanos sintieron curiosidad por saber quién era el dueño de ese maravilloso lugar y le pidieron al sabio que les dijera. "Hijos, ésta es la región sagrada que los dioses eligen cuando vienen a la Tierra a practicar austeridades para realizar sus deseos. El gran Kasyapa hizo su penitencia aquí y logró su propósito. El lugar confiere victoria a todos los esfuerzos sagrados. Por eso se le conoce como la Morada de los Logros Yo mismo he fijado mi residencia aquí con la intención de cultivar mi dedicación y entrega a la Divinidad. Esta ermita es el blanco del ataque de los demonios que interfieren y ensucian cualquier rito sagrado que se haga. Tienen que destruirlos cuando intenten sus nefastos ataques." Y diciendo esto, Viswamitra entró a ese refugio de paz. Puso su brazo cariñosamente en el hombro de Rama y dijo: "Esta ermita es de ustedes a partir de hoy, como lo fue mía hasta ahora". El venerable sabio derramó lágrimas de gratitud mientras pronunciaba estas palabras. Cuando se acercaban al santuario, los devotos se apresuraron a lavar los pies del maestro y a ofrecer agua para abluciones a Rama y Lakshmana.

Esparcieron flores por todo el camino hacia la ermita y los guiaron hasta la puerta. Les dieron frutas y bebidas dulces y frescas. Les ofrecieron a Rama y Lakshmana que descansaran en una cabaña que habían preparado para ellos. Los viajeros aceptaron la hospitalidad y después del descanso se lavaron pies y rostro y fueron ante Viswamitra para recibir sus indicaciones. Con sus manos unidas en señal de reverencia, le dijeron: "Maestro, el sacrificio que has deseado llevar a cabo, ¿podría realizarse mañana?" Viswamitra se sintió feliz

ante esta petición y respondió: "¡Sí, todo está listo! En esta ermita es así. No hay necesidad de esperar a que los preparativos se hayan realizado. Siempre estamos listos. Haré el voto prescripto al amanecer".

Las noticias se esparcieron y cada uno llevó a cabo su tarea para reunir todo lo necesario en la realización de la ceremonia. Amaneció. Viswamitra hizo el voto de iniciación y el yajna (sacrificio) empezó. Skanda y Visakha hacían guardia a los dioses, y los dos hermanos, Rama y Lakshmana, estaban preparados para salir al encuentro de cualquiera que intentara interferir con la debida secuencia del ritual. Como era impropio hablar, pues Viswamitra estaba inmerso en la ceremonia, Rama gesticuló a otros participantes para saber cuándo se podía esperar a la horda de demonios y en qué dirección, pero no pudieron decir cuándo ni dónde, ya que los demonios no aparecen en un momento en particular, pueden caer sobre la ermita en cualquier momento. ¿Quién puede predecir el instante de su embestida? Los ascetas hablaron con Rama acerca de los demonios; cada uno, de acuerdo con su apreciación, habló del carácter y hábitos de aquéllos.

Rama estaba satisfecho por la cooperación de los ascetas, y decidió que lo más prudente era permanecer vigilantes y preparados para combatir a las fuerzas demoníacas que pretendían frustrar la ceremonia sagrada de los ermitaños. Puso sobre aviso a su hermano. Vigilaban los cuatro rincones cuidadosamente y prestaban atención al menor sonido sospechoso. Reconociendo su valentía y seriedad, los ascetas experimentaban enorme dicha y se maravillaban porque, a pesar de que los príncipes estaban en una edad muy tierna, tenían una hermosa complexión; apenas habían cruzado el umbral de la traviesa niñez.

Durante cinco días con sus noches, los hermanos vigilaron ininterrumpidamente el fuego sacrificial y la ermita sin siquiera pestañear ni tener un momento de descanso. El sexto día comenzó con la misma rutina. Viswamitra estaba concentrado en el ritual, inmerso en la exactitud de cada paso de la ceremonia. Los sacerdotes oficiantes y los demás participantes estaban imbuidos en la oblación y en la recitación de los himnos sagrados. De pronto fueron aturdidos por un terrible estruendo que provenía del cielo, ¡como si el firmamento mismo explotara! Por todos lados se incendiaba la plataforma sacrificial, arrasando la hierba kusa, platos y copas, los recipientes sagrados que contenían objetos rituales, la leña que debía ser ofrecida al sagrado fuego, las flores, el kumkum[4] y otras muchas cosas auspiciosas que habían sido reunidas para la adoración de los dioses. Las llamas brotaban de todas partes.

El cielo se cubrió de oscuras y atemorizantes nubes; el día luminoso se tornó como la boca de un lobo. Misteriosos vapores humeantes envolvieron rápidamente el lugar donde se llevaba a cabo el

[4] Polvo rojo usado en rituales

ritual. De la siniestra nube empezó a llover sangre, y cuando las gotas caían eran bienvenidas por las lenguas de fuego que se elevaban para recibirlas. Rama y Lakshmana trataban de localizar a los demonios entre aquella espectral batahola de odio. Rama, por su divina visión, sabía dónde estaban los jefes de ellos, Maricha y Subahu, y lanzó su saeta Manasa en esa dirección. La flecha dio en el corazón de Maricha y así puso fin a cualquier otra fechoría de su parte. Después disparó el Agni Astra, el arma de fuego, la cual se alojó en el corazón de Subahu. Rama comprendió que si los cuerpos caían en la región sagrada, la ermita se contaminaría, así que para evitar ese sucio contacto, las flechas de Rama arrojaron los cuerpos a cientos de kilómetros en el océano. Maricha y Subahu chillaban y lanzaban gemidos en insoportable agonía y se debatían desesperadamente entre las olas; pero no morían. Los otros líderes de la horda huyeron más allá del horizonte para salvar sus vidas. Lakshmana dijo que no era aconsejable permitir que ningún demonio sobreviviera, no importaba cuán cobarde pareciera ser, ya que pronto regresarían a cometer sus prácticas malvadas. De esta manera, animó a Rama a matar a la horda completa. Los ermitaños que observaban las acciones estaban excitados y llenos de admiración, creían que los hermanos en verdad eran Shiva mismo en su forma terrorífica. Mentalmente se inclinaron en reverencia ante ellos, ya que los héroes eran muy jóvenes para aceptar su homenaje.

El bosque se vistió de luz y alegría en un momento. A pesar de aquel estruendo, Viswamitra continuaba firme y sin suspender su meditación en las deidades ni la recitación de los himnos sagrados que se entonaban para el ritual. No hizo ni el más mínimo movimiento ni del cuerpo ni de la mente, tal era la profundidad de su concentración. La ofrenda de despedida en el fuego sacrificial se llevó a cabo con corrección y agradecimiento. Después, Viswamitra llegó sonriente hasta donde se encontraban Rama y Lakshmana. "¡Oh merecedores de la fama, me han traído la victoria. A través de ustedes he podido realizar el deseo de mi vida. El nombre de este recinto ha sido justificado, ¡en verdad se ha convertido en la Ermita de los Logros!", dijo. El sabio derramaba lágrimas de alegría y acarició con cariño a los muchachos; se dirigió hacia la ermita con sus manos en los hombros de Rama y Lakshmana; ahí compartió las ofrendas sagradas hechas en el fuego sacrificial. Luego les pidió que tomaran un descanso. Aunque el logro del propósito por el que habían venido actuaba como un tónico reparador tanto de sus cuerpos como de sus mentes, sintieron que era impropio ignorar la orden del maestro y así, obedeciéndolo, se retiraron y durmieron profundamente por largo rato. El maestro se fue a otra cabaña para asegurarse de que los muchachos durmieran sin ser molestados; también dio instrucciones a algunos hombres para que hicieran guardia con el propósito de que nadie hiciera involuntariamente algún ruido que los pudiera despertar. Mientras los hermanos dormían, Viswamitra se regocijaba por la exitosa conclusión

del ritual y de la divina proeza de los muchachos. Mientras tanto, Rama y Lakshmana despertaron y, después de lavarse la cara, las manos y los pies, salieron de la cabaña y encontraron a los niños de las familias de los ermitaños haciendo guardia para que su sueño no fuera perturbado. Les informaron que el maestro estaba conversando con los ascetas en otra cabaña. Así, se dirigieron hacia allá y se postraron a los pies del sabio. Luego se pararon y, uniendo las palmas de las manos, dijeron: "Gran maestro, si estos sirvientes tuyos tienen que hacer algo más, dilo por favor y con gusto lo cumpliremos". Ante esto, un asceta del grupo se puso de pie y se dirigió a ellos así: "Con la destrucción de los demonios todo lo que debería haberse hecho ya se cumplió. ¿Qué otra cosa más queda por hacer? El anhelo de años del maestro ha sido satisfecho. Nada más elevado es necesario. Ustedes dos son las formas de Shiva y Shakti. Esa es la manera en que ustedes aparecen a nuestros ojos; no son mortales comunes. Nuestra buena suerte es la que nos ha dado la oportunidad de verlos. Nuestra gratitud no conoce límites". Después de esto, los residentes de la ermita tocaron los pies de Rama y Lakshmana.

7. GANANDO A SITA

Mientras tanto, un joven discípulo llegó con unas hojas de palma escritas y las puso en manos de Viswamitra. El gran sabio vio algunas y las pasó a un asceta venerable que estaba sentado a su lado y le pidió al anciano que leyera en voz alta para que todos pudieran oír.

Leyó que el emperador Janaka de Mitila había resuelto celebrar un yajna que expresara la más elevada gloria de la Rectitud, y que rogaba a Viswamitra le diera la dicha de su presencia con sus discípulos. Cuando escucharon, todos exclamaron: "Subham, Subham"(Que eso pueda ser cumplido). Viswamitra dijo: "¡Hijos! ahora que ya podemos caminar por el bosque libres del miedo a los demonios, he decidido iniciar mañana mismo el viaje hacia Mitila con todos los residentes de esta ermita".

A1 escuchar esto, Rama dijo: "Maestro, en verdad es una fuente de alegría. Y ya que no hay nada más que quieras de nosotros, regresaremos a Ayodhya, si nos das tu permiso". Y Viswamitra dijo: "Yo le prometí a Dasarata algunas otras cosas; tengo que mantener mi palabra, ¿no es así? Le prometí que sería yo mismo quien los llevara de regreso, así que no pueden regresar sin mí. Un magnífico ritual se celebrará en la ciudad de Mitila. No hay suficiente tiempo para llevarlos a Ayodhya y después llegar a Mitila el día en el que la ceremonia empieza. Si ustedes dos me acompañan a Mitila, podrán presenciar el rito y seguir hacia Ayodhya conmigo desde ahi'.

Al escuchar estas palabras que parecían no tener ni la mínima incertidumbre, Rama también le contestó decididamente, sin sopesar pros y contras: "Maestro, ya que mi voto principal es la obediencia a mi padre, tengo que hacerte una súplica". Viswamitra le dijo: "Ven, dime cuál es". Rama le contestó: " Mi padre me dijo que cuidáramos del

ritual de Viswamitra para que no hubiera ningún sacrilegio, y que cuando el gran sabio estuviera feliz, regresáramos con la victoria; no nos ordenó que asistiéramos a ningún otro rito. ¿No debería recibir permiso de mi padre para ir hacia Mitila?"

Viswamitra respondió: "Rama, Dasarata no sólo afirmó eso. El dijo: «Ve y obedece todo lo que el sabio te ordene hacer; no dejes de cumplir sus órdenes ni en lo más mínimo». A mí me dijo: «Maestro, debes responsabilizarte totalmente de mis hijos, tú mismo debes traérmelos de regreso». Tú escuchaste lo que él dijo cuando salimos de Ayodhya. Así que sigue mis indicaciones ahora; ven conmigo a Mitila, y desde ahí iremos a Ayodhya, yo y tú y todos mis discípulos". Rama comprendió la verdad en ese plan y movió la cabeza en señal de asentimiento. "Haremos lo que tú desees", respondió.

Se dieron instrucciones para que todos estuvieran listos antes del amanecer para el viaje a Mitila. Viswamitra se levantó temprano y llevó a los muchachos al río para sus abluciones. Se sentía emocionado de poderles narrar las pruebas que los demonios le hacían pasar cada vez que intentaba, en el pasado, llevar a cabo un ritual; les contó cómo sus medidas para contraatacar fallaban, les expresó su gratitud por la destrucción de los demonios, la cual había dado seguridad a la ermita y a las regiones circundantes. Describió cómo ahora la gente estaba felizmente aliviada del miedo y tenía paz y dicha sin mácula.

El lugar era silencioso, tranquilo y reconfortante. Sentados en la mullida arena, el sabio Viswamitra les contaba sobre las características especiales y el significado del ritual que llevaría a cabo el emperador Janaka.

Durante su descripción, se refirió a un arco precioso que Janaka tenía en su poder, un arco único en potencia y que brillaba con un raro esplendor; les dijo que no perdieran la oportunidad de verlo. Ante esto, Rama preguntó cómo había llegado el arco a manos de Janaka, y Viswamitra contestó: "Escucha, hijo, hace muchos años, el emperador de Mitila, llamado Devarata, celebró un gran ritual de una forma que ningún mortal hubiera osado realizar; un ritual que podía conferir enormes beneficios espirituales y que satisfizo tanto a los dioses, que le obsequiaron ese divino arco en señal de su aprecio.

"Es el arco de Shiva. Janaka lo adora con los debidos ritos diariamente. Ofrece flores y pasta de sándalo y ondea llama de alcanfor e incienso en su honor; ofrece comida y frutas ante la divina presencia del arco. El arco está tan cargado de divinidad que nadie puede sostenerlo ni templarlo, sea deidad, demonio, ángel o espíritu. Muchos príncipes que han intentado templarlo se han sentido tristes por su fracaso. Rama, ustedes son dignos y podrán examinarlo. Durante ese yajna, es muy probable que el arco esté expuesto y entonces podrán verlo; definitivamente, ésta es una buena oportunidad". Viswamitra continuó describiendo el maravilloso poder del arco. Lakshmana llevó sus ojos en la dirección en que se encontraba Mitila. Mientras tanto,

Rama dijo con deleite: "Seguro, lo debemos ver. Mañana iremos contigo". Viswamitra se sintió feliz de escuchar aquello.

Cayó la. noche y se levantaron para regresar a la Ermita de los Logros. Viswamitra llamó a todos los residentes del recinto y les ordenó que se prepararan para ir a Mitila tan pronto como amaneciera. Algunos de ellos preguntaron entonces: "Maestro, ¿cómo se va a continuar con los programas del ashram si no hay quien se quede aquí?" El sabio respondió: "Si cada uno cumple con sus obligaciones, dondequiera que esté, ése será el programa del ashram. No hay ninguna rutina en especial para una ermita que no sean sus eremitas; ellos constituyen la ermita; aquellos que buscan apoyo, constituyen el ashram, y sin los ashritas (los que dependen), tampoco puede haber ashram. Cuando los ashritas están conmigo, ¿por qué preocuparse por la rutina del ashram? Asimismo, los discípulos son aquellos a quienes se debe cuidar, aquellos que deben cumplir las disciplinas. Más aún, ya que el lugar ahora está libre del miedo a los demonios, nada malo le puede pasar al recinto. El Creador es nuestro refugio, nuestro apoyo, y cuando de él dependemos, él nos cuida". Viswamitra hablaba de una manera poco común y continuó: "Llévense consigo lo que necesitan para sus rituales diarios así como los instrumentos y las vasijas que pertenecen al ashram; no hay ninguna necesidad de dejar nada aquí".

Algunos novicios preguntaron: "Maestro, ¿cuándo regresaremos? Si nos dices, podremos escoger lo que necesitaremos; ¿para qué cargarnos con más de lo que es esencial?"

Viswamitra contestó: "El tiempo no es sirviente del cuerpo, sino que el cuerpo es el sirviente del tiempo, por eso uno nunca puede decir cuándo. ¿Regresaré aquí? Lo ignoro". Cuando escucharon esto, los corazones de todos los residentes se conturbaron mucho. Se les cayó al suelo la ropa, vasija o utensilios que tenían en las manos. No podían encontrar palabras para decir algo. No alcanzaban a protestar ni se atrevían a cuestionar al maestro.

Así que recolectaron pasto kusa, madera sagrada para el fuego sacrificial y vasijas y utensilios ceremoniales, lo más que pudieron. El significado de las palabras de Viswamitra era un misterio, así que cada uno de ellos las interpretó a su manera.

Al amanecer del día siguiente, todos estaban listos, y cuando se cerraban y aseguraban las puertas, Viswamitra dijo: "¡No cierren las puertas! Déjenlas abiertas, esto no es nuestro. Todos los que vengan podrán entrar; esta ermita debe dar la bienvenida a todo el que llegue, siempre. Hoy, el lazo entre nosotros y este recinto se ha deshecho. ¡Crezcan en alegría de ahora en adelante, ustedes, dioses patrones de esta región! He logrado el éxito en mi empresa; acepten mi ofrenda de amor a cambio: nunca más serán molestados por los demonios. Ahora pueden vivir en paz con toda su progenie, prósperos y felices. Me voy de la Ermita de los Logros. He resuelto vivir en los Himalayas, al norte

del sagrado Ganges". Y Viswamitra se postró en señal de respeto a las deidades del bosque.

Después inició su viaje con Rama, Lakshmana y los monjes de la ermita. Los residentes del santuario comprendieron entonces que su lugar era donde Viswamitra estaba, y no los bosques y chozas donde habían vivido durante tanto tiempo. Sentían que la región del Himalaya era igualmente buena para ellos; así que también ofrecieron su gratitud y reverencia a las deidades del bosque y a las viviendas y comenzaron su camino siguiendo al sabio.

Cuando tomaron rumbo al norte, vieron atrás de ellos siguiendo sus huellas a miles de venados, pavos reales, pájaros y animales de la jungla corriendo con sus colas levantadas. Viswamitra, volviéndose hacia ellos, les dijo: °¡Habitantes de la jungla! Los lugares a donde me dirijo no van de acuerdo con su manera de vivir ni con su seguridad. Este bosque es su lugar natural. No se entristezcan por la separación, no nos sigan; permanezcan aquí. Dios les otorgará paz y alegría". Y se alejó de ellos también, reiniciando su viaje.

El recorrido de ese día los condujo hasta la ribera del Sona; por fuerza tenían que pasar la noche en ese lugar. Se dieron un baño en el río y realizaron las abluciones de la tarde. Después se reunieron con el maestro, ansiosos de escuchar sus relatos. Rama preguntó: "Venerado Señor, esta región parece ser rica y próspera, ¿cómo se llama y cuál es su historia?, me gustaría conocerla". Viswamitra respondió: "Rama, Brahma tuvo un hijo de su voluntad; se llamó Kusa, era un gran asceta, estricto en sus votos, héroe en las aventuras espirituales, estudioso de la ciencia de la moral. Se casó con la hija del noble gobernador Vidarba. Los dos vivían en la conciencia y la práctica de los cuatro fines de la vida humana: rectitud, prosperidad, afecto y liberación. Tuvieron cuatro hijos Kusamba, Kusanaba, Adhurtarajaka y Vasu , cada uno igual que su padre en virtud y muy evolucionados en cuanto a rectitud, integridad y otras excelencias de la casta de los guerreros. Kusa dividió al mundo en cuatro partes y asignó una a cada uno de ellos, diciéndoles: «Hijos, gobiernen la parte que les he dado y progresen». De ahí en adelante, iniciaron sus nuevas tareas y cumplieron la orden de su padre. Cada uno de ellos empezó por construir una capital para su reino. Kusamba construyó Kausambi; Kusanaba, Mahodaya; Adhurtarajaka edificó Dharmaranya, y Vasu, Girivraja. Esta región es parte del reino de Vasu; tenemos alrededor de nosotros cinco montañas y, por lo tanto, esta ciudad se llama Girivraja (conjunto de montañas). Este río, Sona, también es conocido como Sumagadi, y por eso a esta región se le llama Magada. Aquí, el río fluye de este a oeste como una guirnalda de jazmines alrededor de los valles. El rey Vasu bendijo las tierras a ambos lados de la corriente para que fueran siempre verdes y fértiles.

"El segundo hijo, Kusanaba, era un pilar de la Rectitud. Tenía muchas hijas, pero ningún varón. Les enseñó el buen comportamiento de acuerdo con las leyes y reglas establecidas en las Escrituras.

Enfatizó que la tolerancia era el regalo más grande que uno le puede ofrecer a otro, es el sacrificio que otorga los frutos más prolíficos, la manera más benéfica de ser honesto y la raíz de todo pensamiento y acción rectos. Les enseñó esta lección desde que mamaban del pecho materno. Años más tarde se casaron todas ellas con el rey de Kampilya, llamado Brahmadata. Cuando todas se fueron a esa ciudad, su casa se quedó vacía y desolada.

'°«¡Ay! se quejaba el rey , este palacio que brillaba y resonaba por el ingenio y las risas, hoy se ha vuelto silencioso y oscuro. Las hijas, no importa cuántas tengas, se irán del hogar paterno dejándolo melancólico y en la monotonía. Si sólo tuviera un hijo, esta calamidad no me habría oprimido». Así empezó a surgir su deseo de un hijo.

"Justo entonces, su padre fue a visitarlo y le preguntó la razón por la cual se veía tan triste y lleno de preocupación. Entonces el hijo le habló de su ansiedad. Kusa lo reprendió por preocuparse tanto por esa razón en particular y lo bendijo para que pronto tuviera un hijo. Y así se fue. Al hijo que nació lo llamó Gadhi, quien se convirtió en un príncipe muy virtuoso; desde que nació, en el linaje de Kusa se le conoció como Kousika.

"Sus hermanas perdieron a su marido, y después de un tiempo, como esposas respetuosas, se inmolaron y ganaron el cielo. Nacieron en los Himalayas como ríos sagrados, los cuales se unieron para formar el famoso río Kousiki. Kousika estaba muy apegado a la mayor de las hermanas, Sathyavani, de manera que fijó su residencia en la ribera de ese río, se estableció en la Ermita de los Logros y celebró el sagrado rito que había resuelto llevar a cabo con rectitud ceremonial.

"Rama, gracias a tu heroísmo, el yajna que yo había resuelto celebrar ha llegado a su fin de manera exitosa. Ha dado su fruto y mis votos se han cumplido".

Ante esto, los monjes que se habían reunido alrededor del sabio exclamaron: "¡Qué maravilloso! En verdad somos afortunados de haber podido escuchar la historia de los venerables antecesores de nuestro maestro. ¡Qué gran fuente de dicha es esta historia! El linaje Kusa en verdad es sagrado. Los nacidos en esta dinastía son iguales a Brahma en santidad. Qué afortunados somos de tener esta oportunidad de servir a la encarnación visible de todo lo que este linaje representa: el sabio Viswamitra. Esta oportunidad tiene que ser el fruto del mérito acumulado a través de muchas vidas en el pasado".

Viswamitra los interrumpió y dijo: "No hubiera hablado de todo esto, pero la pregunta de Rama me empujó a darle la respuesta, de otra manera yo no habría dado detalles con respecto a este cuerpo y sus antecedentes. Ya se hizo de noche, descansemos, la demora en irnos a dormir podría disminuir nuestro rendimiento mañana. Rama, mira, la luna está atisbando entre las ramas de los árboles para verte. Manda sus frescos rayos para refrescar a la tierra que ha recibido durante una

larga jornada los ardientes rayos del sol". Esa noche, todos comentaron la historia de los antepasados del maestro.

Se levantaron muy temprano y pronto estuvieron a tiempo para continuar su viaje. Se acercaron a Viswamitra y se postraron a sus pies. Luego se pararon a cada lado de él y esperaron sus instrucciones. Rama dijo: "Maestro, el río Sona no es muy profundo en este lugar. El agua es clara y podemos cruzarlo. No se necesita bote". Viswamitra respondió: "Hijo, tú no conoces este lugar y no sabes el lugar exacto por donde debemos cruzar. Yo iré primero; tú me seguirás". El sabio caminó por el lecho del río. Todos tenían sus atados colgados de los hombros. Luego de cruzar, como iban a paso lento, hacia el mediodía llegaron al río Janavi.

El primer indicio que tuvieron del río fue el ruido de las aves de la ribera. Todos los corazones se deleitaron ante la belleza de la escena. Se bañaron en las puras y diáfanas aguas y, conscientes de la sagrada historia del río, ofrecieron oblaciones a los dioses y a los ancestros. Prendieron el fuego sagrado en la ribera e hicieron los rituales de sacrificio prescriptos por los Shastras. Luego recolectaron fruta de los árboles circundantes y después de saciar su hambre con ella, bebieron del agua nectarina del Janavi para saciar su sed.

Rama y Lakshmana caminaron hacia el árbol bajo cuya sombra Viswamitra estaba reclinado y se sentaron a su lado, reverencialmente. Rama preguntó: "Maestro, ¿por qué se dice que el Ganges fluye como tres ríos en los tres mundos? ¿Cómo llega el Ganges al océano, el cual es el Señor de cada arroyo y río en todo el mundo? Por favor, dímelo y seré feliz". Viswamitra respondió: "Hijo, la cordillera de los Himalayas es la base de todo este mundo: es el hogar para todos los animales y todas las plantas. Himavan, deidad de esta cordillera, tiene dos hijas: Ganga y Uma; Ganga es la mayor de las dos. Ambas eran adoradas por todos. Los dioses pidieron que Ganga les fuera entregada para poder tener prosperidad. Así que Himavan les dio a Ganga, para recibir sus bendiciones y beneficiar a los tres mundos.

"La hija menor, Uma, entró en una vida de extremo ascetismo. Se sometió a una ardua disciplina espiritual, surgida de un desapego supremo por todo lo mundano. Himavan quiso casarla, pero a pesar de todos sus esfuerzos no lo pudo lograr. Finalmente, persuadió a Rudra (Shiva) para que aceptara casarse con ella. De esta manera ella también se volvió digna de la adoración de los tres mundos.

"El Ganga que ven aquí es la Ganga que los dioses se llevaron consigo y que ha venido a la Tierra y tiene tres niveles, uno en el cielo, uno en la tierra y otro subterráneo".

El sabio Viswamitra seguía su viaje hacia la ciudad de Mitila con Rama y Lakshmana, así como algunos de sus discípulos, regalándoles, día y noche, pintorescas descripciones sobre su propia historia, de los acontecimientos históricos acaecidos en los lugares por donde pasaban,

así como los anales de las diferentes dinastías que gobernaban las regiones por las que cruzaban.

Esa tarde, cuando estaba sentado haciendo sus abluciones rituales, Rama le recordó que quería saber el origen de aquel río sagrado. Viswamitra respondió: "¡Ramachandra! Tus ancestros son responsables de que Ganga viniera a la Tierra. Como resultado de sus buenas acciones, las personas que habitan la Tierra se santifican cuando se bañan en las aguas sagradas y llevan a cabo ritos ceremoniales y abluciones tanto al amanecer como al atardecer. El Ganges es el río supremo de pureza divina. Sus aguas nectarinas pueden conferir inmortalidad. La primogénita Ganga habitaba en los cabellos de Shiva, y por esa razón es especialmente auspiciosa. Otorga todo lo que es benéfico". Al oír a Viswamitra elogiar al río en tales términos, Rama dijo: "¿Cómo fue que mis ancestros pudieron traer a la Tierra un río con atributos tan sorprendentes de poder y pureza? Si nos puedes describir la historia nos daría una gran alegría".

Cuando Viswamitra escuchó esa petición hecha con tanta humildad, dijo: "Escucha. Hace mucho tiempo Ayodhya fue gobernada por un emperador llamado Sagara, un monarca justo y valiente. Fascinado por sus cualidades, tanto de mente como de corazón, el rey de Vidarba le dio en matrimonio a su bienamada hija Kesini. Ella también era una estricta seguidora del camino del dharma; nunca se alejaba de la senda de la verdad.

"Sin embargo, y a pesar de que habían pasado muchos años, no fueron bendecidos con progenie. Por eso Sagara se casó con la encantadora hija de Arishtanemi, llamada Sumati; la tomó como segunda esposa, de acuerdo con Kesini. Pero ella también resultó estéril, así que el rey decidió pasar el resto de su vida en ascetismo. Se fue a la orilla de un río donde el sabio Brigu tenía su ermita. Con sus dos esposas, vivió en la más severa disciplina de los anacoretas.

"Así pasó mucho tiempo. Un día, al romper el alba, el sabio Brigu, firme defensor de la verdad, apareció ante él y dijo: «Oh rey, deja de atormentar tu cuerpo. Tú ganarás renombre en este mundo: muy pronto serás bendecido con la dicha de un hijo». Tan pronto como escuchó estas palabras de compasión y gracia, Sagara abrió los ojos y vio al santo delante de él. Inmediatamente se postró a sus pies y dijo a sus esposas que hicieran lo mismo y le rogó que las bendijera.

"La reina mayor, Kesini, inclinó su cabeza y se postró a sus pies, pronunciando un himno de adoración. Brigu le preguntó: «Madre, ¿deseas un solo hijo para que la continuidad de tu descendencia no se rompa, o deseas un número mayor de hijos que estén dotados con enorme fuerza física y sean famosos?» Ella respondió que con un solo hijo sería suficiente y rogó que su deseo le fuera concedido. Brigu aceptó su petición y la bendijo.

"Cuando Sumati, la segunda esposa, se postró ante él, le hizo la misma pregunta. Ella deseó muchos hijos fuertes y valientes, y el sabio le otorgó el deseo y la bendijo para que se cumpliera.

"Feliz por las bendiciones del sabio, Sagara regresó a su ciudad, acompañado de sus esposas. Grabaron en su mente las bendiciones que habían recibido y pasaron el tiempo confiadamente. En pocos meses, ambas reinas concibieron y esperaron el feliz momento. Cuando los nueve meses pasaron, Kesini dio a luz un hijo y Sumati a muchos.

"Conforme pasaban los días, los hijos empezaron a jugar con otros niños de la misma edad y más tarde salían del palacio en busca de compañeros y nuevos juegos. El hijo de Kesini, Aswamanja, los llevaba a la orilla del río Sarayu, pero se deleitaba empujando a los niños al río y reía gozoso cuando se ahogaban. Pronto se ganó una terrible reputación de asesino.

"Cuando llegaron a la adolescencia, Sagara seleccionó a las novias para cada uno de ellos y se celebraron las bodas. Pero como Aswamanja continuaba con sus crímenes, los habitantes de Ayodhya tenían el corazón apesadumbrado por esa incorregible maldad. Un día se acercaron a Sagara y entre lamentaciones le hablaron sobre las atrocidades de su hijo mayor. Entonces el rey ordenó que Aswamanja dejara la ciudad inmediatamente, exiliado a la selva. Aswamanja tenía un hijo, y tuvo que dejar a su esposa y a su niño al cuidado de sus padres.

"Los años pasaron, y Amsumanta, el hijo de Aswamanja, creció y ganó fama en todo el mundo por amoroso, virtuoso y valiente. Una vez, Sagara decidió llevar a cabo el gran sacrificio del caballo, y fijó una fecha favorable para iniciar el rito...". Cuando Viswamitra estaba en este punto de la narración, Rama le preguntó: "Maestro, ¿el sacrificio del caballo se llevó a cabo en Ayodhya o escogió alguna ribera sagrada?" Viswamitra sonrió y contestó: "Rama, me doy cuenta de qué atento estás a lo referente a los sacrificios y cuán respetuosa es tu actitud hacia los sabios. Los describiré en detalle como deseas. Escucha: hay una cordillera sagrada frente a los Himalayas llamada Vindya. La región en medio de estas dos cordilleras es famosa por todos los rituales y sacrificios que se llevan a cabo. Así pues, el sacrificio del caballo se hizo en esa región. Asistieron expertos en la recitación de himnos védicos, y en el eco de las montañas se escuchaba una y otra vez la fuerte y correcta dicción de las fórmulas rituales prescriptas. Miles observaban con gran alegría aquella ceremonia sin igual. Se condujo a un caballo bellamente enjaezado y se le adoró; luego se le dejó que fuera adonde quisiera. Para poder librar de cualquier obstáculo a su libre movimiento (lo cual significaría, en quien se opusiera, la ambición de ser libre de la dominación de su soberano Sagara), Amsumanta siguió al caballo con un ejército muy bien armado para poder enfrentarse a cualquier situación. Luego de recorrer el reino, nadie se había opuesto a su paso, así que el caballo fue

conducido de regreso. Sin embargo, en el momento preciso en que el sacrificio se tenía que realizar en el estilo védico ortodoxo, el caballo no aparecía por ninguna parte. A este respecto, se cree que la pérdida del animal y no poder encontrarlo en el momento auspicioso trae malas consecuencias a los organizadores del ritual. Así que Sagara se sentía muy contrariado, y mandó a los numerosos hijos de su segunda esposa, bien armados, a buscar el caballo y traerlo de nuevo al altar donde se llevaba a cabo el ritual. Pidieron ayuda de los dioses y hasta de los demonios y buscaron en todas partes, incluso hasta escarbaron, no fuera a ser que el caballo hubiera sido escondido bajo tierra por sus captores. No obstante su esfuerzo, tuvieron que regresar y hablar del fracaso de su misión.

"Sagara se enfureció. «¿De qué sirven tantos hijos si sólo saben decir que no pueden hacer nada? ¿Por qué se paran frente a mí con esas caras? Vayan y no regresen hasta que hayan recuperado el caballo.»

"Los hijos reaccionaron al escuchar estas iracundas palabras, y regresaron determinados a no dejar ni un rincón sin examinar. Montañas, lomas, lagos, ríos, cuevas, ciudades y pueblos, bosques y desiertos... para qué alargar la lista; buscaron cuidadosamente en cada prado, en cada metro de tierra. Durante su búsqueda encontraron a un ermitaño profundamente inmerso en meditación, y el caballo estaba ahí, pastando con toda calma.

"Al verlo, sintieron mucha alegría, pero también ira cuando sus miradas cayeron en el ermitaño. Oscilaban entre estas emociones conflictivas. Su razón falló; sus corazones se endurecieron. Le gritaron al ermitaño: «¡Bruto, villano, has robado nuestro caballo y lo escondiste aquí!» Lentamente el sabio Kapila abrió los ojos y miró a su alrededor. Los hijos de Sagara le arrojaron piedras, e incluso querían golpearlo.

"Como Kapila vio que las palabras y las explicaciones eran inútiles contra aquellos rufianes, decidió tratarlos de otra manera, así que, con sólo posar su mirada en ellos, los convirtió en cenizas.

"Mientras tanto Sagara estaba enormemente preocupado por la inusitada demora. No podía dejar la ceremonia a medias, pero ¿cómo podía llevarla a buen término? Al ver su preocupación, su nieto Amsumanta se postró a sus pies y se ofreció a buscar al caballo y a sus tíos y traer noticias. Sagara lo bendijo y lo mandó a cumplir esa tarea.

"Amsumanta se dedicó a buscarlos, noche y día, hasta que lo logró. Vio señales de que sus tíos habían sido convertidos en un montón de cenizas. Estaba ansioso de llevar a cabo las ceremonias funerarias para aquellas almas, pero no encontró pozo, estanque o arroyo, lo que era importante para depositar las ofrendas del funeral. Lleno de pena, siguió buscando. Entonces, un anciano se cruzó por su camino y le dijo: «¡No permitas que te venza la tristeza, querido niño! Tus tíos fueron convertidos en cenizas por el sabio Kapila, por el bien del mundo. Por eso no te contentes con ofrecer tus rituales con aguas mundanas.

Consigue agua sagrada del celestial Ganges, Trae el Ganges a la tierra para que las aguas sagradas corran por las cenizas. Así, esas almas habrán sido salvadas. Pero primero llévate el caballo para que el sacrificio concluya gloriosamente. Después podrás pensar en alguna manera para traer el sagrado Ganges a la tierra». Amsumanta se postró a los pies del ermitaño y se apresuró a llegar con su abuelo, que aún mantenía el ritual en espera del animal consagrado.

"Sagara lo esperaba con tal ansiedad que no había podido dormir, así que cuando llevaron el caballo, él y los sacerdotes védicos estaban muy contentos. Amsumanta creyó que no sería adecuado avisar en ese momento que sus tíos habían fallecido por la maldición de un sabio. Así que dejó que llegara a término el ritual, y que se repartieran los regalos a los sacerdotes e invitados.

"Después que todo hubo terminado, Amsumanta hizo un relato detallado de lo que había sucedido a sus tíos, y animó a su abuelo a que trajera el sagrado río Ganges a la tierra donde descansaban las cenizas, y a Sagara le pareció acertada la sugerencia. Se sometió a muchas disciplinas ascéticas, ceremonias y rituales que, de acuerdo con el consejo de los mayores, inducirían al Ganges a concederle la gracia que él pedía, pero no tuvo éxito. Día a día su salud se debilitaba por la pena, por la pérdida de sus hijos y por no haber podido asegurarles un brillante futuro. Por último, este hombre decepcionado se deshizo de su cuerpo.

"Rama, entonces los ministros coronaron a Amsumanta luego de haber consultado la voluntad del pueblo. El rey gobernó impecablemente porque su moralidad y espiritualidad eran muy firmes. Cuidaba a la gente como si fueran niños nacidos de su propia progenie. Cuando envejeció, le cedió el trono a su hijo D¡lipa, y se retiró a los Himalayas para llevar a cabo las disciplinas ascéticas que él mismo quería imponerse. Su propósito no sólo era la auto rrealización; quería traer el río Ganges por el bien y salvación de sus tíos fallecidos. Sin embargo, tuvo que dejar su cuerpo sin haber podido cumplir su deseo.

"D¡lipa también tenía el mismo anhelo, ya que sabía cuán intensamente su padre y su abuelo habían ansiado aquella consumación: lograr traer el Ganges a la tierra. Así que lo intentó por distintos medios. Hizo muchos ~as difíciles siguiendo el consejo de los sabios. El dolor de no poder cumplir con el ideal de la familia lo invadió y se volvió un enfermo crónico. Al ver que su fuerza física y mental se debilitaba, puso a su hijo Bhagirata en el trono y le confió la misión que él no había podido cumplir. Poco después, D¡lipa también falleció.

"Bhagirata, que brillaba por su resplandor espiritual, prometió lograr la labor que le había encargado su padre. Aunque gobernó satisfactoriamente, estaba triste por no tener un hijo que continuara su linaje. Esto, junto con la tarea suprema de traer el río Ganges, lo forzó a entregar el gobierno a sus ministros y retirarse en silencio al famoso Gokarnakshetra, donde se quedó practicando severas austeridades,

como soportar el calor del sol y comer sólo una vez al mes. Por fin, apreciando su austeridad, Dios se compadeció de él: «Hijo. Pide cualquier gracia y te la otorgaré».

"Bhagirata tuvo la visión del Uno con el brillo de mil soles. Se postró sobrecogido de gratitud y devoción: «¡Señor, haz que el Ganges celestial venga a la tierra, para que mis bisabuelos puedan salvarse de la perdición y puedan regresar al Cielo. Favoréceme también con hijos para que la dinastía lkshvaku no se extinga conmigo como su último representante. Que mi linaje pueda continuar y florecer». Se aferró a los pies del Señor haciendo su súplica.

"El Señor respondió: «Hijo, el primero de tus deseos es muy difícil de cumplir, sin embargo, lo haré. En cuanto a lo de tu descendencia, sí, tendrás un hijo y tu dinastía continuará y florecerá. ¡Levántate!» Bhagirata se puso de pie y el Señor continuó: «Bhagirata, el Ganges es muy caudaloso y rápido, así que cuando caiga del cielo, la tierra no va a poder soportar su impacto. Por tal razón, y como gobernador de esta tierra, tienes que reflexionar sobre el problema y encontrar los medios con los cuales se pueda evitar ese desastre. Cuando el Ganges descienda a la tierra, el efecto será terrible, por eso se debe hacer que el río caiga primero sobre la cabeza de Shiva; de ahí, las aguas se pueden llevar ala tierra sin que su impacto sea tan tremendo. Esta es la mejor manera para evitar dañar a los habitantes de la tierra. Considéralo muy bien». Y después de hablar así, el Señor se fue.

"Desde ese momento Bhagirata empezó a practicar sus austeridades para propiciar a Shiva y, por último, logró ganar su favor y su consentimiento para recibir al Ganges directamente sobre su cabeza cuando descendiera del cielo. Y así fue como el gran río cayó sobre Shiva y luego fluyó desde su cabeza hasta la tierra, en siete ramales distintos: Hladini, Nalini y Pavani, que corrieron hacia el este; Subhikshu, Sita y Sindu fluyeron hacia el oeste, y el séptimo siguió los pasos de Bhagirata, es decir, hacia los montículos de cenizas de sus bisabuelos, quienes esperaban ser rescatados del infierno.

" El río fluyó por la ruta que Bhagirata tomó, y a lo largo del camino los hombres se beneficiaban del río sagrado purificándose en él; fueron liberados de los efectos de sus pecados por la influencia purificadora del Ganges celestial. Los bisabuelos también se redimieron gracias a los ritos fúnebres que se realizaron en la ribera de la tres veces sagrada corriente.

"Ya que Bhagirata trajo el Ganges a la tierra, el río recibió el

nombre de Bhagirati. Después que las ceremonias de los antepasados terminaron, Bhagirata regresó a Ayodhya, feliz de haber podido cumplir, con la gracia divina, los más vehementes deseos de su padre y de su abuelo. Gobernó el imperio por muchos años recibiendo el homenaje espontáneo de sus contentos súbditos. Por último, él también abandonó su cuerpo".

Cuando Viswamitra relató la historia de sus antepasados, Rama y Lakshmana quedaron maravillados. Pero el sabio dijo que ya era medianoche y que todos debían ir a dormir, así que se postraron ante su preceptor y se acostaron sobre las mullidas arenas de la ribera. Sin embargo, Rama y Lakshmana no podían dormir, se recostaron sólo por obedecer a su maestro, no porque necesitaran descansar. Se acostaron imaginando la maravillosa historia del Ganges descendiendo del cielo, hasta que se dieron cuenta de que había amanecido. Entonces hicieron las abluciones y rituales matutinos en el río y se prepararon para el viaje que todavía tenían por delante. Tan pronto como unos discípulos les avisaron que la embarcación estaba lista, todos se dirigieron a ella, tomaron sus lugares y cruzaron el río sagrado. Llegaron a la ribera norte y empezaron la siguiente etapa de su viaje, admirando el escenario selvático por el que pasaban.

Luego avistaron una ciudad llena de preciosos edificios. Rama se dirigió a Viswamitra preguntándole: "Maestro, desde esta hermosa colina estamos viendo una gran ciudad. ¿A qué reino pertenece?" El sabio le contestó: "Rama, parece que estuviera cerca, pero de hecho nos va a tomar bastante tiempo llegar allá. Tal vez sea por la tarde. Te contaré la historia del origen y fortuna de esa ciudad cuando estemos llegando a ella. Mientras tanto, continuemos". Rama escuchó las palabras del sabio con una sonrisa en los labios; entendió el significado de esta orden y caminó sin decir nada.

Cuando descendieron al valle, no encontraban ninguna señal de la ciudad ni casas; no obstante, desde arriba parecía que la ciudad estaba muy cerca. Caminando, hallaron que aunque ya atardecía, no podían llegar a la ciudad aún. Tal como Viswamitra había dicho, la ciudad se encontraba muy lejos. Al caer la noche se detuvieron y, después de un baño, hicieron los rituales como indican los Shastras. Mientras descansaban, Rama volvió a hacer la pregunta. "Maestro, ¿nos podrías contar acerca de la ciudad?", y Viswamitra dijo: "Rama, yo también estaba pensando en eso ahora mismo. Aunque me doy cuenta de que tú sabes cómo funcionan todas las mentes; aun así el velo de maya (la apariencia de realidad) esconde el hecho y precipita al hombre por caminos equivocados. No todos pueden ser los amos de su mente. Cuando personas como yo encontramos que es imposible mantenerla bajo control, ¿qué podría decir del hombre ordinario? ¡En el mismo momento en que me vino a la mente el pensamiento de que te habías olvidado de preguntar acerca de la historia de la ciudad, tú me preguntaste! No necesito ninguna prueba más que indique que tú eres el que todo lo sabe.

"¡Rama! En el principio de los tiempos, Kasyapa tuvo dos esposas, Aditi y Diti. Los hijos de Diti eran famosos por su fuerza física, y los de Aditi por su grandeza moral. Cada día que pasaba crecían en fortaleza. Los padres se sentían felices por ello, observándolos crecer rápido y fuertes.

"Un día, los hijos de ambas se reunieron para discutir la forma de evitar la vejez, y finalmente llegaron a la conclusión de que el néctar (amrita) que se obtiene de batir el océano de leche, curaría las enfermedades, el envejecimiento y la muerte. Por lo tanto, pronto se pusieron en marcha para realizar esa tarea. La montaña Mandara fue arrancada y echada en el océano para que sirviera como vara en el batido. La serpiente Vasuki fue escogida como cuerda para amarrarla alrededor de la montaña con el fin de moverla con rapidez. Cuando llevaban un buen rato batiendo, la serpiente Vasuki empezó a vomitar su veneno. Estaba enfurecida debido al dolor que le causaban los colmillos al chocar con las rocas del pico de la montaña. Las fumarolas venenosas rugían como grandes llamaradas.

"Al ver esto, los hijos de Diti y Aditi estaban mortalmente asustados, creían que se quemarían hasta quedar convertidos en cenizas en aquel holocausto. Le imploraron al Señor para que los socorriera. Cuando Vishnu apareció ante ellos, los hijos de Diti clamaron patéticamente: «¡Señor, sálvanos! ¡Acaba con este aterrador desastre!» El Señor se convirtió en Shiva y dijo: «Queridos míos, yo soy el mayor de los dioses, y por lo tanto, soy digno de recibir el primer fruto de este batido». Luego bebió sin demora el veneno que les estaba causando pánico.

"Después, los hijos de Diti y Aditi continuaron batiendo el océano. Otra calamidad los amenazó entonces: la montaña Mandara empezó a hundirse, y le rogaron nuevamente al Señor Vishnu, quien reapareció y dijo: «Queridos niños, no se asusten». El Señor entonces tomó la forma de tortuga y poniéndose bajo la montaña, la elevó en su caparazón y la mantuvo a salvo hasta que el batido terminó. Los hijos de Kasyapa estaban muy agradecidos y felices. Alabaron al Señor profusamente.

"Del océano de leche emergió un dios con un báculo y una vasija con agua en sus manos. Su nombre era Dhanvantari. Cuando los hijos de Diti y Aditi lo estaban viendo, brotó del océano una sustancia dulce y espesa (rasa) de la cual se formó una bola que, a su vez, pronto se derritió y disolvió; de ella surgió un grupo de doncellas, a las que, debido a que nacieron del rasa, se les conoce como Apsaras: Ellas trataron de muchas maneras de persuadir a los hijos de Diti y Aditi a que se casaran con ellas; rogaron y rogaron, pero todos sus esfuerzos fueron en vano; por eso vivieron solteras, libres y veleidosas. Luego, de las olas surgió Varuni, la hija del dios del agua; ella tenía un cáliz lleno de licor. Los hijos de Diti lo rechazaron, pero los hijos de Aditi sí lo bebieron. Aquellos que rehusaron el licor (sura) se conocen como asuras (demonios), y aquellos que lo aceptaron, como suras (dioses).

"Por último, de ese océano de leche surgió el ansiado néctar. ¿Quiénes debían beberlo? Aquí surgió una controversia entre los hijos de Diti y los de Aditi. En la terrible batalla que siguió, los hijos de Aditi empezaron a destruir a los hijos de Diti. Parecía que esta batalla sería

una lucha de extinción total. La tierra temblaba cuando chocaban las armas. El miedo y la ansiedad esparcieron sus oscuras nubes sobre el mundo. De pronto, Vishnu apareció ante los combatientes en la forma de subyugante y encantadora mujer, quien cautivó los corazones de todos y alejó sus mentes del combate en el cual se habían enfrascado. Encantó a todos, pero durante su aparición el preciado néctar desapareció.

"Todos los hijos de Diti habían muerto. La pena de la madre era inconsolable. Kasyapa no podía volverla a la normalidad. Fallaban sus intentos por enseñarle lo efímero de las cosas. Se lamentaba y gemía como si el fin del mundo hubiera llegado.

"Finalmente Diti se tranquilizó; se acercó a Kasyapa y, tratando de ocultar su dolor, dijo: «Señor, ¿es esto justo? Las dos tuvimos hijos tuyos. Ahora me he quedado sin hijos. ¿Debo lamentarme para siempre? Ni siquiera uno de mis hijos está vivo. Mejor que tener muchos hijos de corta vida, es preferible tener uno pero que viva muchos años, ¿no es así?», y se soltó llorando. Kasyapa entonces la consoló y le dijo que hiciera austeridades con el fin de propiciar a los dioses, para que con la gracia de ellos tuviera un hijo que pudiera vivir muchos años. Le aconsejó que olvidara su pena, pues eso impediría que se cumpliera su deseo. Animada por él y teniendo sus bendiciones, se fue inmediatamente y empezó sus austeridades con el propósito de recibir la gracia de los dioses, la que le permitiera tener un hijo que fuera capaz de vencer al dios de los dioses, ¡a Indra mismo!

"Kasyapa le dijo: «La austeridad no es una disciplina fácil. Uno debe mantenerse puro hasta el final; debe llevar a cabo ayunos y cumplir sus votos sin infringirlos en lo más mínimo; sólo entonces los dioses estarán complacidos y te otorgarán su gracia».

"Diti llegó a la región conocida como Kusaplava y empezó un riguroso ascetismo. Sabiendo a lo que estaba resuelta, Indra quiso probarla y llegó a ella disfrazado como su ayudante. El ruego de Diti fue escuchado; se embarazó por medio de la gracia Divina. Pasaron los días y los meses; Indra estaba a su lado, como su ayudante. En una ocasión, durante las horas calientes del mediodía, vencida por el sueño, se acostó con el pelo suelto, con la cabeza a los pies de la cama. Esto iba en contra de las reglas estrictas de la pureza ceremonial que debía guardar con tenacidad. De esta manera, Indra tuvo su oportunidad; notó que la postura era indebida y contraria a los mandamientos sástricos, de manera que la castigó fragmentando el feto en su vientre. Los fragmentos empezaron a llorar dentro del seno porque sus miembros y segmentos se habían roto; «su asistente», Indra, les habló suavemente: ¡Maa ruda! (no lloren). Diti tuvo intensas hemorragias, se lamentaba de su destino y lloró desconsoladamente.

"Indra se puso enfrente de ella con las palmas unidas y dijo: «Madre, perdóname, pero actuaste en contra de las reglas de la pureza y rompiste tu voto. Tu pelo estaba suelto y tu cabeza en el lugar donde

se ponen los pies. Al dormir así, faltaste a tus austeridades; cuando tu enemigo, que está esperando una oportunidad para frustrar tu fortuna, la tiene, ¿se quedará callado? Soy Indra que he tomado esta forma. Tú orabas por un hijo que pudiera matarme, ¿no es así? El feto en tu vientre sería quien me iba a destruir, así que aproveché la oportunidad para anular a mi enemigo, incluso no lo destruí con acciones condenables. Tú sabías que era esencial que siguieras estrictamente el voto para que tu plan tuviera éxito; debías haberte asegurado de no violar el código. El feto ha sido cortado en siete fragmentos y les he dicho: Maa ruda. Así que nacerán como los siete marutas divinos (dioses del aire); te confiero esta gracia». Indra habló así y regresó al cielo.

"Rama, éste es el lugar donde Indra y Diti mantuvieron ese diálogo y ese compromiso. Aquí lkshvaku tuvo un hijo de Alamba Devi, que se llamó Visala. En su honor este reino lleva su nombre. Visala tuvo a Hemachandra el poderoso, un gran filósofo, quien a su vez tuvo a Subadra, y éste a Dhumraswa, y su hijo se llamó Srinjaya, y el hijo de Srinjaya fue Sahadeva. Sahadeva llegó a ser muy rico; era un fuerte pilar de la rectitud y la moral y fue un valeroso gobernante del reino durante un período muy largo. Su hijo Somadata tuvo a Kakusta, y Sumati fue hijo de este heroico monarca; asimismo, él también es un gobernante virtuoso y recto; en pureza y santidad es igual a los dioses. ¡Rama! hoy entraremos en la ciudad de Vísala y dormiremos ahí; mañana llegaremos a la ciudad del emperador Janaka". Cuando escucharon esto, todos se sintieron felices. Las noticias de la llegada de Viswamitra le fueron comunicadas a Sumati por los mensajeros, y él se apresuró a recibirlo con cortesanos, ministros, eruditos y sacerdotes, rogándole que entrara a la ciudad y santificara el palacio con su visita.

Viswamitra estaba complacido con su humildad y reverencia. Dulcemente preguntó por su salud y bienestar, así como por su reino. Mantuvieron una conversación durante un rato acerca de los asuntos del reino y de la dinastía, cuando los ojos de Sumati se posaron en los hermanos Rama y Lakshmana. Estaba tan fascinado por su encanto y dignidad, que preguntó a Viswamitra quiénes eran esos "cachorros de león"; Viswamitra le contestó: "Sumati, ésa es una larga historia que ahora no tengo tiempo de contarte. Te hablaré de ella cuando lleguemos". Entonces Sumati guió hacia la ciudad a todos los monjes y ascetas, así como a Rama y Lakshmana. Viswamitra caminó y platicó con Sumati durante todo el trayecto asuntos relacionados con el reino. Al llegar a las puertas de la ciudad, se alcanzaba a oír música y vocerío. Los sacerdotes recitaron himnos de las Escrituras, de bienvenida y buenos deseos.

Después de la fiesta de recepción organizada por el rey de Vísala, Viswamitra describió a la concurrencia realeza, sacerdotes y eruditos su propio santuario, la Ermita de los Logros, y el ritual que había celebrado, así como la heroica manera en que Rama y Lakshmana

habían defendido los recintos del sacrificio de los terribles demonios. Todos aquellos que oyeron hablar de la habilidad y el valor de los príncipes se maravillaron. Los vieron con admiración, y sintieron que Nara y Narayana habían vuelto a venir. Se postraron ante ellos, inundados por un sentimiento de reverencia.

Como ya era tarde, Rama y Lakshmana se postraron a los pies de Viswamitra y, con su permiso, se fueron a las habitaciones que les habían asignado. Se levantaron antes del amanecer, hicieron sus abluciones y ritos matutinos y fueron con su preceptor, a buen tiempo para proseguir la siguiente etapa de su viaje. Expresaron su agradecimiento al rey Sumati, y continuaron hacia Mitila.

Sumati los acompañó un trecho y después se despidió del sabio y de los demás. Viswamitra caminó con sus discípulos y los príncipes. Hacia el mediodía, llegaron a una inmensa campiña, la cual había albergado un enorme número de ermitas muchos años atrás, de las cuales sólo quedaban ruinas. Uno podía ver altares que alguna vez habían recibido amoroso cuidado, así como lugares donde el fuego sagrado había sido alimentado. Rama notó que era un lugar santificado por ascetas y sabios, y a Viswamitra le llamó la atención lo acertado de sus conjeturas. Viswamitra sonrió y dijo: "Rama, has observado correctamente. Estoy muy contento. Te diré por qué se fue el gran personaje que habitaba en este lugar. Escucha: Hasta los dioses aclamaban este recinto sagrado. Esta es la ermita de Gautama Maharshi. Durante muchos años, él habitó aquí con su esposa Ahalya. Con gusto pasaba por las más severas austeridades y los ritos más complejos. Esta campiña resplandecía con grandeza espiritual, brillaba y estaba llena de paz y dicha. Cada día era una jornada sagrada para las personas que aquí habitaban. Ahalya, la esposa del sabio, era una mujer poseedora de grandes virtudes y una estrella de perfecta belleza. No había nadie igual a ella en hermosura y encanto; por eso Gautama la mantenía siempre bajo vigilancia, la cuidaba mucho. Un día, mientras el gran sabio estaba ausente de la ermita, Indra, el jefe de los dioses, vino al lugar, disfrazado del mismo Gautama. La virtuosa Ahalya lo confundió con su señor y lo atendió con reverencia, pero el verdadero Gautama entró y descubrió su aparente infidelidad. Reconoció a Indra a pesar de su disfraz y se enfureció terriblemente: «¡Ser de mente maligna!», gritó, pero Indra había desaparecido ya.

"Se volvió hacia Ahalya y en su ira rugió: «Te has propuesto destruir esta ermita dando rienda suelta al vicio, ¿no es así? Pues no permaneceré aquí ni un minuto más. No tolero ni ver tu cara. Y tú, tú te moverás escondida entre los arbustos viviendo como un duende en el aire, sin comida ni bebida. Me voy de aquí». Gautama odió aquel lugar que había sido profanado por el engaño.

"Ahalya lloró hasta que el corazón se le salió; alegaba ser inocente de cualquier pecado, de haber sido engañada por el disfraz, y motivada por la veneración hacia su señor, se abrazó a sus pies y rogó

ser perdonada. Gautama se ablandó un poco ante sus ruegos; ahora la verdad era clara para él, pero ya que uno no puede retractarse de sus propias palabras, dijo: «¡Ahalya, tú sabes que yo he prometido que jamás iré en contra de la palabra dada, así que tendrás que permanecer entre arbustos y espinos, triste y hambrienta hasta que Rama, el hijo de Dasarata, venga por este camino. Al verte, derramará su gracia sobre ti permitiéndote tocar sus pies, y te hablará con gran compasión; su bendición a través de la vista, el contacto físico y el habla te purificarán, y brillarás, con tu verdadera forma y encanto. Entonces me reuniré contigo».` Diciendo esto, Gautama dejó el lugar dirigiéndose hacia la región de los Himalayas. Desde ese momento, Ahalya perdió su nombre y su forma, vive del aire y está cumpliendo cabalmente su austeridad, deseosa de reunirse con su señor. Desde entonces esta campiña, que alguna vez fue hermosa, empezó a descuidarse".

Cuando Viswamitra narró esta historia, Ramachandra expresó mucha sorpresa: "¿Qué? ¿Me estás diciendo que ella está esperándome? ¡Pobrecita!; dime dónde está". Y al tiempo que Rama avanzaba, Viswamitra y Lakshmana lo siguieron a prudente distancia. Pasó entre los enmarañados matorrales y encontró una cabaña más allá de unos arbustos espinosos.

Ahalya, absorta en austeridades, se había mantenido alejada de los ojos de los dioses, demonios y hombres, había olvidado su nombre y su forma; no le interesaba comer ni dormir, existía solamente como un pedazo de roca. Parecía la luna escondida entre las nubes, o el fuego del sacrificio cubierto por espesas cortinas de humo; cuando Rama se aproximó, su pie tocó a Ahalya.

Ahalya levantó su cabeza, y al ver la encantadora forma divina de Rama, tomó sus pies exclamando: "¡Ah, me he salvado! Oh, Dios, has venido a rescatarme del pecado, por fin se ha conmovido tu corazón". Mostró su agradecimiento con múltiples alabanzas. Se levantó como la luna detrás de las nubes, radiante y fresca, y en ese momento Gautama, quien era un gran maestro de los misterios del yoga, apareció entre ellos, pues sabía que Rama había rescatado a su esposa. El la aceptó purificada luego de su rigurosa austeridad y de haber sido bendecida por Rama. Tanto marido como mujer se postraron a los pies de Rama y Lakshmana, llenos de la bienaventuranza que habían recibido. Gautama veneró y honró a Viswamitra. El grupo de discípulos estaba asombrado ante la maravilla que había presenciado; vieron a los hermanos con una mirada de éxtasis. Viswamitra se despidió de Gautama, y caminó hacia el noreste con Rama y Lakshmana a su lado.

Por la tarde se aproximaron a una ciudad. El sabio la señaló diciendo: "Esa es Mitila, ese vasto conglomerado de magníficos edificios". Los hermanos, así como los discípulos del sabio, saltaron de alegría, y a partir de ese momento empezaron a caminar más rápido, olvidándose del agotamiento físico; así, pronto llegaron a la entrada principal de la ciudad.

Dondequiera que miraban, veían ascetas y sacerdotes recitando los Vedas. Vieron muchas casas donde tenían fuegos de sacrificio alimentados con ofrendas rituales. Debajo de cada árbol, cobijándose en su sombra, había grupos de personas cerca de sus carretas de bueyes, en las que se habían transportado de todas partes del país. Había hombres y mujeres, viejos, jóvenes y niños, pertenecientes a todas las castas y oficios, personas de todos los niveles de vida reunidos en cada rincón; era como estarse moviendo en un río de alegría. La ciudad estaba llena de gente que iba de un lado a otro por todas las calles. El sabio y sus seguidores llegaron a la orilla de un estanque con poca gente, y ahí decidieron acomodarse. La hora de las abluciones vespertinas había llegado; se dieron un baño y terminaron los ritos prescriptos.

Cuando el yajna era inminente, cortesanos y guerreros del palacio iban hacia los monjes que llegaban en todo momento, para preguntarles sus nombres, sus maestros y las ermitas de donde provenían, su nivel espiritual y si habían sido o no invitados especialmente para la ocasión. El emperador Janaka insistía en que toda esa información se le debía comunicar sin demora.

Mientras tanto, Viswamitra había terminado sus abluciones y ritos; se sentó junto al estanque con sus discípulos y los hermanos, quienes parecían estrellas gemelas caídas a la Tierra desde el cielo. Y cuando el sabio les estaba describiendo las glorias de Mitila, un mensajero de la corte se aproximó a ellos y muy amablemente dijo: "Maestro, por favor dime quién eres y de dónde has venido. Somos mensajeros del rey. Obedecemos órdenes y cumplimos con nuestro deber. Si nos dices tu nombre, podemos informarle al rey de tu llegada".

Cuando el mensajero se apresuró directamente al palacio y le dijo al emperador Janaka que el sabio Viswamitra había llegado, el monarca hizo los arreglos apropiados para la recepción del gran sabio; mandó a los principales sacerdotes y eruditos de la corte bajo la guía de Sathananda hacia donde se encontraba Viswamitra.

El grupo se aproximó al estanque recitando himnos védicos de bienvenida y buenos deseos, y Viswamitra se dio cuenta de que venían a llevarlos a la presencia del emperador, y pidió a Rama y a Lakshmana que se prepararan. Mientras tanto, Sathanan da honró a Viswamitra en la verdadera tradición védica, tal como merecía un gran maestro: se postró a sus pies; le ofreció un refrigerio consagrado con mantras védicos y anunció con humildad ejemplar que había venido con otros cortesanos bajo las órdenes del emperador para darle a él y a todos los que lo acompañaban, la más sincera bienvenida. Condujeron al sabio y a los demás a la ciudad, precedidos por músicos que tocaban sus instrumentos.

En cuanto llegaron al camino real, el mismo emperador Janaka avanzó hacia ellos acompañado de ministros y cortesanos y sus

parientes más cercanos. Janalca se postró ante Viswamitra diciendo: "Señor, he cumplido hoy mi más grande ambición. Mitila ha obtenido, con tu llegada, un resplandor único". Luego le preguntó acerca de su bienestar y el de sus estudiantes y discípulos. Sus ojos se fijaron en los dos muchachos, Rama y Lakshmana. Le llamaron la atención como encarnaciones de resplandor solar. Durante unos segundos no pudo encontrar palabras; ni siquiera supo dónde se encontraba. Con gran esfuerzo, recuperó suficiente conciencia para preguntar a Viswamitra: "Maestro, ¿quiénes son? Parecen los mismos dioses gemelos, los aurigas divinos, parece que acabaran de llegar del cielo para darme su gracia. Tienen el dulce encanto de esos dioses, tal vez son el sol y la luna que han venido a la Tierra. ¿Cómo ha sido posible que estas juveniles encarnaciones hayan llegado hasta aquí caminando toda esa distancia como simples miembros del grupo guiado por ti? ¿Acaso se conocieron en el camino y es así como llegaron juntos?" Janaka hacía una pregunta tras otra como si hablara consigo mismo, olvidando dónde estaba y lo que en verdad quería saber.

Viswamitra vio su ansiedad y no pudo refrenar su sonrisa y dijo: "Estos son los hijos del emperador Dasarata de Ayodhya. Sus nombres son Rama y Lakshmana. El valor y las destrezas de estos muchachos son sorprendentes y milagrosas". El sabio quería decir mucho más pero pensó que sería mejor contarle acerca de ellos después de llegar al lugar donde se iban a quedar, así que caminaron hacia el sitio que les habían designado.

Tenía la estructura de un templo pequeño y bonito situado en el centro de un precioso jardín y estaba deliciosamente decorado con verdes hojas y festones. El lugar era totalmente silencioso, parecía como si estuviera cargado de paz proveniente del mismo cielo. Estaba bastante cerca del palacio real. Después de mostrarles sus habitaciones, Janaka se postró a los pies del sabio nuevamente, diciendo: "Tu llegada me ha otorgado enorme fortaleza y alegría. Estoy seguro de que tal regalo de la fortuna me ha llegado como resultado de un mérito ganado en muchas vidas. Ahora me iré. De acuerdo con los sacerdotes oficiantes, aún quedan doce días antes de que empiece el yajna. Por favor, quédate en esta ciudad y bendíceme con tu presencia".

Viswamitra le aseguró que no tenía ninguna objeción a su propuesta y de esta manera quitó de su mente cualquier duda que Janaka hubiera podido tener; por su parte, Rama y Lakshmana se miraron como diciendo que serían demasiados días.

Se hicieron arreglos para que pudieran descansar y dormir sin ser perturbados esa noche; del palacio les llevaron leche, fruta y otros alimentos. "Mañana vendré al amanecer para recibir tu darshan dijo Janaka al retirarse . No es propio demorar más tu descanso, pues han llegado de un largo viaje." Janaka regresó con los sacerdotes, sabios y eruditos.

Rama y Lakshmana hablaron entre ellos sobre la devoción y la humildad del emperador y la luz de paz y alegría que brillaba en su rostro. Se sentaron al lado del maestro y compartieron la fruta y la leche. Después de pedir permiso, se fueron a sus habitaciones para descansar.

Esa noche durmieron profundamente. Cuando la luz del día se esparció lentamente por la ciudad, se oyó música de cornetas y tambores por todas partes, los sacerdotes recitaron himnos védicos. Rama y Lakshmana se levantaron y terminaron su baño y otros rituales y se acercaron a Viswamitra. El sabio les dio leche y dijo: "Hijos, Janaka llegará en cualquier momento. Tomen su desayuno y prepárense". Pronto, ellos y los más jóvenes discípulos del sabio tomaron la leche y las frutas, se lavaron las manos y en silencio se reunieron alrededor de su preceptor y se sentaron respetuosamente junto a él.

Mientras tanto, se supo que el emperador Janaka se dirigía al lugar del preceptor real para rendirle homenaje; el sonido de las caracolas y los nueve instrumentos tradicionales anunciaba la cercanía del gobernante del reino. Janaka entró con la auspiciosa pasta de sándalo y los granos de arroz en las manos mientras Sathananda y el grupo entraban en la sagrada residencia. Con el deleite de la gratitud lavó los pies del sabio.

Después de haberse postrado a los pies de Viswamitra, Janaka se paró al lado de la silla alta que habían puesto enfrente del pedestal para que el sabio se sentara. En cuanto Viswamitra se lo indicó, Janaka ocupó su propio lugar. Rama y Lakshmana se sentaron a la derecha del maestro sobre una alfombra en el suelo. Janaka dijo: "Gran sabio, ¿qué es lo que deseas ahora? Estoy listo para aceptarlo y honrarte. Por favor, dímelo". Janaka juntó las palmas de sus manos en oración. Ante esto, Viswamitra sonrió y dijo: "La otra noche, ya que no había tiempo, no podía contarte con detalle. Ahora te platicaré acerca de estos príncipes, Rama y Lakshmana, pues deseabas oír esa historia. Pero si no tienes tiempo ahora, te lo podré contar en algún otro momento". Janaka exclamó: "Maestro, ¿qué otro trabajo más importante puedo tener que experimentar la bienaventuranza de conversar contigo? Esta oportunidad sólo puede ser el fruto de una larga austeridad. Estoy lleno de alegría ante la expectación de que me cuentes acerca de ellos; lo considero una gran suerte".

Viswamitra narró entonces los incidentes que acaecieron desde su aparición en la corte de Dasarata, hasta el ritual y la manera heroica en que los jóvenes burlaron los intentos de los demonios para profanar el ceremonial. Describió la valentía y habilidad de los muchachos en la batalla contra los demonios y alabó sus logros. Durante la narración, lágrimas de alegría y gratitud salieron de los ojos del sabio y continuamente tuvo que enjugárselas con una punta de su propia vestimenta.

Al escuchar estas palabras y llenar sus ojos con la majestuosidad y encantadora belleza de los muchachos, Janaka experimentó gran delectación, el deleite que a menudo sentía durante el samadhi (estado de bienaventuranza) cuando meditaba. Sintió que los muchachos eran encarnaciones de divino esplendor. Aunque a menudo trataba de mirar hacia otro lado, sus ojos estaban sedientos sólo de la visión de aquellas caras semejantes a un loto que provocaban la iluminación. Difícilmente podía Janaka ocultar la expresión de su éxtasis interno y se sentó viéndolos fijamente de manera humilde y reverente. Ni por un momento sintió que era un emperador y que aquellos jóvenes eran los hijos de otro monarca. Tenía la indeleble impresión de que habían venido del Cielo a la Tierra, y el sentimiento se fortaleció con la descripción de sus habilidades y fuerzas sobrehumanas. Se daba cuenta de que eran seres extraños, emparentados sólo con Dios, ya que llevaron a cabo con éxito, inclusive antes de haber entrado a la adolescencia, la custodia de un sacrificio que el célebre Viswamitra no podía llevar a cabo a causa de las alteraciones que sufría. ¡Qué maravilla!

Después, la narración fue resumida por el sabio con el inicio del viaje hacia Mitila, y los relatos del sabio a los hermanos también le fueron explicados a Janaka. Cuando la historia de la purificación y liberación de Ahalya, la esposa del sabio Gautama, en la ermita que estaba cerca de la capital, les fue relatada, Sathananda se sorprendió enormemente y dijo: "¡Qué! ¿Mi madre ha sido liberada de la maldición? ¿Estas divinas personas han retornado la santidad a mi madre y la han devuelto a mi padre? ¡Ah! Sin ninguna duda son divinos". Ríos de lágrimas de gratitud y alegría brotaron de sus ojos y de la emoción no podía ni moverse, parecía una columna. Viswamitra lo observó y dijo: "¡Hijo! No te sorprendas tanto con lo que ha sucedido hasta ahora. En los días siguientes ocurrirán cosas mucho más sorprendentes, que causarán admiración y bienaventuranza por su gloria sobrehumana. Tus padres también llegarán a la ciudad de Mitila mañana o pasado, y podrás oír de sus bocas la maravillosa historia de Rama y Lakshmana. Cálmate".

Ante esto, el emperador Janaka dijo: "¡Maestro, qué afortunados son los padres que tienen a estos hijos divinos! ¡Qué afortunado soy yo, que han venido a mi casa!" Se dirigió hacia Rama y Lakshmana y les dijo: "Queridos míos, discúlpenme si la residencia que les dispuse no es de su agrado o no es adecuada para su nivel. Si así lo desean, les daré un lugar más apropiado. Si quieren, puedo mostrarles la ciudad, ya que ustedes son viajeros que han llegado a Mitila, pidan lo que quieran sin reservas; me sentiré feliz cuando me lo pidan". A estas palabras, pronunciadas con bondad y humildad ejemplares, Rama contestó de una manera que revelaba el respeto que sentía hacia Janaka.

Dijo: "¡Maharaja! No somos sino niños, así que no creemos que haya que hacer ninguna cosa. Nos sentimos felices. No hay ninguna necesidad de molestarse arreglando algún otro lugar para nosotros. Sin

embargo, si tanto nos aprecias, te pedimos que nos cumplas un deseo...", y sin mencionarlo que era miró a su preceptor; entonces el sabio habló: "Janaka, la misión por la que los príncipes vinieron desde Ayodhya terminó cuando el ritual que me propuse se llevó a cabo sin profanaciones. Rama y Lakshmana pidieron permiso para regresar a casa. Mientras tanto, recibí tu invitación con respecto al yajna que vas a llevar a cabo, así que le pedí a estos muchachos que me acompañaran a Mitila. Entonces Rama replicó que ya que su padre le había dado permiso sólo para cuidar el ritual de mi ermita, no quería ir más lejos y continuar alejado de su padre más de lo permitido. Sin embargo, yo les platiqué acerca de las armas divinas que tú posees, objetos que naturalmente están ansiosos de ver y manejar. Les describí el arco que tienes aquí, el arco de Shiva, el cual merece ser visto por ellos. Les conté la historia de ese arco. Fue entonces cuando decidieron acompañarme hasta acá, anhelando verlo. No tienen ningún deseo de pasear por la ciudad ni de visitar lugares interesantes; arcos, flechas, armas que pueden cuidar a los buenos y castigar a los malvados; esto es lo que les llama la atención en primer lugar". Janaka sintió que no tenía necesidad de oír más y dijo: "En ese caso haré los arreglos necesarios para que traigan el arco al salón de los rituales cuanto antes", y pidió que se le preguntara al preceptor Sathananda acerca de la hora auspiciosa para llevarlo.

Mientras tanto, Rama le preguntó a Janaka: "Maharaja, nos deleitaría saber cómo fue que ese arco divino llegó a tu propiedad". Janaka dio los detalles con evidente alegría. "Queridos míos: seis generaciones después de Nimi, el gran ancestro de mi dinastía, el rey llamado Devarata gobernaba este reino. Los dioses pusieron este arco de¡ Señor Shiva a su custodia en el palacio. Ha estado con nosotros desde entonces; es el arma de los dioses, y por eso aseguro que no es ningún arco común. ¡Pesa miles de toneladas! Nadie lo ha podido levantar hasta ahora porque, ¿quién podría alzar ese peso? Muchas veces en el pasado traté de descubrir quién podría manejar el arco o cuando menos levantarlo para que la gente lo viera, e invité a que las personas trataran, pero todavía no he visto quién lo haga. Todos los reyes y príncipes que han tratado, han fallado y han regresado humillados. No han podido levantarlo, ni siquiera moverlo un poquito. Un día, cuando estaba quitando el césped de¡ lugar donde iba a llevar a cabo un ritual, descubrí una vasija en un surco de la tierra. Cuando la levanté y examiné, encontré en ella a una encantadora niña. Y ya que la niña llegó a nosotros de¡ surco (sita), la llamamos Sita y la criamos como nuestra hija. Un día, cuando estaba jugando con sus compañeras, su pelota rodó debajo de la larga caja donde se guardaba el arco de Shiva; cuanto más se afanaban por recuperar la pelota, más se metía bajo la caja. Sin embargo, nuestra niña se rió de las dificultades de los guardias de palacio y de sus compañeras. Con su tierna manita movió la caja y recuperó su pelota para asombro de todos. Me enteré de esto a

través de las reinas, quienes lo supieron por el asombrado grupo que estaba con ella en aquel momento.

"Ese día resolví dar en matrimonio a Sita a aquel que probara ser digno de casarse con ella al empuñar el arco. Desde entonces muchos príncipes han tratado de levantarlo y tensarlo para ganarse a Sita, pero todos han fallado vergonzosamente. Se sentían heridos y ofendidos; decían que yo los había humillado a propósito, y en su resentimiento y desesperación, se agruparon y atacaron la ciudad de Mitila con sus fuerzas unidas. La batalla duró un año completo. En consecuencia, mi ejército estaba exhausto, y yo temía por el destino de la ciudad. No tuve otro recurso que hacer austeridades para ganar la gracia de los dioses, quienes, complacidos, me bendijeron con refuerzos adicionales de infantería, caballería, elefantes y carrozas. Es decir, que la ayuda vino de las regiones situadas tras las fuerzas sitiadoras, y cuando éstas fueron atacadas por la retaguardia, se logró dispersar al enemigo. Durante esas campañas de venganza, pude conservar el arco; lo cuidaba como a la niña de mis ojos. Su misterioso poder está más allá de cualquier descripción.

"¡Rama! ¡Ramachandra! No te negaré el deseo que quieres cumplir; si estás de acuerdo, el arco será traído a este salón de rituales. También anunciaré que cualquiera que se atreva a levantarlo y tensarlo, lo podrá hacer." Cuando Janaka habló con tanta autoridad, Rama y Lakshmana se miraron uno al otro y no dijeron nada porque estaban esperando la instrucción de¡ maestro, a quien habían seguido desde tan lejos.

Justo entonces Viswamitra, quien sabía de la fuerza y destreza de los hermanos, dijo que lo que Janaka proponía se podía llevar a cabo, y que no tenía que temer que algún obstáculo se pusiera en su camino. Janaka también anunció que daría a Sita en matrimonio a quien pudiera levantar y empuñar el arco, ya que había prometido que Sita se casaría sólo con quien pudiera hacerlo. Viswamitra también apoyó aquello.

Janaka pidió permiso para retirarse, y se dirigió al palacio resuelto a llevar el arco al salón de rituales. Se anunció a todos los reyes y príncipes que el arco estaría expuesto. El vehículo de ocho ruedas que contenía la caja con el arco fue empujado y arrastrado hacia el salón por un gran número de hombres muy fuertes, pero no lo pudieron mover ni siquiera un paso. Así que más hombres de enormes proporciones tuvieron que ir para ayudar a cargar las pesadas cadenas que estaban atadas al vehículo. Cuando finalmente se pudo transportar el arco al sagrado lugar, los sacerdotes recitaron himnos para darle la auspiciosa bienvenida.

Rompió el alba. Los nueve instrumentos tradicionales elevaron una hermosa melodía que alcanzó la cúpula de los cielos. Se escuchó el estruendo de las caracolas. La auspiciosidad del día fue propiciada mediante canciones y rituales. El emperador Janaka entró al recinto acompañado por un grupo de sacerdotes y de, ayudantes que llevaban

lo necesario para la adoración del arco divino. Mucho antes de ese momento, el recinto se llenó de reyes, príncipes, ministros, cortesanos, sabios y eruditos. Tan pronto como Janaka entró, la concurrencia en pleno se levantó para rendir homenaje al gobernante de la región. Los eruditos védicos declamaron himnos en voz alta invocando a los dioses para que otorgaran su gracia; sus voces llegaron al unísono al cielo. Otros recitaban pasajes de los Vedas. Todos estaban tan llenos de expectación que veían maravillados sin siquiera pestañear.

Janaka caminó reverentemente alrededor del vehículo y colocó ante el arco una ofrenda floral, mientras se cantaba para propiciarlo. Se inclinó ante el arco divino y después se dirigió a la distinguida asamblea: "¡Me postro ante los sabios y les doy la bienvenida a todos los que han venido a esta reunión! Durante muchos años, mis antepasados, así como muchos otros monarcas, han venerado este arco divino, como todos ustedes saben. Además, también es bien sabido que nadie, sea dios o demonio, genio, sílfide, duende, Garuda, el destructor de serpientes, o Mahoraga, la gran serpiente, nadie ha sido capaz de levantar el arco, sostenerlo y tensarlo. Todos los que lo han intentado han regresado humillados. A pesar de eso, este día he decidido nuevamente traer el arco a este sagrado recinto. Cualquiera de los aquí reunidos que desee tener la oportunidad de levantar este arco, tensarlo o ponerle una flecha, puede hacerlo, ahí está". Con estas palabras, Janaka se inclinó ante la concurrencia juntando las palmas de sus manos y luego se sentó en el Trono del León.

Viswamitra miró a Rama con una sonrisa, y el muchacho rápidamente se acercó al vehículo y con su brazo izquierdo alzó la tapa de hierro y con el derecho levantó sin ningún trabajo el arco que se encontraba en la caja. Sosteniendo el arco miró a su alrededor, a la vez que todos lo miraban sorprendidos. Los miles que presenciaron esta maravilla ciudadanos, reyes y príncipes, sabios y mayores aplaudieron tan vigorosamente que el cielo les devolvió los aplausos como un eco. Pronto, Rama tensó el magnífico arco. Con gran facilidad puso una flecha y jaló hasta su oreja para disparar, pero he aquí que el arco se rompió.

Todos los que estaban ahí sintieron confusión y miedo por el extraño e inesperado estallido. Algunas personas se desmayaron, otras gritaban aterrorizadas, varias corrían llenas de pánico. Los sabios pronunciaban oraciones a Dios. Toda la concurrencia, excepto Janaka, Viswamitra y los hermanos Rama y Lakshmana, estaban sumidos en un inexplicable e inconsolable terror.

Mientras tanto, Janaka se levantó de su asiento, se postró ante Viswamitra y le dijo: "Maestro, no hay nadie en la Tierra que pueda proclamar ser más fuerte que Rama; su fuerza no es de este mundo. Voy a cumplir mi palabra, daré a Sita en matrimonio a aquel que levantó, dobló y rompió este arco".

Viswamitra le contestó: "Janaka, sería bueno que le comunicaran las noticias al emperador Dasarata y que el auspicioso matrimonio se celebrara cuando venga. Esa es mi opinión; Rama es tan obediente con su padre que no admitiría casarse hasta que Dasarata diera su aprobación". Entonces Janaka llamó a su presencia a los sacerdotes y a sus ministros y les ordenó que partieran en cuanto amaneciera. Así que abordaron sus carrozas tiradas por veloces caballos, y llegaron a Ayodhya en la mañana del cuarto día. Detuvieron sus carrozas frente a la puerta principal del palacio imperial para que no hubiera demora en darle la noticia al emperador. Cuando los guardias preguntaron sus nombres y su misión, los ministros les pidieron que avisaran al emperador que venían desde Mitila con un importante mensaje. Los guardias informaron a Dasarata inmediatamente y los ministros fueron llamados ante su presencia.

A pesar de su avanzada edad, la figura de Dasarata tenía un porte de divino esplendor. Al llegar ante su venerable presencia, los sacerdotes y ministros de Mitila se postraron a sus pies sin dudas ni reservas. Se levantaron y dijeron: "Maharaja, somos mensajeros del emperador Janaka, quien nos ha comisionado para que te preguntemos sobre tu bienestar y el de tu reino. Hemos sido enviados con la aprobación del sabio Viswamitra, con el consentimiento del preceptor real, el gran Sathananda, y por el maharaja Janaka, para traerte un mensaje muy importante'.'.

La cara de Dasarata se iluminó con una sonrisa, su serenidad era imperturbable. Estaba sorprendido por la humildad y buenos modales de los delegados de Mitila. Dijo: "¡Ministros de la corte de Mitila, no hay ninguna deficiencia en la administración del reino de Ayodhya, ningún impedimento para llevar a cabo rituales como el sacrificio en honor a Agni, no hay ninguna infelicidad en mis súbditos, ni obstáculo alguno para el avance de la moralidad y la espiritualidad. Mis súbditos son prósperos y progresan hacia la meta más elevada. Me siento feliz de decirles esto. Yo también deseo saber acerca de la salud y bienestar de Janaka, el emperador de Mitila, deseo saber sobre los ritos ininterrumpidos en su reino, de acuerdo con las prescripciones de los Vedas. Me pueden comunicar sin reserva el mensaje que han traído. Estoy ansioso de oírlos".

Cuando Dasarata les dio permiso tan dulcemente, el sacerdote superior se levantó de su asiento y dijo: "Gran soberano, nuestro señor Janaka había prometido que su hija Sita Dev¡ sería dada en matrimonio a alguien de heroica fortaleza; sin duda ya estarás enterado de esto; también sabrás que muchos príncipes han tratado de hacer la prueba y han regresado humillados. Por la voluntad divina, tus dos hijos, Rama y Lakshmana, acompañaron al sabio Viswamitra, ansiosos de ver el gran ritual que nuestro maharaja iba a celebrar, y sucedió que Rama, tu hijo mayor, ganó a Sita Devi gracias a su incomparable valor. ¡Maharaja, qué podemos decir! ¿Cómo podríamos describir aquello? En presencia

de los distinguidos sabios, reyes y príncipes reunidos, Rama levantó el arco de Shiva, lo sostuvo y lo tensó. Más aún, rompió en dos partes, como jugando, el ingobernable arco sagrado. Y como se había hecho la promesa de que Sita sería entregada a quien levantara el arco de Shiva, se reunieron los sabios, así como nuestro maharaja, y decidieron darla en matrimonio a Rama.

"Hemos sido enviados para pedir y recibir tu consentimiento, a ofrecerte la cordial bienvenida, a invitarte a ti y al preceptor, a los sacerdotes, ministros, cortesanos, a todos tus parientes, ayudantes y seguidores, a la ciudad de Mitila. Nuestro maharaja desea celebrar el matrimonio de su hija después de haber recibido tu bendición. Hemos sido enviados a tu presencia para poder informarte esto".

Los sacerdotes y ministros permanecieron con las manos juntas, en actitud reverente, esperando la respuesta de Dasarata, pero éste daba vueltas en su mente con mucho cuidado y mandó llamar a los sabios Vasishta, Vamadeva y otros, para consultarlos antes de dar una palabra en respuesta; también invitó al más destacado de los sacerdotes de la corte. Cuando todos llegaron, pidió al grupo de Mitila que repitieran su mensaje. Cuando escucharon la noticia, quiso oír sus comentarios. Dasarata se inclinó primero ante Vasishta y le rogó que diera su aprobación. Vasishta, Vamadeva y los otros respondieron con alegres aclamaciones: "¡Qué auspicioso, qué auspicioso!" Y se preguntaban: "¿Para qué seguir pensándolo? ¡Que se hagan los preparativos para el viaje a Mitila!"

Los ministros saltaban de alegría; las noticias del matrimonio de Rama se difundieron en un instante por toda la ciudad, así como por las habitaciones del palacio donde estaban las reinas. Los ciudadanos exclamaban: "¡Gloria! ¡Gloria!" Ayudantes y sirvientes rápidamente hicieron los preparativos para el viaje. Joyas, sedas, brocados y otros regalos fueron empacados en grandes cantidades y variedades; incontables carrozas fueron cargadas con todo aquello.

El emperador, la escolta imperial, Vasishta, el preceptor real, sacerdotes y otros brahmines y eruditos subieron a sus carrozas. Era como si toda Ayodhya se mudara a Mitila para asistir a la boda. Dasarata hizo los arreglos para que fueran todos los que quisieran ir. No se dejó a nadie que estuviera deseoso de asistir. Parecía como si los caballos compartieran la alegría que colmaba los corazones de cocheros y pasajeros; cabalgaron rápidamente, sin disminuir la velocidad ni mostrar signos de agotamiento. Dos noches y dos días duró el viaje, pues a la tercera jornada llegaron a Mitila.

Janaka le dio la bienvenida al emperador Dasarata en la misma entrada de la ciudad. Saludó a los ministros, sabios y sacerdotes, tal como sus posiciones y jerarquías lo indicaban. Hizo arreglos para que pasaran la noche. En cuanto amaneció, Dasarata envió por los oficiantes, por las reinas y los cortesanos y les avisó que estuvieran preparados cuando los llamara. Mientras tanto, Janaka llegó a la

mansión donde se encontraba Dasarata y lo llevó al lugar en que se estaba celebrando el yajna. Se habían asignado lugares para el preceptor, el emperador y su corte, de acuerdo con su rango y autoridad.

Cuando todos hubieron ocupado sus lugares, Janaka le dio la bienvenida a Dasarata con las siguientes palabras: "Tu llegada a Mitila con tan grandes sabios y sacerdotes, tu corte y escolta, augura muy buena fortuna para nosotros. Es el fruto del bien que hemos realizado en otras vidas. Estoy seguro de que tu mente está llena de felicidad por el valor y la victoria de tu hijo. Estoy por emparentarme con la dinastía Raghu, resplandeciente con el ¡limitado heroísmo de sus acciones. Mi dinastía está por ser santificada más que nunca por este parentesco. Yo creo que eso es resultado de las bendiciones derramadas por mis antepasados. ¡Maharaja!, esta mañana, el ritual que hemos celebrado terminará. He pensado celebrar el matrimonio de Sita y Rama después de que concluya el ritual. Te ruego que des tu consentimiento".

Dasarata se estremeció de felicidad. Su cara se iluminó con una brillante sonrisa. Dijo: "Maharaja, tú eres el donante; la tradición declara que el regalo se debe recibir cuando la dulce voluntad de aquél lo disponga. De manera que estoy preparado para recibir el regalo cuando gustes". Janaka se sintió feliz de escuchar a Dasarata hablar con tanta sabiduría y calor, que derretía el corazón con afecto.

Para entonces, Rama y Lakshmana llegaron con el sabio Viswamitra; se postraron ante su padre y sus preceptores, Vasishta, Vamadeva y otros. Los ojos de Dasarata brillaron por el gozo cuando se posaron en sus hijos, a quienes tanto había extrañado. Los atrajo hacia sí, puso sus manos en sus hombros y los abrazó fuertemente contra su pecho. Al contemplar la felicidad del padre que acariciaba a sus hijos, los sacerdotes y ministros se olvidaron de sí mismos. Estaban perdidos en aquella contemplación.

Dasarata conversó íntimamente con sus hijos, y escuchó las sencillas y dulces descripciones del yajna que habían cuidado para que las fuerzas demoníacas no lo estropearan; asimismo, le contaron los incidentes del viaje desde la ermita de Viswamitra hasta la ciudad de Mitila. También la escucharon Vasishta, Vamadeva y otros sabios, así como Bharata y Satrugna, Sumantra y demás ministros, cortesanos y nobles. Todos los escuchas pasaron la noche recordando la maravilla y misterio de la trama de la narración.

Mientras tanto, Janaka estaba muy ocupado en los preparativos de la boda. Pasaba casi todo el tiempo en el palacio. Invitó a la corte al sacerdote principal, Sathananda, y reverentemente le pidió que empezara a reunir los hombres y los materiales necesarios para los varios ritos preliminares antes del rito básico de la boda. El sabio replicó: "Maharaja, el yajna apenas hoy terminó. En los siguientes dos o tres días, según sé, hay algunas horas auspiciosas para esas ceremonias. Te puedo dar más detalles, si lo deseas".

Janaka dijo a Sathananda, saludándolo con las palmas de las manos juntas: °¡Maestro! Anoche recibí el consentimiento del emperador Dasarata. Es un signo de buena fortuna. Mi hermano menor, Kusadwaja, no está aquí ahora; todos estos días estuvo ocupado trayendo lo necesario para la ejecución del yajna. No quisiera celebrar esta auspiciosa ceremonia sin que él esté a mi lado. No lo quiero privar de esta alegría. He mandado traerlo. Creo que sería mejor si fijamos el día y la hora después que haya llegado". Sathananda respondió: °¡Bien, bien!, eso nos hará felices a todos", y así diciendo se alejó del palacio.

Janaka mandó mensajeros con instrucciones de que trajeran a su hermano a Mitila. Pronto lo encontraron en su ciudad, Sankasya, debido a que viajaron en veloces caballos, los más rápidos. Le avisaron detalladamente sobre los acontecimientos de Mitila, y Kusadwaja estaba feliz, así que irradiaba bienaventuranza. Entonces reunió a toda su familia, así como a su séquito, con rapidez; hizo que las carrozas se cargaran con ofrendas y regalos preciosos, y salió esa misma noche y rápidamente llegó a Mitila.

Janaka se apresuró a encontrarlo; había estado contando los minutos. Abrazó cariñosamente a su hermano, lleno de una alegría inexpresable.

Kusadwaja se postró a los pies de su hermano mayor, después ante Sathananda, y luego los tres se sentaron en sillas elevadas para deliberar cómo debía ir haciéndose todo. Consultaron entre sí y, cuando finalmente decidieron lo que tendrían que hacer, mandaron traer al más respetado de los hombres, Sudhama, y se le dijo: "Ministro, ve a la presencia de Dasarata y ruégale que venga aquí, a este palacio, con sus ministros, sacerdotes, cortesanos, súbditos; todos los que quiera traer con él. Condúcelo con los honores debidos".

Sudhama llevó con él a un grupo de cortesanos y eruditos y a los sacerdotes reales; ya tenía preparadas unas carrozas bellamente decoradas para que transportaran al grupo imperial, y llegaron al palacio donde se hospedaba Dasarata. Le dijo dulce y suavemente el mensaje que había traído y con profundo respeto lo invitó al palacio de Janaka. Dasarata estaba listo; salió con su grupo y llegó al salón de Janaka muy pronto. Se saludaron mutuamente tal como la ocasión y su respectiva jerarquía lo ameritaba, y ocuparon los lugares destinados para ellos.

Después, Dasarata se levantó y dijo: "¡Janaka! Para la dinastía Ikshvaku, el sabio Vasishta es Dios en la Tierra. El es nuestro preceptor supremo. Puede hablar con completa autoridad acerca de las tradiciones de nuestra dinastía". En cuanto Dasarata se sentó, Vasishta se paró ante la asamblea y dijo: °¡Maestro de la Realeza! ¡Escuchen todos! Brahman, el Supremo inmanifestado, el Eterno, el Puro, mediante el ejercicio de su voluntad creó a Marichi; el hijo de Marichi era Kasyapa, y su hijo, Surya; el hijo de Surya fue Manu, quien tuvo un hijo llamado Vaivaswata, que gobernó sobre la gente y se ganó el

apelativo de Prajapati[5]; le nació un hijo, lkshvaku, quien fue el primer soberano de Ayodhya; la dinastía misma se llamó lkshvaku; el hijo de lkshvaku fue Kukshi, el hijo de Kukshi, Vikukshi; su hijo fue Bana; el hijo de Bana fue Anaranya; Anaranya tuvo un hijo que se llamó Trisanku; el hijo de Trisanku fue Dhundumara; el hijo de Dhundumara fue Yuvanaswa; Mandhata fue el hijo de Yuvanaswa; su hijo Susandi tuvo dos hijos, Daivasandi y Presenjit; el famoso Bharata fue el hijo de Da¡vasandi; el hijo de Bharata fue Asita; cuando Asita gobernaba el reino, un grupo de Haihayas, Thalajangas y Sasibindus invadieron la región y Asita tuvo que huir a los Himalayas con sus dos reinas. Se refugió en la región llamada Bhrigu Prasravana, y después de algunos años, falleció ahí mismo.

"Ambas reinas estaban encintas cuando él murió. Buscaron asilo en la ermita de Chyavana, quien sintió compasión por el apuro de las reinas y las consoló diciendo: «Madres, no tengan miedo. Este es su hogar. Darán a luz a salvo. Tendrán bebés afortunados, resplandecientes». Y sus bendiciones fueron ciertas, pues en pocos días la reina mayor dio a luz un hijo llamado Sagara, a quien se nombró emperador de Ayodhya. Su hijo fue Asamanja, quien tuvo un hijo llamado Amusumanta; el hijo de Amusumanta fue D¡lipa, cuyo hijo fue llamado Bhagirata, quien tuvo a Kakusta, y su hijo fue Raghu, que tuvo a Pravarda; Pravarda tuvo a Sudarsana y Sudarsana a Agnivarna, y Sigraga fue el hijo de Agnivarna; Maru fue el hijo de Sigraga; después de él, el trono fue, de padre a hijo, de Prasuruka, Ambarisha y Nahusa. El hijo de Nahusa fue Yayati, y el de Yayati fue Nabaga, quien tuvo a Aja; Dasarata es el hijo mayor de Aja, y sus cuatro hijos, una joya preciosa cada uno: ellos son Rama, Lakshmana, Bharata y Satrugna. Rama, el mayor de los cuatro, levantó, tensó y rompió el arco de Shiva.

"¡Oh sabio real! Esta dinastía de soberanos es sagrada y pura. Todos los nacidos en ella han ganado iluminación espiritual y brillado con el mismo esplendor. Están enraizados en la rectitud, y sobre todo, tienen rango de héroes. Rama, Lakshmana, Bharata y Satrugna son lámparas preciosas que dan brillo a los anales de su familia.

"Debo sugerir ahora que sería deseable que esta auspiciosa ceremonia de matrimonio se celebrase también para Lakshmana, ya que él es el reflejo de Rama. Tu hija Urmila puede brillar muy bien como esposa de Lakshmana. No lo pienses más, resuelve de acuerdo a esto y haz los preparativos necesarios". Vasishta bendijo a la concurrencia y se volvió a sentar.

Después de escuchar la ascendencia de la dinastía lkshvaku de los labios del gran sabio Vasishta, Janaka se levantó de su trono y dijo: "¡Oh Brahmarishi! Cuando un descendiente de una noble dinastía va a dar a su hija en matrimonio, tiene que hacer mención de la gloria de su

[5] De praja, el pueblo, la gente, y pathi, esposo; amo; protector, guía

familia, ¿no es así? He resuelto seguir tu ejemplo y contarles nuestra historia, ya que me da una gran alegría renombrar los nombres de mis antepasados y recordar su majestuosidad. Mi nacimiento con este cuerpo ocurrió gracias a las bendiciones de los ancestros de mi dinastía y será justificado y su propósito cumplido sólo si yo los nombro ante esta enorme asamblea".

Janaka se puso de pie. Vasishta accedió a la petición y dio el permiso que se le pedía. Janaka entonces empezó la narración: "Brahmarishi, venerados preceptores, maharaja Dasarata: en un pasado muy distante, había un emperador llamado Nimi que caminaba firmemente por el sendero de la rectitud y, por lo tanto, era famoso por su fuerza y visión. Su hijo Miti construyó esta ciudad, Mitila, para que fuera la capital de su reino. El fue el primer soberano de esta región. Su reino era muy afamado y sus súbditos, felices y prósperos. Su hijo, Sudhavasu, tuvo un hijo, Nandhivardana, que gobernó después de él. El hijo de Nandhivardana fue Suketu, y el hijo de Suketu fue Devarata; Brahadrata fue el hijo de Devarata, y Mahavira fue el hijo de Brahadrata; Mahavira[6] tuvo, como lo indica su nombre, gran valentía; su hijo Sudhrti tuvo un hijo llamado Dhristaketu. Y su hijo fue Haryaswa; Haryaswa tuvo un hijo llamado Maru, y éste a Prathindaka; el hijo de Prathindaka fue Kirthirata, quien tuvo un hijo llamado Devamida; su hijo fue Vibuda, quien tuvo un hijo, Kirthirata; y el hijo de él fue Maharoma, y el hijo de éste fue Hriswarupa, un talentoso gobernante, estricto seguidor de la rectitud, quien fue aclamado como mahatma (gran alma), un hombre santo que cumplió una misión en la Tierra. El es mi padre; en verdad me siento orgulloso de confesar que fue una persona ideal. La verdad es que estoy gobernando muy feliz en Mitila, dado el mérito adquirido y heredado por mis antepasados.

"Mi hermano Kusadwaja es más que un hermano para mí. Yo lo venero como a una personalidad divina. Es más un amigo que un hermano. Lo crié con tanto amor y afecto que he desarrollado un gran apego por él. Hace años, cuando el rey de Sankasya demandó que yo debía darle el arco de Shiva o bien ir a la guerra, yo me rehusé y él sitió la ciudad de Mitila. Esto fue el inicio de una amarga guerra entre nosotros durante la cual Sudhana murió, y yo nombré a mi hermano gobernador de Sankasya. Esa ciudad brilla en la ribera del Ikshumati. Vista desde lejos, recuerda a una de las carrozas celestiales de los dioses. Déjenme decirles ahora otra auspiciosa idea que los dioses me han inspirado.

"He hecho traer a mi hermano para que pueda compartir la alegría de las celebraciones nupciales. ¡Brahmarishi! Tú ordenaste que Rama se casara con Sita y que Lakshmana se casara con Urmila, mi otra hija. Acepto la orden con dicha inconmensurable. Sita es una dama

---

[6] Vira: actos heroicos de acuerdo con la disciplina espiritual

celestial que será como una corona para el héroe. Inclino mi cabeza con humildad y doy con alegría a Urmila para Lakshmana.

"Tengo ahora otro ofrecimiento que hacerles. ¡Maharaja Dasarata! Tienes cuatro hijos, todos nacidos por la misma gracia celestial. ¿Por qué dejar que permanezcan solteros? Contribuiría a nuestra alegría si ellos también se casaran. Estamos bajo la constelación de Magha. Es un buen día para comenzar los ritos y llevar a cabo las ceremonias preliminares. Mañana, el día estará bajo la de Uttarapalguna; busco tu consentimiento para darte en matrimonio a las dos hijas de mi hermano: Mandavi para Bharata y Sruthakirti para Satrugna". Cuando terminó de decir esto, todos los que estaban reunidos en la gran asamblea aclamaron la propuesta exclamando: "¡Buena idea! ¡Buena idea!", y sus aplausos llegaban hasta el cielo.

Cuando el emperador Janaka hizo la sugerencia de ambas bodas la de Bharata y la de Satrugna ,los sabios Vasishta, Vamadeva, Viswamitra y otros deliberaron entre ellos. Dasarata fue fácilmente persuadido de aceptar y luego le informaron a Janaka así: "¡Oh rey! Las dos dinastías reales, la lkshvaku y la Videha, están llenas de tradiciones sagradas y su santidad no conoce límite. La grandeza de estas dos dinastías no se puede medir ni puede ser descripta por nadie, no importa cuán erudito o experto sea. Las dinastías de tan elevada jerarquía, o cualquiera que pueda ser asimilada a ellas en nobleza, no han aparecido antes en la Tierra. En verdad es un hecho muy auspicioso que estas dos se unan ahora con los lazos del matrimonio.

"Esto es altamente propicio, loable y sagrado. Además, nos sentimos felices de que las novias y los novios estén hechos el uno para el otro en todos los sentidos. ¡Janaka! Tu hermano Kusadwaja conoce y practica el dharma. Es muy bueno que él también tenga parentesco con Dasarata gracias a los lazos matrimoniales de sus hijas. Es una fuente de inmensa alegría. Por eso estamos listos a bendecir el matrimonio de sus hijas Mandavi y Sruthakirti con Bharata y Satrugna. Nuestro deseo es que estas dinastías reales se unan en matrimonio".

Janaka y Kusadwaja se postraron ante los sabios, embargados por el deleite de que se hubiera cumplido su deseo. "Este no es un acontecimiento ordinario. ¡Qué afortunados somos de haber sido bendecidos con esta consumación, qué suerte que los sabios estuvieran de acuerdo con esta propuesta y facilitaran el camino! Los sabios jamás alientan los sucesos impropios. Obedeceremos todas sus órdenes con reverencia", dijeron.

Vasishta dijo entonces: "¿Pero por qué hemos de posponer estas dos bodas para un día después o para algún otro día? Mañana es auspicioso para todos. Sería muy bueno si las cuatro bodas se celebraran el mismo día". Janaka entonces dijo: "En verdad que soy bendito, valioso preceptor. El emperador Dasarata ha sido desde hace tiempo tu discípulo, llevando a cabo todo lo que le ordenas. Mi hermano

y yo, desde este día, también somos tus discípulos; todas nuestras cargas están sobre tus hombros; dinos cómo proceder, cómo actuar, y obedeceremos lo que nos ordenes". Se quedaron de pie esperando su respuesta con las palmas unidas, en actitud de humildad y reverencia. Ante esto, Dasarata se levantó y dijo: "¡Gobernador de Mitila! No puedo describir con palabras las virtudes que encuentro en ustedes dos. Han hecho excelentes arreglos para la recepción y estancia de tan magnífico séquito de maharajas y maharishis, así como de la enorme congregación que se ha reunido en esta ciudad. Ahora regresaré a mi residencia y llevaré a cabo los ritos de Nandi y Samavartana, siguiendo al pie de la letra las indicaciones védicas". Los hermanos lo honraron debidamente a medida que salía del salón y lo despidieron en la puerta principal como lo indicaba su jerarquía. Después se fueron a sus propios palacios para cumplir con sus obligaciones.

Dasarata llevó a cabo el rito Nandi. Muy temprano en la mañana había hecho que los cuatro hijos también celebraran el rito Samavartana. Puso adornos de oro en los cuernos a las vacas seleccionadas para regalarlas a los piadosos brahmines, junto con costosos recipientes para poderlas ordeñar. Era un deleite para los ojos la escena de los niños regalando las vacas; los ciudadanos de Mitila sintieron como si las deidades de las cuatro regiones estuvieran frente a ellos, con Brahma en el centro; así miraban a los cuatro hijos alrededor de Dasarata.

Mientras estaban dando estos regalos, llegó Yudhajit, el príncipe de Kaikeya, hermano de la reina Kaikeyi, madre de Bharata. Su padre estaba ansioso de poder tener a su nieto Bharata durante unos días con él, por eso había ido a Ayodhya, pero ahí se enteró de que la familia real se había ido a Mitila para celebrar la boda de Rama. Su padre dijo que no tenía conocimiento de aquella boda, ni de lo que estaba sucediendo, por eso él también había venido a Mitila, para poder presenciar la boda y también comunicar su deseo de abuelo que su nieto pasara con él una temporada. Dasarata estaba feliz de que hubiese podido ir.

Esa noche, Dasarata habló cariñosamente con sus hijos y otras personas acerca de todos los felices acontecimientos. Nadie dormía. Todos esperaban impacientemente el amanecer de ese feliz día en que presenciarían la boda de sus queridos príncipes. Todos estaban tan entusiasmados y felices como si fueran sus propios hijos los que se iban a casar. Su dicha sólo se podía comparar ala bienaventuranza de Brahman mismo; ésa era la medida de su amor hacia Rama y sus hermanos.

Muy temprano, Janaka se dirigió al estrado donde se celebrarían los rituales de la boda; lo acompañaba un grupo de sabios de elevado nivel espiritual que deslumbraban con su resplandor. Luego realizó los ritos preliminares y aguardó a los novios y a los padres y familiares. Rama, Lakshmana, Bharata y Satrugna, fuego de haber llevado a cabo sus baños ceremoniales, vistieron ropajes amarillos de seda, también

llevaban alrededor de su cabeza un turbante de la misma; asimismo, portaban joyas como diamantes y zafiros; los príncipes eran como dioses que descendían de los cielos y que cautivaban el corazón.

La hora auspiciosa llamada Vijaya se aproximaba y ellos se acercaron al estrado, precedidos por músicos cuya melodía se elevaba al cielo. Los consejeros de la corte y los gobernantes de otros reinos eran seguidos por sus siervos, que llevaban como regalos platones con joyas, sedas, monedas de oro y otros artículos auspiciosos necesarios para la ceremonia.

Todos los ciudadanos observaban sin parpadear la belleza y apostura de los valientes príncipes. Se decían unos a otros que la dignidad de su porte los señalaba como seres divinos y no humanos; exclamaban: "¡Pero qué encanto! ¡qué apostura!" Todos se sentían llenos de admiración. "Son habitantes del Cielo que han venido a la Tierra", susurraban entre ellos cuando los novios pasaban entre las gruesas filas de asistentes. Las mujeres juraban que nunca habían posado sus ojos en príncipes tan encantadores. Todas las ventanas y balcones estaban llenos de gente. Por fin, los príncipes llegaron a la plataforma y se sentaron.

Después, Janaka y su hermano Kusadwaja trajeron al estrado a sus respectivas hijas, quienes se habían purificado con los baños ceremoniales y engalanado ricamente, como lo merecían los novios en el día de su boda; llevaban velos y seguían a sus padres con un séquito de innumerables damas, quienes llevaban frutas y flores, fragantes polvos rojos y amarillos, granos de arroz, joyas, etcétera. Parecía que todos los tesoros de Mitila fluyeran como un río centelleante.

Los cuatro novios brillaban como lámparas magníficas. Rama, Lakshmana, Bharata y Satrugna ocuparon sus lugares frente a Sita, Urmila, Mandavi y Sruthakirti. Se puso una cortina de terciopelo entre ellos. Los residentes y nobles de Ayodhya se sentaron atrás de Dasarata, y los residentes de Mitila y los invitados por Janaka se acomodaron atrás de él en el estrado elevado.

Los ojos de todos eran atraídos por las ricas y artísticas decoraciones que adornaban el escenario de aquellas bodas. Todo era de oro, plata, flores, seda y terciopelo; los decorados y las banderas, candelabros y columnas, arcos y cornisas eran tan bellos que no se podía quitar la vista de ninguno de éstos una vez que sobre ellos caía la mirada. La vastedad del área estaba totalmente llena de parientes y gente que les deseaba el bien. Parecía que Mitila misma estaba experimentando la emoción de la boda y disfrutando las celebraciones como si fueran propias.

Pronto, Dasarata se puso de pie y cortésmente le preguntó al preceptor Vasishta: "¿Por qué demoramos?" Al oír esto, Janaka se puso de pie ante el sabio y, con las manos unidas en gesto de plegaria, le pidió que oficiara la ceremonia.

Vasishta accedió y, junto con Sathananda y Viswamitra, encendió el fuego sacrificial en el centro del estrado, mientras los eruditos y expertos en la recitación de los Vedas elevaban sus voces y repetían himnos apropiados para la auspiciosa ceremonia.

Acomodaron, alrededor del altar del fuego, platos decorados con flores y pasta de sándalo, llenos de germinados de nueve clases de granos. También había incensarios, cucharas sagradas para ofrecer las oblaciones en las llamas, vasijas de oro para el agua, tazas y todo lo indispensable para el rito. Esparcieron la hierba llamada kusa en el suelo, de tal manera que estuviera suave y plano como lo prescriben los textos. Después empezaron a poner las oblaciones en el fuego mientras recitaban los himnos que aseguraban felicidad y prosperidad a los novios; todos los ritos se llevaron a cabo con meticulosa exactitud y corrección. Los hilos de la ceremonia de iniciación fueron amarrados en las muñecas de los príncipes y las princesas.

El siguiente rito era el de entregar a las novias. Vasishta llamó a Janaka para que fuera al frente; se acercó al fuego sagrado, vestido con todo esplendor y joyas dignas de la realeza. Tal como le indicó el sabio, le tomó las manos a Sita y las puso en las palmas abiertas de Rama; sus ojos derramaban lágrimas de alegría; un coco, que simboliza prosperidad, había sido puesto en las palmas de Rama y después las manos de Sita descansaron en él. Janaka derramó leche sobre sus manos como parte de la ceremonia de dar ala novia.

Janaka le dijo las siguientes palabras: "¡Rama! He aquí a Sita, mi hija. Ella andará por tu camino de rectitud desde ahora en adelante. Acéptala. Ella trae prosperidad, paz y alegría. Toma su mano con las tuyas. Ella es sumamente virtuosa y sincera. Desde este momento, ella es tu sombra para siempre". Con estas palabras, derramó agua en las manos de Rama sellando así la unión.

Después se acercó adonde estaba Lakshmana y dijo: "Te estoy entregando a Urmila; acéptala", y con los mantras prescriptos, completó la ceremonia de dar a su hija al novio. Del mismo modo, se acercó a Bharata y, pronunciando los mantras védicos que tradicionalmente se citan en las bodas, le dio a Mandavi como novia. De la misma manera, Sruthakiti le fue entregada a Satrugna, derramando agua sagrada y recitando los Vedas. Después los eruditos védicos completaron los ritos y rituales acostumbrados, para que la gracia de Dios se derramara sobre las parejas recién casadas.

Después, Janaka se puso de pie y, parado en el centro del estrado, anunció a los novios: "Queridos míos, nuestras hijas deben ser instaladas como dueñas de sus hogares. El momento auspicioso ha llegado". Tan pronto como lo dijo, con las bendiciones y aprobación de Vasishta, los cuatro hermanos tomaron a sus novias de las manos y dieron vueltas en torno al fuego sacrificial, después, alrededor de Janaka y Vasishta el preceptor, y se postraron ante ellos.

Mientras estaban haciendo esta parte del ritual, una lluvia de flores cayó sobre ellos; música maravillosa surgió de una gran variedad de instrumentos. La distinguida concurrencia aclamó el momento y arrojó granos de arroz en sus cabezas, deseándoles a todos lo mejor en la vida. El júbilo con el que gritaban: "¡Felicidades! ¡Felicidades!" estremeció el cielo. Todos se deleitaban con este clamor. Los dioses tocaban música en el cielo, y se oía un delicioso sonido de tambores. Los habitantes del cielo cantaban alabanzas.

En el estrado, los músicos de la corte interpretaban las canciones tradicionales de boda, describiendo el esplendor de la ceremonia, alabándola y comparándola con la boda del Señor Shiva y Gauri.

Era una variedad de melodías que llenaba la atmósfera con vibraciones de regocijo. Los cuatro hermanos y sus novias permanecieron de pie en el estrado enfrente de la enorme concurrencia y se inclinaban agradeciendo los vítores y felicitaciones: "Que sean felices para siempre. Que todo sea bueno para ustedes".

Los hermanos, resplandecientes de heroísmo, juventud y belleza, fueron con sus esposas a los apartados ubicados detrás de las cortinas, desde donde sus madres observaban la ceremonia, para postrarse y ser bendecidos por ellas. Después regresaron al palacio que se le había asignado al grupo real. Desde ese día, y durante los tres siguientes, hubo una variedad de ceremonias y festivales maravillosos; tanto, que la gente de Ayodhya que había venido a Mitila, así como los habitantes de esta última, no podían distinguir entre la noche y el día. Era una festividad sin interrupción.

El día después de la boda, Viswamitra fue a ver a Dasarata y le dijo que su misión había terminado. Llamó a los hermanos para que se acercaran a él y los acarició con mucho cariño. Los bendijo profusamente, y dirigiéndose hacia Dasarata, expresó su intención de ir a los Himalayas. Al oír esto, Rama, Lakshmana, Bharata y Satrugna se postraron a los pies del santo. Viswamitra se dirigió entonces al palacio de Janaka y también le dijo que su deseo había fructificado triunfalmente. Bendijo a Janaka y alas novias Sita, Urmila, Mandavi y Sruthakirti ; ahí también anunció que se iba a los Himalayas. Dasarata y Janaka y muchos otros de Ayodhya y Mitila no querían dejar ir al sabio ni persuadirlo de que se quedara. Por último, se postraron ante él con gratitud y tomaron el polvo de sus pies cuando se fue, bendiciendo a todos.

El tercer día, cuando Dasarata expresó su deseo de partir hacia Ayodhya, Janaka no puso ninguna objeción, sino que hizo todos los arreglos para su partida. Reunió a los cortesanos y a las damas que iban a acompañar a las novias; mandó traer muchas carrozas con los artículos que se tenían que llevar. Les dio como regalos un gran número de elefantes, carrozas, caballos y vacas. A sus yernos les dio joyas en abundancia, así como una variedad de regalos invaluables que

podían usarse en la vida diaria. Al amanecer del día siguiente, las carrozas estaban listas para partir. Las mujeres de la corte lloraban; a decir verdad, todas las mujeres de la ciudad estaban llorando ante la partida de las cuatro queridas princesas.

Incapaces de soportar el dolor de la separación de Sita y Urmila, las ancianas nodrizas rompieron en llanto. Las madres tomaron de las manos a sus yernos y les rogaron que trataran a sus hijas con gentileza y afecto. "No conocen la dureza ni la pena, han crecido con dulzura y ternura", les rogaban patéticamente. Lloraron como si perdieran sus propios ojos. Por último ascendieron a las carrozas y partieron. La ciudad se había colmado de tristeza, tanto como había estado de éxtasis los días anteriores.

Para Janaka era muy difícil separarse de Sita, hacía lo posible por enjugarse las lágrimas; acompañó al emperador Dasarata durante alguna distancia describiéndole las virtudes de la princesa y rogándole que la tratara con ternura; con lágrimas en los ojos le pidió que le informara frecuentemente acerca de su bienestar y felicidad. También habló de las otras novias y mostró gran ansiedad por ellas. Dasarata le respondió muy cariñosamente, le habló con suavidad haciendo lo posible por mitigar la agitación de su mente. Le dijo: "Janaka, nosotros no tenemos hijas, así que éstas son las hijas que durante tanto tiempo hemos ansiado acariciar. Para nosotros son tanto hijas como nueras. No les faltará nada, se les proveerá de todo lo necesario para su alegría y felicidad. No te preocupes ni sientas pena en lo más mínimo. Regresa con la total seguridad de nuestro afecto y amor por ellas". Y diciendo esto, Dasarata ordenó que la carroza se detuviera.

Janaka descendió de la carroza del emperador y se acercó a las novias, quienes estaban sentadas junto a los novios. Las con soló de distintas maneras, porque ellas también sentían el dolor de la separación del hogar donde eran cuidadas con tanto amor. Les infundió valor, y les recordó muchas citas de las Escrituras que hablaban de la lealtad al marido y a todos sus parientes. Les recordó cómo tenían que tratar a los sirvientes del hogar donde cada una de ellas se encontraría pronto. Aceptó sus respetuosas postraciones, las acarició una vez más y las bendijo. Cuando se volvió para partir hacia Mitila, soltó el llanto; sin embargo, subió a su carroza y se dirigió a su casa. Las carrozas muy pronto estuvieron a kilómetros de distancia. Cuando Janaka llegó a Mitila, las habitaciones del palacio estaban vacías, sin señales de vida; sin brillo de alegría, sin ninguna voz ni júbilo. No podía estar ahí ni por un instante. Mitila era la ciudad de la tristeza. Janaka mandó llamar al santo Sathananda y a los ministros, y para poder aliviar su mente de la pena, despachó una serie de asuntos que tenía que discutir. Entre asunto y asunto su mente vagaba en la tristeza una y otra vez, y hasta daba respuestas que ni siquiera estaban relacionadas con los problemas que surgían. A esto un ministro dijo: "Señor, parece que la separación de Sita ha causado gran pena en tu corazón, pero piensa que ningún

padre se puede escapar de esta separación y de esta pena. Una vez que ella fue entregada al novio, es deber del padre reducir su apego gradualmente; esto no es desconocido para su majestad. Sabemos que Sita no es una princesa común; ella es un ángel divino, así que la separación de ella te debe causar mayor agonía, ¡oh rey! Pero si las hijas son divinas, también los yernos tienen divino resplandor. Parecen haber descendido del cielo. En Mitila, todos, jóvenes y ancianos, tuvieron ese sentimiento. En verdad es una maravillosa coincidencia que tales novios se hayan casado con ellas, merecedoras en todos los aspectos: físico, mental, intelectual; por sus características espirituales, por su jerarquía, riqueza, poder, honorable familia, santidad en la dinastía, así como por su fe religiosa. Esto no le sucede a todos. Por todo lo anterior, las hijas tendrán felicidad sin límite. Sus existencias tendrán más y más alegría a medida que pasen los años". Recordaron las maravillosas celebraciones de la boda y calmaron la mente agitada de Janaka. Se dedicaron a consolarlo y restablecerle la ecuanimidad y la paz mental.

8. OTRO RETO

Mientras tanto, Dasarata se dirigía hacia Ayodhya, con sus hijos y nueras, sabios y eruditos, infantería, elefantes, caballería y carruajes y los ciudadanos de su imperio. De repente, observaron algunos augurios negativos y sintieron la premonición de que algo grave iba a suceder. Dasarata se aproximó a Vasishta y lo consultó: "¡Maestro! Qué prodigio es éste. Nubes oscuras están cada vez más densas y rugiendo, las bestias de la tierra caminan alrededor de nosotros en círculos. No deberían comportarse así, ¿no es verdad? ¿Cuál puede ser la razón? ¿Qué es lo que indica? Me siento algo nervioso acerca de estos presagios". Vasishta inmediatamente vio a través de ellos por medio de su divina visión interna y dijo: "¡Oh rey! Estas son señales de que algún suceso terrible se nos aproxima. Las nubes están rugiendo de modo aterrador. Sin embargo, considerando el hecho de que las bestias de la tierra están dando vueltas alrededor de las carrozas, se puede deducir lo siguiente: el desastre que nos amenaza será obstruido, así que no debes angustiarte". Vasishta le dio fe y confianza a Dasarata y esperaron los sucesos.

De repente el viento se convirtió en un monstruoso ciclón. Hasta los árboles gigantes eran arrancados de raíz y caían haciendo un ruido estrepitoso. Los picos de las montañas rodaban unos sobre otros. Se oían kexplosiones en el aire como si la tierra misma se estuviera

rompiendo en pedazos. Los que iban en las carrozas no podían ver ni al vehículo de adelante ni al de atrás; un espeso polvo surgía por todas partes. Caballos y elefantes empezaron a correr sin control a causa del pánico. Los soldados que iban a pie caían inconscientes; otros se quedaban de pie, petrificados de miedo.

Vasishta, Dasarata y los cuatro hijos fueron las únicas personas que permanecieron sin miedo en medio de la calamidad. Todos los demás quedaron sin ánimo. Y tenían razón, ya que la tierra y el aire estaban envueltos en la más profunda oscuridad, la misma que contrastaba de pronto con relámpagos que cegaban. Entonces, una forma espantosa, de ojos terroríficos, apareció ante ellos.

Su cabeza tenía una corona de cabello revuelto. Llevaba un hacha inmensa de doble filo sobre un hombro y en el otro, un carcaj con flechas que centelleaban como rayos. ¡Parecía la imagen de Shiva con el tercer ojo, en camino de destruir a los demonios gobernantes de la Triple Fortaleza! En cuanto lo pudo distinguir, Vasishta lo reconoció; era Parasurama. Pero se preguntaba por qué estaba tan furioso, ya que toda su ira en contra de los clanes kshatriyas hacía tiempo que se había apaciguado como resultado de las batallas en las cuales él los había destruido. Trató de descubrir qué podría haber hecho resurgir la llama de los ánimos ya enfriados.

Vasishta mismo se dirigió hacia Parasurama con los saludos tradicionales de bienvenida, es decir, invitándolo a lavarse las manos y pedirle permiso para lavarle los pies. Pero, aunque aceptó estas señales de buena voluntad y recepción amistosa, Parasurama observaba a Rama con los ojos como carbones encendidos. Rama, sin embargo,, respondía con una sonrisa encantadora, la cual sólo alimentó más su ira. Entonces, Parasurama dijo a gritos: "¡Eh, hijo de Dasarata! He escuchado de tus hazañas a miles de leguas. También oí cómo rompiste el arco de Shiva como si fuera un juego de niños. Pero de todo lo que aquí se habla yo no he visto nada directamente. He venido ahora para examinar tu valor personalmente. He traído este divino arco sagrado. Perteneció a Jamadagni, mi venerado padre. Muéstrame tu poder tensándolo y poniendo una flecha en él, o si no, ven, lucha conmigo". Así retó a Rama con ira apasionada.

Rama no se afectó por toda esa demostración de ira. Permaneció sonriendo fríamente. "¡Oh Bhargavarama!, yo pensé que esta venganza que habías abrigado contra los kshatriyas había terminado hace tiempo. ¿Por qué esta reincidencia? ¿Por qué esta recaída, este absurdo?", preguntó. En ese momento, Dasarata se inclinó y, en tono doloroso, le dijo a Parasurama: "Bhagavan, tú eres un brahmín. Has ganado gran renombre. Mis hijos son tiernos adolescentes. ¿Por qué derramar un odio vengativo en contra de ellos sin ninguna razón en absoluto? Esto no es digno de la elevada jerarquía de tu linaje. Tus antepasados estudiaron los Vedas sin interrupción y llevaron a cabo ritos y ceremonias con elaborado cuidado. Tú mismo declaraste ese día,

cuando entraste al ritual Chandrayana, que ya no empuñarías ningún arma a partir de ese momento; dijiste que tus deseos habían sido cumplidos; hiciste esto delante del dios Indra nada menos, otorgando todos los territorios conquistados por ti a Kasyapa, resolviendo ustedes pasar el resto de sus días llevando a cabo acciones rectas y ganando ecuanimidad.

"Durante mucho tiempo estuviste ocupado realizando austeridades en la montaña Mahendra, y ahora, totalmente en contra de tus intenciones declaradas, tu mente está dispuesta a destruir mi dinastía y mi familia. ¿No es un pecado terrible ir en contra de la palabra dada? Después de haber roto esta promesa, ¿para qué sirve la austeridad? No hay ningún Dios superior a la verdad, ¿no es así? Estás retando únicamente a Rama y dices que pelearás sólo con él. Si algo le pasara a ese hijo, mi familia entera caería en la peor de las calamidades. Nuestras vidas terminarían en el momento que el peligro lo dañara. ¡Un brahmín como tú no debería hacerse responsable de la pérdida de tantas vidas! No sólo es un sacrilegio para los brahmines, sino también un terrible pecado".

Parasurama no prestó atención a las palabras de Dasarata; ni siquiera lo oía. Tenía su mirada sólo en Rama. Dijo: "El arco que rompiste y éste, ambos, han venido del cielo. Viswakarma, el divino artífice, hizo los dos. Uno le fue ofrecido a Shiva, para usarlo en contra de los demonios de la Triple Fortaleza; el otro se le confió a Vishnu. Una vez que los demonios fueron destruidos, Shiva lo mandó al emperador Devarata, con las flechas que se usaron para la batalla. Tal vez el arco estaba débil y frágil, ya que el propósito para el cual fue ofrecido se había cumplido ya. No es prueba de fuerza ni de heroísmo si se rompe tal arco.

"Este arco todavía tiene un trabajo que hacer, por lo tanto aún conserva su vigor y vitalidad. Este arco está sobrecargado de poder. Tómalo, ténsalo y rómpelo como hiciste con el otro. Esa es la manera de probar tu fortaleza y tu heroísmo. No andes por ahí orgulloso de haber roto el arco de Shiva. Rompe éste y escribe tu nombre en los anales de los valientes.

"Podrás dudar de que éste sea el arco de Vishnu continuó. El mismo lo mantuvo bajo la custodia de Hrishika, un gran santo, que se lo dio a su hijo, Jamadagni, éste es mi padre. El fue el depositario de enormes méritos adquiridos por la austeridad; era tan puro de corazón que no tenía rasgos de odio ni venganza en él.

Mi padre renunció al uso de las armas; sin embargo, Karthaviryarjuna, el malvado, lo mató. Fue un crimen de una crueldad inusitada; nadie antes había matado a otro tan atrozmente. Yo decidí no tener clemencia; le tenía que dar, una lección, prometí que destruiría no sólo a ese monstruo, sino a todos los reyes que no fueran virtuosos. Desde ese día, he estado cortándolos en pedazos y practicando juegos de pelota con sus cabezas. Este arco estuvo conmigo en todas esas

batallas. He matado a muchos monarcas malvados. El mundo entero está sojuzgado por mí. Mi furia contra aquellos que habían matado a mi padre se calmó un poco con esto. Desistí de la venganza y empecé un sacrificio védico. Invité a Kasyapa a ese ritual, ya que era un gran santo dedicado a actividades meritorias, y le di la tierra que yo había conquistado como pago por supervisar el rito. Desde entonces he pasado mis días en la montaña Mahendra, con mi mente inmersa en la paz y mi intelecto brillando con esplendor espiritual.

"Tu padre me pregunta por qué he tomado de nuevo esta arma y te he retado, luego de haber renunciado al camino del odio y la venganza. Les voy a responder ahora, Rama. Dos arcos fueron creados en el cielo y quedaron en la Tierra. Tú has roto el arco de Shiva. Ahora sólo éste permanece intacto. Si éste también se rompe, no tendrá ningún sentido que permanezca conmigo, porque se habrá realizado su propósito. Entonces mi renunciación será completa; deseo que este arco también se rompa o que tú te lo quedes. Estaba esperando el momento de esta consumación. El momento ha llegado. Estoy decidido a usarlo en lugar de desaprovecharlo o permitir que sea mal usado. Tal vez dudes de que pelear sea la mejor manera de aprovechar el tiempo; no obstante, lo que hay que ver es el significado de la lucha; puede ser para el progreso y bienestar del mundo, puede promover la supresión de los no virtuosos y dar valor a los buenos. No puedes decir que la guerra sea indeseable juzgando desde un punto de vista superficial; analiza el propósito. Cuando se tiene que afilar un cuchillo, uno debe afilarlo en la piedra. Nadie podrá condenar el proceso llamándolo dañino para el cuchillo. Si el cuerpo deriva fortaleza de los alimentos, éstos tienen que ponerse en medio de dos hileras de afilados dientes y convertirse en pasta, sin piedad. Puede ser necesario para proveer comida pura para el cuerpo o para el cuerpo político el decidirse a la batalla, al enfrentamiento y al aparente dolor.

"Bueno, estamos en medio del camino, a mitad del viaje. No es adecuado entablar pláticas estando aquí de pie. Entremos en acción. Es imperativo que comencemos de inmediato: ¡vamos! ¡O tensas este arco y lo rompes, o luchas conmigo!" Este fue el desafío de Parasurama. Lakshmana estaba furioso al escuchar aquel reto, y estuvo a punto de intervenir con una calurosa respuesta cuando Rama lo calló diciendo: "Este asunto no te concierne, ya que las preguntas que me hagan, sólo yo tengo que responderlas. Va en contra de los buenos modales interponerte, déjame que maneje esta situación". Su afectuoso y dulce consejo hizo desistir a Lakshmana, pero cuando Parasurama empezó a reírse de Rama y a ridiculizarlo por no aceptar el reto en cuanto se le hizo, Lakshmana no pudo contener su iracunda reacción y le respondió gritando: "¡Bhargava, esto no es nada para quien rompió el arco de Shiva! Para quebrar ese arco tan pequeño, ¿por qué retas a Rama? Esa arrria de brahmín sólo es una brizna de hierba. Yo mismo puedo romperlo en un instante sin esfuerzo, y hasta jugando. ¿Por qué pedirle

a Rama una tarea tan insignificante? No necesitas decirle que lo haga". Cuando Lakshmana pronunció estas palabras, Parasurama se encolerizó más aún, pero Rama tomó todo con frialdad y calma; le sonrió a Lakshmana y lo tranquilizó hablándole suavemente. Así, cuanto más enfurecido estaba Parasurama, más ecuánime y más controlada era la reacción de Rama.

Entonces Parasurama perdió el control de sí mismo, le dio rienda suelta a su lengua y empezó a insultar; esto causó consternación en el corazón de Dasarata. Las damas y sirvientes se escondían de las furiosas arremetidas. El ejército temblaba de miedo. Los eruditos estaban aterrados. Sita, sin embargo, observaba la escena, divertida; no estaba atemorizada en lo más mínimo. Les daba ánimo y confianza a los corazones de Urmila, Mandavi y Sruthakirti diciéndoles que Parasurama sólo era un manso chacal frente al león que era Rama. Cuando Bharata y Satrugna vieron a Rama reprimiendo a Lakshmana, decidieron no intervenir, porque de otra manera ellos también habrían participado en la riña y le habrían pedido permiso a Rama para pelear o asumir el reto. Esperaron las órdenes de Rama y se mantuvieron alejados. Vasishta tenía la capacidad de ver el pasado y el futuro, así que se dio cuenta de que el incidente no era sino una escena en el drama divino. Permaneció en silencio, imperturbable.

Ramachandra habló con profunda calma: "Parasurama, tú eres de la casta sacerdotal. Para un guerrero eres objeto de adoración, de acuerdo con la jerarquía de las castas. Eres pariente del venerado Viswamitra. No siento que sea propio matar a un brahmín de tan elevada casta. Tampoco es adecuado que apunte esta arma sagrada en contra tuya. Tú mismo acabas de declarar que pertenece al reino de los dioses, y que hasta ahora ha destruido a todos los enemigos, ciudades y fortalezas en contra de los cuales ha sido usado, y que puede vencer y sobreponerse a la fuerza y orgullo de quien se encuentre a su paso. ¿No es un desperdicio hacerlo inservible? Así que elige cualquiera de estas dos alternativas y dime: ¿debo impedirte andar sobre tus pies?, ¿o debo impedirte alcanzar los mundos elevados que te has ganado mediante austeridades?" Cuando escuchó estas palabras, Parasurama se enojó más aún. Sus ojos se pusieron rojos. Se apresuró hacia Rama exclamando: °¿Qué estás parloteando?" Rama tomó el arco de Vishnu que colgaba del hombro dé Parasurama con una risa burlona que hirió su orgullo. Pero tan pronto como el arma llegó a manos de Rama, Parasurama se debilitó. Perdió energía y vitalidad y en cambio Rama brilló con añadido resplandor que ningún ojo podría soportar tal visión. Ahí estaba de pie, como si miles de lámparas iluminaran todo el derredor. Cuando el auténtico arquero, Narayana mismo, la tomó, el arma también comenzó a brillar; un aura triunfal cubrió el arco y emanó luz de él. Los dioses se reunieron en el cielo y lanzaban flores sobre Rama, quien sostenía el arco. Se oía una melodía auspiciosa que provenía del cielo.

Mientras tanto, Parasurama era todo sonrisas. "¡Rama! dijo , ¿te diste cuenta de lo que sucedió? He experimentado el deleite, de la manifestación divina, tu divino resplandor. En tiempos pasados, le di esta región de la tierra a Kasyapa. Al recibirla, dicho sabio declaró que yo no podría entrar de nuevo a sus dominios, y si lo hiciera, no pasaría la noche; él me maldijo así. Bien, ya está oscureciendo. No puedo permanecer aquí por más tiempo. Debo apresurarme a la montaña Mahendra. Gracias a mis severas austeridades, he ganado las regiones elevadas del cielo. Rompe el arco, y con ello destruye todo el poder que gané. Todo el poder que he logrado es tuyo. Rama, observa esto, estoy entregándote el poder que yo he ganado." Y se acercó y abrazó a Rama con firmeza. En ése momento, tres facetas de la Divinidad, que hasta ese momento habían subsistido en él, se fundieron en Rama. Después, Parasurama le dijo: "¡Rama! El mundo no puede comprender fácilmente el misterio de la Divinidad; hasta aquellos como yo, que han ganado gran poder a través de la renuncia, el desapego y prácticas ascéticas, confían más en sus propios logros espirituales, ignorando la influencia de la divina estrategia de Vishnu.

"Por eso me he decidido a que tu Realidad y genuino poder sean conocidos en el mundo; te he dado como una ofrenda los poderes que yo tenía, también he comprobado una vez más que tú eres Vishnu, el dios de poder único, el dios que dirige el drama del Universo. No hay nada que no tenga de ti, nada que no seas tú. Tú lo eres todo. Todo es tuyo. Tuve la buena fortuna de empuñar durante un tiempo tu divino arco, y como consecuencia obtuve cierta reverencia del mundo. Ese es el mérito que he ganado y ésta es mi ofrenda". Después de decir esto, Parasurama desapareció.

Rama le dio el arco y las flechas al dios Varuna con una sonrisa imperturbable. Se postró ante Vasishta y Dasarata, que estaban a su lado. Dasarata había estado temblando de miedo todo el tiempo, sintiendo aprehensión por lo que pudiera sucederle a su hijo por esta aparición, pero ahora estaba libre de ansiedad. Acercó a Rama hacia sí y lo acarició afectuosamente. Levantó la cara de su hijo hacia él tomándolo por la barbilla, y encontrando difícil expresar sus sentimientos, le dijo: "¡Querido hijo, en verdad soy afortunado, temía no volverte a ver! Tu valor, tu resuelto heroísmo está más allá de la imaginación". De esta manera, alabó y reconoció las hazañas de Rama. En respuesta, Rama le dijo: "La rectitud tiene que vencer, la victoria es su inevitable resultado. En las etapas preliminares de la batalla, se puede sentir temor y aparecer obstáculos que parecen insalvables; hasta pueden aturdir la mente. Puede surgir la sospecha de fallar o ser vencido. Sin embargo, en lugar de inclinarse o doblegarse ante él, uno tiene que poner su atención en la meta. Entonces nunca se podrá fallar, y el fracaso nunca llegará. Los hombres no han indagado en toda su profundidad acerca del poder de la rectitud; se dejan llevar por obstáculos superficiales y preocupaciones, abandonan el camino y

sufren. Lo que ha sucedido es para bien. Atribuyo esto a tus bendiciones".

Diciendo esto, Rama se postró nuevamente a los pies de su padre. "Las fuerzas armadas están esperando tus órdenes para reiniciar la marcha hacia Ayodhya. Por favor, comunícales tus órdenes", dijo Rama. Dasarata se sentía feliz: "Hijo, ¿por qué tardarnos más? La pena y la alegría nos afligen una después de la otra y causan angustia a la persona y a su cuerpo. Podemos ir a la capital y buscar vivir felices de la mejor manera posible". Llamó a sus ministros a su lado y les pidió que ordenaran a las tropas que avanzaran.

Los soldados gritaron de alegría y empezaron a moverse. El miedo había cesado.

Dasarata pasó el resto del viaje hablando y disfrutando los sorprendentes sucesos de ese día. Cuando se acercaron a la ciudad se mandó un regimiento para que informara a los ciudadanos de la llegada del grupo. El recuerdo de la grandeza y gloria de lo que habían experimentado en Mitila, camino a casa, les dio velocidad a sus pies y volaron como flechas hacia la ciudad. Anunciaron que Rama, Lakshmana, Bharata y Satrugna entrarían en Ayodhya con sus novias y que Dasarata los había enviado para dar las buenas nuevas.

Los ciudadanos de Ayodhya decoraron y embellecieron las calles y casas de distintas y atractivas maneras. Se ataron hojas de plátano a ambos lados del camino. También se colgaron cocos de los postes y se salpicaron las calles con agua de rosas. La ciudad entera se hizo encantadora y atractiva.

Los músicos con sus instrumentos se colocaron a lo largo del camino. Hubo fuegos artificiales distribuidos también a todo lo largo del trayecto, a manera de que se hiciera una larga fila de color y sonido. Esperaron al grupo con el sentimiento más profundo de alegría, contando los minutos a la vez que miraban a la distancia para captar el primer atisbo de su llegada. Las mujeres con sus velos se reunían en las ventanas y terrazas de las mansiones, o miraban tras las cortinas.

El emperador Dasarata entró a la ciudad de Ayodhya con sus hijos y sus nueras. La música comenzó en cuanto estuvieron a la vista. La gente gritó vivas con entusiasmo hasta que sus gargantas se quedaron sin voz. Las mujeres ondeaban las lámparas, lanzaban flores y salpicaban agua de rosas. Los príncipes brillaban como el sol con las novias que parecían estrellas resplandecientes. Cuando el pueblo vio la escena, muchos se olvidaron en dónde estaban o quiénes eran; su dicha no conocía límites. Su sed de mirar no podía ser apaciguada, no importaba cuánto veían, así que caminaron enormes distancias para poder mantener los ojos en ellos.

De esta manera, la ruta completa estaba cubierta hasta las puertas del palacio. Ahí, los sacerdotes se habían reunido para recitar himnos védicos invocando la buena fortuna y prosperidad para los recién casados. Las damas de la corte ondearon las lámparas y llevaron

a cabo muchos ritos para eliminar el mal de ojo; asimismo les rogaron a las nueras que entraran primero con el pie derecho.

Mientras tanto, a la entrada estaban las reinas, Kausalya, Sumitra y Kaikeyi esperando su llegada con ávida ansiedad. Se salpicaron esencias de sándalo y se pusieron flores en el pelo y puntos rojos en la frente. Estaban llenas de felicidad, fueron hacia ellos y los acariciaron bendiciéndolos una y otra vez. Los cuatro hijos y las nueras se postraron ante las tres madres; cuando lo hicieron, sus ojos lloraron de alegría, ya que su felicidad no conocía límites.

Mientras tanto, las doncellas trajeron arroz y leche hervida en platos de oro; las madres pusieron comida en las bocas de los recién casados; les pidieron que comieran, les dieron leche para que bebieran. Después los llevaron a las habitaciones interiores.

Por la tarde, las damas de Ayodhya fueron invitadas al palacio para presenciar la auspiciosa ceremonia de bienvenida a los recién casados. Se preparó un estrado imponentemente bello, con sitiales dorados. Las reinas vestían costosos ropajes y piedras preciosas; comisionaron a unas doncellas especialmente para ayudar a las nueras a ponerse la ropa y todas las joyas, y luego ellas mismas lo supervisaron, para que la belleza de sus nuevas hijas se realzara aún más. Las tomaron de las manos y las llevaron hasta sus asientos.

Para ese momento, Rama, Lakshmana, Bharata y Satrugna ya habían tomado sus asientos, portando ropajes dignos de príncipes y costosas joyas y coronas. Cada uno se sentó a la derecha de su novia. Las madres, así como las damas que habían sido invitadas, llenaron sus ojos con el esplendor de la escena y su dicha era tan grande, que no podía ser expresada con palabras. Mientras la ceremonia se llevaba a cabo, afuera de palacio se repartían regalos. Vacas, dinero, oro, tierras, granos, vehículos y caballos se regalaban en gran cantidad.

Los sacerdotes se acercaron al estrado y esparcieron granos de auspicioso arroz en la cabeza de los recién casados, mientras elevaban su voz con cantos védicos. Las mujeres casadas ondearon 108 lámparas ante ellos para evitar el mal de ojo. Luego de esto los hijos se pusieron de pie y con sus esposas se postraron ante las madres, el padre y el gurú Vasishta. Después, se retiraron a sus propios aposentos.

9. PREPARATIVOS PARA LA CORONACIÓN

El príncipe de Kekaya el tío materno de Bharata se acercó a Dasarata y le dijo que ya había pasado mucho tiempo desde que había salido de su reino, que su padre estaba esperando verlo regresar, que hubiera sido feliz de presenciar las festividades, pero su padre no había sabido de la boda de Bharata; dijo que se sentiría muy triste de saber que la boda de su nieto se había celebrado en su ausencia, pero que esa decepción podría mitigarse en algo si Bharata iba con él para que se pudieran organizar algunas festividades allá para su satisfacción y placer.

Dasarata consultó con sus esposas y llamó a Bharata a su presencia. "Hijo, tu tío materno, Yudhajit, ha venido para llevarte con él; cuando me pidió que le permitiera llevarte con él yo no acepté, pero me ha dicho que tu abuelo está ansioso por verte, así que prepárense para ir con él", ordenó Dasarata. Entonces Bharata le dijo: "Padre, sería muy bueno si Satrugna también viniera conmigo". Así que a él también se le dijo que se preparara para ir, y ambos partieron a la ciudad de Girivraja con sus respectivas esposas.

Movido por su respeto hacia los mayores, Bharata hizo los preparativos para partir con su esposa sin ninguna objeción ni ningún argumento en contra. Estaba dotado del más elevado intelecto; además era dueño de sí mismo, de sus sentidos y deseos. Bharata y Satrugna, con sus esposas, viajaron muy felices y llegaron a la ciudad de Girivraja. El abuelo ansiaba verlo y mostrarle su cariño. Se apresuró a acariciarlo al igual que a Satrugna, los sentó cerca de él y les preguntó sobre la salud y felicidad de la gente de Ayodhya; les dijo que se veían exhaustos por las largas horas de viaje e insistió en que descansaran y los guió a las residencias asignadas para ellos; desde ese momento los trató con más afecto que a sus propios hijos y estaba pendiente de sus mínimas necesidades.

Aunque el abuelo se preocupaba por su comodidad y alegría, los hermanos parecían sufrir algún descontento secreto; no podían soportar la separación de su anciano padre y de Rama, et cual era el aliento mismo de su existencia. Conversaban entre ellos constantemente sólo acerca de Dasarata y de Rama. Todo el tiempo, la ansiedad por la salud y bienestar de su padre los atormentaba a pesar de ellos mismos, y no les permitía tener paz en la mente.

Mientras sus sentimientos eran así en Girivraja, en Ayodhya no pasaba ni un solo momento sin que Dasarata sintiera anhelo por sus hijos; se sentía vacío sin ellos. Muchas veces se preguntaba a sí mismo: "¿Por qué los habré mandado? ¡Oh, qué bueno habría Sido si no hubiera consentido que se fueran!" Los cuatro hijos eran como cuatro brazos para Dasarata; ahora estaba desprovisto de dos. Un día, Rama vio a su padre sumido en sus pensamientos debido a la separación de Bharata y Satrugna. Se acercó a su padre y sentándose junto a él le dijo suaves y dulces palabras, haciéndolo sentirse feliz. Rama era sumamente gentil. No importaba cuán duramente hablaran los demás, el solía responder dulce y suavemente. Aunque los otros pudieran hacerle daño, nunca pensaba en contra de ellos, sólo buscaba ser bueno y poderlos servir. Cada vez que tenía tiempo solía platicar con los monjes mayores, venerables brahmines y eruditos acerca de los códigos de la buena conducta y moralidad. Analizaba los misterios del pensamiento vedántico en palabras sencillas y, como un buscador común, planteaba sus problemas ante los eruditos para resolverlos con su ayuda. Los sabios y eruditos, maestros en la ciencia del Vedanta y la investigación filosófica, sentían júbilo ante las explicaciones dadas por Rama de los intrincados aspectos que él mismo preguntaba; alababan de mil distintas maneras su inteligencia y lo profundo de su erudición.

Rama se dirigía a sus súbditos antes de que ellos le hablaran a él, así de ardiente era su amor hacia ellos. Amorosamente les preguntaba acerca de su bienestar y se sentía lleno de compasión por ellos. Por eso lo amaban los súbditos como a su más querido amigo, como a su más amado pariente, y lo veneraban por su afectuoso interés por ellos. Rama seguía estrictamente las reglas dictadas por la tradición, cualquiera que fuera la inconveniencia o la incomodidad. A quienquiera que él hablara, le regalaba una encantadora sonrisa, una mirada alegre y una dulzura enorme en sus palabras. Nadie notaba en él ni el más mínimo rasgo de ira, disgusto, desesperación u odio.

El era la encarnación de la compasión y la simpatía. Estaba ansioso por rescatar a todos aquellos que sometieran sus deseos a su voluntad. Los hábitos indeseables de los cuales la realeza es presa fácil jamás pudieron adherírsele, incluso ni acercársele. No era una víctima de los malos hábitos de hablar demasiado o con frivolidad. A pesar de esto, si alguien quería lucir ante él su inteligencia para argumentar, jamás lo frustraba con otro argumento más inteligente para ponerlo en su lugar. No conocía la enfermedad del cuerpo o la ansiedad de la mente. Reconocía las necesidades de la gente, e inclusive antes de que se lo expusieran, él consideraba la respuesta que se podía dar para remediar el problema, después de pedir permiso a Dasarata y haber interesado a los ministros en la solución. Dasarata tampoco obstruía los deseos de Rama en ninguna forma; los cumplía al enterarse de ellos. Rama ponía mucha atención hasta en el más pequeño detalle del gobierno y tomaba precauciones adecuadas para ver que los problemas

y asuntos complejos no surgieran nuevamente una vez que habían sido resueltos. Otra excelencia evidente en Rama era que nunca revelaba por anticipado lo que había decidido. Y hasta que no se decidía completamente por una solución, nadie podía saberla o anticiparla. Su ira y resentimiento, o su satisfacción, jamás eran fútiles. No se retrasaba ni se permitía a sí mismo ser engañado o ser desviado. Con tales características supremas, Rama brillaba lleno de gloria. Dasarata estaba feliz de observar la manera en que estaba ganando el amor y la lealtad de su pueblo. Oía de los ministros, sacerdotes y otros, la creciente fama de Rama, y se emocionaba.

Una noche, Dasarata estaba sediento; no le gustaba despertar a las reinas, así el mismo vertió agua en un pequeño tazón, de una jarra que estaba cerca de la cama, y cuando la estaba bebiendo, observó que su pulso no era firme, la mano le estaba temblando. Después de eso ya no pudo dormir. Su mente se perdió en infinidad de pensamientos. Por último, se percató de que la vejez le había traído esa debilidad; entonces decidió no reinar más tiempo. Cualquier intento de gobernar a la gente sin la fortaleza de sus músculos ni de su voluntad, sólo podía traer confusión y calamidad. Contaba los minutos desde ese momento para que, en cuanto amaneciera, pudiera comunicar su decisión a los ministros. Finalmente, la noche se desvaneció y llegó la luz.

Al terminar sus abluciones matutinas y completar sus ritos de adoración diaria, le pidió a sus ayudantes que reunieran a los ministros, a los líderes de la gente y a los sacerdotes para una reunión en el palacio. Obedeciendo la orden del emperador, se reunieron rápidamente y lo esperaron. Dasarata se postró a los pies de Vasishta y le informó de los sucesos durante la noche y el flujo de pensamientos que le surgieron. Le dijo que había decidido poner la carga del reinado sobre Rama. Pidió que no se pusiera ninguna objeción a su propuesta. Deseaba que todos los preparativos.r.e hicieran pronto para la realización de ese deseo.

Sumantra, el jefe de ministros, anunció esta decisión a la concurrencia; los ministros, cortesanos, ciudadanos, sacerdotes y eruditos que estaban ahí reunidos aclamaron la noticia con jubilosa aprobación. Gritaron: "¡Qué afortunados somos!, ¡qué suerte!" Sus aplausos llegaban hasta el cielo. Vasishta se levantó de su asiento y dijo: "¡Emperador! No necesitas preocuparte por esto en lo más mínimo. Rama está preparado para este gran papel, así que podemos esperar un poco y celebrarlo en gran escala invitando a todos aquellos que deseen estar presentes. Sugiero que esperemos un mes o dos, para que la coronación de Rama se lleve a cabo magníficamente como todos lo deseamos". Sin embargo, Dasarata exclamó: "¡Mahatma! Nada está más allá de tu saber; eres omnisciente. Cuando el rey pierde la fortaleza de sus miembros, no merece llevar las riendas de un gobierno. Es una mala señal que un rey, cuya vejez lo ha debilitado, tenga la codicia de continuar en el trono. Indica que hay avaricia en su corazón.

Sabiendo todo esto, si lo postergo habré fallado en el deber que distingo con toda claridad. Perdóname, pero no trates de demorar esta ceremonia. Dame permiso para designar a Rama como heredero al trono dentro de los próximos dos o tres días". Dasarata rogó así, con gran humildad y profunda reverencia.

Vasishta levantó a Dasarata y le dio sus bendiciones. Dijo: "Soberano, la boda de Rama también sucedió repentinamente. Cayó del cielo como una gracia. Así que tus súbditos no tuvieron oportunidad de compartir la alegría de esa ocasión tan importante. Si la coronación también se resuelve rápidamente, no sólo le causará dolor a los gobernantes de muchas partes de esta tierra, sino aún más, sería una fuente de gran tristeza para los hermanos Bharata y Satrugna. Además, Janaka, que se ha convertido en tu pariente y amigo, no podrá asistir. Te sugiero, por lo tanto, que consideres estos puntos antes de establecer la fecha".

Entonces el jefe de los ministros se puso de pie y dijo: "¡Que el venerado preceptor de la familia me perdone! La decisión del emperador tiene el aprecio y la aprobación de todos. Ramachandra es, como su nombre lo indica, como la luna, la cual repele el calor que quema y deja la frescura y la comodidad en todos. El quita el dolor causado por el odio, la maldad, la codicia y la envidia. Por ningún motivo debería haber demora para coronarlo. Por favor, da las órdenes necesarias para ese fin. Emperador, oro por el bien de toda la población de este imperio".

Cuando el emperador y el jefe de los ministros le rogaron así, Vasishta no pudo mantener su punto de vista más tiempo. Dijo que era necesario saber lo que la gente pensaba sobre este asunto. Dasarata se puso de pie y con una mirada rápida vio a sus ministros, a los líderes de los ciudadanos, a los sabios y sacerdotes, así como a todos los demás reunidos en la vasta asamblea, la cual aclamaba la auspiciosa propuesta a una sola voz que parecía un trueno. En medio de esa excitación, un ciudadano que pertenecía a un grupo muy importante se puso de pie y gritó: "¡Gran rey!, los poderosos monarcas de tu linaje nos han cuidado a nosotros, los súbditos de este imperio, como si fuéramos sus propios hijos. La región de Kosala ha logrado prosperidad y paz a través del cuidado y afecto de los Ikshvaku. Tu hijo mayor, Rama, es rico en virtudes, es un fiel seguidor del dharma, tan heroico como el jefe de los dioses, y más que todo, posee la habilidad de gobernar los tres mundos. Es en verdad nuestra buena fortuna que tú hayas concebido la idea de coronarlo como príncipe heredero. Esta es nuestra buena suerte, es un hecho indiscutible del cual nadie puede tener duda alguna".

Cuando el ciudadano habló así, en nombre de todos los súbditos del reino, Dasarata se dirigió a la concurrencia diciendo: "¡Miembros de esta asamblea! Todos estos años he gobernado siguiendo los pasos dados por mis antepasados y he cuidado de su bienestar y prosperidad lo mejor que he podido, con un sincero deseo de promover el bien en el

mundo entero. Todos los años de mi vida los he pasado al abrigo de esta sombrilla blanca que está sobre mi trono, pero ahora soy un hombre viejo. Me he dado cuenta de que el vigor y vitalidad de estos miembros han declinado. Este cuerpo gastado necesita descanso; eso es lo que he decidido. No es tarea fácil, no es una misión insignificante gobernar un reino, ya que es la dedicación de uno mismo al dharma. El dharma se puede mantener inquebrantable a través del proceso del gobierno sólo por una persona dedicada a la disciplina espiritual constantemente y por aquel que está dotado con un riguroso control de los sentidos. He llevado esta carga durante tanto tiempo que estoy exhausto por el esfuerzo. Si todos ustedes están de' acuerdo y les parece bien mi plan, les diré todo acerca de él. Jamás actuaré en contra de sus deseos y preferencias.

"No hay presión sobre ustedes; no teman ni sientan que yo los estoy forzando a cumplir mis deseos, o que es una orden real, la cual tienen que obedecer por fuerza. Lo dejo a su libre albedrío y a su juicio. En caso de que algún otro arreglo les parezca más benéfico, están en perfecta libertad de presentarlo ante nosotros para su consideración. Por lo tanto, conferencien entre ustedes e infórmenme al anochecer lo que hayan acordado".

Antes de que Dasarata terminara de hablar, la asamblea estaba impaciente y excitada, como un grupo de pavos bajo nubes cargadas a punto de romper en copiosas lluvias. Gritaban su consentimiento, su gratitud y su alegría. "Tú sólo deseas lo que es nuestro propio deseo. No queremos ningún otro regalo. En verdad que ésta es demasiada suerte. Ramachandra, ¡viva! Dasarata, ¡viva!" Las aclamaciones llegaban al cielo. Escuchando la reacción popular, Dasarata se sentía entre alegre y aprensivo.

Se quedó sorprendido por aquella espontánea explosión de lealtad y afecto. Recobrando la compostura después de un momento, Dasarata miró a la asamblea y empezó a hablar: "¡Miembros de esta asamblea! Ninguna labor es más importante para mí que acceder a vuestros deseos. Yo coronaré, sin duda alguna, a Rama como rey. Sin embargo, también siento un poco de temor. Se los quiero explicar y quisiera recibir consolación de parte de ustedes. Deseo que me digan su opinión y me den la satisfacción que busco. El hecho es que cuando estuve a punto de exponerles la propuesta de coronar a Rama, inclusive antes de que la formulara, ustedes proclamaron que lo coronara sin ninguna duda y que él tenía capacidades ¡limitadas para gobernar este reino con eficiencia. Viendo este hecho directamente, es obvio que ustedes están un poco insatisfechos con mi gobierno, o que algunas de mis leyes están en contra de sus intereses o inclinaciones. ¿Acaso he mostrado alguna tendencia opuesta a la justicia? ¿Están ansiosos por coronar a Rama como rey debido a que dudan de mi habilidad para seguirlos gobernando para su bienestar? Los invito a que señalen mis

fallas o los errores que he cometido, sin temor y en detalle. Escucharé con gusto su exposición".

Uno de los líderes del pueblo se puso de pie y dijo: "La capacidad e inteligencia de Rama van más allá de cualquier descripción.

Y tú, rey, eres igual al dios de los dioses; tú eres como Shankara, con la misma divina compasión y disposición para conferir todo lo que se le pida en beneficio de los súbditos. Eres Vishnu en tu ha. bilidad para cuidarnos. Debemos ser tremendamente malvados si alguna vez hemos causado problemas durante tu gobierno. Aquellos que lo hacen son terribles pecadores. Tú has llegado a esta resolución porque estás ansioso de hacernos el bien y quieres hacernos felices. Obedecemos tus órdenes sin cuestionar". Al oír esto, Dasarata se volvió hacia su sacerdote en jefe y le dijo: "jOh grande entre los brahmines!, has escuchado los deseos de la gente; no demores más, junta todos los materiales que se necesitan para la ceremonia de coronación. Construyan los recintos y plataformas que las Escrituras prescriben para los ritos y los lugares para ofrecer los sacrificios".

Se postró a los pies de Vasishta, el preceptor de la familia, pidiéndole que supervisara los arreglos, y le rogó: "Maestro, van a ayudar todos los que puedan; no tardemos más en espera de aquellos que tienen que venir desde lejos. Pueden tener igual alegría cuando oigan que Rama ha sido coronado. No sugieras, como una razón para postergarla, la necesidad de invitar a Kekaya o a Janaka y esperar a que lleguen. Otórganos permiso para llevar a cabo el sagrado rito de la coronación lo más pronto posible".

"¡Soberano! respondió Vasishta , he arreglado todo; podemos proseguir tan pronto como lo desees. He ordenado que las cien vasijas sagradas, la piel de tigre, el recinto cubierto para el sacrificio, los materiales establecidos en las Escrituras para los rituales de adoración, las hierbas y flores, todos estén listos al amanecer. Esto no es todo; he pedido que las cuatro divisiones de las fuerzas armadas estén en forma, y también que el elefante Satrunjaya, el que tiene todos los signos auspiciosos en que los Shastras insisten, sea vestido magníficamente. La sombrilla blanca de resplandor y la bandera real de la dinastía imperial también van a estar listas en el palacio. El momento auspicioso también ha sido seleccionado: será mañana." Cuando Vasishta anunció las buenas noticias, la gente experimentó éxtasis de gratitud y saltaba de alegría.

Los caminos fueron barridos y limpiados a conciencia. Sobre ellos y en las paredes se pintaron elaborados diseños y se colgaron adornos, se erigieron arcos sobre los que iban toldos para dar sombra a lo largo de las calles; cada uno de los ciudadanos estaba ocupado y feliz. La ciudad entera trabajaba diligentemente.

Los sacerdotes y los jefes de los ciudadanos pidieron permiso para retirarse y salir del palacio; parecía un verdadero río de

entusiasmo y excitada conversación. Los ministros y Vasishta se dirigieron hacia los salones internos con el emperador.

Dasarata mandó llamar a Rama, y reuniéndose con él en el salón de audiencias, le explicó todas las formalidades de la ceremonia y los rituales relacionados con la coronación. Le recordó que debía estar listo antes del amanecer y le explicó los pasos preliminares que debía llevar a cabo. Lakshmana escuchó la noticia y corrió hacia Kausalya, la madre, para llevarle la buena nueva; ella no podía contenerse de tanta felicidad, sólo esperaba que Rama fuera a verla. Faltaba muy poco tiempo y la ciudad entera estaba ansiosa por la coronación. A muchos kilómetros alrededor, en las aldeas y hasta en los Estados vecinos, se enteraron rápidamente, ya que las buenas noticias vuelan. Nadie esperaba a nadie; tan pronto como oían se apresuraban hacia la capital. El flujo de personas por todos los caminos que iban a Ayodhya se volvió algo incontrolable.

Ramachandra escuchaba lo que Dasarata le detallaba, pero no respondía; sus sentimientos iban más allá de las palabras. No podía expresar lo que pasaba por su mente, así que permanecía en silencio. Entonces Dasarata lo acosó: "¡Hijo! ¿Por qué no veo en ti ni una señal de alegría de ser coronado mañana? ¿No te gusta la idea de ser emperador? ¿O es un signo de temor por sentir que estamos poniendo sobre tu cabeza el peso del estado?" A pesar de sus ruegos cariñosos, Rama no decía nada a su padre. Por fin dijo: "Padre, no entiendo por qué estás actuando con tanta prisa. Mis queridos hermanos Bharata y Satrugna no están aquí ahora. Mi abuelo está muy lejos y a lo mejor no podrá llegar aquí a tiempo; quizá mi suegro tampoco pueda llegar, así como los gobernantes de otros Estados, príncipes y reyes; quizá para ellos también sea difícil asistir. Mi mente se preocupa porque estamos desilusionando a tantas personas. No acepto la idea de la celebración cuando de seguro muchos van a sentir pena". Pidiendo perdón por sus sentimientos, se postró a los pies de su padre.

Vasishta fue el que respondió: "Rama, estas objeciones también las planteamos nosotros; no creas que accedimos en silencio al deseo del emperador. Pensamos en todos los argumentos a favor y en contra y consultamos la opinión de la gente antes de decidir. No hagas ninguna réplica ahora, respeta el deseo del emperador; la coronación y la unción se llevará a cabo mañana mismo. Debes cumplir ciertas promesas; hoy no usarás la cama ni nada suave cuando te acuestes. Tú y Sita deben ayunar. Tan pronto como amanezca, los dos deben tomar un baño, después de haberse aplicado aceite sagrado en la cabeza; luego deben vestir ropa amarilla y prepararse, ya que la auspiciosa estrella Pushya, seleccionada para el rito sagrado, surgirá a esa hora. Por lo tanto, retírate a tus habitaciones ahora, no te demores". Tan pronto como el preceptor terminó, Rama se postró a los pies de su padre y de su preceptor y se retiró a sus habitaciones, acompañado de Sumantra, el fiel ministro. Ahora ya no tenía ninguna duda. Le dio la noticia a Sita, y

luego fue rápidamente a los aposentos de su madre. Se postró ante ella y ella lo levantó tiernamente, y lo acarició con afecto, sobrecogida por la alegría; le pidió que a los sacerdotes les regalara las vacas que ella misma había conseguido con ese propósito; ya las habían decorado con costosos adornos. También hizo que Rama diera muchos regalos a los demás. Lakshmana y su madre estaban ahí en ese momento. Kausalya hizo que Rama se sentara a su lado y, enjugando las lágrimas de alegría que fluían libremente, le confesó: "¡Hijo, he esperado este precioso momento desde hace mucho tiempo! Mi anhelo se ha cumplido ahora. Estoy feliz. Mi vida ha valido la pena. ¡Oh joya querida, mi hijo de oro!, desde mañana serás rey. Que tengas larga vida. Gobierna el imperio; que el bienestar de la gente sea siempre tu ideal, que tu reinado sea feliz y seguro de acuerdo con los dictados de la justicia y la moralidad; acumula fama inmaculada y mantén la reputación y gloria ganada por los reyes de esta dinastía. Que obtengas mayor poder y majestuosidad que tu padre; el día que alcances esa posición, he de sentir que mi vida ha logrado su meta; mis votos, ayunos y vigilias habrán dado entonces su fruto".

Kausalya acarició el cabello de su hijo y con palabras dulces le dio su bendición y consejos muy valiosos, a los cuales Rama prestó cuidadosa atención. Después, bromeó inocentemente con Lakshmana: "Hermano, me puedes decir qué próspera princesa aceptará a este muchacho tan hermoso y tan alto", y el otro respondió: "Hermano, yo no necesito a ninguna gran princesa para que se case conmigo. En tu reino, si tú me asignas alguna responsabilidad, yo la cumpliré. Esa es suficiente buena fortuna para mí". Diciendo esto, se postró a los pies de Rama.

Rama dijo: "¡Lakshmana, tú eres mi aliento! Así que la mitad de la responsabilidad de mi reinado es tuya. Tú también te debes preparar, junto conmigo, para portar joyas y ropajes reales. Tú llevas la mitad de mi carga, tú tienes mi felicidad, mi fama y fortuna. Tú eres la mitad de todo lo que yo soy y de lo que seré".

Mientras Rama hablaba así, Sumitra derramaba lágrimas, bendiciendo tanto a Rama como a Lakshmana. Ella dijo: "Rama, el amor que existe entre tú y Lakshmana me da mucha alegría. Mi hijo no necesita una jerarquía más elevada, basta con que sea tu sirviente. Si es capaz de tener para siempre tu amor, eso es suficiente para él". Cuando terminó de hablar, Rama se postró a los pies de la madre. Lakshmana también hizo lo mismo y acompañó a su hermano a sus habitaciones. Rama había empezado el ayuno al anochecer, y se acostó sobre una alfombra hecha de la hierba sagrada llamada kusa.

10. LAS DOS GRACIAS

Los himnos védicos resonaban por todas partes. Los ayudantes del palacio habían traído agua sagrada del río Sarayu en recipientes de oro para el baño ceremonial de Rama y Sita. Los eruditos recitaron himnos pidiendo bendiciones para los desposados; la oración era muy emocionante y placentera al oído.

Mantara, la nodriza de Kaikeyi, venía de regreso la noche anterior, y presenció la algarabía del pueblo y preguntó la causa. Así fue como se enteró de la inminente coronación de Ramachandra, y de que ésa era la causa de esta alegría y gratitud. También vio a las nodrizas de Kausalya y Sumitra vestidas con saris blancos como jazmines, y arregladas con costosas joyas, caminando de prisa por aquí y por allá. No soportaba seguir viendo aquello ni por un momento más. Todo el cuerpo se le crispó, y sintió que se le clavaban aguijones de escorpión. Corrió hacia el palacio de Kaikeyi y, encontrando que la reina ya se había retirado a sus aposentos, se acercó a la puerta y gritó: "¡Madre madre! ¡Abre la puerta, se trata de algo muy urgente! ¡Tu vida misma está en peligro! Se aproxima un terremoto". Al escuchar sus angustiosas palabras, que brotaban como cascadas una tras otra, la reina rápidamente abrió la puerta y preguntó con temor: °¿Por qué? ¿Qué ha sucedido? ¿Cuál es la calamidad? ¿Se ha hundido algo? ¿Cuál es el motivo de toda esta ansiedad?" A lo que respondió Mantara: "No, nada mío ha sido destruido. Tu vida es la que se está destruyendo, eso es todo. De ahora en adelante tendrás que vivir llena de angustias". Llorando, le dijo todo el lamentable estado que le esperaba a la reina haciendo gestos, quejidos y lamentos.

Kaikeyi no podía imaginarse por qué. "El emperador está bien, ¿verdad? ¿Y Rama, Lakshmana, Kausalya y Sumitra? No les pasa nada a ellos, ¿no es así? Entonces, si todos están bien y ningún daño los amenaza, no tengo por qué estar preocupada. ¿Qué me puede suceder a mí? Si algún daño les ha sucedido, por favor, dímelo, Mantara. ¡Dímelo ya!", insistió la reina. Volteó la cabeza de la nodriza hacia ella, sostuvo su barbilla y le rogó que le diera una respuesta.

Mantara le dijo: "Nada malo les ha sucedido. ¡Pero han decidido retorcerle el cuello a tu hijo!", y prorrumpió en patético llanto. Ante esto, Kaikeyi le respondió: "¡Estás cometiendo un error, Mantara! El emperador no es una persona así, ni tampoco Rama, ni Lakshmana, ni mis hermanas Kausalya y Sumitra. Mis hermanas aman a mi hijo inclusive más que a los suyos. Tu declaración sólo revela tu entendimiento retorcido, eso es todo. ¡Eso no es verdad! Bueno, todavía no me has dicho qué es lo que en verdad sucede, ven y dame los detalles".

Mantara le preguntó: "¿Qué es lo que pasa? Mañana al amanecer Ramachandra será coronado rey. La reina mayor, llena de alegría, está regalando carísimos vestidos de seda y joyas a sus nodrizas. Le ha pedido a Rama que regale oro y vacas en cantidad. Empeñados en todas estas actividades de celebración, te están descuidando a ti. No lo puedo

soportar, no lo tolero. Sin embargo, eres incapaz de comprender las implicaciones. Sueñas que no hay nadie más afortunada que tú. Tu buena suerte se está agotando rápidamente. Para tu marido y sus esposas, te has vuelto una persona insignificante. No pasará mucho tiempo antes de que tomes el deplorable lugar de una sirvienta. Te aconsejo que estés alerta si no quieres ser humillada. Despierta de tu letargo, planea lo que vas a hacer teniendo plena conciencia de las consecuencias. Decide cuál es el medio por el cual puedes escapar de la calamidad que te amenaza y se acerca rápidamente.

"Cuando Rama sea rey, el imperio entero estará bajo el dominio de Kausalya, recuérdalo. Tú también tendrás que bailar según su tonada así como lo harán todos los demás". Mantara estaba actuando su papel y derramaba lágrimas falsas para reforzar su malvada estratagema.

Kaikeyi se impresionó por su lealtad, pero no estaba convencida de la rectitud de sus argumentos. Ella dijo: "Mantara ¿qué te ha sucedido?, ¿te has vuelto loca? Estás hablando como loca. Si Rama es nombrado rey, será el augurio más feliz para el imperio entero. Ten, toma este collar mío como una recompensa, como un regalo por haberme traído a mí primero estas buenas noticias. Sé feliz, que estés llena de alegría. La coronación de Rama quizá me da más alegría a mí que a la misma Kausalya. Mi dicha ante estas buenas noticias es ¡limitada. Ramachandra también me ama a mí más que a su madre, me venera más. No escucharé tales imputaciones acerca de una persona tan pura y amorosa. Tu razón te falla, está gravemente afectada". Kaikeyi reprimió a Mantara enérgicamente.

Pero Mantara se sintió todavía más agredida y se alteró más. " Mi razón es clara y fresca; la tuya es la que está mal. No te das cuenta del terrible destino que te espera. Te atas ciegamente a tu antigua fe y a tu apego. Estoy ansiosa y preocupada por tu felicidad y tu autorrespeto. Los otros sólo están actuando y pretendiendo engañarte. No tienen respeto por ti en sus corazones. El emperador no siente amor por sus otras reinas; está enamorado sólo de la mayor, de Kausalya. Sólo para complacerte, él podrá decirte palabras melodiosas algunas veces, eso es todo, no siente amor en su corazón por ti. Considera esto. Esa gente no te informó, no te consultaron acerca de este propósito porque ellos no tienen ni la más mínima consideración o respeto por ti. ¿Te han hablado de ello alguna vez? Considera cuántas veces generalmente deliberan y planean para poder llegar a una decisión así. No puede haber una coronación tan repentina, no cae del cielo un día así como así ¿no es cierto? Pero, han arreglado todo en silencio y en secreto."

"Todo esto es una intriga de Kausalya", dijo Mantara. Kaikeyi no podía seguir sufriendo; entonces la interrumpió: "¡Basta ya, Mantara! Mi hermana es incapaz de tal intriga, nunca descendería tan bajo, no podría suceder jamás. No lo será nunca. ¿Y el emperador? El es más

noble, más recto que mis propias hermanas. No puedes encontrar en él ni siquiera un rasgo de mentira o maldad. Han de haberse decidido por la coronación rápidamente por alguna buena razón. Las celebraciones de la boda, que hubieran tomado mucho tiempo, fue algo que resolvió rápidamente, ¿no es así? De manera que también la coronación de Rama se ha de haber decidido de igual forma. El emperador mismo dará la razón especial que lo indujo a decidir esto. A ti no te ha importado conocer la verdad; has creado toda clase de absurdas razones y temores sin fundamento sobre inocentes personas. En pocas horas todo se aclarará; ten paciencia".

Mantara temió que su intriga sufriera una derrota. Estaba en peligro del fracaso total, así que descendió a las peores tácticas de persuasión. "Querida madre, medita esto con un poco más de profundidad; he oído muchas cosas mientras andaba fuera del palacio. De hecho, este asunto de la coronación se decidió desde hace varios meses. Esa es la razón por la cual Bharata y Satrugna fueron enviados lejos de la capital. Presentían que su presencia causaría complicaciones, y tenían muy buenas razones para pensarlo así, porque de otra manera, ¿a quién se le ocurriría preparar la coronación estando ellos ausentes? ¿Te has vuelto incapaz de hacerte esta simple pregunta? Hace mucho tiempo, cuando te tomó por esposa, Dasarata prometió y dio su palabra de que el hijo que naciera de ti sería coronado rey de esta nación; tú podrías haberlo olvidado, pero yo no. Por el miedo de que estando Bharata presente en esta ocasión, se pudiera recordar la promesa hecha y que pudiera ser un obstáculo para sus planes, se le mandó lejos de aquí, a la casa de su abuelo. Una vez que se lleve a cabo la coronación, nada se podría hacer para invalidarla. Para poder hacer este malvado truco, mantuvieron la idea en secreto y no te la comunicaron; piensa en esto un momento, en el designio interno. Tú no piensas en esos asuntos, tú crees que todo lo que es blanco es leche y los demás se han aprovechado de tu inocencia. Tú únicamente te regocijas por el amor que le tienes a Rama y en tu apasionamiento recitas: «Rama, Rama». Bueno, deja todo lo demás de lado. ¿Acaso ese Rama a quien amas tanto siquiera te informó de esta gran fortuna que le ha sucedido?"

Mantara, con su mente torcida, empleó muchos argumentos desviados para nublar y ensuciar la mente pura y sin egoísmo de Kaikeyi.

Continuó diciendo: "Madre, ¿quién en esta ciudad de Ayodhya te presta atención? ¿Quién te trata aquí como debe ser? Todos están unidos en contra tuya. Eres una extraña aquí. Hasta podrían llegar a echarte de Ayodhya dentro de poco; no desistirán de cometer tal maldad. El emperador es un hábil farsante, un talentoso impostor. Cuando se te acerca, habla dulcemente para satisfacer sus antojos; luego se va triunfante. No te das cuenta de tu error, el cual no te permite tener la jerarquía que mereces.

"Madre, debes recordarlo: los reyes están gobernados por la lujuria y no por el amor. Tu padre sabía este hecho; por lo tanto, no estaba de acuerdo en darte en matrimonio a este pretendiente de avanzada edad. Después de prolongadas negociaciones y confabulaciones y con la intercesión del sabio Garga, fue que se decidió que tú fueras dada en matrimonio, y el pretendiente fue obligado a acceder a muchas condiciones.

"Hoy esos acuerdos se han arrojado a las llamas; a tu hijo lo han engañado; mientras tanto, todos están actuando silenciosamente su feliz drama. De otra manera, ¿por qué aprovechar esta oportunidad de que tu hijo se encuentra fuera? ¿Por qué han de apurarse tanto al grado de que ningún gobernador de otros Estados más que los limítrofes, pueda venir a la coronación? ¿Acaso no ves cómo se revela su mentalidad inferior? ¡Qué llenos de perversidad están!

"Si se invitara a gobernantes vecinos, con seguridad tu padre no perdería la oportunidad de asistir. Naturalmente, él tendrá que recordarles a todos la promesa que se le hizo. Así pues, el plan consiste en llevar a cabo la coronación sin informarle a nadie; después lo saben bien ya nada se puede hacer. Ese es el propósito de esta conspiración, así que estás advertida a tiempo; si se desaprovecha este momento, tu destino será tan despreciable como el de un perro. Por lo tanto, no pierdas tiempo; medítalo profundamente y decide alguna estrategia para evitar que la coronación se lleve a cabo". Mantara azuzó así el fuego de la ira y el odio. Kaikeyi por fin cedió a sus maquinaciones. Dijo: "Escuchando tus palabras siento que cada declaración que haces es más verdadera que la anterior. ¡Sí, de seguro! Este no es un asunto que pueda esperar. ¿Qué debo hacer? Si me indicas cuál es el paso que debo dar, lo pondré en acción".

Cuando Kaikeyi dio señas claras de haber caído en sus engaños, Mantara se sobrecogió de orgullo y alegría. Luego empezó a hablar con más seguridad. "Madre, no hay necesidad de pensarlo más. Los argumentos que pueden apoyar tu demanda son fuertes. Aquel día, cuando el emperador agradecido aceptó tu oportuna ayuda, ¿no te ofreció dos regalos?, ¿no te dijo que te daría lo que pidieras? ¿Y no le dijiste que no necesitabas nada, que te reservarías el regalo y le pedirías los dos deseos cuando tuvieras necesidad de ellos? Hoy esos dos deseos servirán a las mil maravillas. Puedes pedirle que te los otorgue ahora, ¿no es así?" Cuando Mantara hubo hablado así tan enfática y claramente, Kaikeyi levantó su cabeza como si estuviera alarmada y dijo:

¡Ay, Mantara, qué hábil eres! Aunque en apariencia eres una horrible jorobada, en recursos e inteligencia eres extremadamente agraciada. Tu falta de belleza se compensa con tus habilidades intelectuales. Dime cómo debo asegurarme estos dos dones y cuáles han de ser".

Mantara respondió: "Madre, una gracia será pedir que tu hijo sea coronado rey. La segunda, bien podría ser que Rama no se quedara en el imperio". Al oír sus sugerencias, dadas tan a la ligera, Kaikeyi cayó en una depresión reflexiva, y después de recuperarse, dijo: "iMantara!, podría ser una demanda justa que mi hijo fuera coronado, pero mi mente no accede a mandar a Rama fuera de¡ reino. Siento dolor de sólo pensarlo". Diciendo esto se dejó caer en el asiento. Mantara se dio cuenta de que debía actuar rápido. "Madre, ésta no es ocasión para sentir cobardía; la demora cambia hasta la ambrosía en veneno. No hay nada de malo en esto. Tienes que ser un poco dura, porque si no, no podremos tener éxito en nuestro plan. Esto no es nada en comparación al cruel daño causado por ellos. Si quieres que tu hijo gobierne como rey y que tú tengas la jerarquía de reina madre, entonces debes actuar. Si no, tragaré veneno y moriré. No puedo soportar verte sufrir mientras estoy viva." Mantara lloraba profusamente, como si estuviera llena de intenso amor hacia Kaikeyi.

Ella era la nodriza que crió a Kaikeyi, la había cuidado, había jugado con ella y la había atendido todos estos años; Kaikeyi sentía gran respeto y afecto hacia Mantara, así que ya no presentó ninguna objeción y empezó a calmar su angustia. "iMantara, no te preocupes! Sin ninguna duda haré lo que me has dicho para complacerte. Dime, ¿qué debo hacer ahora?"

Mantara le contestó: "Cuando te sugerí que pidieras que se mandara a Rama al exilio, a la selva que está más allá de¡ reino, no creas que no sopesé las consecuencias. Te lo dije después de haberlo pensado cuidadosamente". Ya que Kaikeyi no tenía ninguna experiencia en relación a los asuntos políticos y legales, Mantara dijo: "La ley declara que la posesión sin impedimentos y el disfrute de¡ usufructo durante doce años continuos otorga a la persona la propiedad, así que es mejor que fijemos una determinada cantidad de años para el exilio; digamos catorce. Cuando regrese después de ese tiempo, ya no podrá reclamar el reino, sería propiedad indiscutible de tu hijo". Mantara notó que la reina había aceptado la proposición de pedir las dos mercedes en la forma sugerida por ella. Así que dijo: "¡Madre! No demores más. Si le pides al emperador que cumpla su promesa como estás ahora, no podrás persuadirlo. Tienes que elaborar una trama de, ira, esparce las almohadas y las sábanas de tu recámara, tira tus joyas al suelo por los rincones, suéltate el pelo y enmaráñalo para que te vea salvaje; ¡actúa como si estuvieras decidida a quitarte la vida! Anda y tírate en el piso de¡ Salón de la Ira, la recámara donde se retiran las reinas que están agobiadas por la ira y el dolor, para que puedan ser encontradas y consoladas. No puedes ir así nada más y pedirle directamente las dos gracias. Simula estar pasando por una agonía desesperada y que sólo si se te otorgan esas mercedes te puedes salvar de la muerte. Sólo entonces estarás demandando tu derecho de consideración y

aceptación. ¡Levántate, da el primer paso para el trabajo que tienes por delante!"

Cuando Mantara habló de esta manera tan convincente, Kaikeyi accedió y, después de llevar a cabo sus indicaciones, entró en el Salón de la ira y lamentó su destino y la inminente calamidad. Luego, Mantara se dejó caer en el suelo a un lado de la puerta, afuera, como si no supiera qué era lo que causaba tanto furor ahí adentro.

Mientras tanto, el emperador había terminado de hacer todos los preparativos para la ceremonia de coronación, y cuando salió de¡ salón de audiencias, sintió que en lugar de ir a los aposentos de Kausalya, primero debía comunicar las buenas nuevas a Kaikeyi; así que se apresuró hacia su palacio. Las doncellas que estaban de pie a todo lo largo de¡ pasillo se mostraban tristes y llenas de ansiedad; el emperador pensó que ellas no habían oído las buenas nuevas, ya que, de ser así, sus rostros hubieran estado iluminados. Las compadeció por no saber que Rama iba a ser coronado el día siguiente. Dirigió sus pasos a la recámara donde esperaba que estuviera la reina.

Al llegar, sus ojos descubrieron joyas tiradas por todas partes, la cama deshecha, la ropa en el suelo y un estado general de desorden y confusión. Estaba sorprendido y buscó a la reina en el cuarto atisbando los rincones. Una de las damas le anunció: "¡Maharaja! Su Alteza Kaikeyi Devi se encuentra ahora en el Salón de la Ira". Al oír esto, se contrarió mucho y dirigió sus pasos en esa dirección. Cuando llegó, Kaikeyi estaba tendida en el suelo en la ciega oscuridad de¡ cuarto, llorando y gimiendo. Dasarata dijo: "¡Kaika!, ¿qué escena tan desagradable es ésta? ¿Por qué estás enojada? ¿Quién te ha causado tanta desdicha? Dímelo. Lo mataré en este mismo momento; yo te otorgaré la felicidad. Sólo dime qué es lo que deseas; siempre estoy listo a complacer tus deseos. Tu alegría es mi alegría. ¿No sabes que no tengo nada en este mundo más querido y más amado que tú? Ven, ya no me sigas poniendo a prueba". El emperador se sentó a su lado, y acariciándole la cabeza la consoló y le preguntaba la razón de su ira y dolor.

Kaikeyi estaba iracunda, crujía sus dientes ruidosamente; apartó las manos de¡ emperador cuando trató de acariciarla y le dijo muy enojada: "¡Basta de falsas palabras! ¡Deposité mi fe en ti durante mucho tiempo y ésta es la degradación que he merecido! Ya no confío en ti. No podía creer que tú fueras capaz de este juego hipócrita. ¿Este es el castigo por depositar mi fe en ti? Anda, ve con tus preferidas; ¿por qué te sientas aquí a mi lado? Tú pones tu mente en un lugar y tu lengua en otro. Pon tu lengua en el lugar donde está tu mente. Ya no tengo ganas de volver a creer en tus palabras. No me causes más dolor, vete por donde viniste. ¿Qué te importa lo que me suceda? ¡Es mejor morir como reina que arrastrarme como esclava! Este es el último día de mi vida".

Dasarata no comprendía el porqué de aquellos lamentos dichos entre sollozos y suspiros; estaba totalmente confundido y sorprendido. Se acercó a la reina y trató de consolarla y mitigar su ira. "¡Kaika! empezó diciendo , ¿qué significan esas palabras? No comprendo. Nunca he empleado palabras falsas e hipócritas ni las usaré jamás. Mi mente y mi lengua actúan al unísono; siempre será igual, donde está mi amor también están mis expresiones de amor. Mi lengua no falseará mi mente, es imposible para ella apartarse así. No sé cómo ha sucedido, cómo es posible que no me hayas podido conocer y saber que soy sincero. Ya no me tortures más sin decirme abiertamente lo que en verdad ha sucedido y que te ha causado tanta pena. Dime lo que ha pasado; ¿por qué te estás comportando así?, ¿qué es lo que te ha causado esta pena?"

Dasarata le rogó en vano lastimeramente durante largo tiempo. La reina sólo le replicaba mordazmente, le daba la espalda con desfachatez, lo ridiculizaba sarcásticamente y ponía oídos sordos a las súplicas del emperador. Fingía no darle ningún valor a sus palabras. Dasarata fue herido en lo profundo de su corazón. Sin saber qué hacer, llamó a Mantara, quien se apresuró a entrar, actuando su papel en la conspiración con la reina, rogando ayuda para su ama. "¡Majestad! ¡Salva a mi madre!", gritó y se arrojó a los pies del emperador.

Pero Dasarata era en verdad la inocencia personificada y por eso no podía ver que estaban actuando. Temió que hubiera sucedido alguna calamidad que hubiese vuelto a su amada tan perversa y dura, así que le volvió a preguntar a Mantara qué era exactamente lo que había sucedido. Mantara le dijo: "¡Maharaja! ¿Qué te puedo decir? No sé nada en absoluto de lo que pueda haber sucedido. La madre no confiesa la razón de su ira a nadie.

De repente salió apresuradamente de su recámara y se dirigió a este Salón de la Ira. Al notarlo, vine rápidamente; le rogué y rogué de distintas maneras, pero no dice la causa de su pesar. Y ni siquiera confía en ti, ¿se lo revelará acaso a esta pobre servidora? La vemos sufrir una agonía; no lo podemos soportar, ya no podemos seguir viéndola así. Tenemos miedo de lo que pueda suceder; por eso hemos estado esperando a que llegaras. Si no la contentas y no alegras su mente, su condición podría volverse crítica. Ha sufrido profundamente durante mucho tiempo y su condición empeora a cada momento... Nos retiraremos ahora".

Mantara salió del salón junto con las otras doncellas diciendo: "Encuentra la razón de su dolor y su ira y tranquilízala con los remedios adecuados".

Mantara sólo lo intrigó más. Dasarata estaba ahora aún más confundido que antes. Se sentó al lado de la desconsolada reina y dijo: "¡Kaika! ¿Por qué me mantienes en la oscuridad?" Delicadamente levantó a la reina y trató de persuadirla para que le revelara la razón de su inconsolable sufrimiento. Después de algún tiempo, Kaika rompió su

silencio y empezó a hablar: "¡Maharaja! No te has olvidado de las dos gracias que me prometiste aquel día durante la batalla de los dioses contra los demonios, ¿verdad?" Dasarata se sintió aliviado y le dijo: "¡Kaika!, ¿por qué te has puesto así, en este estado de dolor, por algo tan simple? No me olvidaré de la promesa de las dos gracias en tanto que haya vida en mí. Esa promesa es tan querida para mí como Kaika misma, tú eres el aliento de mi vida y aquella promesa también es mi aliento.

"Reina, ¿te ha hecho daño alguien, o es tu salud la que está mal? ¿Acaso se ha atrevido alguien a actuar en contra de tu voluntad? ¡Habla! Por ti, incluso mandaría matar para que volvieras a ser feliz. No dudes de mí. Encarnación del encanto, ¿por qué sufres así? ¿No sabes acaso que el imperio entero está a tu disposición? Lo que quieras tener de cualquier región, sólo tienes que pedírmelo, yo me aseguraré de que te lo traigan para darte alegría. Dime qué es lo que temes, qué es lo que te ha provocado este dolor; no retengas nada ni dudes en decirlo. Así como el sol disipa la bruma, yo desvaneceré el dolor que te ahoga". Dasarata acarició a la reina y trató de consolarla de distintas maneras.

Kaikeyi tenía muy presente el consejo que Mantara le había dado; sabía que debía conseguir de su esposo una promesa bajo palabra antes de revelarle sus amargos deseos. Para poderlo conseguir, mostró un amor exagerado y seductor y enjugó las lágrimas de sus ojos; por último, tomó las manos del rey tan cariñosamente, que éste quedó esclavo de sus encantos y enamorado de sus embelesos. Ella dijo: "Señor, no tengo ningún resentimiento hacia nadie ni nadie me ha lastimado ni insultado. No abrigo ningún anhelo por nada que esté en alguna región apartada de esta tierra. Sin embargo, debo admitir que tengo un deseo desde hace mucho tiempo. Si das tu palabra de honor de que me lo cumplirás, te diré cuál es", y lo sedujo con una sonrisa; Dasarata también sonrió y, acercándose aún más hacia ella, le dijo: "Por algo tan simple no era necesario irritarte tanto y causar tanta ansiedad y angustia. Escucha: entre las mujeres, tú eres la más querida para mí, y entre los hombres, Rama lo es. Ustedes dos son mi propio aliento. Tú lo sabes bien, ¿no es así? No puedo sobrevivir un solo día sin deleitar a mis ojos viéndolos a ti y a él. Lo juro por Rama. Ahora dime, ¿cuál es tu deseo?; lo cumpliré sin falta". Cuando le dio esa promesa, sosteniendo ambas manos de Kaikeyi en las de él, ella estaba feliz. Se levantó del suelo y se sentó y demostró aún más amor hacia él, pues se sentía contenta de que le fuera a cumplir sus deseos.

Le preguntó: "¡Oh rey!, has jurado por Rama. El es el testigo de este juramento, ¿no es así?", y aseguró su posición doblemente diciendo: "Señor, tú eres un partidario ferviente de la verdad. ¡Eres el más elevado entre los justos! Estás dotado de poder y majestuosidad. En tu memoria está la guerra entre los dioses y los demonios; sin embargo, déjame recordarte esa batalla una vez más. Ese día, cuando el demonio Sambara destruyó todo lo que se le puso enfrente, luchaste

desesperadamente para vencerlo. Si yo no te hubiera cuidado manteniéndome alerta y vigilante, tú sabes lo que te habría podido suceder. Apreciaste mi dedicado sacrificio y declaraste: «Kaika, me rescataste de la muerte misma, ¿qué te puedo dar a cambio? Pídeme dos gracias, cualesquiera que sean; las cumpliré y pagaré así la deuda que tengo contigo, de ese modo demostraré la gratitud que siento por ti». Tú querías que te dijera lo que deseaba; sin embargo, en aquel momento yo sentía que estar tú vivo era en sí el más precioso don para mí, y por eso te contesté: «Señor, no tengo ningún deseo para pedirte ahora, te lo diré después; quédate esas gracias contigo reservándolas para mí». Te sentiste lleno de júbilo por mi actitud y expresaste admiración. Dijiste que te gustaba mi renunciación y declaraste que los dones se mantendrían bien guardados mientras vivieras y que los podría pedir sin que hubiera ninguna objeción. Todo esto debe de estar vivo en tu memoria, ¿no es así? Tú eres el monarca de la tierra y debes ser fiel a la palabra dada. Entonces dame ahora las dos mercedes que son mías y que has mantenido guardadas para mí. Hazme feliz con ello. No te estoy pidiendo una nueva merced, sólo estoy pidiendo lo que es mío. No necesito recordártelo, porque sabes bien que es un terrible pecado negarse a retornar las riquezas recibidas para su custodia. Si ahora dices que no las puedes cumplir, me estarás lastimando con ese abuso de confianza. No podría soportar la desilusión y en vez de vivir con ese sentimiento de fracaso, consideraría que el quitarme la vida sería más honorable. Cuando el marido no honra la palabra dada a su esposa, ¿cómo pueden ser cumplidos los deseos de la gente del reino? El emperador que se humilla al grado de engañar a su esposa, haciéndola creer en él y después actuando en contra de esa creencia, no merece la posición de ser el protector de sus súbditos, ¿no es así? Tú sabes que Manu, el que nos dio las leyes, ha establecido que tales embusteros no deberían ser tratados como monarcas. ¿Por qué ahondar más en este punto y repetir mil argumentos? En caso de que mis mercedes no se cumplan hoy, Kaikeyi no estará viva al amanecer".

Al decirlo prorrumpió en ruidoso llanto y lamentos. Dasarata se sentía débil y desvalido; como un venado inocente que es atraído a la red por los gritos que imita el cazador, se sentía sobrecogido por los arrullos de amor y atraído por los fascinantes gestos de la reina, y cayó en la trampa. Prometió solemnemente: "Por supuesto que te otorgaré esas dos gracias", y puso las palmas de las manos de Kaikeyi firmemente entre las de él.

Tan pronto como pronunció estas palabras, los ojos de Kaikeyi brillaron y se abrieron enormemente. Observó la cara de Dasarata intensamente durante un rato y dijo: "¡Oh rey, hoy me he dado cuenta de lo bueno que eres! Hoy has probado que eres honesto, que nunca rompes una promesa". Empezó a alabar a Dasarata de esta y otras maneras. Suspirando de amor, el emperador se sentía halagado por sus alabanzas y la instó diciendo: "Kaika, ¿por qué te demoras? ¡Pide, pide

las dos mercedes!" Kaikeyi dudó por un momento y luego balbuceó: "Con los arreglos hechos para la coronación de Rama, lleva a cabo la coronación de Bharata, mi hijo; ésta es la primera gracia que demando. Después, que Rama, con el pelo enmarañado y vestido con piel de venado y corteza de árbol, se vaya a la selva Dandaka y permanezca ahí durante catorce años, ésta es la segunda gracia que te pido. Bharata debe convertirse en el príncipe heredero, sin nada que obstaculice su camino. Por otro lado, Rama debe ser expulsado a la selva ante mis propios ojos. Otórgame estas dos gracias y mantén el honor y la dignidad de tu dinastía sin mácula; si no, da tu consentimiento para que la vida de Kaikeyi se extinga en este mismo momento". Diciendo esto, se puso de pie y clavó su vista en él, salvajemente, como una demonia.

El emperador se estremeció por los crueles rayos que llovieron sobre él. ¿Era acaso un sueño? ¿Sería verdad? ¿Era Kaikeyi la que estaba pidiendo esas gracias? ¿Era un ogro sediento de sangre? ¿Acaso sería una terrible alucinación? ¿Era una broma vil surgida de una horrible enfermedad? No podía concebirlo. Así que gritó: "Kaika, ¿eres tú la que está ahí? ¿O es acaso alguna ogresa que ha asumido tu forma? Dime primero quién eres". Dasarata se movía sin control, incapaz de pronunciar las palabras que quería decir, como una persona que ha perdido el dominio de sí. Rondaba como inconsciente, de un lado a otro, y su mirada se perdía. De pronto salieron chispas de sus ojos cuando éstos cayeron sobre Kaikeyi y exclamó con una furia terrible: °¡Malvada mujer! ¿Qué es lo que en verdad quieres?_ ¿Acaso deseas desmembrar a la dinastía real? ¿Qué daño te puede haber causado mi querido hijo Rama? Te ama a ti más que a su propia madre. ¿Cómo puede tu corazón consentir en enviar a mi Rama a la oscura jungla? Durante mucho tiempo sentí que eras una princesa, pero ahora me doy cuenta de que eres una cobra venenosa; te he permitido infectar mi casa por pura ignorancia. ¿Cómo pudo una idea tan pecaminosa entrar en tu cabeza, cuando Rama, el aliento mismo de mi vida, está siendo aclamado por todos los seres que respiran? Si es necesario, estoy preparado para renunciar al imperio o a mi vida, pero no puedo renunciar a Rama, ¡no! ¿Quieres que tu hijo sea emperador? Muy bien; que lo sea. Me iré a la selva con Kausa1ya, Sumitra y otros más y me llevaré a mi Rama, pero jamás podría enviarlo solo a la jungla. Eso es imposible. Desiste de ese deseo atroz y pecaminoso; desiste del odio que has cultivado por Rama. Kaika, dime sinceramente, ¿en verdad deseas que esto suceda? ¿O acaso sólo es una estrategia para saber si siento afecto por tu hijo Bharata? Si es así, puedes pedir que Bharata sea coronado; pero no tiene sentido pedir que Rama sea exiliado a la jungla. No deberías acariciar tal deseo. Kaika, Rama es el primogénito y en él se han depositado todas las virtudes. Los años de su reinado serán gloriosos. Tú misma me habías dicho a menudo que anhelabas el momento en que ese sueño dorado se hiciera realidad. Y ahora quieres que ese mismo Rama sea enviado a la selva. ¿Cuál es tu verdadero propósito? ¿Estás

bromeando conmigo? Si todo esto es una broma, ¿por qué toda esta escena en el Salón de la Ira? ¿Por qué todo este rodar en un suelo de piedra? Las bromas también tienen un límite y cuando se traspasa, se comete una terrible crueldad. No puedo concebir la idea ni como una broma. ¡No! No puedo separarme de Rama. Kaika, te has comportado como una mujer inteligente durante todos estos años, pero ahora tu inteligencia se ha retorcido y se ha vuelto malvada. Estas perversidades siempre son antecedentes de la propia destrucción, pues es un terrible pecado destruir a los buenos. Sin embargo, los buenos no son afectados por esas tácticas; las estrategias de los malvados sólo ayudarán a su fama y gloria. Podrán parecer difíciles de soportar sólo por un tiempo breve.

'Tus malvados planes parecen como si estuvieran cargados de deseos de desastre para la dinastía Ikshvaku, pero hasta este momento jamás habías dicho una palabra desagradable ni habías pensado actuar de una manera no auspiciosa. Encuentro imposible de creer que seas la misma que ahora me está pidiendo esto. ¡Kaika!, siempre tuviste miedo de transgredir los códigos de 1a moral, estabas ansiosa de ganar la gracia de Dios en cada pequeño pensamiento, palabra y acto. ¿Adónde se ha ido ese temor por lo incorrecto? ¿Qué has hecho con esa devoción a Dios que te mantuvo en el camino de la rectitud? ¿Cuál es la ganancia que esperas al querer enviar a Rama a la jungla durante catorce años?

"Su cuerpo es suave y tierno como el pétalo de una flor recién abierta, contemplarlo es un deleite. Rama es encantadoramente bello. ¿Qué beneficio representa para ti el que él sufra terribles e insoportables sufrimientos en el bosque? En este palacio hay miles de criados y ayudantes. ¿Puede acaso alguno de ellos señalarlo y decir que es imperfecto en algún aspecto? Bueno, ya no digas del palacio, ¿podrías traer una sola persona de la ciudad, podrías nombrar a alguien que pudiera culpar a Rama de algo? Ha descubierto a muchos en la miseria y los ha levantado con regalos y riquezas, ha mostrado gran cuidado por ellos. Ha notado que muchos no tienen hogar y les ha dado casa. Con su amor y su cuidado se ha ganado el afecto de todos. El hecho de que tú albergues odio en contra de un hijo tan amoroso me enmudece, no puedo encontrar palabras para describir tu diabólica crueldad.

"Hay muchos que explotan a sus propios súbditos y actúan sólo para satisfacer sus propios intereses egoístas; este tipo de demonios aparece en gran número en la actualidad. Pero a tus ojos, debido tal vez a tu edad o a tus pecados pasados, las personas que mitigan los daños causados a los pobres y a los desamparados y fomentan su progreso, aquellos que investigan directamente acerca de sus dificultades y problemas y les brindan alivio, ¡esos hombres buenos parecen ser malos y merecedores del exilio y el castigo!

"Todos en este imperio se deleitan describiendo las virtudes de Rama y contando sus bondades. Cuando se sienten exhaustos en los

campos, los labradores cantan melodías a Rama y a sus encantos para hacer más ligeras sus labores; cuando me enteré de esto me llené de alegría. ¿Cómo puede tu corazón acceder a infligir a un alma tan compasiva esta atormentadora sentencia? Esta misma tarde, cuando expuse ante la concurrencia de sabios, ancianos, ministros, ciudadanos líderes, eruditos y muchos expertos en asuntos de Estado, la proposición de la coronación de Rama, nadie mostró estar insatisfecho o en desacuerdo. Al contrario, alabaron a Rama de distintas maneras, y declararon que era fruto del mérito que habían acumulado en vidas pasadas el que ahora pudieran tener como príncipe heredero y señor a un héroe espiritual que es dueño de sus sentidos y que encarna la acción sin egoísmo, es de inteligente desapego e inquebrantable lealtad a la verdad. Hicieron patente su alegría vitoreándolo. ¿Este tesoro de rni amor, este favorito de la gente es al que pretendes mandar a la jungla? De algo sí puedes estar segura: yo no. mandaré a mi hijo a la selva. Y escucha esto también: la coronación de Rama será mañana; no se puede cancelar". Así habló Dasarata, en una explosión de orgullo y valor.

Con terrífico semblante, Kaikeyi dijo: "¡Rajá! Recuerda que hace sólo unos minutos prometiste que me otorgarías las gracias que te pidiera, y ahora te retractas. ¿Quién es el que está arrastrando la gloria del linaje lkshvaku, tú o yo? Medita sobre esto. Es el orgullo de tal dinastía que nunca se han retractado de la palabra dada. Ahora estás ensuciando esta justa fama, sin haber sopesado los pros y contras; tú prometiste otorgar sin falta las dos mercedes pedidas. El error, si hay alguno, es tuyo, no mío. Tú me concediste esa gracia y hoy me prometiste cumplirla. Diste tu palabra dos veces. Considera tu honor, tu jerarquía, tu dignidad, cuando niegues tus propias palabras dichas entonces y ahora.

Podrá ser común entre los gobernantes el lastimar e insultar a los débiles, actuar en contra de las promesas hechas solemnemente, pero con eso no se puede promover el autorrespeto. Aquellos que rompen sus promesas y engañan a las mujeres son salvajes, no soberanos. Cuando los gobernantes caen en esta incivilidad, los súbditos naturalmente se resienten y sublevan; así, muy pronto el reino será dominio de los demonios.

'Todos estos años te has esforzado por alcanzar honor y renombre, y lo has logrado. Ahora la infamia de romper tu promesa está sobre tu cabeza, no sobre la mía. Haz memoria de todos los reyes. Ten cuidado de no actuar en contra de tu palabra y tu voto. Medítalo bien. Estás procediendo por un camino terrible. ¡Cuidado!, te mueves en contra del dictado de la rectitud. Si eres tan inteligente como dicen que eres, primero deberías haberte asegurado acerca de la naturaleza de las gracias que yo quería antes de haber dado tu promesa, pero no lo averiguaste; estabas encantado conmigo y me diste tu palabra. Y ahora me culpas, cuando te pido que cumplas tu promesa. Considera qué

gravemente equivocado estás sobre esto. Qué tonto demuestras ser. Me acusas de haber perdido el miedo por hacer algo incorrecto, de haber perdido mi devoción a lo divino y de pretender esta crueldad censurable. Pero, ¿qué hay acerca de ti? Tú eres aclamado como Dharmavrata, aquel que cumple el voto de ser correcto en palabra, pensamiento y acto, eres aclamado como Daiva samana, igual a Dios; ¿cómo quieres que te llamen ahora que te retractas de tu palabra? Pronuncia un juicio sobre ti mismo. La capacidad de profundizar y dar solución a los problemas de aquellos que estén ante ti, ya no es recomendable. Si uno profundiza acerca de sus propias faltas y errores y permanece alerta para que no lo lleven a uno fuera del camino, hacia el pecado, esa manera de usar la inteligencia sí es más aceptable. Los reyes y gobernantes son muy inteligentes, se cree que lo saben todo. Si alguien como tú no se beneficia con el autoexamen, sino que únicamente le preocupan sus intereses egoístas, ¿qué derecho tienes de culparnos de ser egoístas y de tener mente estrecha? Tú me otorgaste las gracias; es un hecho. Diste tu palabra; es un hecho. Pero rompiste tu promesa, te retractaste de la palabra dada, también es un hecho. Dime si estos tres hechos son ciertos o no. Estás engañado por el apego hacia tu hijo, fuiste esclavo del cariño por tu esposa. Así que ahora tiras tu promesa al agua. Yo no he fallado, tú eres el que ha actuado mal, porque es natural para una madre sentir apego por su hijo. Toda madre anhelará que su hijo se eleve a la posición más elevada de autoridad, que sea monarca de su nación. Es el impulso de la naturaleza. Se siente obligada a vigilar que su plan no sea frustrado por nadie; es natural que ella piense por anticipado para actuar ante cualquier posible ataque. Yo sólo estoy llevando a cabo mi deber natural y mi responsabilidad, recuérdalo; no hay nada que no sea natural o que esté equivocado en mi conducta.

"Cuando Rama sea coronado, su madre, Kausalya, se convertirá en la reina madre, y mi hijo quedará con los brazos cruzados esperando las órdenes de Rama, listo a cumplir sus encargos. Se postrará a los pies de Rama, informándole sobre la tarea que haya cumplido para él; tal vez hasta pueda ser amonestado. No, no puedo ser testigo de tales escenas, me sentiría tan humillada que no podría seguir viviendo. Sería mucho mejor que ahora mismo bebiera veneno y muriera que ver la vergonzosa condición de mi hijo. Declaro esto como un voto solemne, tomando el nombre de mi hijo Bharata, al cual estimo como mi aliento. No estaré satisfecha con nada que no sea el exilio de Rama a la selva". Con estas patéticas y duras palabras, Kaikeyi cayó al piso y empezó a sollozar y lamentarse con desgarrador dolor.

Dasarata se golpeaba la cabeza desesperadamente; dijo: "¡Kaika! ¿Te ha aconsejado alguien que esta calamidad te va a beneficiar? ¿O te ha poseído algún espíritu malvado y te ha forzado a pronunciar esos deseos? ¿Qué ridiculez es ésta, esta absurda idea de mandar a Rama al bosque y coronar a Bharata? ¿Por qué no me deseas el bien, a mí que

soy tu marido, ni a Bharata, tu hijo, ni a este reino de Ayodhya? Desiste de ese fatal deseo. Piensa bien en las consecuencias. O si no, tú, yo y tu hijo, los tres, seremos el blanco de la más terrible infamia. Y no terminará en eso, el reino entero se arruinará y muchas otras tragedias podrían suceder. ¡Malvada y ruin mujer! ¿Podrías creer que Bharata accedería a ser coronado aunque yo aceptara tu petición y te prometiera hacerlo? Bharata es un verdadero hombre justo; es inteligente y un modelo de rectitud. No aceptará el exilio de Rama a la jungla ni que lo nombren a él príncipe heredero. Ni él ni los ministros, ni los cortesanos, ni los vasallos, ni los aliados, ni los sabios, ni los ciudadanos; todos se opondrían a tu deseo. ¿Cómo podrías ser feliz haciendo a tanta gente infeliz?

"Considera la situación de la que te harás responsable. Los mayores y los sabios lo respaldan, todos coincidieron en lo mismo; esta tarde, en la Gran Asamblea de Ciudadanos, anuncié que se celebraría la coronación de Rama. Así que si actúo en contra de este anuncio, se me tratará como a un cobarde que se regresa corriendo del campo de batalla cuando ve al enemigo. Todos los arreglos para la coronación están terminados. Todos han sido informados acerca de la festividad. La gente ha empezado a arreglar la ciudad para la celebración; en las calles ya se encuentra una muchedumbre feliz, con las caras brillantes de alegría expectante. En este momento, si mando a Rama a la jungla, se reiría la gente de mí diciendo: ¡Qué! ¡Este hombre ha terminado tres capítulos: la coronación, el gobierno del reino y el exilio, todo en una sola noche! ¿De qué manera podría yo explicarles mi actitud, después de lo que públicamente he declarado a esta enorme multitud? Qué duramente me culparía la gente sintiendo que su rey es un gran tonto. He gobernado sobre ellos todos estos largos años y he ganado su aceptación por ser un firme seguidor del dharma, como una encarnación de elevadas virtudes y como un temible héroe, valiente y valeroso. Y ahora, ¿cómo voy a soportar el deshonor de ser burlado como un tonto que ha caído a la más baja conducta?"

Dasarata habló de esta manera, recordándole el duro golpe que su fama y nombre hasta ahora sin mancha recibirían si actuara de acuerdo con sus deseos. Sin embargo, Kaikeyi actuaba como una destructora demonia, dejó de lado los argumentos de Dasarata como si se tratara de basura; no le dio ni una pizca de valor a sus palabras. Se rehusó a acceder, se aferró cada vez más y su obstinación se enraizaba más profundamente. Habló contra los ruegos del rey e insistió en recordarle sólo acerca de su promesa. Así que Dasarata dijo: "¡Kaika! Si sucediera que Rama se fuera a la jungla, no podría vivir ni un momento más. No necesito decirte lo que le ocurriría a Kausalya: moriría en ese mismo instante. ¿Y Sita? Ella recibiría un golpe mortal, pues no puede vivir ni por un segundo lejos de Rama. ¿Podría la gente ver todo esto con serenidad? Cuando el gran héroe, el dechado de sabiduría, Rama, fuera enviado en exilio a la jungla, ¿podría Lakshmana permanecer en

silencio? ¿Por qué detallar tantos sucesos? En ese mismo momento Lakshmana se quitaría la vida. Esa es la pura verdad. Nuestro reino tendría que sufrir todas esas calamidades. Tú también estás consciente de todas esas tragedias; sin embargo, no puedo comprender por qué intentas ganarte el papel de viuda. ¡Ay, alma malvada y perversa! Fui engañado por tus encantos; fue como cortarse la propia garganta con una espada de oro. Bebí el tazón de leche sin. saber que tenía veneno. Me hiciste trampa con más de un truco. Por fin has planeado destinar mi linaje al polvo. ¡Qué vergüenza! ¡Qué tonto soy! Recibí este hijo después de haber llevado a cabo un sacrificio según las Escrituras; la gracia divina me lo otorgó. ¿Debo acaso ahora cambiar su fortuna y su futuro sólo por el miserable placer que una mujer me dio? ¿Es esto digno de su majestad el emperador Dasarata? ¿No me tirará piedras hasta el más miserable perro de mi reino? ¡Ay! ¿Será éste el destino de Dasarata en sus últimos días? Me puse algo alrededor de mi propio cuello sin darme cuenta de que era una cuerda que me estrangularía. Nunca supe que con quien me divertía y retozaba durante tanto tiempo, era la diosa de la muerte. ¡Ay!, he coqueteado con la muerte y la he acariciado en mi pecho. La traté como a mi favorita y mi compañera. Con seguridad es la carga de mis pecados que regresan ahora a mí. Porque, ¿hubo acaso en algún lugar, alguna vez, un padre que por causa del placer que le da una mujer mandara a su hijo exiliado a la selva?

"¡Ay, qué comportamiento tan extraño es este de! ser humano! Soy incapaz de comprender esto a pesar de todo. ¡Kaika!, cambia tu disparatado pensamiento. Rama no se opondrá a nada de lo que le ordene. Con sólo decírselo será suficiente. Se preparará para irse al bosque. ¡Ni siquiera preguntará por qué estoy ansioso por mandarlo a la jungla! El es así de virtuoso; pero, ¿por qué mencionar sólo a Rama?; ninguno de mis hijos desobedecería una orden mía.

"Bharata se disgustará cuando escuche tu plan. Inclusive podría olvidar que eres su madre y se comportaría de una manera insospechada. Podría hacer algo terrible, pues Rama es su vida misma, sus aires vitales, los cinco juntos, así que haría algo para desafiar tu terrible deseo. Incluso sería capaz de exiliarse él mismo en la jungla y dejar que Rama sea coronado, tan bondadoso y recto es. Me admira cómo tu malvado intelecto no puede entender cómo trabaja la mente de Bharata. ¡Kaika!, los deseos malvados son antecedentes de la autodestrucción, como dice el proverbio. Este deseo se ha metido en tu cabeza presagiando tu ruina, recuérdalo. Estás trayendo a la justa fama de la dinastía Ikshvaku una mancha indeleble, estás sumiendo en la desdicha a tantas personas; tú misma estás provocando su fin. ¿Pueden tantas vidas ser lastimadas por la consecución de este deseo? ¿Qué felicidad esperas tener después de haber provocado todo esto?

"Aunque alcanzaras tu meta, ¿sería eso lograr la felicidad? ¿Lo podrías llamar así? ¡Ay, vergüenza! Aquellos que se regocijan de las

penas de los demás en verdad son pecadores de la más sombría clase, de una raza demoníaca. Aquellos que se esfuerzan por causar alegría a otros, aquellos que anhelan que otros sean felices, ésos son benditos. Tú eres una reina, eres una princesa nacida en cuna real; sin embargo, no estás consciente de esta verdad elemental, eres una desgracia para la sangre real. Una última palabra: Rama es mi vida misma. Sin él yo no podré seguir viviendo. El no te va a defraudar; así que aunque no sea yo el que le ordene por mi propia boca que se vaya al bosque, él puede, al oír acerca de mi promesa y tu deseo, proceder inmediatamente para hacer válida mi palabra, no se demorará ni pondrá ninguna objeción. Pero tan pronto como yo escuche noticias acerca de este suceso, quiero que sepas que habré dado mi último aliento. Lakshmana, Sita y Kausalya con seguridad seguirán a Rama. Kausalya no podrá permanecer viva alejada de Rama; Sita no se quedará lejos de él; Lakshmana no puede caminar excepto siguiendo las huellas de Rama. Urmila también se iría con Lakshmana al exilio. No habrá nadie aquí entonces para llevar a cabo los ritos funerarios de este cuerpo, y los días pasarán hasta que Bharata y Satrugna lleguen del reino de Kekaya. Hasta entonces, este cuerpo yacerá sin ser santificado. Tal vez la gente se levantará en contra mía por haber descendido a este nivel inferior de maldad y condenarán mi cuerpo a ser arrojado como carroña a los cuervos y a los buitres, pues para ellos no merecería unos funerales decentes. Tal vez no; ya que mis súbditos esperarían hasta que Bharata llegara, embalsamando el cuerpo. Bharata jamás aceptaría el trono. Bajo tales circunstancias, él no tendría derecho a tocar el cuerpo o llevar a cabo las exequias. Anda, por lo menos prométeme que harás que él lleve a cabo los ritos funerales. Por supuesto, sé que estarás dispuesta a prometérmelo, ya que estás ansiosa por la dicha de lo que vas a recibir cuando te quedes viuda. ¿Qué es lo que esperas? Dime, malvada víbora. ¡Por fin te has convertido en un demonio! Estás arruinando, socavando y derribando el linaje de los Raghu, la dinastía real. ¿Es ésa tu verdadera naturaleza?, ¿o es acaso una misteriosa fatalidad la que arruina tu pensamiento y te fuerza a actuar en contra de tu voluntad de esta extraña manera? No lo comprendo".

Dasarata se torturaba así y la noche ya había entrado en su tercera etapa. Se quejaba; sufría como si padeciera una enfermedad mortal. Estaba en agonía.

Ahora, Dasarata intentaba ganar el cariño de Kaikeyi y persuadirla de que aceptara la coronación de Rama; así que empezó a halagarla con dulces palabras. "¡Oh, reina!, eres la encarnación misma del buen augurio y de la prosperidad. Durante mucho tiempo te he tratado como mi propio aliento. Tú también me has cuidado y alentado como si fuera yo tu propio corazón. Ven, pasemos el resto de nuestros años sin darle cabida al escándalo a causa de diferencias entre nosotros; permanezcamos felices y en paz durante el resto de nuestras vidas. ¡Princesa encantadora! No voy a vivir muchos años más. Durante

toda mi vida he sido famoso por ser un firme adepto de la verdad, y todos los hombres me han honrado por ello. He jurado públicamente que Rama será coronado mañana como príncipe heredero. Considera cómo mis súbditos me despreciarán si no se lleva a cabo la coronación. Piensa cómo me insultarán. Tú me salvaste aquel día durante la batalla entre dioses y demonios. ¿Me estás rechazando ahora cuando algo peor me amenaza? No es justo ni conveniente... Bueno, te otorgo el reino entero como dote. Mañana tú misma corona a Rama. El también se sentirá feliz si tú lo haces, y no sólo él, sino que todos los ministros, los sabios, los mayores, los eruditos, los ciudadanos comunes, el reino entero te lo agradecerá y lo apreciará; tu fama durará eternamente en esta tierra. En cambio, si pones obstáculos en el camino de la coronación de Rama, el mundo entero te castigará y te condenará. Hasta tu propio hijo te encontrará faltas y te atacará. Tu cruel capricho te traerá la ruina. Reflexiona en estas posibilidades. Gánate el reconocimiento eterno, detén la estratagema que pretende tu ambición, ¡corona a Rama con tus propias manos!"

Dasarata describió la alegría que podría sentir de este generoso acto; hablaba con dulces y halagadoras palabras hiladas de manera inteligente. Esperaba envolverla con la ilusión de que ella misma coronara al príncipe heredero. Pero Kaikeyi lo interrumpió diciendo: "¡Rey! Tus palabras me parecen extrañas y sin sentido. Estás tratando de retractarte de tu palabra dada bajo juramento; para cubrir tu pecado, estás elaborando fascinantes cuentos. ¡No! Mil trucos de ésos no me harán cambiar de opinión, porque tú me dijiste: «Pide las gracias que quieras; yo te las concederé», y ahora, en lugar de actuar según lo prometido, hablas con suspiros y lamentos. Eso no es digno de ti. Con tu propia conducta estás minando tu reputación y tu honor. No soy responsable en lo más mínimo de esta desgracia tuya. Recuerda la declaración de aquellos que son los señores del dharma: la verdad es el más elevado principio de rectitud. Yo también he fundamentado mi petición de cumplimiento de las gracias prometidas en ese mismo principio de rectitud. Y como es digno de un seguidor de la justicia, tú dijiste: «Bien, serán otorgadas».

"Sin embargo, has empezado a imputarme que yo soy la que te está arrastrando por el camino incorrecto, que yo estoy decidida a cometer un imperdonable pecado, que estoy tratando de infamar tu nombre. Eso no es verdad; es injusto por completo. Soy totalmente inocente de cualquier mal en este sentido. Tú hiciste una solemne promesa sin pensar en el futuro, y cuando tuviste que cumplir esa promesa, de repente te confundiste y desesperaste. La culpa es tuya, no mía. Aquellos que prometen y no quieren actuar de acuerdo con lo que dicen, son pecadores de gran magnitud. Actúa según tu promesa; después, la verdad que has mantenido lavará cualquier pecado. ¿No te acuerdas? En el pasado el emperador Sibi cortó la carne de su propio cuerpo para darle de comer al águila, porque mantuvo su promesa

hecha al águila cuando perseguía una paloma como presa. También el emperador Alarka había dado su palabra de que daría cualquier cosa que se le pidiera; era un rey de singular resplandor, así que para mantener su promesa, ¡se arrancó los ojos para dárselos a un sacerdote! Mira el océano, es el señor de todos los ríos, pero aun así, atado por su promesa, se limita a sus costas en lugar de traspasarlas. ¿Para qué nombrar tantos ejemplos? Para todo, para todos los hombres, la verdad es la más alta autoridad, el más elevado ideal. La verdad es Dios. La verdad es el Sonido Primordial. Es la rectitud. La verdad en sí no sufre cambios ni declinación. Las majestades como tú no deberían alejarse de lo imperecedero por el bien de lo perecedero. Adhiérete a tu promesa y asegúrate fama y gloria perdurables.

"Eso es lo correcto. No cedas ante ilusorios apegos por el hijo, o por la engañosa simpatía por las mujeres. No reniegues de los ideales políticos ni de tu obligación real. No ensucies la dinastía lkshvaku con deshonor irremediable.

" No cambies las cosas. Llama a Rama a tu lado y dile que se prepare para partir a la jungla; asimismo, ordena que vayan a llamar a Bharata para que regrese. Envía al ministro adecuado para que lo haga sin demora. ¡Mira!, el cielo del oriente está aclarando. Esto debe llevarse a cabo antes de que amanezca. No importa cuánto puedas argumentar, no me contentaré con menos.

Si, por otro lado, permaneces inflexible y llevas a cabo la coronación de Rama, estoy decidida a quitarme la vida delante de todos en la asamblea. Esta es mi promesa y eso será lo que suceda".

Dasarata observó a Kaikeyi hablar con enojo y haciendo juramentos iracunda y tensa, así que no podía demostrar la ira que había dentro de él, pero tampoco podía suprimirla. Era como el emperador Bali que prometió tres pasos de tierra a Dios (en la forma de Vamana) y que descubrió que no podía cumplir esa promesa porque Vamana cubrió la tierra completa con un solo paso, el cielo entero con el otro paso y se quedó pidiendo el tercer paso de tierra que le habían prometido. Dasarata temía la maldición que le esperaba por romper las reglas del dharma. Sus ojos mostraban duda y desesperación. Su cabeza le pesaba sobre los hombros. Se derrumbó al piso. Por fin, haciendo uso de un poco de valor, gritó: "¡Ay! ¡Pecadora mujer! Si la coronación de Rama se cancela, mi muerte es segura. Después de eso podrás gobernar este reino como viuda, tan libre como lo desees". Y dando alas a su ira, Dasarata gritó: "¡Rama! ¡Haber llegado a esto: que tenga yo que consentir enviarte a la jungla. ¡No, no te mandaré! Prefiero quitarme la vida. No podría seguir viviendo ni un momento sin ti. ¡Ay, malvada! ¿Cómo puede tu corazón tener la intención de mandar a mi amoroso y tierno Rama a la oscura y salvaje jungla? ¡Bestia horrible!, ¿en qué clase de monstruo te has convertido?" Y Dasarata perdió el conocimiento.

La noche se desvanecía ante el brillante amanecer. Los nueve instrumentos musicales de la puerta del palacio anunciaban Día de Dicha. Las calles empezaron a ser rociadas con agua de rosas. El aire se sentía denso de fragancias y ruido festivo. El cielo estaba cargado de esperanza y emoción. La constelación Pushya surgió como la estrella del día. El sabio Vasishta se dirigió con su grupo de discípulos hacia el río Sarayu para el baño ceremonial, y regresaron de ahí con el agua sagrada necesaria para las abluciones de la coronación. Avanzaron por el camino real donde los ciudadanos se habían reunido para presenciar los actos sagrados; los guardias abrían paso para el grupo sagrado. Por fin entraron al palacio real por la puerta principal ricamente decorada.

Ya en esa temprana hora de la mañana los espacios abiertos dentro del palacio estaban llenos de sacerdotes, gobernantes, representantes del pueblo y ancianos, quienes ocuparon los asientos designados para ellos. El ritmo de los himnos védicos, recitados por eruditos en las calles, retumbaba en el cielo. Mientras tanto, Vasishta le dijo a Sumantra, el ministro: "Ve, la hora auspiciosa fijada para el rito de coronación se está acercando, hay muchos ritos preliminares que se deben llevar a cabo. Anda e informa al rey que se necesita su presencia urgentemente. Lleva el mensaje de que Vasishta está esperando su llegada".

Sumantra era un antiguo y fiel servidor y tenía la libertad de entrar en cualquiera de las habitaciones interiores del palacio, así que se apresuró a los aposentos de la reina Kaikeyi en busca del emperador. Al entrar al salón donde estaban los lechos reales, Sumantra recibió una conmoción. Se sorprendió al descubrir al emperador en el suelo. Se preguntaba si sus ojos estaban viendo correctamente; corrió hacia el monarca y le dijo: "¡Rey! Esta mañana te debes encontrar como el mar al amanecer: lleno de alegría. No comprendo por qué estás postrado en el suelo. La hora auspiciosa se aproxima. Los grandes sabios védicos están listos en sus puestos, esperando que llegues al salón de ceremonias. Levántate, ponte regios ropajes y joyas y ven al salón, acompañado de las reinas esplendorosas. El sabio Vasishta me mandó para llevarte al sagrado recinto del trono".

Al escuchar estas palabras, Dasarata no pudo contenerla explosión de su desdicha. Lloró a gritos y le dijo al ministro entre sollozos: "¡Sumantra! Tu alabanza lastima mi corazón". Sumantra no podía dar ni un paso adelante ni hacia atrás. Se quedó de pie petrificado. Suplicó con las palmas juntas: "Majestad, ¿por qué este cambio en un momento en que deberías estar inmerso en la felicidad; por qué esta pena, este lastimero llanto? ¿Cuál es la razón? No lo puedo comprender".

Kaikeyi intervino al ver a Sumantra sumido en el dolor y le dijo: "Tú, el mejor de los ministros: el emperador pasó toda la noche ansioso por Rama. Ve inmediatamente y trae a Rama y el misterio será

aclarado. Yo te lo digo. No malinterpretes. Anda y trae a Rama aquí, rápido".

Sumantra recibió sus instrucciones como lo haría del soberano y se dirigió rápidamente a la residencia de Rama. A la entrada vio a ambos lados una larga fila de sirvientes y ayudantes cargando enormes platones que llevaban regalos: sedas, brocados y joyas, guirnaldas y ramilletes, perfumes y dulces. Era un deleite para los ojos, pero Sumantra no se detuvo a observarlos; sólo se apresuró y sintió que algo muy valioso faltaba en esa festividad, y se sentía abrumado. La alegría que había sentido hacía pocos minutos había cesado y ahora se hundía en la pena.

Cuando iba en su carroza rumbo al palacio de Rama, advirtió cómo los cientos de miles de súbditos que atestaban las calles hablaban entre sí diciendo que el ministro iba a traer a Rama al salón de la coronación para la ceremonia. Vio sus caras floreciendo en dichosa expectación, ni siquiera pestañeaban para no perderse ni el más mínimo incidente de alegría. Por fin, Sumantra llegó al palacio del príncipe. Podía caminar directamente, sin que nadie le preguntara nada, hacia cualquier sección de ese palacio de siete pisos. Así como el pez nada alegremente en las profundidades del río, Sumantra iba por los corredores y los salones de ese palacio.

11. LAKSHMANA TAMBIÉN

En palacio, los compañeros de Rama, entusiastas y contentos, estaban listos, sus rostros alegres y con espléndidos ropajes, esperándolo para acompañarlo al salón de las festividades. Sumantra fue a las habitaciones interiores de la mansión. Ahí vio a Rama sentado en un lecho dorado, irradiando divina luz, y Sita, de pie a su lado, abanicándolo suavemente. Brillaba él como la ¡una con la estrella Chitra.

Sumantra iba con prisa, no podía esperar. Dijo: "¡Rama!, la madre Kaikeyi y tu padre me han solicitado llevarte rápidamente al palacio de la reina Kaikeyi. Me han enviado acá con esa misión, así que me he apresurado para llegar". Tan pronto hubo escuchado esas palabras, Rama se volvió hacia su prometida y dijo: "Sita, esto es síntoma de algún problema y de nada más. Ya me había dado cuenta, pero me había mantenido callado y he respondido todo, a fin de que mi padre pudiera seguir siendo feliz. Las órdenes de mi padre se han de

acatar porque de otra manera se sentiría lastimado". Y mientras Rama hablaba así, el corazón de Sumantra latía con fuerza. Trataba de interpretar las palabras de Rama y el recuerdo de Dasarata gimiendo en el suelo. Ahora estaba convencido de que el obstáculo del que Rama hablaba era genuino.

Entonces Sita dijo a Rama: "Señor, ¿de qué hablas? En esta auspiciosa ocasión, no deberías hablar así. Sea cual fuere el obstáculo, las palabras de mi suegro deben ser honradas. Si él está contento, también lo estaremos nosotros. Por él, nosotros debemos renunciar a lo que sea. No vaciles lo más mínimo, ve allá inmediatamente. Sea que la coronación se lleve a cabo o no, de todas maneras estaremos contentos. La madre Kaikeyi tiene un enorme afecto por ti; lo que ella nos indique que hagamos, cualquier orden que nos dé, será sin duda alguna para nuestro bien. No hay nadie aquí en la Tierra que sea tan solícita para lograr nuestro bienestar como la madre Kaikeyi. Cuando tu padre y una madre como ella envían un mensaje pidiendo que vayas a verlos, deberíamos estar felices". Y diciendo estas palabras, Sita siguió a Rama hasta la puerta principal del salón, deseándole lo mejor.

Rama repuso: "Sita, ¿crees que no sé todo eso? Para mí, los días pasados, los presentes y los que han de venir, son iguales. Saludo cada nuevo día lleno de alegría. Estoy listo para mantener en alto la reputación de mi padre, para hacerlo que sea. Estoy preparado para ir adonde se me indique. En verdad me hace inmensamente feliz el que tú compartas mis sentimientos y apoyes mi resolución". Así, Rama salió acompañado por Sumantra. Cuando subían al carro que los esperaba en el camino frente al palacio, la gente exclamaba: "¡Jai, jai, Ramachandra Praóhu Ki jai!" con una fuerza que sacudía el ambiente.

Sumantra anunció a la multitud: "Por ahora el carro no llevará a Rama ala coronación; lo va a llevar a la presencia del emperador. Permitan que salga el carro. Rama volverá en poco tiempo, pueden esperarlo aquí mismo". Sumantra explicó la razón de aquella salida y se alejó a toda prisa. Cuando Rama atravesaba en su divino carruaje las calles de la ciudad en dirección al palacio de Kaikeyi, fue descubierto y aclamado. Cantores y cortesanos entonaron himnos de alabanza. Las melodías de muchos instrumentos se elevaban al cielo y miles de voces vitoreándolo se elevaban de la multitud a ambos lados del camino. Las mujeres, con sus mejores atuendos, cubiertas de joyas, se asomaban por las terrazas y las ventanas de las casas, ansiosas de ondear las llamas sagradas al paso de Rama.

Cuando se aproximaba al palacio, lo saludaron con lluvia de pétalos y ondeando sus sagradas lámparas. La gente contemplaba al príncipe hasta perderlo de vista, para después gozar la imagen de "Rama en el carruaje" que se había grabado en sus corazones, y permanecieron de pie sin moverse del lugar, como estatuas, perdidos en la contemplación de la bienaventuranza que los embargaba.

El carruaje, imponente como la montaña Kailasa, llegó a los recintos del palacio de Dasarata llamado Vardhamana (el gran héroe). Pasó por los tres patios vigilados por arqueros.

Entonces Rama descendió del vehículo. Enseguida atravesó otros dos patios más a pie. Mientras caminaba, pidió a sus acompañantes, incluido Lakshmana, que permanecieran atrás. Rama sabía lo que pronto habría de suceder. A pesar de ello, actuaba como cualquier mortal, con la naturalidad de quien estuviera en las mismas circunstancias. Finalmente, entró a las habitaciones de la reina, donde Dasarata había desfallecido. El cabello del rey estaba en desorden; llevaba la ropa del día anterior. Estaba tendido en la cama. Rama se sorprendió de ver la escena. Kaikeyi estaba de pie al lado de la cama.

El rostro de Dasarata había perdido todo brillo; se lamentaba y quejaba. Levantó la cabeza y sus ojos se fijaron en Rama. Su lengua no pudo articular lo que deseaba decir. Las lágrimas fluían de sus ojos; trataba de hablar pero ningún sonido se dejó oír. Nunca antes Rama había presenciado ni experimentado una escena tan terrible como ésa. Se sentía angustiado, se apresuró para llegar con su padre y sostuvo los dos pies en sus manos. "Dime, ¿por qué te lamentas de esta manera? ¿Cuál es la causa? Trataré de hacerte llegar la alegría de la mejor manera posible. Dedicaré mi vida misma para restaurar tu dicha. Dime, ¿qué es lo que ha causado este sufrimiento? No llores", le rogaba.

Oyendo estas palabras, Dasarata exclamó: "¡Rama!", rompiendo en llanto nuevamente, incapaz de continuar, y perdió la conciencia. Rama trató de reanimarlo y consolarlo, pero su padre caía más profundamente en la desesperación. Entonces, reunió valor y lo reprendió diciendo: °¡Padre!, ¿qué es todo esto? Tú eres quien debe dar valor a la gente joven como yo, pero estás llorando y quejándote de una manera que nos llena de angustia. No, esto no está bien. Esta es una ocasión para estar feliz; no es correcto entonces que te hundas en la desesperación. Hasta este día, siempre que te enojabas o preocupabas, mi llegada hacía desaparecer en un instante todos los signos de esas penas y te hacía resplandecer de dicha. Recuperabas la paz cuando me abrazabas, ¿no es cierto? Entonces, ¿cómo es que ahora, cuanto más tiempo me miras, más grande es tu sufrimiento? Esto hace más dolorosa mi preocupación. ¿No puedes decirme la razón de este extraño comportamiento y devolverme la tranquilidad? ¿No puedes decírmela? ¿Es que he hecho algo malo? O bien, si yo debo hacer algo, dímelo, que lo cumpliré sin falta. Me corregiré si me dices lo que he hecho mal. No te preocupes, no dudes ni vaciles en decírmelo; dime con la autoridad del afecto lo que debo hacer y me inclinaré ante tu orden. Padre, el que tú estés hundido en el dolor no es buen augurio ni para ti ni para mí, ni para el imperio".

Así rogaba Rama y se volvió hacia Kaikeyi. Con las palmas de las manos juntas, le preguntó: "¡Madre!, ¿he hecho algo malo? Dime, ¿quién es el detestable pecador que ha causado tanta pena a mi padre?

Siempre que él me veía, me miraba con amor, me abrazaba y me acariciaba con cariño. Ahora, ni siquiera me mira a la cara; ¿de qué se trata? ¡No pronuncia palabra alguna, aparta su rostro de mí! Pero, si la falta es mía, estoy dispuesto a sufrir cualquier castigo para pagar por ella. Para mí, lo importante es que mi padre sea feliz. ¿O es que está sufriendo algún malestar o enfermedad? ¿O es que mis hermanos Bharata y Satrugna han enviado malas noticias? Ellos están bien, ¿no es así? Espero que mis madres, Kausalya y Sumitra estén bien. ¡Estoy lleno de angustia porque no entiendo la razón del dolor de mi padre! Haré todo lo necesario para devolverle la tranquilidad, por duro que ello sea. Sus órdenes, por dolorosas que sean, las cumpliré al pie de la letra con la más grande lealtad, con la cabeza inclinada. Quienquiera que nazca, siempre será su padre la causa de su nacimiento. Por eso, el padre es el Dios visible de cada uno. Mi mayor deseo es su felicidad. Ten compasión de mí, dime lo que ha sucedido. Madre, ¿es que tu pundonor ha sido lastimado por algún incidente y debido a ello tú pronunciaste algunas palabras duras contra mi padre? ¿O es que mi madre actuó contra su voluntad lastimando con ello sus sentimientos? Madre Kausalya nunca haría algo así. ¿Y Sumitra? Estoy más seguro respecto de ella; jamás lo haría. Y mi padre desde luego que no se lamentaría tanto si la una o la otra obraran tan tontamente. Si mi padre se rehúsa a decirme lo que es, debe de haber una razón muy grave para esta angustiosa situación, por lo menos puedes decírmelo para consolarme".

Kaikeyi, mirando a Rama, que tan patéticamente le rogaba, abandonó todo sentido de misericordia y moderación, todo respeto por el esposo, quien podía hundirse en un sufrimiento aún más profundo al escuchar las palabras que ella pronunciara en completa desconsideración de las calamidades que con seguridad atraerían. No se detuvo a pensar si sus palabras se podrían expresar o si sería mejor callar. No hizo distinción entre el fugaz presente y el futuro inminente; barrió con todas las consideraciones que exige el amor y desechó su innata dignidad y condición de madre. Dijo: "Rama, escucha. Hace años, mientras se libraba la batalla entre dioses y demonios, tu padre fue herido por las horribles flechas de los demonios y sufrió dolores inaguantables. Yo lo cuidé hasta dejarlo nuevamente sano y feliz. El apreció mi sacrificio y servicio y me dijo que le señalara dos favores y prometió concedérmelos. En ese tiempo, yo sentí que lo único que deseaba era su recuperación y su victoria; de manera que le dije: «No deseo nada en este momento; te pediré la concesión de las dos gracias más tarde, cuando las necesite». «Muy bien, cuando tú quieras, puedes pedírmelas. Te prometo que te las concederé. Estas dos peticiones no tienen límite de tiempo ni están atadas a condición alguna. Cuando me las pidas, sea lo que sea, te las cocederé», prometió.

'Tú sabes que los descendientes de la familia lkshvaku nunca rompen su promesa. Confiando en ese hecho bien sabido, ahora pedí

que se me cumplieran los dos deseos: uno, que mi hijo Bharata sea coronado emperador y, dos, que a ti se te envíe a la selva de Dandaka por un periodo de catorce años. Como resultado, tu padre está armando esta tragedia. ¿Para qué aumentar este disgusto? Yo no modificaré ni retiraré mi petición. Si tu padre es un hombre apegado a la verdad, y si tú quieres probar que también te apegas a la verdad, tendrás que partir en este mismo momento para ir a la selva de Dandaka, vestido con piel de venado y con el cabello anudado al estilo de los renunciantes del bosque. Debes permanecer en la selva por catorce años.

"Como tú eres su hijo predilecto, no quiere enviarte al exilio; está renuente a pedirte que vayas. Teme que lo tomes a mal; ésa es la razón de su pena. Aquí no ha habido ninguna otra calamidad. No tiene sentido exagerar este pequeño asunto inventando que una catástrofe del tamaño de una montaña ha caído sobre nosotros. Rama, tu padre sólo puede ser salvado del pecado de haber roto su promesa cuando el hijo, su propia imagen, se resuelva a cumplir la palabra que aquél se niega a cumplir. De otro modo, si quien hizo el juramento y el hijo del que juró, ambos olvidan la palabra dada, entonces el padre habrá de enfrentarse a la ruina de la eterna caída. Tú no desconoces esto".

Rama no se sintió afectado en ninguna forma mientras escuchaba estas palabras expresadas con tanta y deliberada dureza. Con una sonrisa en sus labios replicó: "No es propio que mi padre deba lamentarse". Movió la cabeza en señal de aprobación de lo que Kaikeyi proponía. Pero cuando esta conversación llegó a los oídos de Dasarata, el rey sintió que el corazón se le partía dentro del pecho. Se revolcaba y gemía en extrema agonía. Rama se volvió hacia Kaikeyi y dijo: "¡Madre, será lo que tú has planeado! Con reverencia acepto la promesa que mi padre hizo. Para mí es suficiente que él. me estreche tan amorosamente como solía hacerlo, que me hable con afecto y me bendiga. Incluso si se me dice que no merezco esas expresiones, que no me he ganado ese mérito, aceptaré la prueba sin objeciones y con la misma alegría y satisfacción. Mi padre siempre desea lo mejor para mí, siempre me bendice y desea que yo progrese. Es un gran vidente; para mí no sólo es mi padre sino mi preceptor, quien me muestra el camino más elevado. ¡Qué mayor responsabilidad y deber los míos que darle gusto a él, que es tanto mi padre como mi maestro! Ese es mi deber, mi dharma. Sentiré inmensa dicha cuando Bharata sea coronado. Mi dicha será inconmensurable allá en la selva durante los catorce años que permaneceré en ella. Y no sólo catorce, pues si mi padre lo desea, estoy dispuesto a vivir toda mi vida en la jungla. Pero, ¿por qué vacila mi padre en hablarme sobre estas promesas? Eso es lo que me duele. Yo jamás podría decir que no a lo que él me indica. Rama es sirviente y sostén de la palabra paterna, no su opositor. ¿Puede haber para el hijo acto de gratitud más noble que el de dedicar su cuerpo mismo, que su padre le dio, al exclusivo servicio de él? Yo lo ofrezco con alegría, yo no soy de los que esperan que eso les sea ordenado.

"Madre, ¿por qué no me dijiste que Bharata es la persona que será coronada? Entre mi hermano y yo no existen diferencias; ¿por qué entonces las hacías tú? No sabemos de ninguna distinción entre nosotros dos. Y también, ¿por qué dices: «Esta es una orden de tu padre»? ¿Es que yo alguna vez he desobedecido tus órdenes? No, nunca lo he hecho. Ya sea que tú o mi padre lo pida, yo lo cumplo sin demora. Hoy mismo salgo de Ayodhya rumbo a la selva. Madre, envía mensajeros especiales que cumplan la tarea de traer a Bharata desde la casa de mi abuelo. Será mejor que lo hagan rápido. Si mi partida a la selva y la coronación de Bharata se hacen al mismo tiempo, a mi padre le será ahorrado esfuerzo físico, angustia y el sentimiento de la ausencia, y tú también quedarás enteramente contenta. Sin embargo, ¿quién puede saber cómo se desarrollarán los acontecimientos?"

Cuando Kaikeyi escuchó estas palabras de Rama, se llenó de alegría, pero luego sintió temor. La angustió lo que podría suceder si Bharata llegaba a la ciudad antes de que Rama hubiera partido; resolvió que lo mejor sería insistir en que Rama se encaminara a la selva ese mismo día, así que repuso: "Rama, se pueden hacer arreglos para traer a Bharata desde donde se encuentra, pero no hay necesidad de que tú continúes aquí hasta que él llegue. En vista de que has decidido iniciar tu vida de ermitaño, ¿por qué habrías de retrasar tu partida? Cuanto más se retrase tu partida, más tardará el día en que regreses. Es aconsejable que te vayas ahora mismo.

"Tu padre está ansioso de decírtelo él mismo, pero se siente renuente a comunicártelo directamente. Aunque su corazón insiste en que te lo diga, se lo impide el sufrimiento de hacerlo, pues te ama mucho. Se niega a hablar sobre la promesa que me hizo; ésa es la causa de su aflicción. No sufre por ninguna otra pena. Cuanto antes salgas de Ayodhya, más pronto se repondrá de su dolor. Me temo que no comerá ni se bañará mientras no te vayas. Por eso, si anhelas devolverle la felicidad, cuanto antes te vayas, mejor".

Dasarata, postrado en la cama, escuchó estas duras palabras que le partían el corazón; no pudo contener más su cólera y pesar y explotó en una furia incontrolada: "¡Maldita seas, traidora!" Y dirigiéndose a su hijo, gritó: "¡Rama! ¡Rama!", antes de volver a perder el sentido. Rama se sentó en la cama sosteniendo la cabeza de su padre en su regazo: acariciaba su frente, lo consolaba y reconfortaba con dulces palabras de amor filial. También se dirigió a Kaikeyi: "¡Madre! No soy un codicioso envenenado por la ambición mundana. No deseo ganarme la voluntad de la gente y establecer mi dominio sobre el reino. Deseo vivir como ermitaño, anhelo fomentar y mantener el dharma. Eso es todo. Sólo tengo una resolución más: la de darle el gusto a mi amado padre. Para realizar estos tres objetivos, estoy preparado para efectuar cualquier labor. Un hijo no tiene deber más alto, ningún beneficio más grande, que el de servir a su padre. Madre, aunque mi padre no ha hablado directamente conmigo, tú me estás diciendo cuál es su mandato, ¿no es

cierto? Con eso basta. Además, tú estás hablando en su presencia y, a pesar de que él está escuchando lo que dices, no ha rectificado nada. Por eso infiero que tus palabras son las de él. Siendo así, me inclino ante tu orden y me voy como tú has indicado.

"Madre, tengo un pequeño deseo que espero me cumplas: cuando Bharata reine sobre el imperio, cuida que él obedezca en todas las formas las órdenes de mi padre y que con ello contribuya a su alegría y satisfacción. Para mí, para Bharata, en fin, para todo hijo, no hay nada más sagrado y más benéfico que la promesa de llenar el corazón del padre con alegría y felicidad. El servicio al padre es la ley eterna, el ineludible deber del hijo".

Con estas palabras, Rama cayó de rodillas y tocó los pies de la madre Kaikeyi. Dasarata, que escuchaba las palabras de su hijo, sintió como si el dharma que Rama mostraba y la ecuanimidad que revelaba hicieran crecer aún más su amor, multiplicando con ello su pena más allá de todo control. Al saber que Rama no permanecería más en Ayodhya, perdía todo sentido de lo correcto y de su rango. Gritó: "¡Rama!", y se desplomó en el piso. Las mujeres que estaban en una habitación contigua oyeron el golpe de la caída y se angustiaron. Se lamentaron a gritos por el giro que habían tomado los acontecimientos. Rama se dio cuenta de que no debía posponer la salida, y luego de postrarse a los pies de su padre y de tocarlos, salió de la habitación.

Lakshmana se encontraba ante la puerta y escuchó las palabras que en el interior se habían dicho. Estaba llorando, furioso contra Kaikeyi y enojado contra su padre. Se sintió incapaz de expresar sus sentimientos, de manera que siguió los pasos de Rama con los brazos cruzados, los ojos fijos en el suelo y la cabeza inclinada. A pesar de que había perdido un reino y se veía forzado a exiliarse, el rostro de Rama brillaba como la luna detrás de gruesos nubarrones, sin ser afectada por aquel oscuro velo. El esplendor de su expresión no había cambiado, pues enfrentaba el honor o el deshonor con plena ecuanimidad. Se comportaba como un veterano yogui. Sin traza alguna de agitación en pensamiento, palabra u obra; caminaba como si nada hubiera pasado, como si nada pudiera preocuparlo. Sin embargo, Sumantra adivinó que cierta transformación había tenido lugar dentro del palacio, y esa conjetura pronto había de volverse certeza. Cuando sus ojos se encontraron con Lakshmana, su corazón sufrió un sobresalto. Para aumentar aún más sus temores, Rama rechazó el parasol blanco que un asistente quiso levantar sobre su cabeza. Ordenó que el ceremonial de cortesía no se llevara a cabo con él; declaró que ya no merecía el carruaje de plata. Al escuchar esto, Sumantra perdió las fuerzas y la voluntad. Sus peores temores se habían confirmado.

Rama no habló ninguna palabra con los que lo rodeaban ni con los ciudadanos a quienes encontraba; no era que estuviera triste, no, él sabía que los demás se sentirían lastimados al saber las nuevas. Y si él hablaba, diría la verdad y esparciría tristeza a todo su alrededor con

sus propias palabras. Sin embargo, la forma en que regresaba a su palacio anunciaba las malas nuevas a todos los que lo veían.

Rama no fue directamente adonde se encontraba Sita, sino al palacio de Kausalya, a pie. El edificio estaba resplandeciente, con banderas y festones y otras muestras de júbilo. Las mujeres y los demás sirvientes del palacio que se dieron cuenta de la llegada de Rama y Lakshmana, aprestaron lámparas sobre platones y formaron filas para darles la bienvenida. Los viejos y confiables guardias que estaban a la entrada principal, se pusieron de pie rápidamente cuando vieron llegar a los hermanos y exclamaron: °¡Victoria, victoria! ¡Que la victoria sea con ustedes!" Se inclinaron y les ofrecieron su homenaje. Cuando Rama cruzó por el segundo patio, los sacerdotes que se habían reunido allí los llenaron de bendiciones. Al entrar al tercer patio, las jóvenes doncellas, damas de la reina, se apresuraron a entrar llevando las buenas nuevas de la llegada de Rama y su hermano menor para rendir homenaje a su madre. Estaban felices de ver a los príncipes. Desde la puerta exterior hasta la habitación misma donde se encontraba la madre, las jóvenes estaban alineadas a ambos lados del largo pasaje, ondeando sus lámparas ceremoniales en señal de bienvenida, así como para ahuyentar el mal y atraer alegría y prosperidad.

La reina Kausalya había guardado vigilia toda la noche preparándose para el gran día que había amanecido. Desde el alba oficiaba ritos de culto. Sacerdotes brahmines propiciaban al dios del fuego con himnos védicos, cuando Rama fue anunciado. La madre estaba llena de alegría porque iba a presenciar con sus propios ojos la coronación de su hijo, y celebró su alegría con varios ritos; hizo numerosos regalos. Ayunó y guardó vigilia, la felicidad era suficiente alimento para ella, el cual compartía con todos. Corrió a abrazar a Rama; acarició los rizos de su cabello y lo llevó de la mano hacia el salón de adoración, donde estaba pasando las horas de la mañana. No tenía idea de los angustiosos acontecimientos que habían tenido lugar. Inocente y sencilla como era, vestía el sari blanco de la pureza atado con la sagrada cuerda de seda en la cintura; con gracia estaba ocupada en la adoración de las imágenes de los dioses. Al mirar el rostro de Rama, notó un gran esplendor que lo iluminaba. Ya no pudo contener su felicidad y dijo: °¡Hijo!, todos tus ancestros fueron sabios de la realeza. Todos fueron fuertes defensores de la rectitud. Eran almas eminentes, cada uno de ellos. Tú serás tan longevo como lo fueron ellos; tan renombrado como ellos, tu gloria alcanzará todos los confines, como la de ellos. ¡Hijo, sigue los ideales de la rectitud que fueron mantenidos en alto por esta dinastía!, no los descuides ni siquiera en un momento de distracción. Manténte unido a ellos, sin titubear en lo más mínimo". Con estas palabras colocó algunos granos de arroz en la cabeza de Rama en señal de sus bendiciones en el auspicioso día. Puso un asiento dorado junto al de ella, diciendo: "Hijo, observaste la vigilia ceremonial anoche, ¿no es así? Y ayunaste ayer, siguiendo las reglas. Debes de estar

exhausto. Siéntate aquí un rato y come alguna fruta". Diciendo esto, adelantó un plato de oro con fruta que había preparado para él.

A Rama lo emocionó la dicha de su madre y el amor que ella le prodigaba. Se preguntaba cómo iba a poder comunicarle el giro que los acontecimientos habían dado; no quería destruir la atmósfera de alegría que reinaba allí. Con el fin de complacerla, se sentó en la silla dorada que su madre le ofrecía y tocando la fruta que estaba en el plato, dijo: "Madre, desde este momento no volveré a tocar el oro ni volveré a sentarme en sillas doradas. Estoy esperando tu bendición, pues debo ir desterrado a la selva de Dandaka. He venido a despedirme". Kausalya no pudo comprender una sola palabra de lo que Rama le estaba diciendo. Lo único que pudo decir fue: "Hijo, dentro de algunos minutos serás coronado rey y hablas de la selva de Dandaka. No puedo entender lo que me dices". Ella creía que su hijo había hecho una broma y agregó: "Hijo, en esta hora auspiciosa no deberías, ni en broma, hablar de temas de mal agüero. ¡Deja eso, mi joya preciosa!" Con sus dedos tomó un poco de arroz con leche y se lo dio a probar a Rama. Al observar el amor y la dicha de su madre, a Lakshmana se le llenaron los ojos de lágrimas.

Kausalya advirtió esto y volviéndose a él, le preguntó: "¡Lakshmana!, ¿por qué estás triste?" Se apresuró a llegar a él y trató de acariciarlo, pero Lakshmana no pudo reprimir su dolor por más tiempo, y prorrumpió en llanto. La reina quedó muy asustada; no se explicaba esos sollozos. Las palabras de Rama y el dolor de Lakshmana la tenían muy confundida. Rama intervino: "Madre, si me prometes no acongojarte, te diré una cosa", y manteniendo las manos de su madre entre las suyas, con firmeza dijo: "Esto es algo que me va a dotar a mí, a ti y a toda nuestra familia y dinastía, de gloria infinita. Por eso no permitas que la angustia, la duda o el temor te embarguen. Acéptalo con celo y alegría. ¿No te llena de dicha que yo obedezca las órdenes de mi padre? El ha decidido coronar a mi hermano Bharata, y ha resuelto enviarme a mí, con los hábitos de ermitaño, a la selva de Dandaka por catorce años. Me he inclinado ante su mandato y he venido a despedirme de ti".

Al escuchar esto, Kausalya gritó: "¡Rama!", y cayó al suelo. "¿Qué es lo que ha pasado? ¿Es posible que mi tierno hijo sea enviado a la oscura jungla? ¿Qué crimen ha cometido mi Rama para merecer esto? ¡No puede ser verdad! ¿O es acaso un confuso disparate producido por mi propio cerebro debido a que no he dormido ni comido?" Mientras trataba de explicárselo y consolarse, los acontecimientos en el palacio de Kaikeyi habían traspasado las paredes y el llanto de las doncellas y las sirvientas se escuchaba por doquier. Por todos los rostros corrían lágrimas de pesar. Gritos de ")Rama, no nos dejes!", se escuchaban en todas partes. Grupos de gente apesadumbrada corrían hacia el palacio de Kausalya, que estaba sobrecogida por la sorpresa, el dolor y la angustia. Era incapaz de

desenredar el misterio de todo aquello. No podía levantarse del lugar en que había caído de tan agobiada que estaba por la angustia y la desesperación. Pero deseaba con todo su corazón saber qué era lo que había sucedido para causar una agonía tan general. Atrajo a Rama a su regazo y, acariciando su rizado cabello, le preguntó: "Hijo mío, ¿qué noticias son éstas que estoy oyendo? Dime exactamente qué pasó. No puedo aguantar este suspenso por más tiempo". Rama le dijo: " En honor a los dos dones que mi padre le concedió a Kaikeyi hace mucho tiempo, hoy le prometió satisfacer los dos deseos que ella expresara". Rama le dijo a Kausalya que la primera merced que se le había concedido era que Bharata sería coronado, y la segunda, que él fuera exiliado a la selva durante catorce años. Cuando Rama hubo relatado estos hechos, garantizando con ello que eran la verdad, Kausalya exclamó: "¡Rama! ¿Realmente pidió Kaikeyi tales favores? Ella tenía un amor ¡limitado hacia ti. ¡No pudo haberlo deseado nunca! Dejemos esto. Aun si ella lo hubiera querido, estoy segura de que sólo pediría esas mercedes para poner a prueba al rey. ¿Por qué habría de suscitar tanto alboroto este simple hecho? O, aceptando que ella hubiera pedido el cumplimiento de las dos peticiones, tu padre no estaría dispuesto a concedérselas. Me rehúso a creer eso. ¿Podría tu padre, que no puede estar sin tenerte cerca un solo momento, enviarte lejos por catorce años? Esto me confunde más aún".

Al ver que su madre no le podía creer, Rama volvió a tomarle las dos manos entre las suyas y, en tono suplicante, dijo: "¡Madre, créeme! Mi padre prometió cumplir con los dos deseos que ella expresara, fueran los que fueran; luego, cuando ella hizo sus peticiones, él no se sintió capaz de ir en contra de su palabra, empeñada con tanta solemnidad, pero tampoco pudo aceptar enviarme a la selva y quedarse sin mi compañía. Está sufriendo un gran desasosiego; yo no puedo soportar ver la aflicción en que se encuentra. En estos momentos vengo de allá. Está inconsciente de tanto dolor, se encuentra en una terrible angustia. Esta es la verdad. Créeme, madre; yo no soy tan cruel como para causarte una preocupación tan grande sólo por una insignificancia. He aceptado la orden de mi padre y he venido aquí a recibir tu permiso".

Diciendo esto, Rama cayó a los pies de su madre. Kausalya lo levantó con ternura diciéndole: "Rama, ¡qué comportamiento tan extraño es éste! Por bárbara que sea una persona, ¿cómo puede hacer estas horribles peticiones? ¿Puede un ser humano pensar siquiera en enviarte, minutos antes de ser coronado, a la selva, por catorce años? ¿He de sufrir por el resto de mi vida? Tuve un hijo después de haber pasado por muchos sacrificios y rituales. Mirando tu dulce rostro, he vencido siempre los sufrimientos, los años de tristeza. Yo no tengo ningún otro deseo, no pido nada más: para mí es suficiente que mi hijo esté conmigo, cerca de mí. ¿Es que no merezco ese pequeño don? ¿He dado a luz un hijo sólo para que sea echado a la selva? ¿Estaría

cualquier madre dispuesta a enviar a su hijo a la jungla? ¡Dios mío!, ¿qué pecado habré cometido en el pasado? ¿En cuál de mis vidas anteriores habré podido mantener separada a una madre de su hijo? Desde el día en que fuiste iniciado en el estudio de los textos védicos, a cada momento sentía felicidad al pensar que el día de tu coronación se acercaba. ¿Es posible que esos dulces sueños se hayan desvanecido? ¿Es que todas mis esperanzas se han derrumbado para romperse en pedazos? Todos aquellos votos, vigilias, ritos y rituales que tan escrupulosamente observé y llevé a cabo para asegurar tu alegría y felicidad, ¿han sido en vano? ¡Pobre de mí, pecadora! ¿Cómo es posible que mi corazón no haya sangrado al oír esta noticia? Y quizá tenga que soportar aún muchas noticias capaces de romperme el corazón. La muerte no viene para ayudarme; aún late mi corazón a pesar de este golpe. ¡Dios mío, hasta la muerte espera su momento! Viene, pero viendo este dolor, me deja vivir y retrasa el instante de mi liberación. Tampoco Yama tiene lástima de mí. He sido culpada de no merecer siquiera el reino de la muerte. ¡Rama! Ha caído la desgracia sobre nosotros". Lamentándose así, se desplomó desmayada. Al volver en sí rodó por el suelo apretándose el corazón con la palma de su mano. Rama no soportaba la escena. El llanto de las doncellas que a su alrededor se habían reunido hería sus oídos como un estallido, pero no pronunció palabra alguna. Sentado junto a su madre, le acariciaba la frente, tratanto de consolarla. Sacudió el polvo con que se habían manchado sus ropas. Como una enorme y firme roca erguida sobre las aguas del mar, Rama seguía imperturbable ante los golpes de las crecientes olas a su derredor. Estaba por encima y más allá de los ataques de la pena y de los halagos de la alegría. Lo embargaba la misma ecuanimidad que cuando se le había ordenado retirarse a la selva por catorce años, igual que cuando iba en camino de ser coronado rey de un gran imperio.

Kausalya también sabía que Rama jamás se desviaría del camino del deber. Estaba consciente de que Rama nunca rompería su palabra, apartándose incluso el ancho de un cabello del camino indicado por su padre. Estaba segura de que sus ruegos no lo harían volver atrás. Siendo así, dejó todo intento de disuadirlo de su resolución. "¡Hijo mío! ¿De qué sirve culpar a los demás cuando nuestro destino nos obliga a enfrentarnos a tan trágicos acontecimientos? No, es puro desperdicio de palabras. Todo lo que nos pasa es para nuestro propio bien. Nadie puede decir «no» a los dictados de la Divinidad. Mi felicidad no está en Ayodhya, en este palacio; sólo soy feliz donde esté mi Rama. Así pues, iré contigo; llévame", dijo. Y trató de levantarse y ponerse de pie; las doncellas la sostenían y la sentaron apoyada contra una pared. Le hablaron dulcemente para que le volviera plena la conciencia.

Lakshmana observaba la angustia de Kausalya y escuchaba sus palabras. Ya no le fue posible controlar sus emociones. Estaba reventando de rabia. Con las manos apretadas contra el pecho, dijo:

°¡Reverenciada madre, nunca aceptaré esto! ¿Es posible que Rama deje el reino, aceptando ir a la selva cediendo al vano parloteo de una mujer? ¡No lo puedo tolerar! Mi padre se ha hecho demasiado viejo y por eso su mente se ha vuelto débil. Además está enredado en los deseos sensuales y se ha vuelto esclavo de los caprichos de Kaikeyi; es excesivamente condescendiente, da lástima y no tiene ya discernimiento respecto de las consecuencias de sus actos. Es capaz, en su engaño, de dar cualquier orden. Mandatos de ese tipo no deberían obedecerse. El rey se halla en un estado de debilidad mental que lo hace incapaz de distinguir lo real de lo irreal, lo momentáneo de lo trascendente. Cuando gobernantes como él emiten tales órdenes, pueden muy bien ser desobedecidas. ¿Qué crimen cometió Rama para ser enviado a la selva? Ni los enemigos más crueles de Rama si es que tiene alguno , ni el bárbaro más duro de corazón que sufre castigo por sus crímenes, podría señalar la menor falta en su comportamiento. Ningún rey sobre la Tierra tiene autoridad para exiliar a una persona de tan irreprochable inocencia, pureza de intención y divina santidad. Rama camina firme en su sendero de rectitud: es el amo de sus sentidos, honra y trata con respeto a enemigos de cualquier clase. ¿Habrá padre capaz de enviar a la selva a un hijo como él? Además, el rey es un hombre adherido al dharma; es un héroe lleno de sagrados ideales; respeta la mejor de todas las creencias. ¿Puede un rey así dar ese tipo de órdenes? Si juzgamos así, es seguro que Dasarata debe estar demente o esclavizado por la pasión. Cualquier mandato que provenga de una persona sujeta a una u otra de estas condiciones es indigno de ser tomado en consideración. Las palabras de un rey que se comporta como un lunático o como un ser inmaduro, no merecen ser obedecidas. Ha olvidado los dictados de la moral política, abandonado el camino de la sabiduría mundana, echado a los vientos las exigencias del afecto paternal... se ha vuelto loco y ha dado rienda suelta a sus caprichos y fantasías. Entonces, ¿cómo se pueden considerar válidas sus órdenes? Yo no estoy de acuerdo en que sea obedecido".

Lakshmana se volvió hacia Rama y apretando sus manos con reverencia, dijo: "¡Perdóname! Toma el mando de este imperio antes de que se corran las noticias de lo que ha sucedido y llegue a ser del conocimiento de todos. Yo estaré a tu lado con mi arco. Quien quiera levantarse en Ayodhya contra ti, se tendrá que enfrentar alas flechas de este arco. Claro que no hay nadie, ni en Ayodhya ni en ninguna otra parte. Pero, en caso de que surgiera cualquier oposición, esta gran ciudad se transformará en un desierto sin habitante humano. Mis flechas se ocuparán de ello. ¿Para qué repetirlo tantas veces? Si Bharata se opone, lo destruiré. No me importa. Hasta Dasarata, si se adetanta como apoyo de Kaikeyi en esta lucha, yo lo capturaré y lo encerraré en prisión".

Mientras Lakshmana continuaba en esta actitud, Rama se le quedó mirando severamente interrumpiendo el fluir de sus sentimientos

y lo amonestó de esta manera: "¡Lakshmana! Tus palabras están saliéndose de los límites. Nadie puede negarme lo que yo deseo. Nadie puede detener la marcha de mi voluntad. Mi exilio en la selva no se podrá evitar. Tú hablas movido por tu amor a mí y por el deseo de evitar nuestra separación. ¡Sé indulgente! La tolerancia te salvará de toda ansiedad y temor. Ten paciencia, no te exaltes. No alimentes ideas de odio contra nuestro padre ni contra nuestro hermano Bharata. Son personas sagradas y puras. También Kaikeyi es altamente venerable. Debe ser honrada y adorada. Las peticiones que ella hizo también son intachables. Ella me amó, me mimó, me alimentó, jugó conmigo, obtuvo alegría de mí, más que de su propio hijo Bharata. Cuando la madre pide hoy tales mercedes del padre, gracias muy contrarias a lo acostumbrado en este mundo, seguramente debe de haber algún significado oculto en este caso. Debe de ser el plan Divino, no una simple táctica humana. Debes estar tranquilo, abandonar tus temores y tu contrariedad. Debemos esperar para saber qué es lo que sigue", le aconsejó Rama.

Al escuchar esto, Lakshmana se postró a los pies de Rama diciendo: "¿Con qué autoridad se le ha de otorgar la corona a Bharata, si te pertenece a ti? Tú obedeces esta absurda, injusta orden, por tratarse de nuestro padre; pero yo no la aprobaré, aunque digas lo que quieras para justificarla". Volviéndose hacia Kausalya, Lakshmana continuó: "Reverenciada madre, debo confesarte la verdad: yo soy un devoto de Rama. Digo esto bajo juramento: no puedo existir ni un solo momento si he de vivir separado de Rama. Si Rama no desea el reino y se va a la selva, yo iré tras él. Seguiré sus pasos; seré su sombra. Si él me lo ordenara, con el mayor gusto saltaría al fuego. Obedeceré únicamente sus órdenes, las de ningún otro. ¡Madre, no soporto verte con ese dolor! El es tu hijo; él es mi Ramachandra. ¿Cómo podría alguien vivir lejos del aliento de su propia vida?"

Al escucharlo, Kausalya se sintió un poco reconfortada, y acarició la cabeza de Lakshmana diciendo: "Tu amor me da mucho consuelo. Tus palabras me dan fuerza. Hermanos como tú son realmente muy raros. El mundo considera que madres que dan a luz tales hijos son venerables y sagradas; pero en estos momentos nos aflige el sentimiento de que somos grandes pecadores. Rama no desistirá de su resolución. El exilio para él es inevitable. Ahora sólo quiero esto: llévame a mí también", exclamó sollozando.

Rama miró a Lakshmana y dijo: "¡Hermano!, sé cuánto amor sientes por mí. Me doy cuenta de tu heroísmo, tu habilidad y gloria. Madre está sufriendo profunda pena, pues no puede entender los hechos como son y el valor que tiene el autocontrol. Además, como yo soy la criatura nacida de sus entrañas, su preocupación es algo natural. Pero considera tú: para todos los valores en la vida, la conducta recta o dharma es la raíz misma. Y la rectitud está segura sólo si tiene por base la verdad. Verdad y rectitud son indistintos: el uno no puede existir sin

el otro. La verdad es bondad, la bondad es verdad. En este momento estoy realizando ambos valores: verdad y rectitud, al tiempo que actúo de acuerdo con las órdenes de mi padre. Nadie que esté dedicado a la vida recta, ha de romper la promesa que le hizo a su madre, a su padre o a su preceptor. Por eso, no transgrediré las órdenes de mi padre. Eso es seguro. No fue Kaikeyi la que me dio las órdenes; ella sólo me comunicó el mandato de mi padre, y lo hizo en presencia de él. Siendo eso así, se debe inclinar la cabeza con reverencia. Si no fuera una orden de mi padre, cuando Kaikeyi me dijo que lo era, él pudo haber declarado que no lo era, ¿no es así? Pero no lo hizo, simplemente se lamentaba; por esa razón, es como si fuera su propia orden. Siendo así, no daré un paso atrás en mi resolución. No hay ninguna posibilidad de que lo haga. No permitas que tu razón se desvíe para caer en la mentalidad creadora de terror de un Kshatriya. Abandona la violencia y la crueldad y adopta mi punto de vista". Rama palmeó la espalda de Lakshmana, que se sentía aplastado por la rabia y la pena, diciéndole palabras amorosas para mitigar su contrariedad. Luego, volviéndose hacia su madre Kausalya, dijo: "No trates de impedir mi resolución ni trates de que rompa mi voto. Pase lo que pasare, mi exilio a la selva no puede ser cancelado. Envíame allá con tu amor; bendice mi voto, mi resolución". Cayó de hinojos a sus pies y rogó le diera su permiso para partir.

La madre temblaba con una angustia que la torturaba; colocó sus manos sobre la espalda de Rama y prorrumpió en llanto. Al ver su dolor, Rama tampoco pudo contener sus emociones. Abrazó sus pies y dijo: "¡Madre! Mi palabra es la verdad suprema; escucha: nada malo me ocurrirá mientras esté en la selva. Pasaré esos catorce años con la mayor felicidad y alegría. Retornaré y volveré a postrarme a tus pies. Cumpliré todas las esperanzas que tienes cifradas en mí. ¡Madre, se trata de una orden de Dasarata! Es una orden que no sólo yo, sino también tú, Lakshmana, Sumitra y Bharata han de cumplir al pie de la letra. Esa es la antigua ley, el Sanathana Dharma.

"¡Madre!, haré otra petición; perdóname. Los preparativos que tú y otros hicieron para coronarme a mí, han de ser utilizados con la misma alegría y entusiasmo para la coronación de Bharata. Mi padre me ha confiado la región de la selva, eso es lo mejor. Está en concordancia con el más alto deber que alguien pueda cumplir. El tratar de impedir nuestros deberes es nutrir la idea de una diferencia entre yo y Bharata. Lo que debes hacer es bendecirnos a ambos, pidiéndonos a cada uno de nosotros llevar a feliz término la responsabilidad que se nos ha confiado".

Kausalya, que oía estas palabras de Rama, no pudo aguantar el dolor que caía sobre ella. Se quejaba en su enorme pena: "¡Hijo mío! Tu padre te crió y te ayudó a crecer y fue feliz de verte fuerte y grande. Tan sólo por eso merece reverencia y obediencia. ¿No soy yo también merecedora de reverencia y obediencia? Y considera esto: la esposa es

la otra mitad del consorte. El cónyuge es la mitad derecha de la esposa. Así, cuando cada uno es la mitad del otro, yo soy la mitad de Dasarata, ¿no es así? Por eso la esposa es llamada la ardhangi del esposo. Cuando tú dices que has recibido orden de Dasarata, es sólo la orden de la mitad de él; no se originó en todo él. Sólo tendrá autoridad cuando la otra mitad también esté de acuerdo. Mientras yo no lo esté, no será válida como orden. Tú conoces el sentido y significado del dharma en todos sus variados aspectos; por lo tanto, debes estar consciente de esto también. Sin la aceptación de la madre, ningún deber puede ser obligatorio y nada merece tener el nombre de correcto. Más que la orden del padre, hay que seguir la de la madre. Ese es el deber más importante, pues es la madre quien te nutrió para llevarte de la niñez a la juventud, no el padre. Si la madre no lo hubiera llevado en el vientre por nueve meses, no habría niño. Tú estás ahora arrojando a la madre a las llamas del dolor, proclamando: «Es la orden de mi padre, debo obedecerla a toda costa». Yo no acepto esta conducta como correcta. No existe tesoro más preciado para una madre que su hijo. Y para madres como yo, el hijo lo es todo. Cuando el hijo me mira con recelo y considera que la orden de su padre es superior, ¿de qué me puede beneficiar el tratar de asegurarme el cielo y vivir del néctar divino allá? Preferiría estar en el infierno. Consideraría que es el cielo si mi hijo está conmigo.

"Rama, ¿qué puedo hacer aquí? ¡No he probado un momento de felicidad en toda mi vida! Desde que nací, he estado atada por las limitaciones que me impusieron madre y padre; luego, con las dudas de qué tipo de esposo me tocaría y de cómo sería su carácter y comportamiento; finalmente fui casada con tu padre. Por años me afligió la pena de no tener hijos. Luego, tuve que sufrir el conflicto causado por las otras esposas de tu padre. No he tenido alivio en esa batalla desde entonces hasta ahora. Como resultado del mérito de una vida anterior que no conozco, se me concedió el tenerte como hijo. Y ahora se me depara la separación de ti. ¿Cuándo he tenido felicidad yo? Mi vida se ha convertido en un caudal de penas; yo, en medio de la corriente, luchando, incapaz de radar, me hundo sin esperanza alguna de ser salvada. Te tuve a ti como un madero del que me asía para salvarme. Ahora, si me niegas eso, ¿qué me sucederá? Además, a consecuencia de haber estado separada de tu padre, él ni siquiera sufrirá por el sentimiento de pérdida; tiene su felicidad en Kaikeyi, no necesita nada más. Por eso, en vez de seguir en este lugar consumiéndome en mi propia agonía para, finalmente, morir, prefiero mirar la encantadora cara de mi querido hijo; aunque no tenga alimento ni agua para saciar mi sed en la selva, tendré el sustento necesario con esa alegría".

Aunque Rama sentía que había algo de cierto en esa descripción, se sentía obligado a obedecer los deseos de su padre y por la promesa que había dado de no faltar a su deber. Pero Lakshmana intervino y

dijo: "Hermano, las palabras de nuestra madre contienen la más alta verdad. La madre merece una mayor reverencia que el padre. En las Escrituras se lee: «Que la madre sea tu Dios», y luego: «Que tu padre sea tu Dios». Se coloca primero a la madre y al padre en segundo lugar. No es propio que persistas con tanta firmeza en tu resolución y le causes tanta pena a nuestra madre".

Rama, volviéndose a él, interrumpió sus palabras: "¡Lakshmana!, estás apoyando las declaraciones de una madre que sufre el efecto de una fuerte atadura hacia su hijo. Considera la orden del padre, que se relaciona con el bienestar de todo el imperio, del mundo entero y de la comunidad humana. No has comprendido la implicación interna y el sentido de esa orden. Sólo la rectitud puede asegurar las otras tres metas del hombre: riqueza, felicidad y liberación. No hay por qué dudar de esto ni argüir sobre la corrección de este hecho. Cuando la actividad se limita a la ganancia de bienes, el mundo odia al individuo; cuando se limita a la satisfacción egoísta de los deseos, el mundo lo condena como un ser despreciable. Por eso, la actividad debe estar de acuerdo con la rectitud. Y eso no es todo; Dasarata es nuestro padre, nuestro preceptor y monarca. Puede ordenarnos algo, ya sea por el deseo de lograr algo, o bien por enojo contra alguien, o por amistad y amor por alguien, lo cual no nos incumbe, sólo debemos obedecer; no existe ninguna justificación para no hacerlo.

"Un hijo que se complace en el pecado, suele actuar en contra de la orden paterna, pero yo no soy uno de ésos. Ante cualquier mandato de mi padre, bajaré la cabeza con reverencia. Respecto de esto, tú podrías tener alguna duda. Si un padre, un necio cegado por la lujuria, carente de la inteligencia necesaria para distinguir entre lo momentáneo y Ío eterno, pendiente sólo de su engrandecimiento egoísta y confiado en las estratagemas de otros, inflige injurias sobre su propio hijo, podrías preguntarte: ¿debe el hijo confiar en él y obedecerlo? Sí, ¡sin duda alguna debería hacerlo! Puede ser un necio o un cruel tirano, pero, ¿no eres tú su hijo? Cuando es así, tu posición siempre es más baja y la de él más alta. Esto decide todos los deberes y todos los derechos. Cuando mucho, el hijo puede tratar de aclararle alguna situación y explicarle, según su entendimiento, lo que a él le parezca confuso o complicado. No debe negarse a obedecer por considerarlo tonto o absurdo.

"Debes considerar también que Dasarata es una persona muy talentosa, un gran guerrero, un luchador heroico, un pilar de la rectitud, y que está luchando a muerte para mantener su palabra dada. El no ha sido engañado por Kaikeyi ni cegado por la lujuria. No; lo que lo movía era la necesidad suprema de cumplir su compromiso, una promesa que había hecho. Además, él le había dicho a ella que le otorgaría dos deseos, fuesen lo que fuesen, ¡aun si la concesión pusiera en peligro su propia vida! Nunca podré aceptar que él está vencido por la lujuria. Nuestro padre se encuentra en una triste situación porque no

ve ninguna salida a causa de una promesa; pero de corazón, no está conforme con enviarme a la selva.

"¡Lakshmana! Nuestro padre es un leal partidario del dharma, más leal que sus predecesores en el trono. Su fama se ha extendido y ha sido escuchada en todos los rincones de los tres mundos. ¿No sería un mal ejemplo para la humanidad si su esposa, la reina ungida, lo dejara para acompañar a su hijo, abandonándolo? La vida es breve, su duración es limitada. Perder uno su reputación para siempre por ceder de esta manera a actos incorrectos, no es bueno ni para mí ni para ti".

Dicho esto, se volvió hacia su madre rogándole patéticamente: "¡Madre...!", pero antes de poder continuar, Kausalya quedó paralizada por el dolor, pues se había dado cuenta de que sus esfuerzos para cambiar la posición que Rama había adoptado, eran infructuosos. Vio claramente que no se podía librar de la obligación de darle su consentimiento para irse con sus bendiciones. Sintió que cuanto más se lamentaba, mayor era el dolor de Rama.

Entretanto, Lakshmana estaba profundamente conmovido: sus ojos se enrojecieron; perdió conciencia de dónde y entre quiénes estaba; sus labios se secaron, su lengua se paralizó y su mirada quedó fija; inclinó la cabeza y miró al suelo; las lágrimas fluían libremente de sus ojos. Rama lo observaba y sintió que no podía dejarlo en ese estado. Además, podría hacer algo irreflexivo si lo dejaba solo; hasta podría lastimar a otros. "Y se podría considerar que esos actos ocurrieran por mi culpa", pensó Rama. Entonces le dijo a Lakshmana: "Hermano, los humos de la cólera son incienso dedicado a la horda de pecados: suprímelos. Puedes estar preocupado al pensar que Rama ha sido tan burdamente insultado y deshonrado, pero el sendero de la verdad y de la rectitud no presta atención a honor o deshonor, no espera lo uno ni evita lo otro. Ten valor, llena tu corazón con fortaleza. Permanece aquí y sirve a nuestro padre; pasa tus días de esa manera, en cumplimiento del más alto propósito de la vida". Cuando su hermano mayor lo bendijo de esta manera, Lakshmana recuperó el habla. "Hermano exclamó , cuando Rama, mi propio aliento, se encamina hacia la selva, ¿a quién puedo ya servir aquí con este objeto material que se llama cuerpo? Este Lakshmana no desea servir a nadie excepto a Rama. Tú señalas tu obligación, tu deber, yo también tengo mi deber y lo valoro igualmente, por eso te seguiré. No tengo necesidad de esperar las órdenes de nadie. No estoy incluido en el grupo de personas atadas a las mercedes exigidas por Kaikéyi. Y aun si estuviera involucrado, no prestaría atención a sus órdenes ni a las indicaciones de sus seguidores. Nadie más que Rama tiene autoridad para mandarme o indicarme cómo me he de comportar. Así que aquí y ahora yo también me vestiré de ermitaño con corteza de árbol; desataré mi cabello y me prepararé para seguirte." Diciendo esto, Lakshmana se quitó las joyas y demás atavíos reales con que se había engalanado para asistir a la coronación; arrojó disgustado a un rincón de la habitación las joyas y el ropaje de seda.

Estaba impaciente por acompañar a su hermano. El corazón de Rama se enterneció cuando vio la devoción espontánea y la auténtica lealtad de Lakshmana. Se acercó a él y poniendo su mano sobre el hombro de su hermano, suavemente habló así: "Hermano, mi alegría no tiene límites al ver que tengo un hermano como tú. Es mi gran fortuna, pues al venir tú conmigo, madre Kausalya ganará cierta tranquilidad. Está sumamente angustiada por el temor y la duda de cómo habré de pasar los catorce años en la selva y si volveré después de esos años de exilio. Así pues, dile a nuestra madre que no tema. Ve a consolarla. Mientras pasamos las horas así, nuestro padre ha de estar sufriendo más y más, y Kaikeyi sufrirá de crecientes dudas pensando que quizá yo ni siquiera me vaya. Por eso iré a ver a Sita para informarla y de allí iré al palacio de Kaikeyi para despedirme de mi padre. Mientras tanto, tú irás a ver a tu madre Sumitra para solicitar su permiso de partir conmigo".

Después de estas palabras, Rama dio una vuelta completa alrededor de Kausalya y se tendió ante sus pies en señal de reverencia. Al ver eso, las doncellas y sirvientes, así como todos los demás ocupantes del gineceo, entonaron un sonoro lamento como si hubiera caído el diluvio sobre ellos. Pero Kausalya valientemente atrajo a Rama hacia ella cuando éste se levantaba para recibir sus bendiciones. Lo abrazó, acarició su cabello y con las manos sobre sus hombros, le dijo: "Hijo, eres el más firme seguidor del camino de la rectitud. Eres un héroe. No puedes sentir temor a la vida en la jungla. Te has resuelto a vivir en ella y ha sido imposible para mí cambiar tu decisión. Que todo sea con bien para ti. Cumple tu ideal, tu anhelo, para respetar el deseo de tu padre. Paga la deuda que se le debe al padre actuando de acuerdo con sus órdenes. En cuanto a mí, sólo deseo que regreses bien a Ayodhya. Ese día por lo menos estaré feliz.

Rama, el decreto del destino es ciertamente inescrutable. Sus palabras no pueden ser cambiadas ni por los más poderosos. El dharma, por cuyo bien te estás alejando ahora de nosotros, te protegerá y guiará en el exilio. Rama, ¡qué hermoso sería que en este mismo momento los catorce años hubieran pasado y yo te contemplara de regreso en lugar de verte partir! ¡Ay, perdona mi locura, hijo mío! ¿Cómo he de trasmitirte mis bendiciones? ¿He de decirte que dejes pasar catorce años como si fueran catorce días? No, no, ¿como catorce parpadeos? Vuelve a salvo, vuelve pronto. ¡Y que seas coronado emperador, joya de la dinastía Raghu! Mi adorado hijo, la diosa de la rectitud seguramente te resguardará durante los años de exilio, pues para propiciarla a ella irás a la selva; ella es la más firme y más fuerte de todos los guardianes. Estaré rogando a los dioses aquí durante los catorce años para que ningún daño te ocurra. El servicio que tú has ofrecido a tu madre, a tu padre y a tu preceptor, te brindará larga vida, salud y felicidad; tu lealtad a la verdad te concederá valor. Las montañas, los ríos, los matorrales, los hormigueros, las fieras y las aves de la selva te recibirán con afecto, te abastecerán para satisfacer tus necesidades y

te llenarán de alegría. El sol, la luna y otros cuerpos celestes desviarán todo mal y te protegerán. Hasta los demoníacos Rakshasas de la selva, obstinados en horribles actos de crueldad, se sentirán atraídos por ti, pues tu corazón está lleno de reconfortante amor, y se rendirán a tus pies aceptándote como su maestro".

Con estas bendiciones, Kausalya, haciendo un esfuerzo, se sobrepuso a la tristeza que la estaba venciendo y mostró una faz valiente y tranquila. Aspiró el aroma de la corona de cabellos de Rama y lo abrazó con todo su amor maternal. Besó sus mejillas, y sus labios temblaron cuando pronunció las palabras de despedida: "¡Hijo mío, vuelve a salvo y que seas feliz!". Rama conocía la profundidad del afecto que su madre sentía por él; tocó muchas veces sus pies con gratitud y reverencia, diciendo: "Madre, no debes preocuparte; no vayas a perder el sueño ni el apetito, no dañes tu salud. Recuérdame a toda hora con corazón alegre. Tus pensamientos se reflejarán en mi seguridad y prosperidad. Si tú estás penando aquí, ¿cómo quieres que yo sea feliz allá? Si deseas que yo sea feliz, tú debes estarlo aquí. Con todo tu corazón, debes bendecirme desde aqui'. Rogando de esta manera, salió del lugar, no deseando dejarla así, pero ansioso de cumplir con su deber.

Rama salió al camino destinado al rey y se fue descalzo entre la multitud de ciudadanos que se habían aglomerado allí, paralizados al ver aquel resplandeciente símbolo de verdad y virtud. La gente había escuchado rumores que les anunciaban que Rama se iba a la selva, mas no podían creer que eso fuera cierto, y rogaban al cielo que no fuera verdad. Pero cuando lo vieron caminar descalzo, sus corazones desfallecieron; la exaltación que habían experimentado con las noticias de la coronación, se desplomó hasta las profundidades de la desdicha. Caras que habían florecido de alegría, repentinamente palidecieron y marchitaron. Rama no levantó la cabeza para ver aquellos rostros que lo rodeaban, y se dirigió a las habitaciones de Sita.

12. SITA INSISTE Y GANA

Sita estaba pendiente de la puerta de entrada porque ansiaba saber lo que había ocurrido en el palacio de Kaikeyi y por qué Rama no había llegado aún a pesar de que la hora auspiciosa fijada para la coronación se aproximaba rápidamente. Ella había llevado a cabo sus ritos de vigilia y ayuno y mantenía listo un Platón con pasta de sándalo, flores, semillas y otras cosas prescriptas, para que no hubiera motivo de retraso a la hora de acompañar a su señor al salón de la coronación. Su corazón latía aceleradamente en espera de la llegada de Rama. Todas las doncellas y asistentes que la rodeaban estaban encantadas por la próxima hora de esplendor. Hermosas doncellas estaban preparadas

con lámparas encendidas para ondearlas ante Rama cuando él entrara al vestíbulo decorado. De pronto, Rama, con inigualable encanto, entró sin ser anunciado, con la cabeza baja y descalzo.

Todo el mundo estaba sorprendido. Sita se adelantó hacia su señor, sin poder creer lo que veía. Temblaba como una hoja al viento. Mordió sus labios y trató de ocultar su sorpresa. "¡Señor!, ¿qué significa esto? ¿Por qué te presentas así? Dijiste que éste es el día dedicado a Brihaspati, el preceptor de los dioses; dijiste que era un día auspicioso, que la estrella dominante es Pushya y que tú serías nombrado rey. ¿Cómo se explica que no sostengan sobre tu divina persona el parasol blanco del imperio, con su brillo de perlas iluminadas por el sol, con sus cien cordones de oro adornados de pedrería preciosa? ¿Dónde están los abanicos de plumas de brillo nacarino que semejan lunas? ¿Por qué los cantantes y danzantes de la corte, silenciosos, no entrenan sus alabanzas a tu paso hacia el salón del trono? ¡Oh señor!, ¿cómo es que los maestros de la tradición védica, los brahmines, no te han ungido con la miel y la leche consagradas? Y los ministros, los reyes vasallos y los representantes de las muchas comunidades del Estado, ¿por qué no caminan siguiéndote, como lo exige la costumbre? Y el majestuoso elefante real, cima de montaña en movimiento, hollando el suelo, haciendo creer a la gente que una oscura nube azul pasa por el camino, él debe llegar primero anunciando tu llegada, ¿no es así?"

Mientras Sita hacía llover preguntas como éstas, Rama no atinaba a contestarlas; éste no era asunto que se pudiera aclarar rápidamente y en pocas palabras, y siendo así, Rama entró al salón interior, atrajo a Sita y le dijo: "Sita, mi reverenciado padre ha deseado y resuelto, en esta tan auspiciosa hora, enviarme a la selva; por eso es urgente que yo cumpla su mandato". Sita escuchó las palabras, pero no pudo creer que fueran ciertas. "Señor, ¿qué crimen has cometido para merecer este castigo? Dasarata es la encarnación misma de ¡ajusticia, es un hombre justo. ¡Nunca daría una orden de esa naturaleza sin razones legítimas! ¿Cuál es el verdadero propósito, el significado oculto de esta orden de vivir en la selva?°

Rama sonrió ante la pregunta y repuso: "Sita, hace mucho tiempo mi padre prometió otorgar a la madre Kaikeyi dos mercedes, las cuales hasta ahora no habían sido cumplidas, ni ella las había requerido. Este día ella pidió el cumplimiento de ambas. Se trata, en primer lugar, de que Bharata sea coronado y, en segundo, que yo me vaya a la selva para vivir allá con el cabello enmarañado y vestido con cortezas por catorce años. Mi padre es sumamente justo, nunca va en contra de su palabra; por esa razón inclino la cabeza ante el deber, accediendo. He sentido que debía verte antes de partir. Procedes de una familia altamente reverenciada, conoces y valoras todos los códigos y fines de la moral. Janaka, maestro de los misterios profundos de la más alta moral, es tu padre. También tú caminas siempre por el

sendero de la rectitud. Debo partir a la selva hoy mismo. Dasarata ha dado este imperio, que él heredó de muchas generaciones, a Bharata; de ahora en adelante él es el señor de este reino. Inmediatamente después de ser coronado, él vendrá a verte para recibir tus bendiciones. No me alabes ante mi hermano; no muestres señal alguna de pena o disgusto por el hecho de haber sido yo enviado a la selva; no lo desaires ni lo menosprecies. Los reyes sólo aprecian a aquellos que los adoran y les sirven. Así pues, no me alabes ni lo juzgues a él. Es mi hermano y tu cuñado, pero eso únicamente en lo que se refiere al parentesco; en lo que se refiere a la jerarquía, Bharata es tu monarca y el mío. Ríndele los honores que merece, no le causes disgusto o pena alguna ni de palabra ni de hecho.

¡Bella y bondadosa Sita!, obedece las órdenes no sólo de Bharata, sino también de mi anciano padre. Sirve también a mi madre Kausalya, que está sufriendo lo indecible porque yo me alejo de ella. Haz lo apropiado para alejar la tristeza de ella. A las otras dos madres, Kaikeyi y Sumitra, también las tienes que obedecer y complacer. Mira, Sita, tanto Bharata como Satrugna me son tan queridos y próximos como mi propia respiración. Trátalos como si fueran tus hermanos, o protégelos amorosamente como si fueran tus hijos. ¡Encantadora doncella!, no abandones este lugar para ir a Mitila sólo porque yo no estoy aquí. Permanece en Ayodhya para consolar a mi madre y a mi padre, sirviéndolos de manera que mitigues la tristeza de sus corazones. Con amor y cuidado, dales consuelo, valor y alegría".

Mientras Rama indicaba a Sita sus deberes, ella no pudo contener la risa, pues se sentía confundida por el giro que habían tomado los acontecimientos y, sin poder permanecer callada por más tiempo, dijo: "Rama, tú eres el hijo de Dasarata; nunca, en ningún momento, he oído de ius labios palabras que no honren ese linaje. Madre, padre, hermano, hermana, hijo, nuera... todos tienen que experimentar cierta felicidad y desdicha en proporción con el bien o el mal hechos por cada uno, pero la esposa tiene una especial fuente de fortuna, buena o mala. Quiero decir, ella participa del bien y del mal del que su esposo es responsable. A ella le corresponde parte de la alegría o de la pena. Así pues, si el emperador Dasarata te ha ordenado ir ala selva, a mí también me ha dado ese mandato. Una mujer puede ser alimentada y cuidada por su madre y su padre, puede ser reverenciada por su hijo, puede ser atendida por sus sirvientes; pero ellos nunca podrán ser su escudo y apoyo. Las recomendaciones con que tratas de convencerme, que parecen más bien futilezas y juegos, únicamente sirven para divertirme. Durante los años previos a mi casamiento, mi padre me enseñó todos los deberes que habían de guiarme. Yo no soy ni ignorante ni ambiciosa de poder. Además, quiero que sepas que no me aferro fanáticamente a ninguna opinión sólo porque sea mía. No necesitas indicarme mis deberes, porque los conozco todos. Es sólo porque decido quedarme aquí que me tienes que decir cómo y cuándo

debo servir a mis suegros, a mis cuñadas y al gobernante de esta tierra, ¿no es así? Pero cuando yo estoy contigo, ¿qué necesidad hay de que yo me ocupe del servicio que corresponde a otros? ¡Voy contigo llena de alegría! Desde hace mucho tiempo he albergado el deseo de pasar unos años en la selva. Es mi buena fortuna el tener ahora la oportunidad de satisfacer ese deseo en compañía de mi señor, y no voy a prestarte atención si insistes en que no he de expresar mi punto de vista en este importante asunto. No te enojes conmigo porque te desobedezco. No es justo ni apropiado que me dejes aquí como cuando se tira el sobrante de agua del vaso que mitigó la sed. ¡Créeme: yo no permaneceré en Ayodhya un solo momento sin ti!; llévame contigo".

Con estas palabras, Sita cayó a los pies de Rama, asiéndolos firmemente. "No siento ni la menor desilusión de que no hayas sido coronado: te quiero igual, con corona o sin ella. Dondequiera que te encuentres será el imperio para mí. Allí estará mi tesoro. Esa será mi gloria", suplicaba y rogaba. Rama le dijo que la vida en la selva estaba llena de peligros y angustias, que la jungla estaba llena de animales salvajes y hombres aún más salvajes, depredadores demoníacos y bandidos; que era necesario enfrentarse a ríos crecidos, atravesar por espesas malezas espinosas. Dijo que ella no estaba acostumbrada a caminar por esos lugares y que sufriría grandes agotamientos; describió muchas otras formas de sufrir miedo que se le presentarían, pero Sita seguía inconmovible. Repuso: "Señor, por salvajes que sean los animales, por espesa y llena de terror que sea la selva, ¿qué daño me podrán causar, qué lesiones podré sufrir si estás a mi lado? Puedo caminar por las veredas, no será difícil para mí. Incluso me harías más feliz aún si me pidieras ser la primera para preparar el sendero que has de pisar: recogeré y tiraré lejos las piedras y las espinas para allanar tu camino. Permíteme que esté contigo, para que pueda prestarte ese servicio y ser feliz: aquí en el palacio de Ayodhya y en el gineceo, no tuve la oportunidad de servirte. Me sentía preocupada y triste ya que todos los servicios a tu persona los realizaban tus sirvientes y ayudantes. ¡Pero en la selva no tendrás ningún servidor! Así que podré sentirme feliz de realizar todos los servicios yo misma. Esa es mi grande y buena suerte. ¡Haz que mi vida valga la pena, señor, dame esa maravillosa oportunidad!" Sita rogaba de muchísimas maneras, pidiendo compasión y justicia. Rama se conmovió y dijo: "Sita, viviendo en la selva no podrás ser feliz, sufrirías muchísimo". Rama se explayaba sobre los horrores que hay en la jungla y los sufrimientos que inevitablemente se tienen que enfrentar allí. Sin embargo, Sita se mantuvo firme. "Rama, no seré ningún obstáculo en el cumplimiento de tus votos. De tus palabras infiero que me ocultas algo.

Cumpliré a la par contigo con todas las promesas de austeridad personal que incumben a una persona que se encamina en el sendero del brahmachari[7].

[7] Discípulo del principio de Brahman (Dios). Persona que camina hacia Dios

'También yo viviré de raíces y frutos, yo también dejaré de usar perfumes; ambos inhalaremos únicamente la fragancia de las flores silvestres. ¡Tú eres el vástago del linaje Ikshvaku que ha salvado a millones de personas de peligros y desastres!, ¿no puedes tú resguardarme de ellos? ¿Acaso eres tan débil? Yo no te daré ningún trabajo; por mí no tendrás la menor preocupación. Señor, no tengo más remedio que seguirte. Dormiré a tus pies; eso será para mí la más grande felicidad. Rama, yo no conozco ni conoceré a nadie más que a ti. No puedo vivir ni un instante apartada de ti... Muy bien, si te aferras a tu decisión y te vas dejándome en Ayodhya, Sita habrá exhalado su último aliento antes de que llegues a la selva. De eso debes estar seguro".

Los ojos de Sita derramaron lágrimas al pronunciar estas palabras. Rama trató de tranquilizarla diciéndole: "Sita, tú eres una firme seguidora del dharma. Lo mejor es que con esas cualidades de rectitud sigas estando aquí. Tú no puedes actuar según lo dicta tu voluntad; no estás en libertad de comportarte como deseas, tu dharma es que actúes de acuerdo con mis palabras. Por eso, abandona esa idea tuya. Lo digo por tu propio bien. El cuidarte será un obstáculo para mí, tenlo por seguro. Torrentes bajando de las cimas de las montañas, bestias feroces que habitan en las cuevas, leones y tigres vagando libremente por colinas y valles; todo eso tendrá que ser superado. Habrá que vadear los ríos crecidos, tendremos que saltar de altos peñascos y rocas. Considerando estas dificultades, me veo forzado a decirte de manera terminante que te quedes aquí. Tendrías que llevar el pelo sin alisar y adornar y vestir con corteza de árboles. Nosotros los hombres tendremos que ir a orillas de algún río o lago para llevar a cabo los ritos de adoración; mientras tanto, ¿quién te cuidará para defenderte en caso de que alguna calamidad pudiera ocurrir? Cualquiera que sea la situación, nosotros no podemos dejar de llevar a cabo esos ritos. Tú sabes lo estricta que es la regla; como así será, tú tendrías que quedarte sola por algún tiempo todos los días. Nosotros no podemos decir qué sucederá y cuándo".

Rama trató de describir ante Sita escenas temibles de la vida en la selva, pero ella no se intimidó en lo más mínimo. Dijo: "Rama, ¿por qué me dices eso, como si yo fuera una ignorante de algún pueblo atrasado, o una mujer estúpida, inconsciente de las enseñanzas de los Shastras? Me doy perfecta cuenta de tus habilidades y proezas. No hay nada sobre la Tierra, qué digo la Tierra, ¡en los catorce mundos!, que sea imposible para ti. Y cuando tú, este tú que yo conozco, estés conmigo, ¿qué temor podría yo experimentar? Mira, aun si una bestia salvaje me atacara y cayera presa de ella, moriría feliz estando tú presente y no en otra parte, lejos. Jamás aceptaré vivir si ha de ser sin ti. Has dicho que yo no tendría libertad de obrar como yo quiera. ¿Lo has dicho con plena conciencia de lo que significa? ¿O fue solamente un

comentario para probarme? No puedo entenderlo. Yo soy la mitad de ti; estoy en mi derecho de considerarme a mí misma como la mitad de ti. Tú también tienes ese derecho, ésa es la verdad. Ni tú estás completamente libre ni yo lo estoy; yo tengo tanto derecho sobre ti como tú lo tienes sobre mí, pero en estos momentos no estoy defendiendo mis derechos o pretensiones. Yo estoy anhelando estar junto a ti, estar siempre en tu presencia. Mis palabras surgen de ese anhelo".

A1 escudar a Sita revelando su firme determinación, Rama continuó: "¡Sita, te estás enredando en las complicaciones de los derechos y las obligaciones! Cuando yo me encamine a la selva, nuestros ancianos padres quedarán lamentándose y llorando por mí; en esos momentos tú podrás consolarlos y confortarlos con suaves palabras. Ese es tu deber. Debes conducirte de acuerdo con lo que pida cada ocasión. Quédate con ellos, sírvelos, que ésa es la mejor manera de complacerme y de hacerme dichoso". Rama habló como si ésa fuera su decisión final, en tono de mando, pero Sita respondió sólo con una sonrisa. "Cuando el hijo nacido de estos padres les provoca profundo dolor con su partida, aferrándose con garras de oso a su dura resolución, y cuando ese mismo hijo, a quien ellos aman tanto, abandona todo para ir a la selva, ¿qué responsabilidad debe tener fa nuera que ha entrado en esa casa por su propia voluntad, una extraña en la familia; qué responsabilidad, digo, puede tener ella para consolar y reconfortar a aquellos que fueron abandonados por el hijo? Reflexiona un poco sobre esto dijo ella . Se me ha dicho que tú insististe en que tu madre se quedara aquí para servir a su esposo, a pesar de que ella lloró hasta dejar secos sus ojos, rogando que le permitieras seguirte a la selva. Tú mismo dijiste que su deber predominante era el de servir a su esposo, declaraste que atraería desgracia infinita sobre la dinastía Ikshvaku si abandonaba al señor con quien ella se casó sólo por su afecto por el hijo a quien ella preparó para este mundo. Esas fueron las normas morales que exaltaste ante ella; ¡pero tan pronto te acercas a mí, cambias ese consejo y empiezas a decirme que mi deber es el de servir a los padres, mis suegros, y no a ti, que eres mi esposo! ¡Piensa en eso! ¿Cuál es, pues, el consejo correcto? Para la esposa, el esposo es Dios. Y ésta no es una definición exclusiva para Kausalya; es guía y meta para toda mujer, sin excepción, en todo el mundo. Evidentemente has olvidado esa verdad, pues no satisface el deseo que expresas ahora. No eres capaz de explicar cómo la regla moral que expusiste ante Kausalya no se aplica a mí.

"Por más que argumentes, sea cual fuere tu afirmación, no dejaré de seguir tus huellas. Puedes matarme por no cumplir tus órdenes, pero yo sostengo que nunca podré estar sin ti. Ramachandra, en cuanto mencionaste que habías aceptado el exilio, sentí una gran alegría al recordar un incidente de mi infancia. ¡Tú no podrías entender el grado de esa alegría! Mi madre, teniéndome sentada en su regazo,

estaba muy angustiada por el esposo que el destino depararía para mí; si sería un hombre de moral, dotado de excelentes atributos, o no. Ella me acariciaba el cabello, perdida en sus pensamientos. En esos momentos se presentó un sirviente anunciando que cierta mujer asceta deseaba hablar con ella. Mi madre me puso suavemente en el suelo para ir a encontrarse con la visitante. Mi madre se postró a sus pies y me indicó que hiciera lo mismo. La mujer me miró fijamente de pies a cabeza y dijo: «Madre, tu hija pasará años con su esposo en la selva. Al oír eso, mi madre replicó al tiempo que reía: «¡No se casa todavía y usted habla de que va a pasar años de su vida en la selva!». Pero la mujer explicó: «Después que se case, tendrá que vivir en la selva con su esposo por algún tiempo, y siguió su camino. ¡Siempre, desde entonces, he esperado con ansias que llegue el momento en que pueda ir a vivir contigo, mi señor, en la selva! Hazme feliz, llévame contigo". Y Sita cayó a los pies de Rama sollozando.

Rama se conmovió y tuvo piedad. La levantó suavemente y dijo: "Sita, ¿a quién más he de confiar el secreto origen de mi decisión? Escucha: tú eres joven; en la selva hay muchas ermitas llenas de ascetas y sabios. Debo ir en busca de ellos para serles de utilidad y para ofrecerles mi reverencia. Es posible que también vengan reyes y príncipes, porque suelen ir de cacería, quienes los honrarán para recibir su bendición. Sus ojos pueden posarse en ti, dando lugar a complicaciones y conflictos. Y como yo estaré vestido como un asceta, no sería apropiado que me enfrentara con ellos. Al menos por esa razón tendrás que permanecer en Ayodhya".

Sita tenía sus propias razones para protestar contra esto último. Dijo: "Rama, no es justo que me decepciones con tales fantasías, como si tú fueras de estirpe común. Cuando estás a mi lado, ¿podría el mismo rey de los dioses poner sus ojos en mí? Si lo hiciera, ¿no quedaría instantáneamente reducido a cenizas? Así que por esta razón no me dejas aquí; no puedes escapar de tu deber y responsabilidad por este motivo. Deja que también yo te diga algo: si tú no estás conmigo, ¿cuál será mi destino? ¡Tendré que estar sola en Ayodhya e incidentes como el que acabas de mencionar pueden suceder aquí! También puede ocurrir que yo tenga que sufrir agonías del alma al no poder soportar la felicidad conyugal de los demás. Por eso no me dejes sola, llévame contigo. Para que tu renombre y el mío se extiendan para siempre por todo el mundo. Y permíteme agregar: tú eres querido por todos como Ramachandra, Rama, la luna; yo soy Sita, que significa frescura, la fresca luz lunar. ¿Como puede estar la luna en la selva y su fresca luz quedarse en Ayodhya? Donde esté la luna, ahí estará su luz. Por esa razón, esta separación nunca será posible. Ambos debemos estar siempre juntos, nunca separados. Si nos separáramos, ello no sería sino señal del advenimiento de alguna catástrofe, alguna tragedia que haría temblar al mundo; o podría ser signo de algún cambio de época que sirviera para destruir a los malos y salvar a los buenos de la extinción.

Como no se sabe por ahora de una crisis tal, nuestra separación es imposible. No puede ser". Sita, la Madre Suprema, pronunció estas palabras con voz resuelta que no tolera objeción.

"Sita, tendrás que dormir en suelo de piedra, vestir ropa hecha de fibras o corteza, alimentarte de raíces; además, todo ese alimento puede ser difícil de conseguir todos los días, depende de las estaciones del año. Cuando no se pueda conseguir, podrías sufrir hambre por días enteros. La selva está infestada de tribus demoníacas que son poseedoras de miles de ardides y que con deleite devoran carne humana. Es imposible describir plenamente todas las dificultades de la vida en los espesos bosques. Tú no podrás soportar esas tribulaciones. Si me acompañaras en el exilio, la gente me condenaría, volcando un mundo de calumnias sobre mi persona. ¿Cómo podría el cisne celestial, que vive en las aguas ambrosiacas del Manasa sarovar, sobrevivir bebiendo el agua del mar? ¿Cómo podría la kokil que se deleita en el jardín sombreado con las tiernas hojas de los árboles de mango, ser feliz y despreocupada en una pequeña superficie de pasto seco? Reflexiona en todo esto. Es absolutamente preferible que te quedes en casa."

Sita escuchaba a Rama, quien hablaba de manera suave y dulce, pero todo el tiempo tenía puesta la mirada en el piso y las lágrimas fluían por sus mejillas. Se mantenía como una columna, sin conmoverse e inamovible, mientras sus lágrimas seguían cayendo; Rama no pudo soportar verla en tal desgracia. Sita no encontraba las palabras que respondieran a las objeciones que Rama ponía. Finalmente pudo controlar sus emociones y su sufrimiento. Dijo: "Señor de mi vida, tú eres el depositario de todo lo bueno y auspicioso. Si estoy separada de ti, hasta el cielo me parecería un infierno. Los padres, hermanos, hermanas, suegros, hijos, preceptores, toda la familia; todos ellos pueden ser resplandecientes depositarios de la bondad, pero para una mujer, su esposo es la única fuente de fuerza, dicha y fortuna. Solo él puede darle felicidad y complacencia. Aparte de su esposo, ella no tiene a nadie que la guíe y guarde; él es su refugio, su único recurso. Señor, cuando el esposo está separado de ella, la mujer verá su propio cuerpo, la casa, la ciudad, el reino, la riqueza amontonada a su alrededor... ¡todo!, pero sólo como motivos de pena y dolor. Todo ello no puede proporcionarle alegría con su mente atormentada. La dulzura se vuelve amarga cuando el esposo no está, el gozo se torna malestar. Todas las alegrías que yo deseo se centran en ti. Nada se puede igualar al éxtasis que me proporciona el mirar tu rostro resplandeciente, tan luminoso y reconfortante como la luna llena en otoño. Cuando esté a tu lado, las pájaros y demás animales serán mis hermanos. La selva será la ciudad que yo ame, la ropa hecha de corteza de árbol será tan suave como la seda, el refugio hecho de ramas y palmas será un hogar tan delicioso para mí como una mansión celestial. Las hadas, ángeles y deidades de los bosques serán como mis suegros: yo tos reverenciaré con igual

respeto. Mientras esté contigo, montones de pasto y pétalos de flores serán iguales en suavidad a una cama. El dios del amor no puede aspirar a más. ¡Y las raíces y frutos de los cuales me hablas, serán tan dulces y sustanciosos como el mismo néctar divino! Las montañas que hay allá me gustarán tanto como las torres de Ayodhya. Descenderé por una pendiente y subiré por otra con la misma facilidad que si bajara por unos escalones y subiera por otros; será fácil y delicioso.

"Cada día me traerá la felicidad de ver tus pies de loto. Además, será la oportunidad dorada para que yo te sirva a todas horas y de todas las maneras. ¿Cómo he de sobrevivir a la agonía de perder esta preciosa oportunidad? ¡Oh santuario de compasión, no me dejes aquí; llévame contigo! Realmente no hay necesidad de que yo vierta estas palabras en tus oídos, porque tú resides en todos los seres y sabes todo lo que sienten y piensan. No puede ser que tú me causes tanto dolor, sabiendo que mi corazón está ansioso de tener la oportunidad de estar contigo. Señor, estoy abatida, me siento miserable. Si tú me dejas, arruinarás tu nombre. Tú tienes todos los nobles atributos; entonces, ¿por qué negarme tu compasión? ¿Puedo seguir viviendo por catorce años, separada de ti? Incluso siento que es imposible seguir viviendo aun en los breves momentos de separación. Acepta mi ruego, muéstrame un poco de tu bondad. Cuando estoy contigo, ¿cómo puede alguien atreverse a dañarme o atacarme? ¿(fue por qué? Nadie me mira siquiera. ¿Puede el chacal o la liebre atreverse a abrir sus ojos y mirar de frente al león? Yo no soy tierna y frágil, y tú eres la ternura personificada. La Tierra es mi madre. Por eso, yo tengo todo el derecho y toda la fuerza para ir por la Tierra. En realidad, a ti te toca ser feliz en la vida; a mí, sufrir. Cuando ése es el caso, ¿por qué inviertes los hechos y me causas desilusión? Eso no es correcto. Yo declaro que puedo ejecutar con la misma facilidad que un juego, tareas que están más allá de lo que supones. Sabes muy bien que yo levanté el arco de Shiva, el mismo que ningún rey, por orgulloso que estuviera de sus proezas, pudo levantar. Me sorprende entonces que dudes de mis capacidades. Mi valor y habilidades no son inferiores a los tuyos. Por eso, dame permiso y ordena la partida, conmigo, y con gran alegría°.

Sita se postró a los pies de Rama al pronunciar estas últimas palabras. Rama sintió que sería impropio seguir rehusándose, así que resolvió ceder. "Sita dijo , deja ya de sufrir. No te dejes vencer por la tristeza. Si así lo deseas, te llevaré conmigo. Prepárate rápidamente para viajar al bosque." Al escuchar las dulces palabras de Ramachandra, Sita se llenó de júbilo; su alegría no tenía límite. Dijo: "¿Prepararme? ¿De qué tengo que disponer para vivir en la selva? Estoy lista, pues sello te necesito a ti, no tengo necesidad de nada más. Tú sabes que no abrigo otro deseo que el de estar a tu lado". Con estas palabras, sujetó la mano de Rama, y se adelantó. "¡Sita! exclamó Rama , considera esto: no estarás en Ayodhya durante catorce años. Por eso, ve y suelta a los papagayos y demás aves que criaste con amor y

cuidado. Y las vacas que cuidaste con afecto, regálaselas a los sacerdotes para que sigan siendo tratadas con cariño. Distribuye entre la gente los diferentes artículos de vestir, los vehículos y todo lo que utilizabas, pues de otro modo se echarán a perder con el tiempo. Es mejor que sean utilizados a que se echen a perder." Cuando oyó estas sugerencias, Sita corrió inmediatamente hacia las jaulas, y hablándole a cada ave con amorosa voz, les dijo: "Váyanse, vuelen libremente como nosotros, hacia el bello bosque. Y con sus propias manos abrió fas jaulas y las liberó. Luego fue al establo y dio a las vacas varios bocados sabrosos, y habló con los sacerdotes que las iban a recibir como regalo. Su rostro encantador brillaba de alegría. Los que vieron cómo regalaba todo, sintieron aflicción ante su inminente partida. Derramaron muchas lágrimas, pues estaban conmovidos por su generosidad y, sobre todo, por el regocijo de Sita de acompañar a su esposo en el exilio. Su éxtasis excedía lo que la pluma de cualquier poeta pueda expresar.

Mientras tanto, Lakshmana llegó para reunirse con ellos, después de despedirse de su madre. Así salieron los tres rumbo a la selva.

13. EN EL EXILIO

Miles se habían congregado frente al palacio. Su dolor era inconmensurable. Mientras tanto, el ministro había encontrado en el suelo al emperador, inconsciente. Lo animó para que se sentara y lo mantuvo en esa posición. Le comunicó que Sita, Rama y Lakshmana habían venido para hablar con él. Rama ya había estado junto a su padre reconfortándolo con palabras de amor. Cuando Dasarata vio a Sita y a Lakshmana, su dolor ya no tuvo límites. Abrazó a Rama con las fuerzas que le restaban y volvió a desmayarse. La angustia le cerraba la

garganta y presionó su pecho con las manos tratando de arrancarse aquella pena. Sita y Lakshmana no podían seguir viendo cómo sufría.

Lakshmana descubrió a Kaikeyi, que estaba cerca y tenía en el rostro una expresión de autoridad; sus ojos se enrojecieron de rabia y lanzaban dagas contra ella, como si quisiera matarla allí mismo, pero pronto controló su furia y calmó sus emociones al observar la serena calma en el rostro de Rama. En ese momento Kaikeyi dijo: "Rama, estás hundiendo a tu padre en una pena mayor. Cuanto antes te marches, más pronto tu padre recuperará la tranquilidad. No retrases tu salida por más tiempo. Inclínate ante tu padre y vete". Estas palabras tan exentas de la más elemental bondad, parecían hechas para partir el corazón de Dasarata, quien repentinamente gritó: "¡Mujer endemoniada, espíritu maligno, cuán duras e inflexibles son tus palabras!", y con esta exclamación se desmayó nuevamente. En ese mismo instante, Sita, Rama y Lakshmana se hincaron ante él. Rama exclamó: "Padre, bendícenos y danos tu venia para salir. Es tiempo para regocijarnos, no para estar tristes. El afecto excesivo (leva infamia detrás de él". Rama le rogó que tuviera valor y abandonara esa ilusión engañosa que lo obligaba a rebajarse de esa manera. Estrechó los pies de su padre y luego, de rodillas, lo acarició y consoló.

Dasarata miró de lleno a su adorado hijo. Se enderezó con gran dificultad y, sosteniendo entre las suyas las manos de Rama, dijo: "¡Amado hijo mío!, escucha: tú eres poseedor del autocontrol y del discernimiento. Tú sabes lo que está bien; por eso es justo que tú solo hagas lo que está bien, pero no es correcto que una persona haga el mal y otra tenga que sufrir las consecuencias, ¿no es verdad? El juego del destino es algo impredecible, es un enigma".

Cariñosamente, el emperador fue uniendo argumento tras argumento para disuadir a Rama de emprender el viaje al exilio. Conocía bien a su hijo y sabía que era un maestro y firme seguidor de los códigos de moral. Sabía que Rama era experto en sopesar sus actos y, en consecuencia, no temía los resultados de sus decisiones. Dasarata leyó en la expresión del rostro de Rama, de pie frente a él, que había ido con el firme propósito de despedirse para emprender el camino al exilio. Luego vio a Sita, también frente a él, y le indicó que se acercara; cuando ella se puso de rodillas, suavemente le acarició el cabello, explicándole las dificultades que encontraría para vivir en la selva. Le dijo que para ella lo mejor sería quedarse, ya con sus suegros o en la casa de sus propios padres. Sus palabras salían entrecortadas por los gemidos que le provocaba su insoportable pena. Cuando su mirada caía sobre Kaikeyi, sus dientes rechinaban de rabia, y todo el tiempo se atormentaba, incapaz de dominar su dolor.

Sita se postró a sus pies y le dijo: "Venerable suegro, mi mente anhela únicamente servir a Rama. Esa buena fortuna sólo la podré tener plenamente en el bosque; no puedo permanecer aquí y perder esta preciosa oportunidad. El servicio prestado a los padres o a los

suegros no puede dar a la esposa la misma satisfacción de auténtica realización que el servicio dado al esposo. No hay gozo o felicidad mayor ni más alta que ésa. No te opongas ni me presentes argumentos para no salir. Dame tu bendición y déjame ir con Ramachandra°.

Dasarata comprendía y apreciaba muy bien los anhelos de Sita. Elogiaba sus virtudes con verdadero entusiasmo, poniéndola como ejemplo para Kaikeyi, quien se encontraba parada frente a él. Entretanto, las esposas de los ministros y las de los preceptores reales, que se encontraban en e! salón reunidas alrededor de Sita, a su vez le hablaban sobre las dificultades de la vida en la selva. La esposa del preceptor de la corte probó un ardid más inteligente para disuadirla. Dijo: "Sita, a ti no se te ha pedido salir para internarte en la selva. Es tu obligación permanecer aquí para reconfortar a los padres de tu esposo, que están sumidos en la tristeza. Tú eres la «mitad de Rama, ¿no es así? Entonces, esta mitad debe quedarse para aliviar el dolor que la partida de la otra mitad les causa. Además, siendo tú la «mitad» del hijo primogénito, heredero al trono, tienes el derecho de gobernar sobre el imperio. Si Rama se va a la selva para vivir allá a fin de hacer cumplir la palabra de su padre, quédate tú para reinar manteniendo en alto el nombre de Rama y llenar de alegría a sus padres. Como esposa de Rama, éste es el paso correcto que debes dar, es tu legítimo deber".

Estas palabras fueron pronunciadas con suave voz, como los susurros de la luna de otoño en los oídos de las aves chakravaka, pero hicieron que Sita se pusiera triste. Quedó tan asustada, que ninguna respuesta pudo salir de sus labios.

Entretanto, Kaikeyi había conseguido ropa hecha de fibras y rosarios de tulsi; se los mostró a Rama y dijo: "El emperador te quiere tanto como a su propia vida. Siendo así, está atrayendo sobre sí eterno descrédito al no querer dejarte ir. Su afecto por ti está nublando la rectitud de su conducta. No quiere pronunciar las palabras: «vete al bosque bajo ninguna circunstancia. Es inútil esperar que dé su consentimiento. Decide tú cuáles serán tus pasos: ¿Estás cortejando a la infamia y el deshonor permaneciendo aquí para reinar sobre el imperio? ¿Te vas a la selva para la eterna gloria de la dinastía de los Ikshvaku? ¡Decídete y actúa!"

Rama se alegró de que ella hablara así, pero esas palabras penetraron el corazón de Dasarata como agudos clavos hundidos a golpes de martillo. "¡Dios mío, qué cruel es mi destino! ¡Que pueda seguir viviendo después de escuchar tan duras palabras!", exclamó, y rodó por el suelo sin sentido. Cuando recobró la conciencia, recordó las palabras que había oído y volvió a desmayarse. Rama no pudo soportar ver a su padre en tal impotencia. Sintió que debía aceptar la sugerencia de Kaikeyi e irse, pues cuanto antes saliera, tanto mejor sería para todos.

Recibió la túnica de fibras vegetales que su madrastra había traído y, envolviéndose en una de ellas, dio otra a Sita. Desconcertada,

Sita estaba de pie con la ropa en las manos, la cabeza baja, avergonzada, pues no sabía cómo ponerse aquello. Era una prenda demasiado corta. Rama, que ya se había puesto su túnica, se acercó y le habló en voz baja. Ella estaba apenada por no saber cómo usar el traje de cortezas que las mujeres ermitañas vestían con tanta elegancia. Comentó en un susurro: "Es que esto no es como lo que acostumbramos; es demasiado corto y estrecho". Rama la consoló y, dándole valor, la llevó aparte y le dijo que podía usarse "de esta manera" y, diciéndolo, le enrolló la prenda él mismo. Al ver eso, las mujeres de los ermitaños y otras mujeres derramaron lágrimas de compasión.

En ese momento llegó Vasishta, el preceptor real y, atónito, se dio cuenta, a primera vista, de la situación. Se indignó contra la reina Kaikeyi. Declaró que Sita no necesitaba usar aquella ropa. Afirmó que Kaikeyi había pedido dos favores que se le habían concedido, pero únicamente dos: que Bharata fuera coronado y Rama desterrado, y que Sita podía ir al bosque con todos los ornamentos reales y lo necesario para poder tener allá una estancia cómoda.

Al oír esto, Rama desenrolló la burda tela que le había puesto sobre el vestido, pero Sita se adelantó y se postró a los pies del sabio, diciéndole: "Maestro, está claro que si llevo esa vestimenta no es por deseo de la madre Kaikeyi. ¿No puedo yo imitar a mi señor? ¿Sería apropiado para mí, me beneficiaría en algo, si en la selva viviera cubierta de joyas y ricos atavíos, mientras mi señor va cubierto con el sayal de ermitaño? Sería extremadamente absurdo que una esposa respetuosa adoptara esa actitud, ¿no es verdad? Por eso te ruego que me permitas llevar esta ropa para que pueda yo cumplir con mi deber siguiendo el código de conducta".

El firme respeto a las reglas de la rectitud que Sita mostraba con esas palabras conmovió al gran sabio hasta las lágrimas. La tristeza hizo que su voz tartamudeara al decir: "¡Sita, esta manera de pensar viene de ti con toda naturalidad, puesto que eres la personificación de la virtud! Pero como reyes y gobernantes que somos, tenemos que respetar ciertos principios, y eso vale para ti y otras personas. Al cerebro torcido y malvado de tu madre política es necesario que se le den algunos consejos y advertencias. De hecho, hoy tu esposo debió haber sido coronado emperador. Y aunque ese hecho no se realizó, debido a las circunstancias, las cuales incluyen promesas hechas hace mucho tiempo, debo decir que va contra la justicia política el que Bharata sea coronado. Sólo el hijo primogénito tiene derecho al trono; nadie más. Si él, por alguna razón, abandona el derecho por su propia voluntad, como ahora lo ha hecho Rama, tú, como la otra mitad de su persona, tienes el derecho de recibir esa investidura. No hay tercero al que le corresponda".

Cuando Vasishta exponía las reglas de la moralidad política, Kaikeyi se vio visiblemente afectada por el temor, pero no dejó de

percibir el hecho de que Sita no deseaba ejercer autoridad legal ni poder. Por mucho que Vasishta insistía en hacerle ver sus derechos, Sita rehusaba prestar atención, lo que deseaba era tener la oportunidad de usar el vestido de ermitaño, prefiriéndolo a la ropa de esplendor imperial. La esposa del preceptor real sabía que Sita nunca se retractaría; así que ella y las otras tomaron el sayal y se lo enrollaron a Sita en el correcto estilo de ermitaño.

Mientras tanto, Lakshmana vestía ya la misma ropa silvestre que llevaba Rama, quien había decidido que no había motivo para más tardanza. Los tres se postraron reverentemente ante Dasarata, quien. cayó inconsciente al verlos con su atuendo de ascetas. También se hincaron ante Kaikeyi, que se encontraba de pie allí. Se arrodillaron ante el sabio Vasishta y su consorte, y se encaminaron hacia la selva.

Los ciudadanos de Ayodhya, que se habían congregado ante las puertas del palacio, los vieron pasar vestidos como ermitaños y rompieron en amargo llanto. Muchos de ellos se conmovieron de tal manera que cayeron inconscientes. Otros más golpeaban sus cabezas en plena desesperación. Rama se arrodilló una vez más ante el sabio Vasishta en los escalones de la puerta real y luego dirigió algunas palabras a la gente allí reunida para que conservara la ecuanimidad y mantuvieran en alto las virtudes; les dijo que no se preocuparan por el curso que los acontecimientos habían tomado, que él regresaría a Ayodhya cuando los catorce años hubieran transcurrido, y que la orden de exiliarse era sólo por el bien de ellos, el suyo propio y del mundo entero.

Después repartió generosamente beneficios para los pobres; regaló casas y oro, tierras y vacas a los sacerdotes para que pudieran llevar a cabo sus rituales de adoración y sacrificio sin restricciones. Le rogó al sabio que hiciera arreglos para que los sacrificios védicos se efectuaran en las ocasiones apropiadas. Permaneció con las manos juntas ante él y dijo: "Santo, sabio y preceptor, para estas personas, para el pueblo y para mis padres, tú representas los verdaderos padres. Aconseja al emperador para que gobierne al pueblo como si fueran sus propios hijos". Cuando la gente escuchó esta súplica, repetida para que ellos la oyeran, se entristecieron y sintieron que su corazón se rompía. Algunos se golpearon el pecho lamentándose de haber perdido la fortuna de ser gobernados por un príncipe como ése. Algunos hasta se golpeaban la cabeza; otros, llorando a gritos se revolcaban en el suelo.

Rama se dirigió nuevamente a la multitud, y con las manos juntas les dijo estas palabras: "Mi querido pueblo, ustedes son para mí tan queridos como mi propia vida. Nuestro emperador me ha enviado a la región de la selva para protegerla y cuidarla. No sientan animosidad contra él por ello. Respétenlo y recen por él en todo momento, obedezcan sus órdenes; hagan que sea feliz y ustedes mismos serán felices. El amor que sienten por mí no debe provocar que no lo quieran. Nunca le deseen mal alguno. Para mí sólo son queridos aquellos que

hacen lo posible para que el emperador sea feliz cuando yo me haya marchado. Aquellos que hacen lo que a mí me gusta son verdaderamente mis devotos. Cumplan este deseo mío, honren estas palabras mías; háganme feliz. Querido pueblo mío, mi separación de mi madre, la reina Kausalya, naturalmente le causará un gran dolor. Toda madre en una situación como ésta sufre una agonía insoportable. Pero yo les ruego, ya que son personas inteligentes y llenas de bondad, que hagan lo que esté en su poder para aliviar el dolor de mi madre, para reconfortarla".

Enseguida llamó al ministro Sumantra y le dijo: "Sumantra, ve ahora con nuestro padre, aconséjalo y serénalo. Esa es la tarea de la que tú te habrás de ocupara. Sumantra, sobrecogido por la pena, quedó en silencio, con las lágrimas mojando sus mejillas. Sin poder refrenar su dolor, sollozó y lloró abiertamente. Otros ministros que estaban alrededor de él, así como los ayudantes, trataron de devolverle la calma y el valor, pero también ellos estaban demasiado tristes para quedarse parados allí, así que entraron al palacio siguiendo las órdenes de Rama. Toda la ciudad estaba hundida en un mar de tristeza.

Entretanto, Dasarata se recuperaba de su desvanecimiento y pudo estar consciente de lo que había sucedido. Lamentándose exclamaba: "¡Rama! ¡Rama!", tratando de levantarse. Pero, abrumado por la congoja, volvía a caer. Cuando finalmente logró ponerse de pie, trató de caminar, pero no pudo; se movía tambaleante de un lado a otro.

En ese momento, Sumantra entró y trató de sostenerlo y consolarlo, pero con los fuertes arrebatos de angustia que surgían de su interior, ¿cómo iba a poder consolar a su señor? Sin embargo, recordaba la petición de Rama, así que venció el pesar que embargaba su corazón y se sentó al lado del emperador, aunque no podía contener sus propias lágrimas. Por largo rato fue incapaz de pronunciar palabra alguna.

Dasarata abrió los ojos, vio a Sumantra a su lado y, exclamando con incontrolable pena el nombre de Rama, posó su cabeza en el regazo del viejo ministro, sollozando. Luego se enderezó y gimió: "¡Sumantra, Rama se ha ido a la selva y mi alma no ha abandonado este cuerpo! ¿Qué puede ganar mi vida permaneciendo en este cuerpo?" No obstante, luego, calmándose un poco, dijo: "Mira, apresúrate y sigue a Rama. Rápido toma un carro y síguelo. Mi nuera nunca podrá soportar los rayos del sol. Pronto tendrá ampollas en sus pies de pétalo de loto. ¡Ve, síguelos con el carruaje!"

"Sumantra dijo Dasarata , mi Ramachandra es un héroe inquebrantable, no regresará, no dará paso atrás. Su resolución no puede ser impedida por nadie. Todos los esfuerzos que se hagan para obstaculizarlo serán inútiles, y nosotros solamente le causaríamos dificultades. Además, es un firme seguidor de la verdad. No te demores, pues aunque se necesita poco tiempo para alistar el carro, podrías

perder su rastro. Mis súbditos no soportan ver a Rama caminar a lo largo del camino real de Ayodhya. ¡Ve, apresúrate!"

El emperador le insistía en que se apurara: "Lleva en el carro alimento y algunas armas y entrégaselas. Ah, Sumantra, olvidaba decirte que le ruegues con toda tu alma para que los acepte; menciónale que yo te lo pedí. Dile que Sita debe recibir instrucciones para regresar a Ayodhya. Condúcelos en el carruaje, llévalos hacia la selva y ve con ellos por un trecho, pues si Sita se asusta y tú te dieras cuenta de ello, inmediatamente pídele a Rama que ordene que ella regrese y tú pídele a la tierna princesa de Mitila que retorne a Ayodhya, recordándole que ése también es mi deseo. Dile que si no se puede decidir a permanecer en Ayodhya, el emperador dará instrucciones para que ella vuelva a la casa de su padre". Dasarata repitió estas palabras varias veces y, agobiado por el pesar que le producían, por el recuerdo que ellas evocaban, perdió el conocimiento y cayó al suelo.

Al reponerse exclamó fuera de sí, con gran preocupación: "¡Sumantra, no pierdas tiempo! ¡Trae a mi presencia a Rama, Lakshmana y a Sita para que los pueda ver! ¡Hazlo pronto y hazme feliz!..." Pero luego, tristemente recomendó a Sumantra: "Ve rápido, no demores, toma el carruaje y ve donde están; llévalos en el carruaje hasta donde puedan llegar. Posiblemente e! viaje tomará tres o cuatro días; al final de ese tiempo, déjalos que sigan a pie. Quédate allí observándolos hasta que los pierdas de vista, antes de que regreses para traerme las nuevas sobre su salud y seguridad. Ahora vete. Ya no te detengas aquí, ve".

Inclinando la cabeza en señal de acatar las órdenes del emperador, Sumantra se postró a sus pies y alistó el carruaje. Alcanzó a Sita, Rama y Lakshmana en el camino por el que se alejaban de la ciudad y les dijo lo que el emperador le había dicho: que subieran al carruaje, y así los llevó hacia la selva.

14. LLEGADA AL BOSQUE

A ambos lados del camino real, grandes grupos de ciudadanos lloraban. Sumantra los exhortó para que controlaran sus emociones y se calmaran. Cruzaron los límites de la ciudad y se alejaron un poco más. El pueblo corría tras el carro, formando una gran masa que, en pánico, levantaba nubes de polvo que lo cubrían todo. No se veía ni el suelo del camino, todo era una vasta planicie cubierta de humanidad desesperada, hombres viejos, mujeres, hombres jóvenes y fuertes, sacerdotes, quienes al unísono gritaban entre sollozos: "¡Rama, Rama, llévanos contigo, no nos dejes!" Todas las calles de Ayodhya estaban vacías, la ciudad estaba tan silenciosa como si estuviera durmiendo. Luego cayó la oscuridad como un peso del cielo sobre cada techo.

Algunos hombres y mujeres que no podían seguirlos, se quedaban de pie como troncos, impotentes en el medio del camino. Muchos cerraron sus puertas y pasaron días enteros sufriendo una angustia excesiva; no comían ni bebían, se quejaban y caían al suelo por donde pasaba Rama. Algunos esperaron hasta la caída de la noche creyendo que, inducido por la compasión, Rama regresaría junto a su adorada gente.

Mientras tanto, Dasarata también tomó un carro. A gritos clamaba: "¡Rama!, ¡Rama! ¡Sumantra! ¡Sumantra! Dentengan ese carro, quiero mirar el tesoro de mi amor sólo una vez más". Aceleró el paso de los caballos y se acercaba cada vez más. La masa de ciudadanos que seguía a Rama se vio atrapada entre los dos carros y muchos, ya exhaustos, cayeron al suelo. Algunos, cuando vieron que un carruaje pasaba a gran velocidad, levantaron la cabeza para ver si era Rama que regresaba; se levantaron y trataron de detenerlo para tener un vislumbre de su querido príncipe, pero cuando escucharon los quejidos de Dasarata, rompieron en sollozos nuevamente; dejaron pasar el carruaje exclamando patéticamente: "¡Oh rey, apresúrate y trae a nuestro Ramachandra de regreso!"

Dasarata vio el carruaje de Rama que corría por las dunas en los exteriores de la ciudad y gritó: "¡Sumantra, Sumantra, deténte, frena!", a la vez que ordenaba a su auriga que acelerara. Sumantra miró hacia atrás y descubrió el carruaje que los seguía. Dijo: "¡Ramachandra, el padre Dasarata viene detrás de nosotros! Creo que lo mejor será detenernos un rato y averiguar cuáles son sus órdenes". Rama también vio la gran cantidad de ciudadanos y el carro que llevaba a su padre a toda prisa para alcanzarlos. Sabía que si se detenía ahora, la gente lo

rodearía y crearía una situación incontrolable, pues aquellos exhaustos a la orilla del camino se levantarían y correrían impulsados por una nueva esperanza, y aquello sólo sería un acto de mayor crueldad por parte de él, pues les inspiraría esperanzas vanas. También sería romper el cumplimiento de su promesa. Si los súbditos eran testigos de las exclamaciones de dolor de Dasarata, perderían estimación por él. Sopesando todas estas consideraciones en su mente, indicó a Sumantra que no había necesidad de detener el vehículo, incluso le dijo que sería mejor que apresurara la carrera aún más. Oyendo esto, Sumantra rogó con las manos juntas: "Rama, tengo órdenes de estar contigo sólo unos días, después debo volver a Ayodhya. Al verme de regreso, el emperador seguramente me cubrirá de reprimendas por no haber detenido el carro como él me ordenó. ¿Qué le voy a decir para justificarme? Te ruego que aceptes que me quede contigo por todos los años de exilio en la selva. Estimaré que mi vida habrá sido vivida bien y con felicidad si me permites estar contigo. Si estás de acuerdo, no me detendré; aceleraré tanto como tú quieras. Por favor, dime tu respuesta".

Rama pensó sobre el problema que Sumantra le exponía y sus implicaciones. Dijo: "Sumantra, aquel que te ha ordenado tomar el carruaje y llevarnos hasta la selva, era tu amo, el emperador; el que ahora persigue este carruaje llorando y rogando que te detengas es Dasarata. Debes escuchar y obedecer las órdenes del emperador, no las de Dasarata. Eres el ministro del país, de tu gobernante, no de una persona llamada Dasarata. Como individuos, entre nosotros existen lazos de afecto que atan al hijo a su padre, pero como emperador, él tiene autoridad imperial sobre ti y sobre mí. Tu lealtad y mi lealtad hacia él deben ser las mismas. Tú debes cumplir con tu deber. Si Dasarata te castiga por no atender a lo que él te pide ahora, dile que no lo oíste; no está mal que lo hagas así". Y Rama le pidió que acelerara, que no detuviera el carro.

Sumantra bebió con avidez el néctar del análisis moral que Rama le había dispensado para convencerlo. Cuando Dasarata vio que Rama seguía adelante, detuvo su vehículo y regresó a Ayodhya maldiciendo su suerte y lamentándose a gritos. En cambio, la gente seguía las huellas del carruaje sin dejarse vencer por el cansancio, impulsada por la determinación de no perder de vista a su adorado Rama. Algunos que estaban dispuestos a sacrificar su vida por él y morir en su esfuerzo por alcanzarlo, seguían, arrastrando los pies, sin aliento y quebrantados, las huellas del carro en que él iba. Rama vio a los súbditos que lo seguían, movidos por el amor que sentían por él, lo que le despertó una gran compasión. Detuvo el carro y con voz suave y dulce les habló, conmoviendo sus corazones. Les habló de los diferentes aspectos morales de esa situación y les rogó que volvieran a Ayodhya.

Respondieron que el estar separados de él iba a ser una agonía difícil de soportar, y que no podrían residir, ni por un momento, en una

Ayodhya de la cual Rama estuviera ausente, así que ¡preferían morir en los bosques antes que vivir en Ayodhya! Mientras muchos afirmaban esto, los más jóvenes declaraban que una ciudad de la cual había desaparecido la deidad de la rectitud sería un lugar mucho más horrible que la jungla y que no podrían vivir en un lugar tan espantoso. "La selva en que tú vivas será Ayodhya para nosotros dijeron . No te preocupes porque suframos agotamiento o tengamos dificultades.

nAtiende a tu promesa, a tu deber, tal como lo tienes pensado; nosotros también atendemos a la nuestra. Tú has decidido honrar el deseo de tu padre como un deber sagrado; nosotros también tenemos un deber sagrado, el de honrar el deseo de Rama en nuestros corazones, el Atma Rama, nuestro amo, la autoridad que reverenciamos con lealtad. No titubearemos en nuestra resolución; no regresaremos. Solamente la muerte nos podrá vencer." Eso anunciaron entre sollozos y lágrimas de desesperación.

El compasivo corazón de Rama se ablandó con estas palabras de amor y lealtad. Sita derramó abundantes lágrimas. Lakshmana observaba cómo surgía la devoción en la gente común del reino; pero al acordarse de Kaikeyi, sus ojos se enrojecieron de ira, su lengua estaba paralizada por el enojo hacia la madrastra que no tenía siquiera un poco de esos sentimientos hacia Rama. Se sentó en el suelo con la cabeza agobiada por estos tristes pensamientos.

Rama sintió que lo mejor sería tratar de persuadirlos por cualquier medio para que regresaran a su casa. Los consoló, les manifestó su compasión, les recordó que debían atender a los rituales diarios acostumbrados, y cuáles serían las consecuencias de no hacerlo. Describió los horrores de la vida en la selva y los peligros a que se tendrían que enfrentar si trataban de vivir allí, y les aconsejó que efectuaran sus rituales correcta y continuamente para que sus años en el exilio transcurrieran rápidamente y sin tropiezos; así, ellos lo ayudarían a pasar esos años en paz y alegría a fin de volver a Ayodhya a su debido tiempo, fuerte, con salud.

Los jóvenes brahmines que estaban frente a él no pudieron ser convencidos por estos argumentos. Rama suplicaba diciendo: "Sus ancianos padres echarán de menos sus devotos servicios, no está bien que los dejen solos, sin ayuda". En respuesta, los jóvenes dijeron: "Rama, nuestros ancianos padres están tan débiles y desanimados que no te pueden seguir hasta la selva; venían para acá, pero regresaron volcando su angustia en lágrimas. Nos han dado instrucciones para que te sigamos y estemos contigo, pues, como ellos mismos dijeron: «Nosotros estamos demasiado débiles; ustedes son fuertes y jóvenes. Vayan, sirvan a Rama en nuestro nombre». Esos ancianos están más tristes porque tú ya no estás en Ayodhya que porque nosotros no estemos con ellos. Se sentirán contentos si sus hijos están con Rama, una fortuna que ellos no pudieron alcanzar. Llévanos contigo, aunque

sólo sea por esa razón, para derramar alegría sobre esos ancianos". Y rogándole de tal suerte, se postraron llorando a sus pies.

Rama permaneció silencioso ante esta sincera expresión de amor y reverencia; estaba emocionado con la renunciación de esos jóvenes, que era más grande que su propia renuncia al trono. Su alegría no dejaba de tener cierto sentido de orgullo al darsé cuenta de que sus súbditos sobrepasaban su propia piedad filial. Mientras estos ruegos y convencimientos se desarrollaban, caía la noche sobre la Tierra. Por eso Rama les pidió que descansaran y comieran algo para pasar la noche, en vez de regresar en la oscuridad.

A fin de animarlos a hacerlo, Rama tomó un baño en el río Tamasa; tomó una comida que consistía en raíces y fruta, y descansó un rato. La gente que lo había seguido desde tan lejos, estaba tan fatigada que, después del frugal alimento, cayeron en profundo sueño.

Rama sabía que al despertar insistirían en acompañarlo; por eso despertó a Sumantra y le dijo que preparara el carruaje de tal manera que hiciera el menor ruido posible, y que llevara el vehículo de forma que no dejara rastro. Sumantra se dio cuenta de que no quedaba otro remedio, así que llevó el carro de tal modo que las huellas quedaron tan confusas que no dejaran ver la dirección que habían tomado; incluso, algunas indicaban que el carruaje podía haber vuelto a la misma ciudad de Ayodhya. Después de haber dejado hábilmente ese rastro, encaminó el vehículo hacia la selva.

Amanecía. Los ciudadanos de Ayodhya despertaron y miraron a su alrededor. No había señales del carruaje real. Nadie había visto a Sita, a Rama ni a Lakshmana, y cayeron en profunda aflicción; despertaron a los que aún dormían, buscaron las huellas de las ruedas en el suelo. Y lloraban a gritos: "¡Rama! ¡Rama!" Corrían en todas direcciones buscando el carruaje.

Uno de ellos dijo: "Hermanos, Rama vio que estábamos cansados, cómo dormíamos de tan exhaustos que estábamos y, así, se fue de aquí sin llevarnos con él". Entonces empezaron a acusarse mutuamente por haber mostrado cansancio, provocando con eso que Rama los dejara y se fuera solo. Otros se inculpaban de ser inferiores a los peces, pues decían: "Los peces no pueden vivir sin agua, pero nosotros estamos vivos a pesar de que Rama nos ha abandonado... ¡Vergüenza, qué vergüenza la de nuestras vidas! gritaban . Somos la causa de estar separados de la persona más querida para nosotros. ¿Por qué no caerá sobre nosotros la muerte, que acabará con tanto dolor?" Así se lamentaban, pero pronto se acordaron de que la Divinidad que vive en su interior era Rama, el suicidio era algo impensable, lo opuesto a un acto meritorio; el suicidio sólo puede ocurrir cuando el destino de uno es morir por su propia mano. Entonces, otro entre ellos sugirió que le podían rezar al Destino para que les diera un fin como ése para todos.

Estaban en estas patéticas discusiones y dudas, ansiosos de tomar una decisión, cuando uno de ellos llegó avisando que habían sido reconocidas las huellas dejadas por las ruedas. ¡Qué buena noticia!, pues las huellas indicaban que el carruaje había tomado la ruta de Ayodhya. Siguieron las huellas por una distancia, pero de pronto ya no se podían distinguir; se habían desvanecido. Se hizo imposible averiguar qué había pasado, así que regresaron a la ciudad con la mente confusa.

Muchos se consolaron diciendo que Rama seguramente regresaría al palacio, pues había visto el apuro en que ellos se encontraban y su corazón estaba lleno de compasión hacia los angustiados. "Rama regresará antes de haber transcurrido dos o tres días", dijeron. Las mujeres iniciaron varios votos y actos de adoración para propiciar que los dioses persuadieran a Rama a retornar con sus súbditos.

Después de eso la gente vivía como las aves chakravaka, que no tienen ninguna flor de loto en qué posarse, ya que el sol está ausente y esas flores no pueden florecer sin su calor.

Mientras la gente sufría de tal manera, Sita, Rama y Lakshmana llegaron a las inmediaciones de Sringivera con el ministro Sumantra. Rama vio el Ganges e inmediatamente dio instrucciones a Sumantra para que detuviera el carro. Descendió y se postró en tierra ante el río sagrado. También Sita, Lakshmana y Sumantra bajaron e hicieron lo mismo. Rama explicó a los demás que el Ganges era la fuente de toda riqueza y prosperidad, de toda la paz y abundancia que pudiera resplandecer alrededor. Ese río daba a todos los seres suprema felicidad y los más altos dones espirituales. Entonces decidieron bañarse en sus sagradas aguas.

Rama pidió a Lakshmana que encontrara algún lugar en la orilla donde Sita pudiera bañarse sin temor. Las riberas eran fangosas en la zona selvática; por eso Lakshmana escogió un sitio que reforzó con piedras y lajas para que ella pudiera apoyarse y volviera fácilmente a subir después de sus abluciones. Le rogó a Sita que utilizara ese descansillo temporal para sus baños. Con mucho cuidado bajó ella, y antes de entrar el río se postró ante la diosa Ganga. Lakshmana fue a la selva para recoger algunos frutos para que Rama y Sita pudieran probar algún alimento después del baño. Se los ofreció reverentemente y ellos comieron.

Mientras tanto, algunos barqueros se habían acercado a ese lugar. Sus ojos descubrieron el carruaje real así como las formas principescas de Sita, Rama y Lakshmana. Pensaron que se habían reunido allí para celebrar un paseo. En esa creencia, se apresuraron a comunicárselo a Guha, su jefe, informándole que. unos visitantes reales se hallaban cerca. Guha envió a un mensajero para que averiguara quiénes eran y con qué propósito habían venido a las orillas del río Ganges.

El mensajero volvió con la noticia de que eran nada menos que los hijos del emperador Dasarata y la misma princesa Sita, que venían acompañados de Sumantra, el ministro real. Guha pensó que esos momentos superlativamente deliciosos no se debían disfrutar en soledad, así que informó a sus familiares, a sus compañeros y amigos que el príncipe Rama había venido al Ganges con su hermano y su esposa. Recolectó frutas y flores en abundancia y todo el grupo avanzó con actitud humilde y reverente hacia el Ganges. Guha puso la fruta y las ofrendas florales a los pies de los visitantes reales y se postró ante Rama, lo mismo que sus familiares y amigos.

Al ver la felicidad que los embargaba, Rama le pidió a Guha que se acercara y le preguntó cómo les iba a todos y si vivían feliz y pacíficamente. Preguntó al jefe Guha hasta qué punto su liderazgo ayudaba a la comunidad a prosperar. Guha contestó: "Señor Ramachandra, al postrarnos a tus pies, todos hemos experimentado una dicha sin límites. Esta gran fortuna seguramente la obtuvimos debido a los méritos que acumulamos con acciones buenas en el pasado. ¿De otro modo, cómo podríamos nosotros, que pasamos nuestros días en esta espesura casi impenetrable, aspirar a recibir la bendición de tu visita y poder adorar tus pies de loto? De ahora en adelante, esta región ciertamente gozará de abundancia y paz, debido a que tus pies han pisado este suelo. De eso no puede haber duda, dicha transformación tiene que suceder".

Lakshmana, Sita y Sumantra notaron aquella expresión de sinceridad y alegría, así como las lágrimas de bienaventuranza. Estaban sorprendidos al ver esa devoción, humildad y sabiduría. Durante todo el tiempo, Guha abrazaba los pies de Rama y decía: "Señor, todo esto es tuyo; todas las riquezas, territorio y autoridad que yo tengo como jefe, así como todos mis súbditos, todo es tuyo. Ellos esperan tus órdenes; están a tu disposición para que los utilices para tus propósitos, a tu servicio. Yo soy tu siervo, acéptame como tal. Acepta todo lo que te ofrezco y entra a la ciudad en que vivimos".

Cuando Rama escuchó este ruego, sonrió y repuso: "Guha, eres un devoto firme; eres profundamente virtuoso. Tu corazón es muy puro. Pero escucha: yo debo recorrer la selva como exiliado, llevando la vestimenta de ermitaño, en obediencia a las órdenes de mi padre. No puedo poner los pies en ciudad o pueblo, sólo debo tomar los alimentos que corresponden a los monjes que viven en austeridad. Debo vivir de acuerdo con los reglamentos que se han fijado para los ascetas. Por esa razón no puedo cumplir con el deseo que tú acabas de expresar".

Al oír esas palabras, Guha se llenó de tristeza. Gran número de personas que habían llegado ahí desde la ciudad de Sringivera, cuchicheaban comentando el divino encanto de Rama, Sita y Lakshmana. Uno de ellos se preguntó cómo los padres de esos adorables hermanos y de aquella angelical dama pudieron ser capaces de exiliarlos a la selva. "¿Cómo pudieron pronunciar tal sentencia?" En

respuesta, otro dijo: "¡Cállate, tonto! En realidad esos padres han hecho un bien. Si no hubieran pronunciado tal sentencia, nosotros no habríamos tenido ocasión de esta fiesta para nuestros ojos, de la fortuna de ver sus divinas formas. Este día, nuestros ojos están gozando de un festival poco común". Esas palabras llenaron a muchos de satisfacción y gozo. Los hombres de la tribu nishada, quienes componían el grupo reunido, hablaron entre sí con admiración devota hacia los visitantes reales. Exaltaron la belleza, la ternura, los modos suaves y dulces de Sita, Rama y Lakshmana.

Guha se sentía muy triste por haber perdido la oportunidad y buena fortuna de poder dar la bienvenida a Rama en la capital de los nishadas. Pensaba que si Rama tan sólo pudiera "ver" la ciudad, si sus ojos siquiera llegaran a mirarla una vez, quedaría bendecida con paz y prosperidad para siempre; así que hizo la sugerencia de que Rama caminara hacia un gigantesco y bellísimo árbol de simsupa que crecía cerca, y Rama estuvo de acuerdo. Guha supo entonces que los ojos de Rama habían visto la ciudad desde aquel lugar. Estaba muy complacido con ese pensamiento. Rama también estuvo contento cuando vio la ciudad a distancia. Permitió a los nishadas tocar sus pies y les recomendó que volvieran a sus hogares, ya que era inminente la caída de la noche.

Luego efectuó los ritos sagrados que deben ser observados al anochecer. Entretanto, Guha recogió cantidades de suave pasto y hojas tiernas y preparó lechos. Mandó recoger tubérculos, así como frutos sabrosos y frescos de los árboles y plantas de la región; ordenó que los llevaran envueltos en grandes hojas para ser ofrecidos a los distinguidos visitantes. Sita, Rama, Lakshmana y Sumantra compartieron el frugal alimento y se retiraron a dormir.

Sita durmió en el blando lecho de pasto. Lakshmana se sentó a los pies de Rama para darles un suave masaje para aliviar el cansancio del esfuerzo realizado. Rama sabía que Lakshmana seguiría masajeándolo mientras estuviera despierto; deseaba que Lakshmana fuera a descansar también, fingió haber caído en profundo sueño. Viendo esto, Lakshmana temió que, de seguir con el masaje, perturbaría el sueño de Rama, y calladamente se retiró a cierta distancia. Se mantuvo en la "postura del héroe" para poder abarcar las cuatro direcciones y reconocer inmediatamente cualquier animal salvaje que pudiera aproximarse, cualquier ogro o persona endemoniada que pretendiera romper el sueño de Rama. Todo él era atención y vigilancia.

Viendo esto, Guha también dio instrucciones a sus leales lugartenientes para que vigilaran el área y se aseguraran de que nada sucediera que pudiera perturbar el sueño de Rama. Colocó en su hombro el carcaj y, sosteniendo el arco, se sentó cerca de Lakshmana, deseoso de compartir la vigilancia. Con los ojos llenos de lágrimas, mantuvo las palmas de sus manos unidas ante él y le preguntó:

"Lakshmana, el palacio del emperador Dasarata es, me imagino, más grande y magnífico que la divina mansión del jefe de los dioses, Indra. En ese palacio todo es atractivo y bello, dondequiera hay fragancias y dulzura; blandas camas de plumas y lámparas realzadas con piedras preciosas aumentan la grandiosidad y comodidad del palacio. Ahí las camas tienen sábanas ligeras y blancas como la espuma de la leche caliente y mullidos cojines. Sita y Rama, que acostumbraban dormir en camas tan lujosas, duermen ahora sobre montones de pasto, sin sábanas ni almohadas, gracias al puro cansancio físico. Para mí es una agonía insufrible contemplar esta escena. Allá están padre y madre, los sirvientes que velaban por satisfacer sus necesidades y darles comodidad de diversas maneras. Sita y Rama, que vivían como reyes hasta ayer, ahora duermen en el suelo. ¡Dios mío, se me parte el corazón de pena!

"Sita es la adorada hija del afamado emperador Janaka, y sin embargo, está tendida sobre una capa de pasto seco. ¡Qué extraña vuelta del destino es ésta! ¿Es que Sita y Rama podrán soportar la vida en los bosques? Esto comprueba que las consecuencias de nuestros actos son ataduras irrevocables.

"Kaikeyi es la hija del rey de Kekaya. Nadie podía suponer que ella hubiese sido capaz de cometer un acto tan atroz y pecaminoso. Ellos están en la edad en que deben ser felices juntos. ¡Qué acto tan censurable es el de infligir en ellos tan dura sentencia! Tal destino no debería serle impuesto ni al peor enemigo.

"La princesa de Kekaya ha demostrado ser el hacha que cortaría en dos las mismas raíces del árbol de la dinastía solar. Su egoísta ambición ha hundido al mundo en la tristeza. ¡Ah, desgraciados mis ojos que están destinados a mirar este patético espectáculo! ¿Qué despreciable pecado habré cometido para merecer este castigo? ¿De quién fue la vida feliz que causó que mis ojos en el pasado se enrojecieran de envidia, para tener que ver ahora a mi adorado Rama en esta situación?"

De esta manera se quejaba Guha, incapaz de detener el embate de las olas de dolor que iban surgiendo en su interior; luego mantuvo la boca cerrada, con la cabeza agachada; estaba sentado, sufriendo una agonía irreprimible. Viendo esto, Lakshmana también quedó hundido en el abatimiento, pero se dio valor para decir: "¡Jefe de los nishadas! No se consigue ser feliz mediante otra persona ni miserable por conducto de otro; nadie puede tener buena o mala suerte a través de otra persona. No existe la posibilidad de lograr tales resultados por medios indirectos. Tampoco se puede ser realmente feliz o desventurado. Cada uno de nosotros (lega a la existencia con algún propósito, impulsado por los actos de su encarnación previa, o por la Voluntad o Decreto soberanos, y mientras se cumple el propósito, uno parece ser feliz o miserable; eso es todo. Un limosnero sueña con ser un rey; un rey, con ser un limosnero; ambos, cuando despiertan, encuentran que la riqueza

ola miseria son irreales y fugaces. Así también es el mundo: un sueño, lo irreal... una ilusión. Sientes pena porque Rama está en situación difícil; pero Rama está por encima y más allá de penas y alegrías. Para aquellos que lo observan, de acuerdo con su buena o mala fortuna, decidida por los méritos o culpas acumulados, él puede parecer feliz o desventurado; lo que tú ves como alegría o pena en Rama sólo es el reflejo de tu propio estado mental". Al oír esto, Guha se calmó y dejó de sentir rabia contra Kaikeyi, y comprendió que no es conveniente buscar las faltas de otra persona y culparla.

"Toda la gente está inmersa en el sueño de la ilusión, siendo testigo de una gran variedad de sueños. De esta manera, la humanidad pasa la noche denominada «vida». Los yoguis, personas autodisciplinadas, son los únicos que permanecen despiertos durante esa «noche», sin quedar prisioneros o encantados por los sueños. No los afectan el mundo ni lo que contiene. Se han apartado de todos los placeres sensoriales y otros enredos. Mientras esto no se logre, la gente no puede decir de sí misma que está «despierta». Cuando se logra despertar a la sabiduría, y la Realidad se descubre, entonces caen las ataduras del engaño, de la ilusión, y el amor se fija en los pies de loto del señor Rama." La mente de Guha seguía apresuradamente estas palabras, y se sentía reconfortado y fortalecido. Así, el resto de la noche transcurrió mientras Guha y Lakshmana se contaban mutuamente relatos sobre los divinos atributos de Rama y la plenitud de la gloria que había en él.

Pronto llegó el alba; mientras uno montaba guardia donde Rama dormía, el otro terminaba sus abluciones matinales y regresaba adonde el otro. Rama empezó a despertar; frotó sus ojos e incorporándose miró en las cuatro direcciones. Despertó a Sita y ambos se encaminaron hacia el Ganges. Después de bañarse y de haber efectuado sus ritos, volvieron adonde estaban Guha y Lakshmana. Rama pidió a su hermano que trajera un poco del jugo lechoso del árbol de la higuera. Lakshmana obedeció sin murmurar y se introdujo en la cercana selva; sin dilación trajo, dentro de una vasija hecha de grandes hojas, el jugo deseado. Rama aplicó el líquido a los rizos de su cabello convirtiéndolos en una espesa masa opaca, tal y como lo acostumbran los ermitaños.

Al ver esto, Sumantra no pudo contener los sollozos. Le dolía que aquella cabeza, que debía lucir una corona, ahora llevara una carga de cabello enmarañado. Se lamentaba de aquel destino que lo obligaba a ver esa trágica escena. Su corazón se quemaba en el dolor. "No puedo seguir contigo en la selva; esto se ha hecho imposible para mí. He cumplido con las órdenes del emperador. El destino está cortando de tajo mi estancia ante tu presencia. El me ordenó que te trajera hasta las orillas de cualquier río sagrado y te dejara allí, para luego regresar. Tengo el deber de informarte sobre este hecho; ahora te toca a ti decir qué debo hacer". Sumantra dijo esto de pie frente a Rama, con la

cabeza agachada por la pena y por la humildad, mientras las lágrimas corrían libremente por su rostro.

"No te preocupes dijo Rama . Cumplir el mandato del emperador es tu obligación, e igualmente la mía. Me alegra mucho que hayas realizado las órdenes que él te dio. De ahora en adelante acataré las órdenes que me ha dado a mí; seguiré sus instrucciones con la mayor reverencia y escrupuloso detalle. No te demores; regresa a Ayodhya. Mis padres estarán esperando tu llegada con ansiedad, querrán escuchar de tus labios la descripción del viaje hasta aquí. Así pues, toma el carruaje y vuelve allá lo más pronto posible."

Sumantra se imaginaba el lugar al que iba a regresar. Patéticamente rogaba: "¡Ramachandra, no permitas que Ayodhya se convierta en una ciudad huérfana! El emperador se verá en dificultades para controlarse en tu ausencia, y Bharata se sentirá incapaz de reinar". Sumantra se arrojó a los pies de Rama sin poder soportar el peso de su dolor. Rama lo levantó, y ayudándolo a sostenerse, lo consoló: "Sumantra, no hay principio de rectitud más alto que la verdad; los Puranas, las escrituras épicas, todas afirman y proclaman esto, como tú lo sabes. Ahora bien, yo he sido nombrado para cumplir con este supremo principio de, rectitud. ¡Qué ventura la mía! Si fallo en esta oportunidad y pierdo esta fortuna, yo y toda mi dinastía sufriremos eterna infamia en los tres mundos. El descrédito quema al hombre recto de manera más dolorosa que un millón de muertes y cremaciones. Ve, pues, póstrate a los pies de mi padre y explícale con claridad mi determinación y mi alegría. Debes vigilar y asegurarte de que mi padre no se preocupe por mí, por Sita ni por Lakshmana".

Guha y su gente escucharon a Rama y quedaron visiblemente afectados por sus palabras. Sin que se dieran cuenta, las lágrimas fluían de sus ojos. Lakshmana no pudo soportar la tristeza, y expresó algunas palabras de rabia y amargura contra aquellos que habían causado aquella tragedia. Pero Rama, que conocía su temperamento, lo detuvo en el acto. Luego, dirigiéndose a Sumantra, le dijo: "Lakshmana es muy joven; no prestes atención a lo que ha llegado a decir, ni se lo transmitas a mi padre. La mente de Lakshmana sufre muchísimo debido a que siente gran afecto por mí y también porque se aflige por las penas que pueda sufrir Sita. Dio rienda suelta a esas expresiones porque tiene una noción equivocada sobre aquellos que me mandaron al exilio. Por naturaleza, Lakshmana ha sido dotado de muy buenas cualidades". Y Rama empezó a enumerar las virtudes de su hermano.

Sumantra, levantando la cabeza, imploró en favor de Sita: "Señor, Janaki es tierna y de naturaleza dulce; no puede sobreponerse a las dificultades que trae consigo la vida en los montes. Es necesario aconsejarle que regrese a la ciudad, convencerla de que eso es lo más adecuado. Ella es el aliento vital de Ayodhya, es la diosa de la prosperidad para el imperio. Si ella no puede venir a Ayodhya, los habitantes de esa ciudad sufrirán como peces en un tanque seco.

Permite que regrese para vivir como ella está acostumbrada, con su suegra o con sus padres. El emperador me ha ordenado decírtelo una y otra vez, con estas mismas palabras. Cuando tú regreses a Ayodhya al término de los catorce años, podrá ser traída de la casa de Janaka".

Mientras Sumantra lo estaba importunando de tal manera, Rama hacía señas a Sita para que prestara atención a lo que se decía. Cuando Sumantra terminó de hablar, Rama se dirigió a ella diciendo: "Sita, ¿escuchaste el mensaje de mi padre? Vuelve a casa y haz que mis padres dejen de sufrir siquiera parte de la agonía que están soportando por mi separación. A su avanzada edad están demasiado débiles para sobreponerse a esta terrible situación. Así pues, es necesario que regreses junto con el ministro a Ayodhya". Rama empleó varios argumentos para persuadirla, a fin de que aceptara la petición de su padre.

Sita repuso: "Señor, tú que eres omnisciente, conoces la conducta ideal prescripta para cada sector de la humanidad. No es necesario que yo te lo recuerde. Por favor, escucha un minuto mi ruego. La sombra tiene que seguir al cuerpo, ¿no es así? ¿Puede apartarse de él? Los rayos solares no pueden existir sin el sol. La luz de luna no puede existir separada de la luna. De igual manera, Sita, que es tu sombra, no puede alejarse y existir después de irse Ramachandra".

Se volvió hacia Sumantra y dijo: "Tú eres para mí tan venerable como mi padre y mi suegro. Eres el ser que desea lo mejor para mí. Te ruego consideres esto: no busco otro refugio que el que encuentro a los pies de loto de mi señor. El mundo sabe que la nuera que es traída a su nuevo hogar no puede estar más cerca que el mismo hijo nacido dentro de la familia. La suposición de que ellos dejarán de sufrir por la separación del hijo si la nuera está con ellos, es una declaración sin sentido. En cuanto al lujo y comodidad del palacio de mi padre, los he disfrutado bastante en los días de mi infancia. Ahora me parecen tan secos y comunes como el pasto si mi señor no está a mi lado. No tengo otra senda que la que él pisa. Por esta razón, trata de no malinterpretar mis palabras y acéptalas; abandona ese intento de llevarme de regreso a Ayodhya. ¡Olvídalo! Transmite mi veneración a mis suegros y asegúrales que no existe motivo para que se angustien por nosotros. Diles que Sita está feliz, mil veces más feliz que cuando estaba en Ayodhya o en Mitila. Estoy con el señor de mi corazón, con el gran héroe, el mejor de los guerreros, con su hermano Lakshmana; diles que así paso estos días en la selva, felizmente, sin temor o agitación de la mente. Diles que no estoy cansada por el viaje; diles que estoy muy feliz y que considero este exilio una enorme fortuna".

Al escuchar estas palabras, Sumantra quedó tan abrumado de admiración y preocupación al mismo tiempo, que no pudo mirar de frente a Sita, no podía seguir oyendo palabras tan conmovedoras. No encontraba palabras para responderle. Reflexionó sobre sus virtudes, acerca de sus sentimientos puros y sobre su firmeza. Deploró la mala

suerte que privaba a Ayodhya de la presencia e inspiración de una dama de tan elevado carácter.

Dirigiéndose a Rama, dijo: "Rama, en este caso, escucha un ruego: acéptame a mí también en la selva y permíteme que te sirva durante los catorce años". Rama repuso: "Sumantra, tú estás bien versado en las leyes y reglamentos de moral. Eres el ministro del emperador Dasarata, no un ministro mío. Fue él quien te ordenó regresar; ¿cómo puedo yo permitir que te quedes? Además, aunque no fuera así, no es deseable que permanezcas apartado del emperador, sobre todo en estos momentos. ~ Eres como la mano derecha para él. No debes prestar atención a tu propia felicidad y tratar de permanecer alejado de él. Anda, ve con tu rey sin mayor dilación. Si te vas pronto, puedes darme a mí y a mis padres mucho consuelo y confianza". Rama lo persuadió de irse, utilizando para ello otros argumentos y ejemplos. Hallando que era imposible resistirse, Sumantra lloró sin reservas y se postró ante los tres. Sus pasos eran pesados y vacilantes cuando emprendió la retirada, ni su mente ni su cuerpo deseaban alejarse.

Rama tomó su mano, lo ayudó a caminar hasta el carruaje y a sentarse en su asiento. Rama pronunció palabras dulces a Sumantra y a los caballos del carro para inducirlos a darse vuelta y regresar a Ayodhya, pero éstos se mostraban renuentes a volver sobre sus pasos; volvían hacia el lugar en que estaba Rama, deseosos de seguir con él y poco dispuestos a alejarse. A pesar de ser aguijoneados y azuzados, apenas se movían. Relinchaban patéticamente en protesta, se detenían y volvían sus cabezas para ver otra vez a Rama.

Sumantra, colmado de insoportable tristeza, enjugaba las lágrimas que corrían por sus mejillas, tenía la cabeza inclinada como para esconder la cara ante los hombres. Guha, al ver la desolación de Sumantra, se sintió tan agobiado por la pena que se apoyó en un árbol, sollozando, apretando la cara contra el tronco. Por su parte, Rama, luego de haber despedido al anciano ministro, se dirigió a las orillas del Ganges con su esposa y su hermano.

"Cuando incluso los animales sienten que es imposible vivir apartados de Rama, ¿qué se puede decir de la angustia que sufren los padres que lo vieron nacer y lo criaron con amor y con toda esperanza, y de los súbditos del reino que lo veneraban con lealtad y amor? ¡Ay! ¿Quién puede medir el dolor que desgarra el corazón de la reina Kausalya?", pensaba Guha. La pena le corroía el alma. Sus ojos se posaron en Rama, Sita y Lakshmana, que caminaban hacia el Ganges; se apresuró a seguirlos y dándose cuenta de que deseaban cruzar el río, llamó a un botero que se encontraba al otro lado. Cuando aquel hombre oyó la voz de su jefe, se apresuró a remar atravesando el río y, en pocos minutos, ya estaba listo ante Rama.

Guha lo llamó aparte y le dijo que limpiara la lancha y la dejara lista para transportar al príncipe de Ayodhya, hijo del emperador Dasarata, su consorte y su hermano, para que pasaran el río en su

camino hacia la selva. El botero sabía por la gente, sus hermanos de Nishada, la triste historia del exilio del heredero al trono, de manera que no perdió tiempo en llegar. Sin embargo, tenía una duda que debía ser resuelta: había sabido que Rama puso su pie en una roca y que ésta súbitamente se había convertido en mujer; ¿era éste aquel Rama o era un Rama diferente? Esa fue la pregunta que le hizo a Guha, quien le respondió: "Mi querido botero, ¡qué buena memoria tienes! Me alegro de que recuerdes ese incidente que ocurrió hace tanto tiempo y que me lo hayas vuelto a la memoria". Con gran regocijo se volvió hacia Rama y le dijo: "Rama, escucha, este hombre de mi tribu, este botero, ha atesorado en su mente tu majestad y gloria; ha traído a mi memoria cómo rescataste a Ahalya, la mujer del sabio Gouthama, de la roca en la cual estaba hechizada. Mis súbditos estaban muy alarmados por la terrible maldición que fue lanzada sobre esa señora, así que se pusieron felices cuando supieron que tu divino poder la había liberado. ¡Qué afortunada es mi gente por estar consciente de tu Divinidad!" Guha describió la fe y devoción de su botero con gran alegría.

Entretanto, Rama caminaba hacia el bote. El barquero, parado ante él, tenía las manos juntas y le dijo: "¡Ramachandra! Los años que he vivido tienen ahora razón de ser, ante la buena fortuna que ha llegado a mí. Rama, de quien he oído hablar desde hace ya tanto tiempo, hoy está delante de mí, ¡lo puedo ver! El que yo pueda llevarte a ti, a tu consorte y a tu hermano para cruzar el Ganges, es un premio que seguramente he acumulado a lo largo de muchas vidas anteriores. Permíteme que te pida una bendición: que rocíe mi cabeza con el agua santificada que haya servido para refrescar tus pies, antes de que reme para llevarlos a la otra orilla". Guha no se había dado cuenta de la devoción tan profunda de aquel botero. Se sorprendió con la petición que tan humildemente había hecho a Rama y lo conmovía que el hombre la expresara. Dijo: "Escúchame, hermano, deja que Rama tome asiento en el bote primero; luego podrás lavarle los pies con las aguas del Ganges; no son buenas maneras el querer lavárselos mientras está parado en la orilla". Guha lo reprendió así por su obstinación y simpleza.

Pero el botero no cedía; suplicaba: "Señor, tú posees enorme riqueza y yo soy irremediablemente pobre. Con dificultad reúno lo que puedo para sostener a mi familia, pasando a la gente de una orilla a otra. Veo que mis ganancias son insuficientes aun para la pequeña familia que tengo. ¿Cómo podría ser feliz si perdiera incluso estas ganancias? Por eso te ruego que no me malinterpretes. Permíteme que te lave los pies aun antes de que pases al bote".

Rama captó el sentido de la extraña petición del botero; sonrió y se volvió hacia Sita diciéndole: "¿Notaste el temor de este botero?" Guha no podía entender lo que todo esto significaba y por qué Rama había sonreído. Estaba confundido ante el comportamiento del hombre. Dijo: "¡Anda, botero! No entiendo de qué hablas. ¿Qué relación tiene el

mantener a tu familia con tu deber de llevar a Rama al otro lado del río? ¿Estás acaso pidiendo que Rama te pague más por este oficio que has heredado? Si es así, únicamente estás revelando tu ambición. En caso de que tus ganancias no sean suficientes para mantener a tu familia, yo estoy dispuesto a aumentarlas, como jefe de la región. No trates de obtener de Ramachandra lo que te hace falta. Atiende tu negocio y alista el bote". Guha se enojaba ante la persistencia del botero, quien al oír esto explicó que había oído decir a la gente que los pies de Rama tenían un poder peculiar. "Dicen que cuando los pies hicieron contacto con una piedra, ésta se convirtió en mujer. Mi bote fue hecho juntando muchas piezas de madera. Si cada tabla se convierte en una mujer, mi señor me las dejaría todas sin cuidado, puesto que se habrían formado con las maderas que componen mi bote. ¿Cómo podría yo soportar esta carga adicional? Pero si le lavo los pies antes de que pasen al bote, puedo estar libre de temor. Además, si salpico el agua de la ablución sobre mi cabeza, me lavaría también mis pecados. Por eso, permite, por favor, que mi deseo se cumpla".

Guha se perdió en sus pensamientos. Pero Rama llamó al botero para que se acercara y le dijo con una sonrisa que le iluminaba la cara: "Querido hombre, ven, lávame los pies", y colocó sus pies en las manos del botero, cuya alegría no conoció límites. Mantuvo los pies en las palmas de sus manos y los lavó con gran cuidado y amor, sin descuidar los espacios entre los dedos, usando para ello el agua sagrada del río Ganges. Luego roció con esa agua su propia cabeza y todos los rincones del bote, para protegerlos de los poderes maléficos. Estaba inmensamente complacido con el éxito de su plan.

Sostuvo la mano de Rama cuando éste puso su pie en el bote y lo abordó. Rama ayudó a Sita, teniendo su mano firmemente en la suya, e hizo que Lakshmana se sentara a su lado en una de las tablas transversales. Hablaban entre sí de la devoción e inocencia del botero y gozaban del movimiento que hacía el bote sobre las aguas. Conversaban con Guha y el tiempo transcurrió tan rápidamente que ya se encontraban en la otra ribera sin haberse dado cuenta del trayecto. Rama fingió estar avergonzado de no tener ni siquiera una caracola que ofrecer al botero en lugar de los honorarios. Sita sabía por instinto cuáles eran los sentimientos de su señor. Así que sacó un anillo de su dedo y lo puso en la mano de Rama, quien llamó al botero y le dijo: "Ten: éstos son tus honorarios. Tómalo". El botero cayó a los pies de Rama exclamando: "¡Señor! Este día he obtenido el regalo de regalos. Todos mis pecados han sido reducidos a polvo. He quedado liberado de la abominable condena de nacimiento y muerte. Las congojas que tuve que sufrir durante muchas vidas en la Tierra, finalmente han dado fruto, mi Dios me ha bendecido, mis ancestros y mi progenie han sido liberados del pecado con esta bendición. ¡Señor, para mí es bastante si recibo y merezco tus bendiciones! Y cuando vuelvas, oh señor, ven por este camino y dame la oportunidad de servirte. Eso sería para mí lo más

apreciado en mi vida", y se tiró cuan largo era ante Rama, con el rostro bañado en lágrimas.

Rama y Lakshmana consolaron al botero y trataron de suavizar su éxtasis. Intentaron convencerlo de que recibiera el regalo, pero él protestó diciendo: "Si acepto honorarios por pasarte a ti por este pequeño río, dime cuánto recibes por pasar generaciones de mi linaje y millones de mis congéneres a través del vasto y terrible océano de nacimientos y muertes, el cual arrastra a todos los seres en la corriente de los cambios. Yo estoy sumergido en la bienaventuranza desde que recibí esta oportunidad; por favor, no me comprometas más forzándome a aceptar un pago por esta feliz oportunidad que ha cruzado mi camino". Estas palabras conmovieron el corazón de Rama, quien sintió que no sería bueno presionarlo más y lo bendijo y le dio permiso para irse.

Rama y Lakshmana colocaron sus arcos y flechas en telas extendidas a la orilla y entraron en el Ganges para bañarse. Cuando salieron, Sita también entró en el agua del sagrado río y, después del baño, ofreció sus oraciones a Ganga y juró que regresaría después de haber pasado catorce felices años con su señor, rociando su cabeza con el agua sagrada en agradecimiento por la conclusión del exilio.

Más tarde, Rama llamó a Guha y le dijo: "Querido amigo, he aprovechado para mi propio uso demasiado de tu tiempo. Ahora debes volver a tu ciudad". Cuando esta orden llegó al oído de Guha, la expresión de su cara se descompuso y las lágrimas fluyeron en abundancia sobre sus mejillas. Con las palmas juntas, rogó: "Rama, por favor escucha mis palabras. Yo estaré contigo por algún tiempo; conozco todas las veredas de la jungla y puedo darte información útil. Estoy deseoso de servirte, te ruego que no me niegues esto". Rama se puso feliz de ver el amor y la devoción de Guha y aceptó su compañía. Caminando alguna distancia, se detuvieron unos momentos al caer la noche para descansar bajo un frondoso árbol. Guha y Lakshmana se apresuraron a barrer el lugar dejándolo limpio para el descanso de Rama y Sita. Los frutos de aquel árbol se veían muy dispuestos a caer y servir a los divinos visitantes: estaban rojos de excitación y alegría. Guha y Lakshmana juntaron los frutos y los colocaron sobre anchas hojas ante Sita y Rama, pero Ramachandra preguntó a su hermano: "Lakshmana, ¿podemos comer estos frutos sin antes efectuar los ritos de la tarde?" Así pues, se encaminaron a Prayag, la confluencia de los ríos sagrados, que se hallaba cerca de allí, y gozaron de la divina vista antes de tomar su baño. Y cuando regresaban del río, Rama describió las glorias del lugar; dijo que el poder de las aguas en la confluencia de los tres ríos sagrados era tan grande, que limpiaría a un ser de todos los pecados que mancharan su mente.